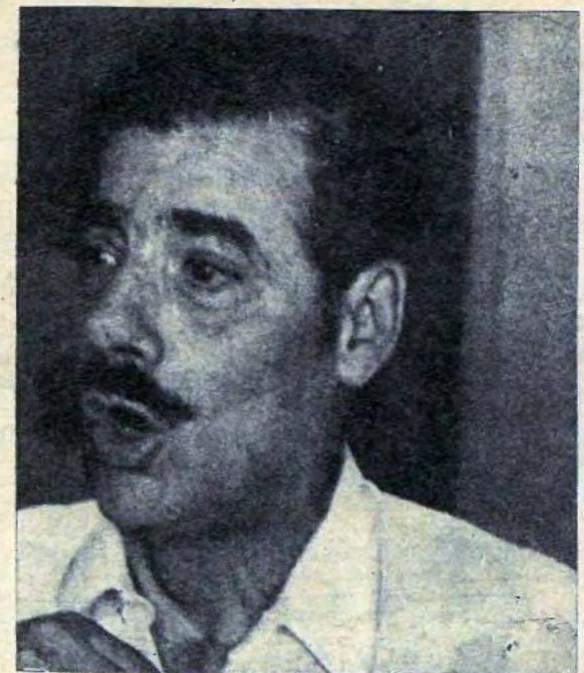
LA HISTORIA NEGRA DEL FUTBOL ARGENTINO

el caso MARCH la crisis BRASILEÑA

Gente, Su Lucha





MEDICO SALTO



CORONEL CHRETIEN

AFERTOPHStoffle ER Redistas Appentinas | III. Guifa Roman

Las noticias

Marcha de obreros sobre Lima

Lima, 15 — Para detener una marcha de protesta laboral de 7 mil personas, iniciada a 180 kilómetros de esta capital, fue necesario movilizar a medio millar de policías. Los manifestantes reclamaban un aumento de salarios para los trabajadores de la refinería de Cerro de Pasco.

Ley sobre Justicia del Trabajo

Buenos Aires, 15 — El Secretario de Justicia, Conrado Etchebarne, dio a publicidad el texto de la Ley 18.345, sobre organización y procedimiento de la Justicia Nacional del Trabajo, que consta de 172 artículos. "Esta ley —dijo Etchebarne— tiende a buscar mayor celeridad en el proceso, asegurando, a su vez, la plenitud del ejercicio de defensa. Todo el texto está destinado a mantener esos dos objetivos fundamentales."

Es difícil la ruta ártica

Nueva York, 15 — Con el arribo del gigantesco rompehielos norteamericano Manhattan a Sachs Harbor, Canadá, finalizó la romería a través del Polo Norte. Pero, a pesar del éxito del viaje, hay dudas sobre la factibilidad comercial de la ruta abierta por el navío.

Préstamo del BID para Gas del Estado

Nueva York, 15—El Banco Interamericano de Desarrollo aprobó un préstamo de 20
millones de dolares la construcción de
un gasoducto en la Argentina, que unirá Neuquén con Bahía Blanca. La obra costará 39
millones de dólares, de los cuales la empresa
estatal Gas del Estado aportará el 40 por
ciento y el resto será cubierto por contratistas mediante créditos a largo plazo.

Lo de Dodero fue una broma

Buenos Aires, 15 — Fueron aportados nuevos detalles sobre la amenaza de extorsión y secuestro al abogado Diego E. Dodero. Informes de la Policía Federal estimaron que se trata de una broma.

La ex UCRP pide Gobierno Provisorio

Buenos Aires, 16 — Con la firma de Ricardo Balbín y Enrique Vanoli, los dirigentes de la disuelta Unión Cívica Radical del Pueblo dieron a conocer una declaración en la que se propone "un programa de bases mínimas o puntos de partida para la reorganización nacional". El documento reclama la formación de un Gobierno Provisional "por breve término", el que "debería encuadrarse —dicen— en la afirmación del federalismo y la democracia, la revisión de la política económica para llegar a una economía de abundancia, la revisión de la política social y educacional, la reorganización de los partidos políticos y la reforma electoral para reafirmar, en resumen, el principio de la soberanía popular".

Pombo reemplazará al Inti Peredo

La Paz, 16 — El comandante cubano Harry Villegas Pombo, lugarteniente de Ernesto Che Guevara, decidió asumir la jefatura de las guerrillas en Bolivia después de conocerse la muerte de Guido Inti Peredo.

Descontento obrero en Francia

Paris, 17—El Presidente Georges Pompidou advirtió que "será aplastado todo intento subversivo contra el Gobierno", al enterarse de que se intentaba canalizar el descontento obrero en un movimiento revolucionario.

Murió el patriarca de Venecia

Venecia, 17 — Murió a los 69 años de edad el Cardenal Giovanni Urbini, quien había quedado como patriarca de esta ciudad al ser electo Papa su antecesor, Juan XXIII.

Selpa condenado por agresiones

Buenos Aires, 17 — Dos años de prisión en suspenso le fueron aplicados al ex boxeador Andrés Selpa por la Cámara de Apelaciones, al ser confirmado un fallo del Juez Juan Carlos Bernaldo de Quirós. Selpa fue procesado por haber agredido a Florencio José Puente el 9 de mayo último.

Nuevo presidente de ELMA

Argentinas (ELMA) el contraalminante (RE)
Alberto José Oliver, a quien puso en funciones el Secretario de Transportes, ingeniero
Armando Ressia.

Una gracia de Nixon

Washington, 19 — Empeñado en un nuevo esfuerzo por insinuar a Hanoi que los Estados Unidos están dispuestos a disminuir la intensidad de la lucha en Vietnam, el Presidente Richard Nixon concedió la gracia a 50.000 hombres que iban a ingresar a las filas del Ejército.

El nuevo peso argentino

Buenos Aires, 19—"De acuerdo con lo establecido por la ley 18.188, del 15 de abril último, a más tardar el 1º de enero de 1970 el Banco Central de la República Argentina emitirá monedas y billetes sobre la base del peso, equivalente a cien pesos moneda nacional actuales." El Ministerio de Economía y Trabajo difundió este comunicado saliendo al paso de versiones que afirmaban lo contrario.

Los premios de la SIP

Nueva York, 19 — Los premios SIP-Mergenthaler para 1969 recayeron en tres periodistas argentinos. Uno de ellos, Pedro Raota, fotógrafo de Villaguay, lo obtuvo por segunda vez consecutiva. Los otros dos premiados son Juan B. Parrotti y Alberto P. A. Congnigni.

Murió Rex Ingram

Los Angeles, California, 19 — Víctima de un ataque cardíaco, ha fallecido a los 73 años Rex Ingram, veterano actor cinematográfico de color, famoso por su interpretación del Señor en Praderas verdes.

Ongaro declaró en Tribunales

Buenos Aires, 19 — El Juez Federal Miguel A. Inchausti recibió declaración como imputado (sin proceso) a Raimundo Ongaro, secretario general de la CGT de los Argentinos, en la causa en que se investigan la "instigación a cometer delitos y el atentado a la tranquilidad pública". Se efectuó en la alcaldía de Tribunales, de donde Ongaro fue devuelto a Caseros.

Ley cubana sobre secuestro de aviones

La Habana, 19—Promulgó el Gobierno una ley por la cual serán devueltos a
sus países de origen quienes secuestren aviones en el aire o en tierra. Habrá una excepción: cuando el Gobierno estime justificadas
a aquellas personas que "por motivos de orden político" se hayan visto en la necesidad
de utilizar esta vía "para eludir un real peligro de muerte o grave represión". La ley
cubana se aplicará por "apresar, sustraer o
apropiarse de una nave aérea o marítima, por
cualquier medio".

Vienen los astronautas de la Apolo XI

Buenos Aires, 19—Se anunció que a partir del 1º de octubre, y hasta el día 2, permanecerán en esta ciudad los astronautas de la Apolo XI. Argentina será uno de los 22 países y Buenos Aires una de las 24 ciudades que visitarán.

Nuevo Gobernador en Corrientes

Corrientes, 19 — El Ministro del Interior ungió como Gobernador de esta provincia a Adolfo F. Navajas Artaza, ex titular del Banco de Corrientes y de la sociedad Las Tres Marías, fuerte empresa yerbatera, productora de té y yerba Taragüí.

Fischer multado en 40 mil pesos

Buenos Aires, 19 — Aunque no prosperó el pedido de suspensión por 90 días, Rodolfo Fischer, delantero de San Lorenzo de Almagro, deberá pagar una multa de 40.000 pesos por pedido del director técnico Pedro Dellacha. La sanción fue motivada por su indisciplina en el adiestramiento y su falta de compañerismo cuando pidió a los gritos el reemplazo de su compañero Tojo en el último partido jugado contra River Plate.



Director - Editor: VICTORIO 1. S.

DALLE NOGARE

Publicación de la Editorial Primera Plana S. R. L. (Capital: \$ 10.000.000). Perú 367, Pisos 1°, 10, 12 y 13. Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 33-8576/70, 34-8018/10. Telegramas: Pripa Baires. Telex: 012-1999.

Miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas y Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidores - Capital Federal: Rubbo S. C. A., Garay 4226. Interior y Exterior: SADYE S. A., Belgrano 335. Impreso en los talleres gráficos Rotog-Arg S. A. I. C., Bolívar 1753, Buenos

Precios: \$ 150 por ejemplar. Número atrasado, \$ 200. En Uruguay: \$ 100 oro. En Paraguay: 90 guaraníes (vía aérea). Suscripciones: Argentina, \$ 7.000 por año; exterior, vía ordinaria, 30 dólares.

Prohibida la reproducción parcial o total. Hecho el depósito de ley. Registro Nacional de la Propiedad Inte-

lectual en tramite.

El personaje

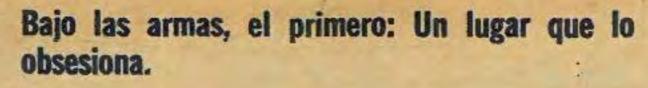


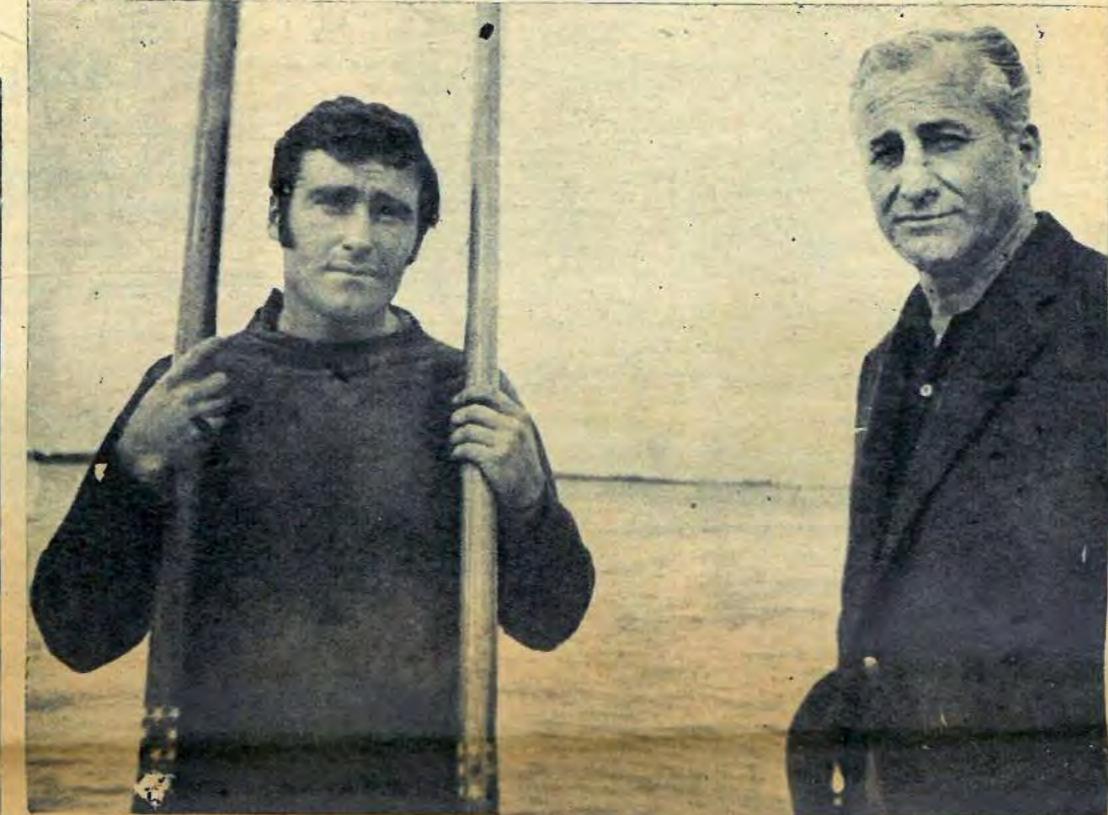
Madre y hermana: Defensora y fiscal.

Esta vez no se equivocó, como en México. Vencieron su estrategia y su aptitud. Aquí, enfundado en el traje de fajina, antes de iniciar uno de sus rutinarios entrenamientos.

DEMIDDE El triunfo de un solitario







Bajo las armas, el primero: Un lugar que lo Con Mario Roberts, el hombre que lo impulsó hasta la cima.

guas arriba, aguas abajo, junto a su Rosario de adopción, introvertido y solitario, parecía un monótono muñeco animado por una interminable cuerda invisible. Pero sólo él marcaba su propio ritmo: un vaivén pendular de piernas y brazos que trazaba, sobre el río, un curioso itinerario de la obstinación. Alberto Demiddi, con sus ojos inexpresivos, casi galvanizados, oficiaba su rito. Estaba sepultado en el silencio; ni una voz acuciaba su liturgia. No era un ídolo; su parquedad, su modestia, impedían que ese cuerpo tapizado de músculos se convirtiese en un molde de yeso, para proyectarse a la perpetuidad del mármol. Las muchedumbres no son amantes de la discreción: adoran a la exuberancia, al estallido que atruena y ensordece. Y Alberto Demiddi era sólo un monólogo. Todos los días, durante cinco horas, devanaba en el río su soledad, cercado por una idea fija: el campeonato europeo de un par de remos cortos.

Este atleta ejemplar, retraído y sin gestos —25 años, 1m 83, 81 kilos, hincha de Newell's Old Boys, sin hobbies, vocacionalmente masoquista ("Me trago broncas y alegrías, para vivirlas por dentro"), indolente autoconfeso en su adolescencia— partió, detrás de su obsesión. No hubo carteles ni estruendos en la despedida. Y el domingo 14 del actual en el lago Worther, Austria, ya sin soledad, encumbró su mordiente ambición y abatió, en la final, a quienes en los Juegos Olímpicos de México, en 1968, por una táctica equivocada, por un descuido, lo habían relegado al tercer puesto. El alemán Jochen Meissner, segundo en México, quedó tercero en Austria; el holandés Jan Wienese, primero en la capital azteca, ocupó, demolido, el sexto lugar.

Alberto Demiddi no era un rencoroso, pero se sentía vengado. El remo argentino, sin figuras, blando, era enaltecido por un ejemplo de sacrificio, de conmovedora perseverancia: el triunfo resonante de su hijo ya dilecto, ese monótono muñeco de rostro impávido, sacerdote casi supremo del sufrimiento. Rosario, capital espiritual de Demiddi, recibió la victoria sin ruidosas eclosiones. El remo, concretamente, no está destinado a padecer las conmociones del fútbol aunque el sábado pasado una concurrencia entusiasta hava recibido al atleta a su llegada a Ezeiza.

Hacia el Oeste, a seis kilómetros del centro rosarino, entre pozos y zanjas, en el número 6893 de la calle White —unos números pintados a mano sobre una lata—, sobrevive, desde hace veinticinco años, seca, desnuda, sin revocar, la casa de los Demiddi. Eran las 11 del domingo 14 del actual y la noticia del éxito de Alberto había llegado cinco horas antes. Con un batón oscuro, con su pelo blanco, Sara Gabay, su madre, sintetizaba radiográficamente: "Albertito es un chico como cualquier otro, absolutamente normal; fue muy buen estudiante, tiene mucha sensibilidad para el dibujo y la música, y es un trabajador ejemplar". Los ojos profundos de Liliana Ruth, 18, hermana del remero, parecen chisporrotear; no han aprendido, aún, la lección de la discreción. "No -segrega-, no es tan bueno como lo pinta mamá; Alberto tiene un genio de los mil demonios. Siempre quiere que se haga lo que a él se le ocurre." Doña Sara se ofusca: "Sos una exagerada; es cierto que es un poco retraído, pero tiene una gran verdad: su decencia". El desacuerdo no muere. Dos edades, dos ángulos, una tolerancia ya anciana, un ímpetu juvenil se enfrentan: "A los 13 años —confiesa la madre—, Albertito quería hacer historietas; dibujaba muy bien". La radiografía vuelve a velarse: "Dibuja bien - resigna Liliana Ruth-, pero copia; es incapaz de crear algo o de, por lo menos, ver algo y tratar de interpretarlo". La implacabilidad de Liliana Ruth es inesperada en esa hora del éxito, pero tiene un secreto: aún está fastidiada por una pelea que sostuvo con Alberto antes de irse a Austria: "Sí -confía—, él se empeñó en ver la serie «Los invasores» y a mí me impidió ver un programa de modas." El carácter fuerte de Alberto Demiddi ha ingresado, ya, al pririmonio familiar.

Alberto llegó a Rosario a los cuatro años de edad -nació en Buenos Aires, en el hospital Rivadavia, el 11 de abril de 1944— y su padre, también Alberto, 64, le trasmitió su pasión acuática. Don Alberto, un italiano consagrado en su país, a los 19 años, campeón de natación del Tiber, fue contratado como entrenador por el Club de Regatas Rosario. Allí quiso trasferirle su dedicación, pero Don Alberto y Alberto parecian vaciados en el mismo molde: "Su padres

-- informa doña Sara, ya sin desmentidas de Liliana Ruth— es intransigente; chocó con el carácter de Albertito, muy rebelde también, y lo echó del club".

La preocupación materna se explica: acostumbrada a tenerlo a su lado hasta los veintidos años, no ve hoy, casi nunca, a su hijo. Aparte de las épocas en que compite fuera del terruño, Alberto trabaja de 7 a 13.30 en el Banco Municipal de Rosario -27.000 pesos mensuales de sueldo— y por la tarde se entrena durante cuatro o cinco horas, para llegar agotado a su casa a la hora de la comida. Todos los días, enhorquetado en una destartalada bicicleta Peugeot, cubre 20 kilómetros para cumplir con sus tareas bancarias.

Cuando la acidez de Don Alberto —38.000 pesos mensuales por entrenar nadadores— embistió a la intolerancia de Alberto, surgió Mario Roberts, un hacedor de remeros. A sus manos pasó el último vencedor del lago Worther. Había una levadura propicia. Lo pulió, lo aconsejó, lo guió y lo trasformó en un triunfador. Su biografía es muy conocida: fue siete veces campeón argentino; tres, sudamericano; una, panamericano; dos, rioplatense; cuarto en los Juegos Olímpicos de 1964; tercero en los de 1968; segundo en Henley, 1964; también segundo en Lucerna, Suiza, en 1967. Desde los diecisiete años, cuando Roberts lo trasvasó de las piletas a los botes, Alberto Demiddi supo que sólo una cosa podía trasladarlo hacia el éxito: la entrega total. Los vencedores no se elaboran mágicamente.

Liliana Ruth regresa al diálogo, pero ya sin oposiciones: "Alberto tuvo esta vez mucha suerte; el Comité Olímpico le facilitó el viaje; el banco le dio dos meses de licencia, y el club le compró, en Suiza, por 300.000 pesos, el bote con el que ganó la prueba".

A poco de triunfar en el lago Worther, la cara inmutable de Alberto Demiddi fue invadida por una sonrisa. Era la máxima concesión que su tenaz reserva podía otorgarle a la victoria. Levantó, además, sus brazos; con ellos pareció rodear al río de su soledad y de su silencio. El campeón ya hacía años que había nacido; allí, en Austria, se gestaba un ídolo, mal que le pesara a Alberto Demiddi, padre, y a Liliana Ruth. \ominus Alberto Laya

PERISCOPIO Nº 1 - 23/IX/69

El Coronel Chretien es el Nuevo Interventor en Cipolletti. Renunció el Ministro de Gobierno



CIPOLLETTI — En horas de la mañana de ayer, el Ejército tomó a su cargo la intervención en Cipolletti, en la persona del segundo comandante de la VI Brigada de Infantería de Montaña, coronel Mario F. Chretien, tras lo cual la ciudad volvió a la normalidad. El excomisionado, doctor Salto, estuvo en la comuna, siendo aclamado por numerosas personas. Renunció el ministro de Gobierno, doctor Rolando Bonacchi. (Información págs. 11, 14 y 24).



"Yo estaba en Neuquén cuando me informaron que habían llegado de Viedma cinco personas a exigirme la renuncia. Subí al auto y fui a ver qué pasaba."

GPOLLETTE

por Julio Landívar

LA MANZANA DE LA DISCORDIA





Figueroa Bunge, en Neuquén: Una consulta con la almohada.



El miércoles, de regreso de su ostracismo, Salto abraza a su mujer: Cómo me quiere el pueblo.

entro de una semana, los 35.000 habitantes de Cipolletti celebrarán el 66º aniversario de la ciudad, cuyo nombre honra al ingeniero César Cipolletti, constructor del cercano Dique Cordero; acaso celebren, también, una victoria cívica. Al menos, hasta el viernes último, no sólo habían trasladado su presencia a los diarios nacionales y a las estaciones de televisión; acababan de lograr, además, que las autoridades provinciales desistieran de nombrar un Intendente en reemplazo de Julio Dante Salto, el cirujano que administró la Municipalidad en los últimos seis años.

Esos seis años fueron puestos a prueba en seis días, durante los cuales Cipolletti albergó a cinco Alcaldes: desde Salto al coronel Mario Fernando Chretien, segundo comandante de la VI Brigada de Infanteria de Montaña (con base en Neuquén), quien asumió el miércoles, entre las aclamaciones de los pobladores. Esa bienvenida se extendía más tarde, cuando el coronel Chretien dijo a los periodistas que el nuevo Comisionado "será un interventor militar".

La historia de esos seis días es fácil de resumir, aunque todavía asombra a los lugareños: ni los más viejos recuerdan episodios similares, ni el carácter de la ciudad —burguesa, próspera, serena— permite imaginar que alli ocurrieron. El Gobierno de Río Negro despidió a Salto, los habitantes expulsaron a su sucesor, resistieron a un tercer Intendente, y sólo bajaron la guardia —como si estuvieran juramentados para suscitar esa instancia— después de que el Ejército tomó a su cargo la Municipalidad, en las personas de tres oficiales desarmados.

La Reina del Valle

Cipolletti se alza a 570 kilómetros al Oeste de Viedma, capital de la provincia, sobre la margen derecha del río Neuquén, a 2 km de su confluencia con el Limay y a 1.500 metros del río Negro. Menos de 1.200 km la separan de Buenos Aires y apenas 6 de Neuquén, a la cual se accede por un puente. Esa proximidad, el intenso trabajo de chacra (principal cultivo: la manzana) y los vastos obrajes madereros transformaron a Cipolletti en líder económico del ubérrimo valle. Así, ha desplazado a General Roca.

La pavimentación total de la ruta a Bariloche, a cuya vera está Cipolletti, rinde ahora ganancias extras a la ciudad: ese camino acrecentó el turismo y el transporte de cargas, y los viajeros ya no encuentran, como antes, albergue seguro en Neuquén; se detienen entonces en Cipolletti, desdeñando General Roca. Obviamente, los roquenses no gozan con el progreso de su antigua hermana menor, que la iguala en número de habitantes y la supera, por el doble, en vasijas vinarias. Más aún: el motivo oficial de la cesantía de Salto fue su oposición al trazado de una carretera más corta a Bariloche, que saldría de General Roca sin tocar Cipolletti.

Con todo, el avance se acentuó hace un lustro; la ciudad debió ensancharse: consta hoy de unas 150 - ¡cuándo no! - manzanas. Y hasta tuvo que instaurar la mano única en las calles, una exigencia formulada por la incesante apertura de arterias y la magnitud del tránsito: 8.000 automóviles modernos y lujosos circulan en Cipolletti, cifra inusitada. El presupuesto 1969 de la Municipalidad asciende a 283.840.000 pesos, de los cuales 144 millones sufragarán obras y servicios públicos.

Esta opulencia contrasta con el modus vivendi, re-

catado, de los cipoleños, tal vez porque la mayoría de sus habitantes cumple la segunda generación en la zona y no escatima horas ni cuidados al afianzamiento de sus bienes. Las tertulias sociales escasean, falta el tradicional Club de nuestras ciudades.

La población masculina sobrepasa con holgura a la femenina: es que las mujeres van a los colegios de Buenos Aires y los muchachos se quedan para ayudar en las faenas agrícolas. "La tierra es pródiga, pero hay que regarla y eso da mucho trabajo", repiten los cipoleños. Su día consiste en un madrugón (inclusive los domingos, si es necesario), la mañana y la tarde dedicadas a sus labores, y una siesta inexpugnable. Contribuyentes puntuales, se enorgullecen de la limpieza de la villa, con sus casas de paredes blancas y sus edificios de varios pisos.

Quien se lleva las palmas es el Torino, una torre de doce plantas, de departamentos, que se yergue frente a la Municipalidad. "Fijese que su sombra cobija a la Intendencia", alardea Carlos Zoppi, autor del Torino y uno de los más emprendedores cipoleños; también, un acérrimo defensor de Salto: él le organizó una gigantesca recepción —500 autos, 10.000 personas—, cuando el Alcalde volvió de Buenos Aires, en los comienzos de setiembre. El centro comercial de Cipolletti abunda en negocios que venden repuestos para tractores y coches; los bares y confiterías brillan por su ausencia (los pocos que funcionan suelen estar vacíos; un whisky: 200 pesos); las tiendas son contadas y pequeñas, sin variedad de ropa; la afluencia de automóviles particulares redujo los taxis a su mínima expresión.

Julio Dante Salto (55, diez hijos) es un cipoleño típico, como que no nació en Río Negro. Oriundo de Mercedes, provincia de Buenos Aires, vive desde chico en la Capital Federal, donde estudia Medicina. Con el título bajo el brazo, ingresa en el Ejército hacia 1941; nueve años después, ya en retiro (su último grado: mayor), se instala en Cipolletti, tras desplazarse por algunas localidades de La Pampa. "Traté de embarcarme en una aventura, pero me falló", dice Salto: la metáfora describe su tentativa de hacerse una fortuna en el Sur.

"Nunca lo consegui, siempre me faltaban 50 centavos para el peso. Sin embargo, tres veces fui millonario y otras tantas dejé de serlo", recuerda. Está frente a mí, en el consultorio de su casa en Sáenz Peña 56, y sonrie sin pausa; un cigarrillo rubio, que a veces deja en el cenicero para jugar con la punta de su bigote, le baila entre los dedos. "En tres años, nada más que en tres años, hice 1.864 operaciones", añade. En verdad, su fama de profesional lo ha dotado de una clientela voluminosa.

Empezó a ganarla al fundar, en Cipolletti, el Sanatorio Río Negro, un establecimiento que devoró a su dueño la mayor parte del tiempo; el resto lo dividió entre una clínica de Neuquén y la política.

Afiliado a la UCRI de Frondizi, disputó la Intendencia de Cipolletti, en las elecciones generales de del Alcalde de Cipolletti. Tras la renuncia de Lanari, 1963, al peronismo y a la UCRP. Como vencieron los peronistas, las otras dos fuerzas se aliaron: aún así, Salto se adueñó de la Comuna por mil votos apenas. El Gobernador Lanari, en 1966, lo mantuvo en el puesto: ya entonces Salto era tan popular como lo es hoy, cuando centenares de cipoleños se congregan delante de su casa para que él salga a estrecharles las manos, a saludarlos con los brazos en alto.

"Gracias, muchas gracias. Lamento no poder hablar. Estoy afónico. Mañana, quizá." Una anciana aconseja a Salto. "Cuidese, doctor. Haga buches con



Coronel Chretien: El Ejército, la "ultima ratio".

bicarbonato, que es un buen remedio". Otra se acerca a él de rodillas, mientras la multitud le abre paso. es una promesa que ha formulado a la Virgen para que el cirujano sea devuelto a la Intendencia. "La gente no viene acá por el funcionario. ¡Quieren al hombre!", me explica Salto, con demagogia.

Es posible. Pero cuando se le pregunta a los cipoleños, enumeran las obras de Salto: los Centros Asistenciales que implantó en cada barrio ("porque el Hospital Regional no cubria todas las necesidades y cada persona debía esperar más de diez horas para que la atendieran", informa Salto); la Guardería Infantil, el tendido de 14.000 metros de cañerías para transportar agua potable, la licitación de 1.000 viviendas según el plan VEA, los once Centros Comunitarios. Estos Centros delegaban un representante para integrar el Consejo Asesor Vecinal, una institución creada por Salto antes de 1966.

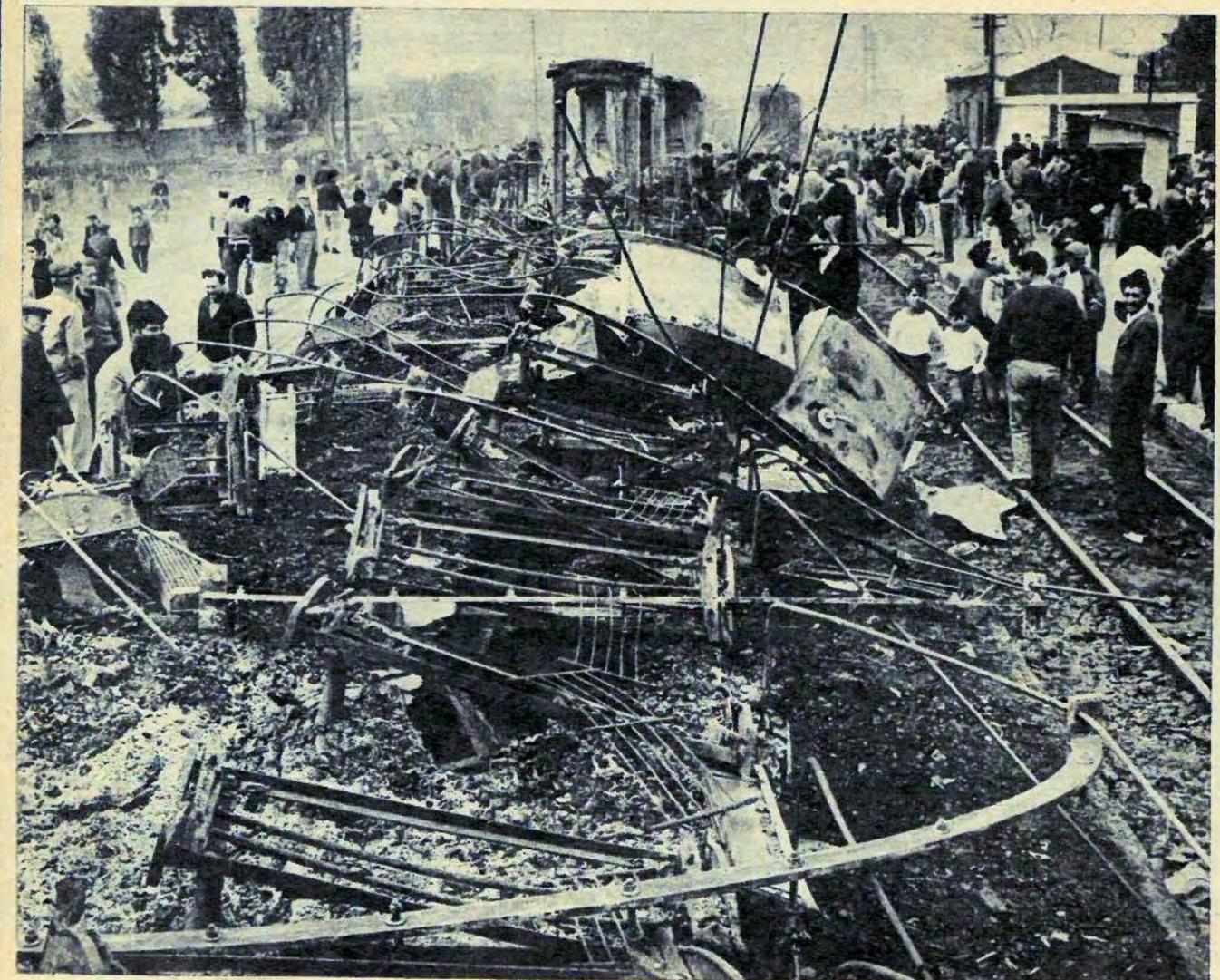
"Como Salto hacía obras, desencadenó las iras de la provincia", opina Enrique Grisante, miembro del Consejo y uno de los máximos productores del Valle. El mismo apoyo, la misma consideración surgen de cada vecino. Miguel Casali, que agasajó a los periodistas llegados de Buenos Aires con un asado gigante (diez corderos, treinta kilos de achuras, quince cajones de vino), discurseaba: "Nosotros luchamos por un ideal". Enrique Oliva, un mendocino que rigió la Universidad de Neuquén y hoy administra su Parvas Hotel, en esa ciudad, asiló a Salto cuando la Policía de Cipolletti amenazaba con arrestarlo.

El ex Intendente prefiere los datos humanos: "Las causas de mi destitución son mi gran cariño por esta ciudad y sus pobladores". Admite, claro está, que también influyó su juicio adverso a la construcción de una ruta "que acercaría General Roca a Bariloche pero que hundiría a todo el Alto Valle". "Proyectan invertir 1.000 millones, ¡sólo para enripiarla! -se queja-. Y sostuvieron que hubo alzamiento contra el Gobierno por una frase que pronuncié: «El camino es un desatino»".

Si esa única frase rimada sirvió para condenar a Salto, no parece razón suficiente. Algo es cierto: el cambio de Gobernador, en Viedma, selló la suerte su Ministro de Obras y Servicios Públicos, ingeniero Juan Antonio Figueroa Bunge (66), prestó juramento el 21 de agosto. Una semana después quedaba resuelta la salida de Salto.

El 2 de setiembre, un emisario del Ministro de Gobierno se presentó en la farmacia de José Sánchez, en Cipolletti. "El doctor [Rolando] Bonacchi lo espera esta tarde, en su estudio de General Roca", dijo el visitante. Sánchez (45, cuatro hijos) se devanó los sesos en busca de una explicación para la convocatoria. Continúa en la página 82

PERISCOPIO Nº 1 - 23/IX/69



Empalme Granaderos: Veinte vagones incendiados.

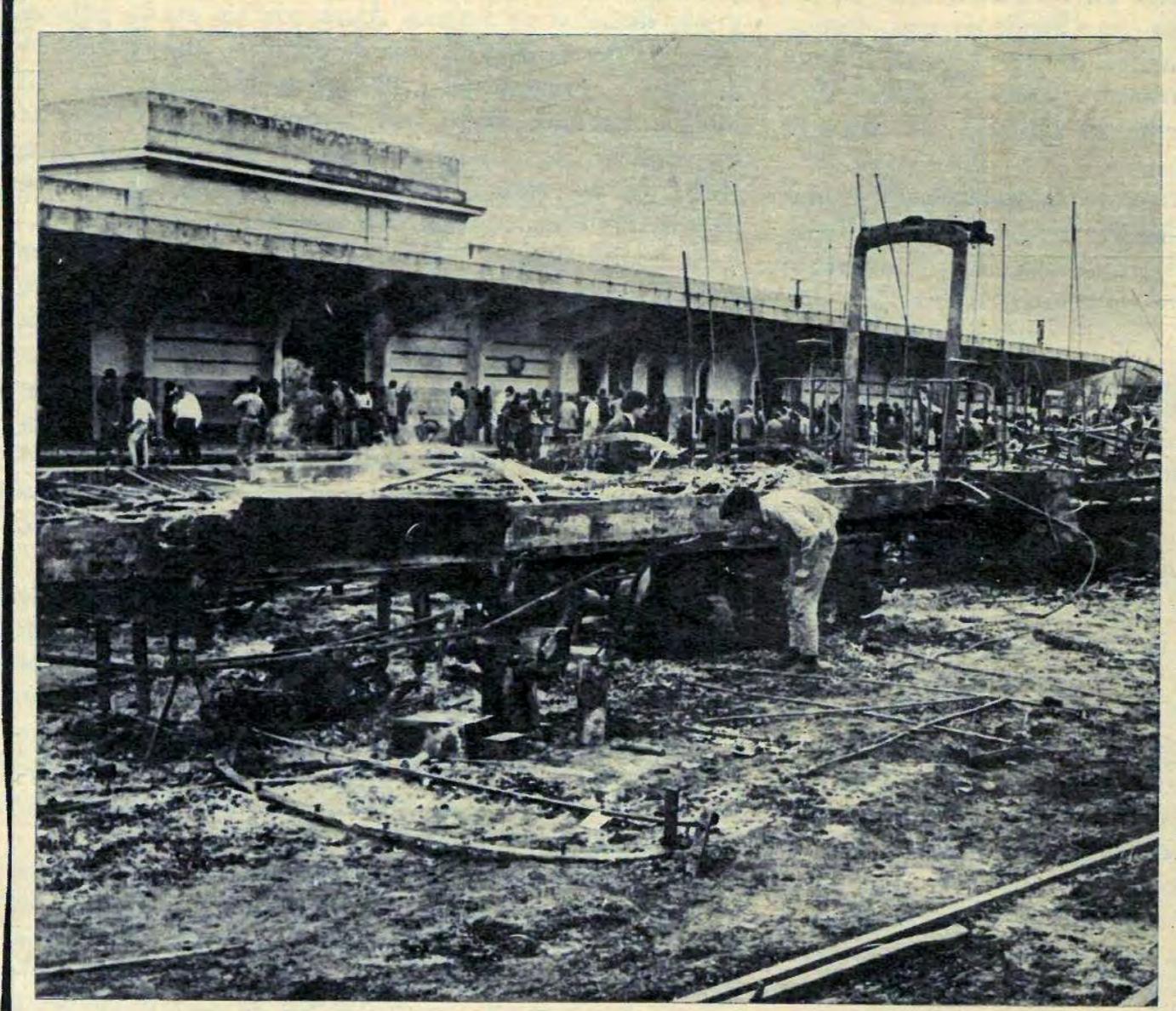




Las llamas consumen una fábrica de Empalme Granaderos.



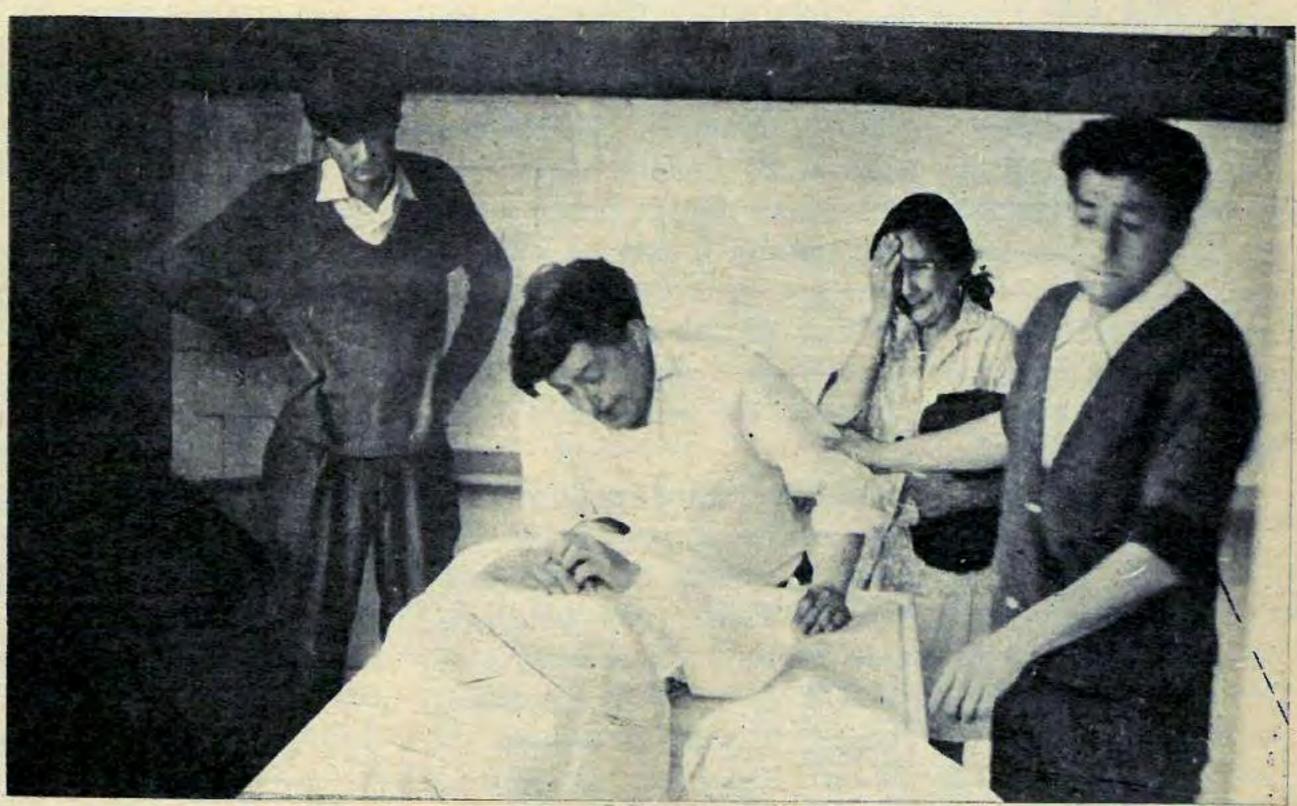
En Córdoba, Gobierno y pueblo optaron por la cordura.



Estación Rosario Deste: Los restos de un convoy.



Rosario: Sospechosos detenidos por el Ejército.



Uno de los tres muertos: Rubén A. Barrios, 12 años.

CAUTELA Y VANDALISMO

I Gobernador de Córdoba recibió a los periodis-tas en su despacho el miércoles por la tarde. Enumeró: "Algunas escaramuzas, un par de heridos leves y un centenar de detenidos" (casi todos saldrían en libertad el día siguiente). El comodoro Roberto Huerta sonrió, evidentemente aliviado.

Su colega santafecino, en cambio, no podía con sus nervios la mañana del jueves, cuando ofreció una conferencia de prensa en la Jefatura de Policía de Rosario. A esa hora, en la zona de Sorrento, efectivos militares cambiaban disparos con una manifestación de obreros. El contraalmirante Eladio Modesto Vázquez insistía: no era cierto —como escribieron algunos diarios— que el Ejército controlase el orden en la ciudad; simplemente, había "suplantado a la Gendarmería en la custodia de objetivos ferroviarios".

Ambas actitudes correspondían a situaciones muy distintas. En Rosario, el paro de los ferrocarriles —días 16, 17 y 18— degeneró en actos de vandalismo; en Córdoba, prevaleció la cordura. Esto significa lo contrario de lo que podría suponerse a primera vista: las manifestaciones de protesta más impresionantes son las que no recurren a la violencia.

El sabotaje, el terrorismo, no derriban a ningún Gobierno: son prácticas de que se sirven los grupos minoritarios para intimidar a la población indecisa. En algunos casos, se procura cobrarle víctimas para que, movida por el furor, se preste irracionalmente

a la acción subversiva.

Las refriegas de Rosario dejaron tres muertos —un ama de casa, un niño, un joven, todos ellos ajenos a los hechos— y nueve heridos, según cifras oficiales. Paula M. de García, 51 años, recibió un proyectil en el patio de su propia casa y falleció cuando la conducían al hospital. Rubén A. Barrios, 12 años, fue baleado desde un automóvil: el homicida, que perdió la cabeza al verse bloqueado por los manifestantes, está detenido. El cadáver de Juan Carlos Ghiggeri, 22 años, ha sido encontrado bajo un puente, por donde paseaba con su novia: una ráfaga de ametralladora segó su despreocupada juventud.

En las dos ciudades, la fuerza policial ha sido administrada con tino: se comprendió que el "cordobazo" del 30 de mayo fue, en buena parte, la consecuencia de una represión ciega. Sin embargo, en Rosario las fuerzas del orden se vieron desbordadas y se hizo necesario sacar el Ejército a la calle. Algo más: los daños no han sido justipreciados, pero se los estima entre 1.000 y 3.000 millones de pesos. No es probable que esto aproveche a nadie.

La batalla del riel

El gremio ferroviario no se distingue por una tradición combativa, a pesar de sus grandes huelgas del 47 contra Perón, del 58 y el 61 contra Frondizi, quien pretendió racionalizar la empresa y enjugar su vituperado déficit conforme al método prescripto por el Plan Larkin (del nombre de un general norteamericano que fue contratado con ese fin).

La actual conducción de EFA, a cargo del general Juan Carlos Demarchi, insistió con las cesantías y rebajas de categorías, lo cual condujo al enfrentamiento de abril 1967. La Fraternidad, que agrupa al personal de locomotoras, no fue demasiado afectada, y tanto sus dirigentes de aquel momento (Angel Bono, socialdemócrata), como los de ahora (Cesáreo Melgarejo, peronista), optaron por una defensa "blanda". La Unión Ferroviaria, en cambio, debió ser intervenida, misión encargada al coronel Carlos Miranda Naón, y sus adherentes respondieron con escasa convicción a las incitaciones del núcleo desplazado (Antonio Scipione, radical; Víctor Vázquez, comunista, y Lorenzo Pepe, peronista).

El miércoles pasado, cuando se expidió la nueva ley de ferrocarriles (18360), que permitirá manejarlos con una filosofía empresaria moderna -sin privatizarlos, como se hizo creer con manifiesto propósito de agitación—, los suspicaces pudieron pensar que el gremio había sido deliberadamente provocado, para imponerle nuevas condiciones de trabajo bajo el rigor de la Ley de Defensa Civil, aplicada por primera vez desde su promulgación.

Es difícil creerlo: la ocasión era la menos propicia. La semana anterior, durante los actos en memoria del estudiante cordobés Santiago Pampillón (asesinado el 12 de setiembre de 1966), se había apreciado una clara disposición del movimiento obrero a conjugar su acción con el movimiento estudiantil. Ese curso era evidente desde el 27 de agosto, cuando la CCT de los Argentinos, inspirada desde la cárcel por Rai-

mundo Ongaro, sensibilizó ambos sectores con un paro de 24 horas, débil demostración de fuerza que, sin embargo, desataría sobre sus participantes las previsibles sanciones. Scipione, jefe de la llamada Unión Ferroviaria "en la resistencia", a la que representa en el comité confederal de Ongaro, obtuvo entonces una discreta adhesión de su gremio.

El nuevo conflicto estalló, precisamente, cuando EFA intentaba punir a los huelguistas del 27 de agosto. Un delegado de la seccional Rosario, Mario Horat, se negó a notificarse del apercibimiento que se le imponía; el apercibimiento se convirtió en suspensión; el personal improvisó una huelga de brazos caídos y las suspensiones se multiplicaron. La tesonera escalada de ambas partes remataba, el martes 9, en una huelga de 72 horas que se extendió a todos los ramales del Ferrocarril Mitre. Scipione, en la clandestinidad, declaraba un segundo paro de 72 horas, que amenazaba prolongarse aun más. Fue necesario que el Gobierno

La entrevista del Presidente Onganía con el líder de La Fraternidad, Cesáreo Melgarejo, celebrada la noche del miércoles en Olivos, parece indicar que aun existe materia de negociación. El personal de locomotoras es reducido, pero la importancia de sus funciones hace que no se pueda paralizar la red ferroviaria sin su intervención: los militantes de la UF no solían olvidarlo.

decretase la convocatoria del gremio.

Rosario de noche

Un lejano y quejoso zumbido de motores quebró el holgorio con que los habitantes de Alberdi —un barrio norteño del ejido rosarino— festejaban la retirada de la policía. Por el Boulevar Rondeau, 200 conscriptos, en una docena de camiones, se aferraban a sus armas con la esperanza de no verse en el caso de usarlas. Infantería, artillería, ingenieros, fuerza logística, venían, al mando del coronel Juan Carlos Duret, a preservar el orden. La población se guareció detrás de portales y ventanas, hostigando a las tropas vestidas de fajina, temerosas, friolentas. Los insultos, las frutas podridas, las pedradas, alternaban con las potentes voces de mando, empeñadas en mantener el temple militar.

La oscuridad era total: dos horas antes, el comité de resistencia del barrio, que surgió durante las quemazones, había cortado los cables de energía. El fuego de las barricadas fue el único candil. Un grupo de muchachos abandonó su parapeto y amenazó a la columna, pero fue rodeado por los conscriptos: aprehendidos, debieron caminar con las manos en la nuca, destruyendo y apartando los escombros que impedían el paso.

Las balas salpicaban la acera, los techos, cuando el pueblo rosarino conoció el comunicado Nº 1, suscripto por el general de brigada Herberto Antonio Róbinson, segundo comandante y jefe del estado mayor del II Cuerpo de Ejército, con asiento en la ciudad. "Las tropas abrirán fuego sin previo aviso", advertía. Los más feroces sindicalistas aconsejaron una cálida acogida al Ejército.

Claro que había un plan: gente de la ccr dibujó ante el enviado especial de Periscopio los objetivos que se proponía ocupar. Esa estrategia, irreal en los barrios, cautivaba a los dirigentes de 33 organizaciones sindicales, cuyos titulares se habían juramentado para un plazo de 38 horas, a partir de las 10 del martes.

Regimentadas con brazaletes amarillos, siete columnas de trabajadores se encaminaron hacia el centro. Se calcula que el número de manifestantes llegaba a 20.000 almas. "¿La movilización? Está prevista." Fue así cómo esa multitud chocó en seguida con los 1.500 policías que les cerraban el camino a una cuadra de la calle Córdoba, donde conviven la CGT y el Comando del II Cuerpo. La policía lanzó 700 bombas de gas, pero no pudo dispersar a la hidra sindical.

Allí estalló la tempestad. En las esquinas ardieron los colectivos, ómnibus y trolebuses que todavía circulaban. Comenzó, después, la pedrea contra los negocios, que cerraron sus puertas y desalojaron a sus empleados. Al caer la noche, la llamarada invadía los barrios populares: Arroyito, Alberdi, Sorrento, Saladillo, La Tablada, Villa Manuelita. Era el momento de atacar los objetivos "gordos": los grandes establecimientos industriales —de capital extranjero, en su mayor parte— fueron asediados por hombres, mujeres y niños.

Después de un tenso descanso, las acciones continuaron al día siguiente. En distintos puntos de la ciudad, se observaban oscuras humaredas, tras las cuales

los chiquillos disputaban unos trofeos de guerra: señales de ferrocarril, sillones, estantes. 800 chaqueños ambulaban en demanda de alojamiento: su tren, de once vagones, fue incendiado a menos de 5 minutos de Empalme Graneros, donde resultaron vanos los esfuerzos policiales.

No faltó el buen humor. Huyendo del incendio, la gente partió con patos, palomas, monos y hasta osos hormigueros bajo el brazo. En Saladillo, un grupo juvenil tomó a fuerza de garrotazos el Corralón Municipal, donde robó 35 caballos.

Pero el tiroteo continuaba. Por todos lados "las pirañas" —motes puestos a los chicos menores de 15 años, que destrozan todo— se concertaban para hostigar a la policía o elevar la temperatura de la acción.

Las barricadas se multiplicaban. Individuos que nunca habían manejado una pistola se ensayaban en disparar contra los faroles: el estruendo los entusiasmaba. Un grupo desmontó las señales ferroviarias; les ató un cable; se zarandeaba al compás de un "sí, sí, sí, sí", remedo del best seller televisivo de Roberto Galán.

La inconsciencia colectiva vedaba cualquier ilusión de gesta revolucionaria. Aún más deprimente era la sensación de triunfo que embargaba a los animadores de la asonada. "La experiencia obtenida en esta lucha —alardeó uno de ellos en Empalme Graneros— abre el camino a la Revolución: ya sabemos cómo incendiar un ómnibus, un tren o una fábrica. La policía no es problema para nosotros." Tenía las manos tiznadas: acababa de arrasar una cabina de cambios que había permanecido en pie.

Un tren procedente de Resistencia fue incendiado al llegar a Rosario: sus 650 pasajeron huyeron despavoridos. Las llamas consumieron un centenar de vehículos, media docena de estaciones ferroviarias, casi un centenar de cabinas, señales y depósitos; seis grandes fábricas no volverán a trabajar en mucho tiempo; negocios, casas y edificios públicos se han convertido en escombros.

Luz en Córdoba

En julio, cuando el comodoro Huerta fue enviado a Córdoba, la rebelde, pudo pensar que ese nombramiento era una maldición gitana, casi un castigo. Pero, evidentemente, la primera embestida del minotauro ni siquiera lo hizo trastabillar. "No es tan fiero como lo pintan", declara.

El homenaje a Pampillón, el viernes 12, había envalentonado a los estudiantes: la ceremonia concitó a cerca de 4.000 jóvenes. La policía los dejó hacer, hasta el momento en que avanzaron sobre la Jefatura: entonces, las nubes de gases y las vidrieras rotas presagiaron una repetición del 30 de mayo.

El miércoles pasado, en cambio, el aparato preventivo montado por el Gobierno dio cuenta del desafío, y los intentos de erigir barricadas, de incendiar autobuses, fueron conjurados por los propios manifestantes cuya condición obrera se traducía en una porfiada cautela. Los estudiantes extremistas sintieron su soledad.

El frente opositor no se ha derrumbado en Córdoba, pero la conducción sindical parece aleccionada por la experiencia, antes que por los devaneos populistas del Gobernador Huerta, cuyos voceros señalan que está autorizado a resolver "según criterio local". Los cordobeses opinan, desde luego, que la verticalidad del poder no le consiente una conducta autónoma.

Aun así, antes del paro hubo una entrevista con los dirigentes gremiales: lo confesó el Ministro Oviedo Jocou. "Sólo se habló del problema Fiat ---dijo el Ministro—; no hicimos ningún pacto; un Gobierno no puede pactar". Esto era para desmentir la versión de que el Gobierno había negociado con los dirigentes para que hicieran el paro sin amagar la subversión.

La inactividad fue total. Huerta lo reconoció así, como lo hiciera anteriormente el general Jorge Raúl Carcagno al calificar un paro como "todo un éxito". Por eso sonreía: el pacifismo cordobés, en contraste con la iracundia rosarina, valorizaba sus acciones ante el Ejecutivo Nacional.

Aparentemente, Córdoba se libró del vandalismo para adoptar la cautela; es un proceso que Rosario, tal vez, no tardará en imitar. El repudio a la subversión constituye por sí mismo una toma de conciencia. Los argentinos quieren orden, artículo de primera necesidad en la vida de una nación; reclaman, por cierto, un orden nuevo, porque el otro murió de muerte natural; pero en estos años han aprendido también

que el orden reside en la ley, la lev verdadera, que

sólo emana del pueblo.

"Pensé en tantas cosas que ya no me acuerdo de ninguna", confiesa ahora.

—Almorcé, dormí un par de horas, saqué el auto y me fui a Roca. Como usted sabe, el Ministro es de allí. Hablamos de muchos temas, entre ellos, de Cipolletti, y de pronto, a boca de jarro, me ofreció la Intendencia. Le contesté que estaba ocupada y me confió que el Gobernador estaba decidido a eliminar al doctor Salto porque causaba muchos problemas. Le pedí que me esperara un par de días para contestarle. El 4, era un jueves, le mandé un telegrama colacionado: "Declino ofrecimiento".

Los cipoleños, sin embargo, recelan de Sánchez: suponen que aceptó el cargo, para rechazarlo no bien advirtió que la comunidad iba a respaldar a Salto. El inmaculado frente de su botica fue el blanco de una decena de bombas de aceite y de alquitrán. Sin embargo, no sólo a él sondeó Bonacchi: otras doce personalidades también recibieron la invitación para sustituir al cirujano, y la rechazaron.

Los cuatro Intendentes

El mismo jueves 4, la Cámara de Industria y Comercio sugirió el cierre de los negocios en señal de apoyo al Alcalde: la orden fue acatada; tampoco se dictaron clases en las escuelas, porque los alumnos faltaron. Sólo los Bancos y algunas oficinas públicas abrieron sus puertas. Entre tanto, Salto se hallaba en Buenos Aires; a su regreso, el 5, una muchedumbre lo aguardó en el Aeroparque de Neuquén.

El Ministro Bonacchi desmentía, el 6, que él hubiese ofrecido el cargo. Pero esas seguridades duraron poco: el viernes 12, a mediodía, se asomaba a Cipolletti el sucesor de Salto, Domingo Daruiz, un escribano designado Interventor (Decreto 721/69). Junto a él, en el mismo Torino, viajaban el Ministro de Gobierno; el Subsecretario, Jorge Murad; el Jefe de Policía de Río Negro, comandante mayor retirado Antonio Aller, y un amigo de Daruiz, Enrique Gaetán. He aquí el relato del ex Alcalde:

—Yo estaba en Neuquén, tomando fotos del desfile por el aniversario de esa ciudad, cuando me informaron que habían llegado de Viedma cinco personas
a exigirme la renuncia. Subí al auto y fui a ver qué
pasaba. Al entrar a la Municipalidad, ellos se pusieron de pie. Me alcanzaron un acta, después que uno
de ellos la leyó en voz alta, para que me cerciorara de
su autenticidad, de la que por supuesto nunca dudé.
Intenté ganar tiempo, porque sabía que ni bien la
radio anunciara que venían a destituirme, el pueblo
saldría a la calle. Pero había que avisarles y nosotros
estábamos encerrados. Llamé a mi secretario, excusándome de que no podía leer, y le pedí que me trajera
los anteojos. El muchacho entendió la contraseña y,
desde la oficina de al lado, llamó a la radio.

El propio director de LU 19 La Voz del Comahue, Eduardo Beetles (32), dio la voz de alarma. El sol caía a plomo; por las calles apenas si se veía movimiento. Una radio solitaria, como el graznido de un pájaro en una selva, sonaba desde lejos. De pronto, pareció que un eco la repetía, y las calles empezaron

a llenarse de rostros indignados.

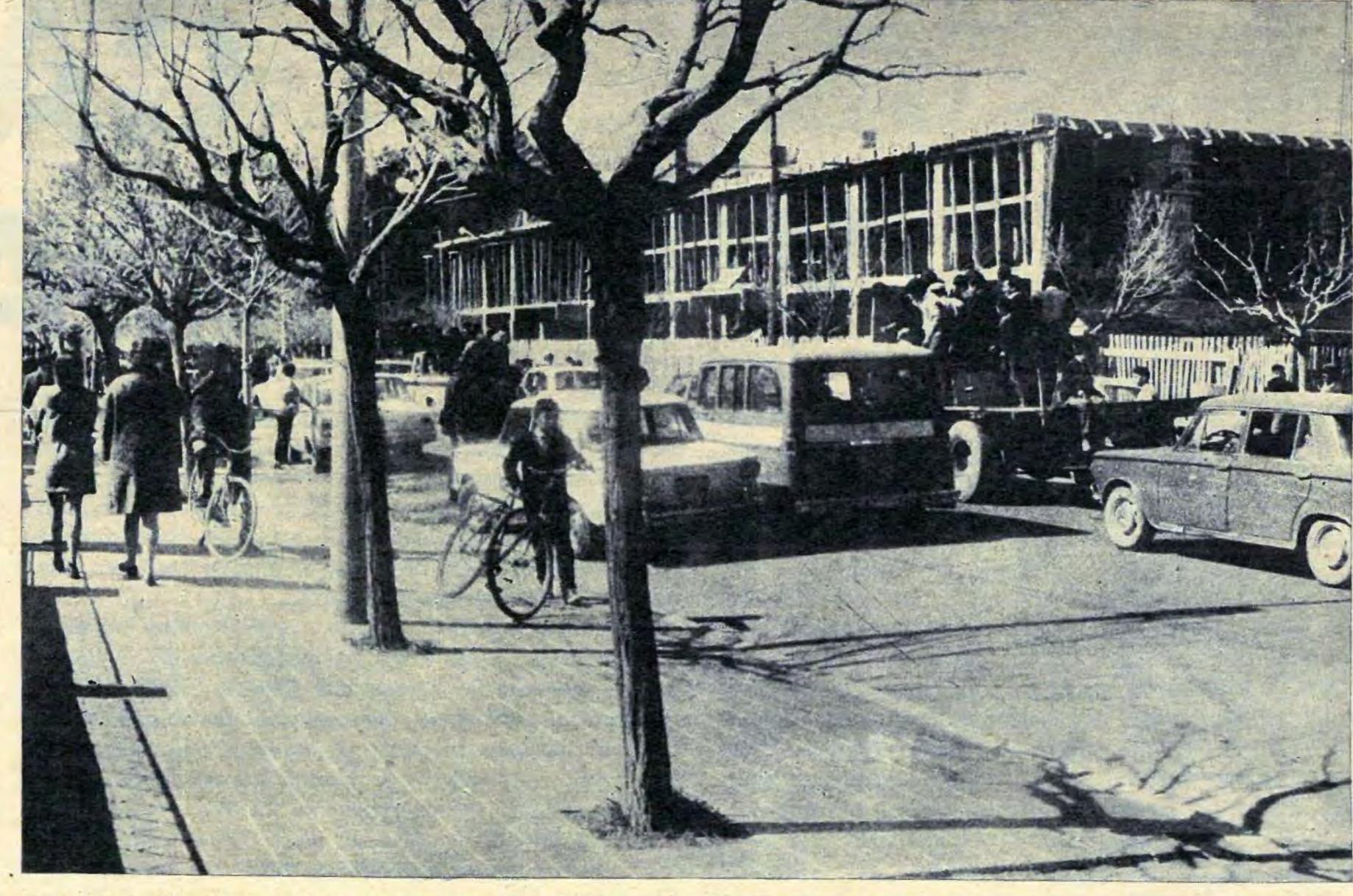
—Respiré con alivio —dice Salto—. El pueblo no me había fallado. En cambio, mis visitantes se pusieron nerviosos. De repente se abrió una puerta y un centenar de muchachos interrumpió la reunión. Yo intenté oponerme, pero, en medio del griterío, mi voz era un murmulio. Vi que Daruiz manoteaba y que Aller recibía un golpe en la cabeza y después otro. Los empujaron. Salvo Murad y Daruiz, los demás se pusieron a salvo, gateando. Ellos dos fueron bloqueados. La idea de los exaltados era sacarlos por la puerta. Se convencieron de que era imposible, taponada como estaba por la muchedumbre, y entonces los tiraron por la ventana, al jardín.

Esa noche, Aller y Daruiz se quedaron en Cipolletti; el primero, en la comisaría; el frustrado Interventor, en casa de la familia Rossi, donde comentó: "Si tuviera un coche me volvería ya mismo a Patagones. Me han engañado". Se refería a la garantía de las autoridades de Viedma, cuando preguntó si el relevo de Salto traería complicaciones. Después de la gresca en la Municipalidad, cerraron los comercios, las escuelas y las fábricas. Cipolletti parecía muerta.

No tanto: grupos de jóvenes, armados con palos, quisieron tomar la Intedencia; la Policía logró disuadirlos, mientras solicitaba refuerzos a las vecinas ciudades de Allen, General Roca, Cinco Saltos y Fernández Oro. La radio, entre tanto, lanzaba esta proclama: "La ciudadanía en pleno de Cipolletti denuncia el incalificable atentado perpetrado contra la voluntad del pueblo, avasallando con el uso de la fuerza los legítimos derechos de la comunidad".

A las 18.45 la Policía emitió un comunicado: las fuerzas vivas de Cipolletti y el Subsecretario de Gobierno terminaban de formalizar un acuerdo: se declararía nulo el Decreto 721/69 con el fin de "posibilitar las consultas que fueran necesarias". Tocó a Salto leer estas novedades en la Municipalidad; la muchedumbre lo llevó en andas a su casa.

La fiesta se aguaba el sábado, al circular la versión de que la Gendarmería iba a ocupar la Municipalidad. Unas rescientas personas redearon el edificio; un anillo de automóviles circundó la manzana, a manera



El fin de la batalla: Los cipoleños van hacia la Municipalidad para aclamar a los militares.

de barricadas. Aller, el único funcionario provincial que había permanecido en Cipolletti, fue visitado por la Cámara de Industria y Comercio. "Ni las fuerzas policiales ni las de Gendarmería, si llegaran a intervenir, actuarían contra el pueblo", sostuvo.

Tal vez por eso, Salto produjo un comunicado: que la gente levantase las barricadas y se marchara en orden a sus casas. El domingo, mientras arribaban a Cipolletti vigilantes de otras ciudades y una cuadrilla limpiaba las leyendas pintadas en el frente de la Comuna, Salto deliberó con el Consejo Asesor y el comité de las fuerzas vivas. Allí se convino en que el Intendente partiría a Viedma a conferenciar con el Gobernador Figueroa Bunge.

Sin embargo, faltaban sorpresas: en la madrugada del lunes, Aller tomó a su cargo la Intervención y ocupó la Intendencia con policías. La Cámara decretó al 15 de setiembre "día de duelo", y las actividades fabriles y comerciales cesaron. Los Bancos, en cambio, alojaron largas colas de clientes que extrajeron cuantiosas sumas de sus depósitos y los ubicaron en Neuquén; los vecinos, en fin, despacharon a Buenos Aires una embajada de 8 líderes, que se entrevistaría con el Ministro del Interior.

Aller se inclinó por la línea dura: prohibió la virtual huelga y anunció severas sanciones para los infractores. Nadie tomó en cuenta sus advertencias, ni siquiera cuando informó que aseguraría la libertad de trabajo. Las manifestaciones y la portación de armas resultaron prohibidas. Un nuevo comunicado de Salto, cuyo paradero se ignoraba entonces (se encontraba refugiado en el Parvas Hotel, de Neuquén), repudió la conducta de Aller, la ostentación de armas y los amagos de violencia de sus 300 agentes.

Como una bomba estallaron las renuncias de tres Comisionados, en solidaridad con Salto: Remo Santarelli, de Fernández Oro; Juan Iturbide, de Cinco Saltos, y José Uriarte, de Contraalmirante Cordero.

El Intendente de General Roca, Adalberto López Labayén, los imitó, aunque aclarando que dimitía para facilitar al Gobernador la reorganización.

El martes ardió Troya. Los manifestantes chocan con la Policía, menudean los tiros, un perro muerde a un niño en un brazo. Casi simultáneamente, se forma una extensa caravana de autos, los vigilantes tratan de dispersarla, sin éxito, y algunas balas repican entonces sobre las carrocerías. Es, de inmediato, el turno de los gases; las detonaciones se mezclan con el sonar de las bocinas; corren los policías y corren los

cipoleños. El saldo: 22 heridos, un centenar de arrestados. Aller implanta el toque de queda desde las 22 hasta las 5 del miércoles. La situación, para uno y otro bando, era insostenible.

Hasta tal punto, que el subcomisario Antonio González, de General Roca, que estaba de servicio transitorio en Cipolletti, redacta una incendiaria proclama que él mismo lee por LU 19, el miércoles, al filo del mediodía: solicitaba a las autoridades de Viedma, que se alejen de "sus cómodos puestos", porque "el actual Gobierno provincial es inoperante, vive de la mentira y del interés monetario de ser gobernantes". Río Negro, el diario de General Roca, transcribió el texto íntegro del documento.

Pero cuando la voz de González, convulsionada por el llanto, pasaba a través de los micrófonos de la radio, la Intendencia de Cipolletti estaba en manos de otro Interventor: el coronel Chretien. Ya en la madrugada —los cipoleños, tan metódicos, no durmieron durante la crisis— corrían versiones sobre la solución del conflicto por medio del Ejército. Los porteros del Parvas Hotel no dejaron de asombrarse por la presencia de hombres de uniforme.

No llevaba uniforme el teniente coronel retirado Faustino Marciano Gómez, Ministro de Economía, cuando se presentó hacia las 5 en la Intendencia, para asumir su dirección. Aller fue inflexible: "Aquí mando yo. Sin Decreto no puedo entregarle la Municipalidad". La misión de Gómez era, sin duda, una manera de que el relevo de Aller quedara en la órbita del Gobierno de Río Negro; pero el Ministro no llevaba el Decreto y tuvo que volverse a Neuquén, de donde había salido para Cipolletti.

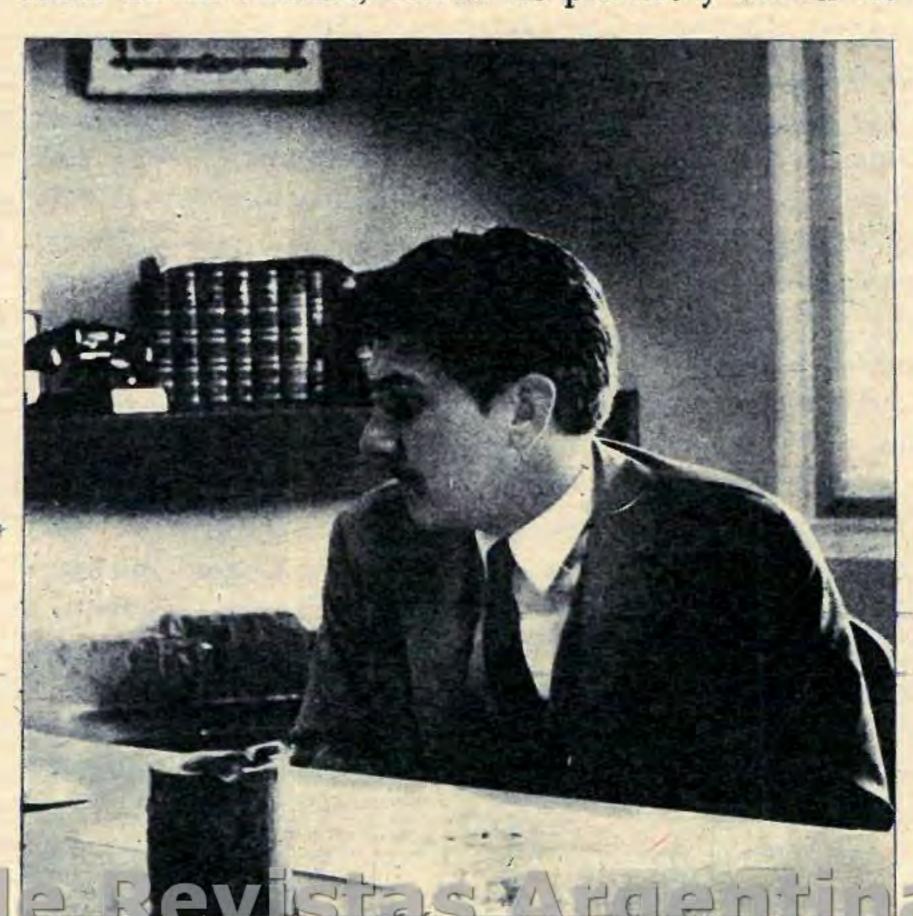
El fin de la aventura

No quedó otro remedio que la directa intervención del coronel Chretien; desde las 8.45, las bocinas de los autos indicaron novedades, como si así reemplazasen a las campanas de la iglesia. Una multitud se apostó ante la Intendencia, para vitorear al segundo jefe de la VI Brigada; en ese instante, Aller abandonaba la Comisaría, rumbo al Aeropuerto de Neuquén, desde donde voló a Viedma. Al mismo tiempo, los 300 vigilantes que había concentrado en Cipolletti recibieron orden de volver a sus bases.

Chretien y sus dos acompañantes, los mayores Osvaldo Oliveira y Mario Sbarra, entraron en la Municipalidad bajo una tormenta de aplausos, ovaciones y vítores al Ejército. Pero esa demostración fue superada, un rato después, cuando volvió a la ciudad el cirujano Salto. Los periodistas preguntaron a Chretien si el Gobierno Figueroa Bunge había pedido la actuación del Ejército. "No. Vamos a tomar contacto con la superioridad del Ejército y con el Gobierno para legalizar la situación."

En Viedma, dimitían Bonacchi y Aller, esa misma tarde. "Aparentemente, se cerró el ciclo", comentaba Salto. No fue así: el jueves, el Gobernador se reunió en Neuquén con su colega Rodolfo Rosauer, y el Director de Provincias del Ministerio del Interior, Raúl Sanguinetti. El Consejo Asesor de Cipolletti fue recibido allí por Figueroa Bunge: lo instaron a que renunciase. "Déjenme volver a casa y consultarlo con la almohada —respondió el Gobernador—. Quiero hablar con mi mujer y mis nietos."

No le bastó con la almohada ni con su familia: el viernes, volaba a Buenos Aires. El dinero ya había reingresado a los Bancos de Cipolletti, los comercios y la industria funcionaban con normalidad y sólo José Sánchez, el farmacéutico, vela su negocio vacío. El no será Intendente, Salto tampoco. Pero los vecinos confían en la palabra del coronel Chretien. O



Beetles: Un llamado de alerta, por la radio.

Alemania

QUE VIENE EL LOBO!

uando Adolf Von Thadden entró, levantaron el brazo y gritaron "Sieg Heil!", como saludaban los nazis a Hitler; sin embargo, no había cómo confundirlos: el pelo sucio les caía sobre los hombros, y algunos, barbudos, se cubrían con la boina negra del Che Guevara. Un millar de personas colmaba la sala, pero muchas lucían en el bolsillo superior una cartulina que recordaba: "Con un Adolf, ya hemos tenido bastante".

Cuando el nuevo Fuehrer subió al estrado, protegido por una cortina de vidrio irrompible, los muchachos vocearon: "¡Nazis cerdos!" Unos matones, con blancos brazaletes del servicio de orden, se colocaron delante de la jaula de cristal; al arreciar el griterio, cantaron el tema de la película Solo ante el peligro, al que habían puesto una letra rotunda, combativa, germánica:

> Se caldea la noche cuando Von Thadden habla la APO * se acerca en la oscuridad

> la sala está llena y veinte hombres del servicio de orden la guardan

la APO inicia el asalto con piedras y cachiporras se cree victoriosa

nosotros aguantamos con paciencia y simpatía pero ya es demasiado

con nuestros cascos y celadas cargamos sobre ellos

en cinco minutos vuelve la calma como manda la ley.

El domingo próximo, 21 millones de ciudadanas y 17 millones de ciudadanos —la guerra de 1939-45 diezmó a la población masculina— votarán por cuarta vez desde el nacimiento de la República Federal Alemana. En rigor, sólo decidirán si quieren el Canciller que les ofrezcan la CDU y la CSU (cristianos demócratas de todo el país y de Baviera, que son autónomos) y un vicecanciller socialdemócrata, o si prefieren invertir el orden. Hay tres partidos menores, pero es improbable que puedan ayudar a los dos grandes a desprenderse uno del otro.

La curiosidad general se detiene, sin embargo, en el NPD (Partido Nacional Demócrata), que se presenta por primera vez a una consulta nacional después de haber introducido unos treinta demagogos de derecha en las asambleas estaduales.

Von Thadden esperaba rígido, impasible, tras la barrera protectora, y no empezó su diatriba sino diez minutos más tarde. Los insultos cubrían su voz. Creció el vigor de los altoparlantes y se lo oyó:

-No me asusto aunque me griten Che-Che e Ma-Ma-Ma.

El auditorio calló perplejo. No entendía. Von Thadden aclaró: "Abreviado, Marx-Mao-Marcuse". Hubo algunas risas y disminuyó la tensión. La voz se convirtió en un alarido:

-Alemania no puede renunciar a los territorios que le fueron arrebatados en la guerra. Los Gobiernos de la República Federal, reliquias de la ocupación aliada, no han hecho nada para recuperarlos ni para superar la división del país. La Alemania del Este, sometida a la dictadura soviética, tampoco. Sin una Alemania reunificada e independiente no habrá una Europa unida y pacífica. Y una Alemania reunificada e independiente no será posible mientras Norteamérica y Rusia mantengan el statu quo y sigan tratando de ponerse de acuerdo para hacer frente a China.

Los gritos volvieron a ahogar al orador. Un centenar de vigilantes entraron en la sala y se colocaron en los corredores. No por eso cesaron los gritos, porque la ley establece que no se puede coartar la libertad de expresión y que la misión de la policía es únicamente mantener el orden.

Subió de nuevo el volumen de los altoparlantes y se ovó a Von Thadden rendir homenaje al Ejército y a "las tradicionales virtudes germanas". Una gran parte de la sala aplaudió entonces con entusiasmo.

-No queremos que los norteamericanos sigan conquistando posiciones clave en la industria alemana y consoliden aún más su hegemonía política. Otra vez la voz se transformó en la alarido:

* APO, Oposición extraparlamentaria o Poder Juvenil,

por Armando R. Puente



Willy Brandt: Mucha cerveza trae muchos votos.

Chocan los nazis con los maoístas, pero no es la violencia del 33: ahora ponen cuidado en no lastimarse.



El enviado especial Armando R. Puente, en Bonn.

-Es preciso superar el pasado y terminar con los procesos y la afirmación de que Alemania es la única culpable de todas las desgracias del mundo, mientras se silencian los crímenes que todos los días se cometen en Vietnam.

Una triple fila de agentes formó una barrera por donde Von Thadden se dirigió a su Mercedes blindado, fumando un Players con filtro, circundado por un coro de gritos: "Nazis cerdos"; algún que otro tomate, convertido en proyectil, llovió sobre él.

La calle arde

"Nuestra tarea —me dijo— es representar auténticamente el racionalismo alemán, al que durante dos décadas se ha considerado perverso y diabólico. Y, en segundo lugar, restablecer el verdadero juego democrático entre el Gobierno y la oposición, ya que el socialismo viene colaborando desde hace años con el Gobierno. En Alemania no hay oposición."

Alto, rubio, este Adolfo que en nada se parece fisicamente a Hitler, desciende de una familia de terratenientes de la Pomerania. Sonrosado, de mirada inquieta y grandes ojeras, tiene 48 años. Durante la Segunda Guerra Mundial hizo las campañas de Polonia, Francia, Grecia y la Unión Soviética al lado de su compañero de armas y amigo, Otto Skorzeny; varias veces herido, había llegado al grado de capitán de blindados al terminar la lucha. Diputado del ultraderechista Partido Alemán del Reich, desde 1949 a 1953, fundó en 1964 el Partido Nacional Demócrata (NPD), que ahora dirige. En la reunión inaugural, en Hannover, se afiliaron a la organización 473 personas; hoy cuenta con más de 30.000 militantes.

Von Thadden admite que siete de los diez dirigentes del NPD fueron nazis, pero formula una inmediata profesión de fe democrática: su hermanastra, Elisabeth, fue fusilada por participar en el atentado contra Hitler y él nunca estuvo adherido al Partido zi, en tanto que -informa- el actual Canciller Kiesinger ocupó cargos de responsabilidad y el Ministro Schiller ganó la cátedra universitaria por ser miembro del partido de las [tropas de asalto] SA. "En todas las agrupaciones hay nazis y no en menor número que en la nuestra", afirma.

Las filas del NPD se nutren de comerciantes, refugiados de los territorios que hoy son checos y polacos, oficiales de la Bundeswehr, "sucesora de la Wehrmacht", subraya Von Thadden hinchando el tórax. El partido, que goza de una cierta popularidad en las pequeñas localidades del "cinturón de Franconia", desde Nüremberg hasta Fürth —lo mismo que el nazismo en su origen-, tiene Diputados en siete de las diez Asambleas estaduales y ha comenzado a penetrar, incluso, en zonas típicamente obreras, como Mannheim. Sólo los sectores católicos parecen impermeables a los sensibles progresos del NPD.

Estos progresos se realizan casi en silencio. Es difícil encontrar un alemán que confiese simpatías por el NPD; sin embargo, en el cuarto oscuro, cuando se confiesan con las urnas, algunos no dudan en votar por el nuevo y abominado Adolf. Públicamente no se oyen sino condenas y en Colonia o en Treveris, en Krefeld o en Ludwigshafen, en cuantas partes los neonazis instalan sus mítines, encuentran resistencia y se producen incidentes y actos de violencia. Hace dos meses, los fornidos judokas del servicio de orden del NPD repelieron con barras y puños de hierro a un grupo de jóvenes estudiantes y obreros de la oposición extraparlamentaria, que lanzaban tomates y huevos al antiguo oficial Panzer. El martes de la semana pasada, las organizaciones izquierdistas movilizaron en Bremen a 10.000 personas que durante cuatro horas se enfrentaron con 1.500 policías que protegían -a regañadientes- un acto neonazi. Al día siguiente dos jóvenes fueron baleados en Kassel, cuando apedreaban la casa del Diputado regional Warner Fischer, donde se había refugiado Von Thadden al prohibírsele un mitin.

A pesar de la irritación y el temor que despierta en la mayoría de los alemanes, a pesar de los actos de violencia v el silencio de gran parte de la prensa, Adolf Von Thadden tiene muchas probabilidades de



Canciller Brandt: La imagen misma del hombre de hogar.

lograr que un puñado de sus candidatos —quince, veinte o treinta- entren en el Bundestag (Cámara de Diputados). La existencia de esta minoría neonazi en el Parlamento, que cuenta con 518 bancas, acaso tenga consecuencias superiores a su número: sería un acicate más para que los dos grandes partidos renueven la Gran Coalición, hoy maltrecha; en cualquier caso, el NPD ejercerá perturbaciones en un Congreso cuyos legisladores llevan veinte años tratando de ofrecer la imagen de una edénica institución democrática. Por ello no hay que descartar -se opina en Bonn- que, a última hora, el Gobierno decida poner fuera de la ley al NPD, como lo han pedido las Demokratische Aktion, organizaciones izquierdistas creadas en todo el país para combatir por medios pacíficos al neonazismo.

"De este modo los intelectuales y estudiantes vanguardistas hacen el juego a los demócratas cristianos, que agitan el fantasma del nazismo para que volvamos a tragarnos, durante otros diez años, la pildora neofascista de Kiesinger y Strauss", comenta el profesor Hans Witthoff, mientras pasea por los jardines de la Universidad de Bonn.

Un periodista de Hamburgo pensaba lo mismo cuando la semana pasada preguntó a Franz-Josef Strauss en un programa de televisión: "¿No resulta una coincidencia peligrosa que los slogans electorales del NPD y la Democracia Cristiana, su partido, insistan en la seguridad y el orden?".

La manteca primero

"Seguridad y orden son términos que se utilizan para impedir las reformas económicas y políticas más urgentes en Alemania", sentencia el profesor Witthoff.

"Seguridad por diez años". "Empezar la década en la seguridad", "Todo depende del Canciller", son los slogans del programa conservador que ofrece la CDU: los repiten millares de carteles cuidadosa, limpia y reglamentariamente colocados en los espacios anunciadores de las calles y plazas de la República Federal. Desde ellos, Kurt-Georg Kiesinger, en quien los demócratas cristianos centran la campaña, sonríe paternal y confiado. Ni una palabra acerca de la cogestión. El tema que monopolizó los debates en el último congreso de la CDU (Berlín, noviembre de 1968) parece olvidado por los candidatos. No es ésta la hora del ala izquierda del partido, encabezada por el Ministro de Trabajo, Hans Katzer; no es el momento de despertar inquietudes en los electores que acaban de regresar de sus vacaciones con los nervios distendidos y el halago de ver que el marco es la moneda más fuerte del mundo.

En lugar de plantear cuestiones espinosas y controvertidas, como la cogestión o la revaluación, es mejor recordarles que esas vacaciones en el Mediterráneo, que esos marcos rebosantes de salud, que el "milagro alemán" y el progreso de los últimos veinte años, han sido obra de los Cancilleres demócratas cristianos: de Adenauer primero, de Erhard luego, de Kiesinger ahora y en el futuro.

Mientras la propaganda de la CDU aviva los sentimientos nacionalistas, sin mencionar lan exectada Todos ofrecen
la misma cosa:
el marco seguirá
siendo la moneda
más dura del mundo.

palabra, los socialdemócratas presentan su equipo, ponen el acento en los problemas económicos y defienden la necesidad de dialogar con el Este. "Tenemos los hombres que faltan", "Construimos la Alemania moderna", dicen los carteles SDP, desde los que observan Willy Brand y Karl Schiller. Pero sus líderes tampoco hablan de la cogestión.

Prefieren, ellos también, mostrarse prudentes. "Por el horizonte asoma el espectro del alza de precios. Si queremos evitar la inflación, debemos revaluar el marco", insistió el Ministro de Economía, Schiller, ante un millar de personas en la plaza del mercado de Castrop Rauxél. Se trata de una de las grandes localidades mineras de la cuenca del Ruhr, el nervio de la economía alemana y la mayor concentración industrial europea.

El menudo y ágil Schiller hablaba a los mineros jubilados y las amas de casa con gestos de profesor más que de político, aunque ya hace más de dos décadas que dejó la cátedra de Economía en la Universidad de Hamburgo. Ese pasado académico puede ser uno de los elementos que contribuyen a hacer de Schiller el político más popular de la República Federal. No hay que olvidar que el Herr Professor es, junto con el Herr Artz (médico), el título de mayor prestigio social de Alemania, donde los últimos escalafones los ocupan hoy los políticos y los oficiales del Ejército. Cuando tomó a su cargo la cartera de Economía, en 1966, saneó una situación que comenzaba a ser peligrosa, mediante enérgicas medidas de corta duración. De los 600.000 desocupados que encontró, no quedan sino 170.000, una cifra normal para la RFA.

"Debemos revaluar el marco para frenar nuestras exportaciones y evitar el alud de divisas extranjeras que entra en el país: al acelerar la demanda, producen aumento de precios", explicó el profesor Schiller. Dos muchachas de minifalda seguían embelesadas el discurso, mientras tomaban un helado; los gordos mineros jubilados hacían gestos de aprobación: aún no han olvidado los trágicos años veinte, cuando el marco valía menos que el papel en que estaba impreso.

Los asistentes, acostumbrados a controlar sus emociones, aplaudieron brevemente y rodearon al orador cuando descendió de la tribuna pintada de color naranja (el rojo, y Marx, hace tiempo que fueron desechados por el spp). Los miembros del servicio de orden repartieron postales autografia as por Schiller y el vendedor de helados agotó su stock. Antes de subir al negro Mercedes, para seguir la gira, el líder socialdemócrata se detuvo junto a la banda de música que lo saludó al llegar. Encuadrado entre dos muchachones ataviados con tradicional ropaje, escuchó, firme y respetuoso, Clementine, una canción texana que los tambores y timbales transformaban en marcha grave y solemne. Fue el momento de mayor emoción para el público, que no puede imaginar en Alemania un mitin sin banda de música, emblemas heráldicos y uniformes.

Otra banda, con coloridos penachos, lo había recibido horas antes en la plaza del mercado de Eving, suburbio de Dortmund, donde la semana precedente se había registrado una huelga "salvaje" en una importante mina de carbón. Schiller decidió ir allá para discutir directamente con los trabajadores, y recoger una impresión personal del nuevo fenómeno de las huelgas no controladas por los poderosos sindicatos. Bajo un tibio sol que anunciaba el fin del verano, mujeres, niños, mutilados de guerra y mineros endomingados rodeaban el palco.

Allí, como en la campesina ciudad de Lunen y en una comida organizada en Dortmund por la DAG (Sindicato de Empleados) para recaudar fondos destinados a la campaña electoral, Schiller acusó a Kiesinger de "acatar los dictados de los capitalistas y estar arruinando al país, al no revaluar el marco". Resulta paradójico que un Ministro critique en tales términos al Jefe de Gobierno; sin embargo, fue la invectiva más suave que pudo escucharse.

El son del Tambor

La virulencia verbal ha alcanzado caracteres dificiles de concebir, y es el partido minoritario, lo mismo que en las elecciones de 1961, el que lleva la iniciativa. En aquellos comicios, el Canciller Adenauer recordó el origen bastardo de su rival Willy Brandt. Ahora, Kiesinger y Strauss no se paran ante nada, cuando se trata de atacar a Brandt y Schiller. El Ministro de Relaciones Exteriores ofrece flancos débiles: "Es un experto en derrotas. Cuando fracasó en las elecciones de 1965 anunció que no se presentaría por tercera vez. Ha faltado a su palabra: eso lo descalifica para ser Canciller federal".

En lugar de combatir a Schiller en su terreno, el económico, los demócratas cristianos prefieren recordar su pasado. "Al subir Hitler al poder, en 1933, se afilió a las SA; cinco años después, ingresó en el Partido Nazi, y en 1939 adhirió a la Federación Nazi de Juristas. ¿Cómo creen, si no, que hubiera sido nombrado director de Investigación del Instituto Mundial de Economía de Kiel?" En aquellos tiempos—prosiguen— Schiller celebraba las virtudes de la raza aria escribiendo que "el régimen nazi hace muy bien en sustituir una protección tímida e ineficaz de las poblaciones rurales por una defensa a toda costa de los campesinos, como venero de remozamiento de la sangre aria".

Remover el pasado de los enemigos políticos es ver la paja en el ojo ajeno: en Alemania todos o casi todos los mayores de 45 años han tenido alguna con



Schiller: Así sonrie un antiguo SA.

descendencia para con el Gobierno de Hitler. El Presidente de la República, Gustav Heinemann, es una excepción; Brandt, doce años exilado, otra.

Los socialdemócratas, por su parte, recuerdan que Kiesinger, afiliado al nazismo en 1931, fue enlace entre el Ministro de Relaciones Exteriores, Joachim Von Ribbentrop, a cuyas órdenes era subdirector del Departamento de Radio, y el Ministro de Propaganda, Josef Goebbels. El pasado del actual Jefe de Gobierno es el tema de dos libros que acaban de publicarse. Uno de ellos ha sido el escrito por la periodista Beate Klarsfed, quien, en noviembre pasado, durante el Congreso de la cou, abofeteó a Kiesinger y lo llamó "nazi asesino". El libro reproduce documentos de la época en que el Canciller era un importante funcionario del III Reich. El otro libro ridiculiza una de las facetas que más enorgullece a Kiesinger: su vena poética. Rapsoda en su juventud, el líder demócrata cristiano gusta de almibarar sus discursos con frases románticas, muy del agrado del ingenuo pueblo alemán. Los autores del librito han hurgado en artículos y discursos y logrado una jocosa antología.

La virulencia verbal, incluso los golpes bajos, son un signo de la robustez alcanzada por la democracia alemana que ahora cumple 21 años. Para ciertos observadores, la mayoría de edad coincidirá, probablemente, con otro síntoma de madurez constitucional, la rotación de partidos. Por primera vez, los social-demócratas pueden triunfar en las urnas.

Los últimos sondeos del Instituto de Ciencias Sociales Aplicadas, de Bad Godesberg, y el Instituto Wena, de Colonia, dan a la CDU y al SDP porcentajes tan próximos, que aquí, donde tales cálculos no han alcanzado la perfección de Francia o los Estados Unidos, pueden considerarse como un empate: un 43 ó 44 por ciento para los demócratas cristianos, un 39 ó 40 por ciento para los socialdemócratas. En tercer lugar, como socios en una "pequeña" coalición, los liberales, el FDP, obtienen entre el 7 y el 9 por ciento; los neonazis entre el 4 y el 6.

Un mínimo del 5 por ciento es exigido por la Constitución para entrar en el Bundestag; de lograrlo el NPD a costa de la CDU, contaría con una veintena de Diputados. Si ello ocurre, la Gran Coalición será, de nuevo, inevitable. Los dirigentes que hoy se insultan, volverán a compartir la mesa del poder. "Hemos aprendido a ser buenos demócratas", insinúa un funcionario del Gobierno.

Lejos, en el horizonte, la democracia no sólo está

amenazada por los truenos neonazis, sino por los rayos de la oposición extraparlamentaria. La izquierda participa en las elecciones en quinto lugar, con un partido, la ADF (Acción para el Progreso Democrático), cuya presencia ni siquiera registran los sondeos. Fundado en diciembre último, sus filas se nutren de comunistas (como la señora Grete Thiele, ex Diputada del disuelto PC), pacifistas, profesores y pastores protestantes. El nuevo Partido Comunista, DKP, autorizado después que declaró estar desligado de otros "partidos hermanos", y que no se propone derribar a la República Federal por medios revolucionarios, también lo apoya. Un círculo rojo sobre fondo blanco con las iniciales ADF, es su propaganda mural; sus lemas: "Los de arriba no pueden hacer lo que quieren", "Vota por la Paz, el desarme y la cogestión".

La ADF mina desde la izquierda al Partido Social-demócrata; importa, para éste, el mismo peligro que el NPD, desde la derecha, para la Democracia Cristiana. Para afrontar esta amenaza los socialdemócratas han sacado al terreno electoral al novelista Gunter Grass. En un pequeño autobús, con asiento cama, una mesa, una máquina de escribir y un teléfono, el rollizo novelista recorre la República Federal haciendo propaganda para el SDP. Lo respalda un grupo de intelectuales y artistas: el historiador Golo Mann, la actriz Tilla Durieux, los profesores Sontheimer y Jackel.

Enfant terrible de la burguesía del milagro alemán, Grass la provoca con su esmerado desaliño y el desparpajo de su vocabulario. Medio centenar de jóvenes —bellas muchachas de ínfima ropa, algún barbudo—habían sido invitados a subir al estrado del moderno Stadthalle de Godesberg, donde el autor de El tambor de hojalata reunió la semana pasada a 18.500 personas, a dos marcos (175 pesos) la entrada. En la República Federal, se paga entrada —generalmente dos marcos—, para asistir a mítines en locales cerrados: por los ingresos de caja, las máximas atracciones serían Von Thadden y Grass.

Vistiendo una camisa del color del SDP, armando sus cigarrillos negros como lo hacen hoy los in centroeuropeos, Grass busca el diálogo y la polémica con los jóvenes. Ridiculiza al nacionalista —mutilado de guerra y antiguo oficial ss- que se levantó para criticar "la oleada sexy que nos inunda, como el film El ABC del erotismo. Variaciones sobre el amor y pidió para la juventud ejemplos limpios y decentes". También sepulta bajo un sarcasmo al portavoz de la Asociación de Jóvenes Demócratas Cristianos. Ataca a Kiesinger por haber intercambiado condecoraciones con Franco, y a la uns por haber frustrado la experiencia socialista checa. Pero elude prudentemente otras cuestiones, como el papel que los Estados Unidos juega en la política, la economía y la defensa de la República Federal o las huelgas de mineros y obreros metalúrgicos que han desconcertado a las grandes organizaciones sindicales y forzado a las empresas a conceder aumentos de un 15 por ciento. Nada dice, tampoco, cuando se le pregunta por qué, en un país tan próspero, hay obreros que ganan sueldos de 600 marcos, junto a ejecutivos que cobran 25.000, o sea 41 veces más.

Los nuevos salarios producirán una rápida alza en los precios, a partir del mes venidero. Las elecciones ya serán un recuerdo. Hasta entonces, los industriales, de acuerdo con Kiesinger, evitarán subas que podrían quitar votos a la Democracia Cristiana. Los expertos calculan que este año los precios, estabilizados hace tiempo, subirán en Alemania un 5 por ciento: la inflación, temida por Schiller, se acerca.

Si los socialdemócratas llegasen al poder tendrían que imponer una política de sacrificio. Los suyos serían años de vacas flacas, los demócratas cristianos han disfrutado los de vacas gordas. Es el melancólico sino de toda la socialdemocracia europea.

Un periodista comentó con cinismo: "No es bueno que la izquierda sea la víctima expiatoria en momentos de crisis. Pero es peor la situación de ustedes, los latinoamericanos, que no tienen una izquierda que les saque las castañas del fuego. Por eso deben recurrir a los militares". ⊖





Affiches electorales del NPP (restro de Von Tradden) y lo CDU e Revistas Argentin

Con Strauss,

"¿Hay que tenerle miedo a Alemania?" Es el título de un libro que acaba de publicar Michel Salomon (ediciones Laffont, París), y la primera pregunta que le disparó a Franz-Josef Strauss, en una entrevista para el semanario L'Express, de París.

Rudo, jovial, ambicioso, Strauss es el jefe de la fuerza política más disciplinada de la República Federal Alemana: la csu, unión de los demócratas cristianos de Baviera, la cual constituye una mayoría dentro de la mayoría en el Bundestag. Es un "creador de Cancilleres": después de haber instaurado en el primer puesto al profesor Ludwig Erhard, lo reemplazó por Kurt-Georg Kiesinger. De ahí a pensar que el próximo Canciller será el actual Ministro de Finanzas, no falta sino una votación: la del domingo próximo. Kiesinger, formalmente, condujo a la coalición CDU-CSU en esta campaña; pero, una vez constituida la nueva legislatura, ambos partidos, en caso de triunfo, resolverán conjuntamente si conviene seguir con el mismo jefe o sustituirlo.

Si la socialdemocracia se asocia al nuevo Gobierno, el prepotente bávaro se verá en dificultades para hacerles aceptar su nombre. Todo depende, en realidad, de los resultados del escrutinio: si la ventaja demócrata cristiana fuese rotunda, el camino de Strauss quedaría allanado. Sabiéndolo, él desplegó en las últimas semanas una actividad frenética. Ha recorrido todo el país y su presencia hizo las veces de un bulldozer. Su habitual truculencia cautiva a las multitudes. A los 54 años, este sincero europeísta encarna en una Europa indecisa el ideal de cierta democracia autoritaria que promete el orden y la prosperidad.

-¿Hay que tenerle miedo a Alemania y, en particular, a usted?

—Déjeme hablar, primero, del miedo a Alemania. Los argumentos pueden resumirse así; los alemanes son peligrosos porque su país está dividido; si se unieran, serían aún más peligrosos; y si Alemania Federal se integra en una Europa amiga, su influencia sería decididamente inaceptable. Entonces, dígame, ¿qué diablos se puede hacer con los alemanes?

Lo que se dice de mí no me sorprende, pero desengáñese: no soy un libro abierto, un hombre de una sola pieza, el "granjero bávaro" de pantalón corto y pluma en el sombrero que discursea en las cervecerías. Por lo demás, mi modo franco de hablar fastidia a cierta gente; prefieren a quienes dicen lo que les gustaría oír.

Ustedes, los periodistas, ofrecen a sus lectores —y a mi costa— un poco de color, de folklore. Me obligan a beber torrentes de cerveza, a golpear la mesa con el puño, a echar espuma por la boca. Muchos que no tienen idea sobre lo que es Baviera, me describen como el arquetipo del bávaro.

—Se citan hechos: el asunto del "Spiegel"; el del general Wolf Von Baudissin, que intentaba humanizar la tradicional disciplina prusiana...

—Usted y el 99 por ciento de la gente ha sido engañada. No es cierto que los periodistas fueran arrestados por mi orden: yo estaba de vacaciones. Sólo había pedido que el señor Ahlers, redactor de Der Spiegel, fuera mantenido en residencia vigilada hasta ser enjuiciado, porque había un mandato judicial contra él. En cuanto al general Baudissin, nombrado por mí al frente de un departamento del Ministerio de Defensa, estimé, dos o tres años más tarde, que debía tomar el mando de una brigada: un jefe que da consejos sobre la manera de mandar no merece fe si no hace una experiencia de mando.

—Esta mañana lei que el tribunal de Berlín acaba de absolver a siete asesinos de la Gestapo. ¿Qué piensa de eso?

Es un hecho. También lo es que en otros países se han cometido masacres y ni siquiera hubo acusación. A fines de la guerra yo opinaba que se debía eliminar a los asesinos rápidamente y sin compasión; veinticinco años más tarde, es mucho más difícil. ¿Cómo estar seguro sobre lo que ha pasado? En todo país democrático se exigen evidencias; pero algunos pretenden que en Alemania no sea así, y se enojan conmigo, que les recuerdo esas reglas.

Para mí, no hay duda de que Hitler comenzó la guerra y nunca negué que los alemanes cometieron innumerables crímenes. Pero también se han perpetrado crímenes contra ellos y sus aliados: negarlo es falsificar la historia.

-¿No cree usted que los de los nazis eran de distinta naturaleza? ¿Y que los alemanes deberían admitirlo, asumir las consecuencias?

Los aliados detuvieron a muchos nazis, ejecutaron algunos, liberaron otros. La justicia alemana no puede instaurarles nuevos procesos, por más que hoy se disponga de otras pruebas. Ahora es un problema insoluble. No me opongo a que se niegue la amnistía a los autores de algunos crímenes excesivos, que sean juzgados sin límite de tiempo. Pero sabe usted lo que ocurrió con el Ejército Vlassov (el general ruso Vlassov, que cooperó con Alemania), con los cosacos, con los croatas? Qué les sucedió a los

el alemán que asusta a Europa

20.000 prisioneros de Tito? Los yugoslavos son discretos sobre este punto, porque saben que tenemos una perfecta documentación. Miles de desdichados fueron encerrados en una mina bloqueada en ambas puntas por medio de dinamita. Si usted lee esos documentos, le será difícil sostener la tesis de que hay una diferencia de naturaleza entre los crimenes de unos y de otros. Si usted me dice que los nazis comenzaron con estas atrocidades en el siglo xx, estoy de acuerdo; pero no me obligue a hablar también de Argelia, de Vietnam y muchos otros asuntos.

-Seria, desde luego, un debate interminable. ¿Cual

sin embargo, a nadie admiro sin reservas. Tal vez Pericles.

—¿Y entre los dirigentes con quienes trató?

—Dos hombres me han impresionado, aunque los ví desde una posición subalterna, porque yo estaba en otro nivel político: el francés Robert Schuman y el italiano Alcide de Gasperi. Compartí algunas ideas básicas con de Gaulle, pero disentí con él en ciertos puntos: calificarme de "gaullista alemán" es demasiado simple. Tuve estima por las cualidades intelectuales de Kennedy y buenas relaciones con John Foster Dulles.

política conforme a los intereses de Alemania, dentro de una orientación europeista. Si tenemos lucidez y sentido común para distinguir entre los desacuerdos menores, circunstanciales, y la unanimidad a largo plazo, tejeremos las mejores relaciones entre Alemania, Europa y USA. -Usted despotrica contra la Gran Coalición. -No es cierto. Rechazo la idea de una Gran Coalición continua, permanente, institucionalizada, como fue la de Austria durante veinte años. Aquí, los socialdemócratas han estado siempre en la oposición:

después de la guerra, Kurt Schumacher, que reconstituyó el partido, estaba seguro de que había llegado su hora, y fue una terrible frustración para ellos verse derrotados por Konrad Adenauer en cada campaña electoral. Por mi parte, creo que ese gran partido debe asumir su parte en las responsabilidades nacionales; no era bueno no permitirles confrontarse con el poder y con la realidad. Cuando usted se halla en la oposición, prometerá a las gentes vino puro; en el Gobierno, echará mucha agua en su vino.

-¿La democracia entró realmente en las costumbres alemanas o todavía el país está marcado por la

experiencia del Tercer Reich?

-Los alemanes quieren todos los derechos y libertades de un régimen democrático y, a la vez, un gobierno más o menos estable. Es completamente falso atribuirles el deseo de volver a ser juguetes de un régimen despótico. Pero tienen miedo al caos político. Quieren seguridad, incluida la seguridad militar; y, desde luego, al más bajo costo posible. El alemán medio tiene lagunas: mal informado, ignora los mecanismos del funcionamiento de la democracia; propende, pues, a no usar bastante de sus derechos o, por el contrario, a abusar de ellos. Es un ciudadano excesivamente legalista, demasiado inclinado a obedecer a las autoridades; o bien, en el otro extremo, se deja tentar por la revuelta ciega contra el orden.

Los NPD y los APO se alimentan entre si; cada peldaño de la escalada, en cada parte, aprovecha a la otra parte. Objetivamente, son aliados y compinches.

Todos los fines de semana visito a mis electores de Munich; hablo con una cantidad de gente, con el hombre de la calle. No son nazis ni sienten la menor ternura por el señor Adolf von Thadden. Pero me preguntan: "¿Cuándo van a terminar ustedes con esos vagabundos? ¿No pueden hacer nada para librarnos de ellos?" Cuando hemos pedido a la Corte Constitucional que prohíba votar por el NPD, esa misma gente me dijo: "¿Pero qué les reprochan? ¿Son ellos, acaso, los que incendian automóviles, destruyen negocios, hieren a centenares de policías en combates callejeros?"

-Hablemos, pues, de la crisis monetaria que enve-

nena la atmósfera europea desde noviembre de 1968. -Dije entonces -y lo mantengo- que no era cuestión de elegir entre una buena y una mala solución, sino de resignarnos al mal menor: tanto la revaluación como la devaluación traen problemas. El Canciller y yo decidimos no revaluar, porque semejante manipuleo no tiene sentido si no se eliminan, al mismo tiempo, las causas de la disparidad de las monedas. El sistema actual prestó excelentes servicios: en vez de difamarlo, convendría estudiar —al menos entre europeos- una política concertada de coyuntura. Llegamos ahora a un momento en que la culminación del Mercado Común no será compatible con la soberanía nacional absoluta. Mi colega Karl Schiller me convenció, en noviembre, de no revaluar; él cambió de opinión, yo no pude seguirlo.

-- Por razones puramente económicas o por conveniencia electoral?

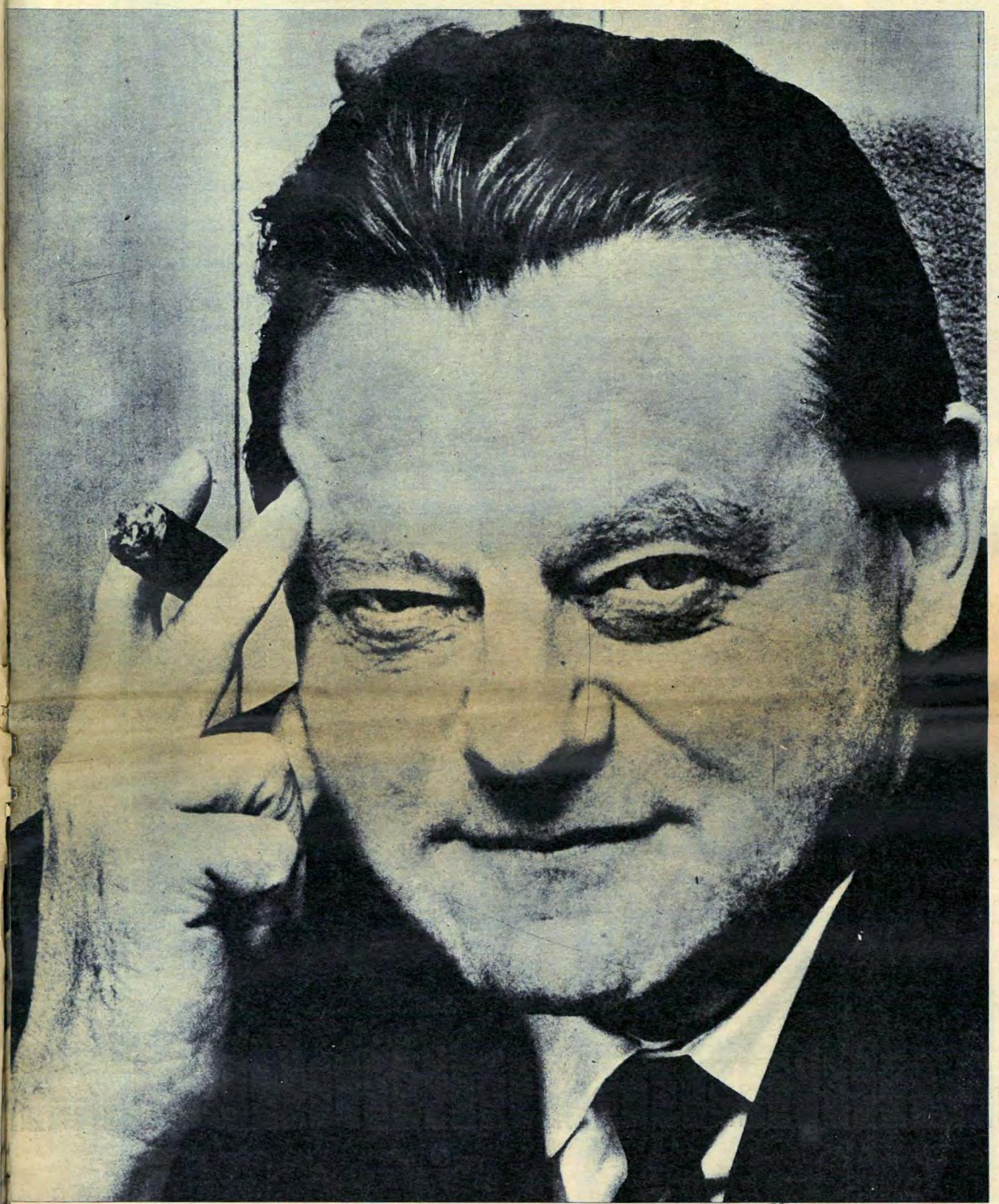
-Usted no puede erigir una muralla China entre la economía y las elecciones. Nuestra política se funda en la estabilidad económica, la cual depende de la estabilidad política.

—Sus adversarios lo acusan a usted de empeñar la imagen del PSD, responsable del segundo "milagro económico".

-Nunca negué que la Gran Coalición ha sabido eliminar la inquietante crisis con que se encontró en 1966; pero ya el vigor de nuestra economía, ¿está ligado al nombre de Erhard o al de Schiller?

-Para resolver, un día, el "problema alemán", usted parece partidario del método duro y no de la política de los "pequeños pasos" que preconiza Brandt.

-No estoy contra la política que inspira el jefe actual de nuestra diplomacia, pero no puedo compartir la opinión de que ella resolverá el "problema alemán", como usted dice. Es, quizás, un instrumento para mantener el statu quo, para la coexistencia entre las dos Alemanias, pero no una marcha adelante hacia un objetivo, hacia la unidad. Todas las tentativas del Canciller Kiesinger para aproximarse a los hombres de la zona soviética han sido brutalmente rechazadas por Walter Ulbricht. Por lo tanto, esta discusión es académica, es como hacer esqui acuático en un terreno seco.



Franz Josef Strauss: ¿Será el nuevo Canciller?

es su concepción de la vida política y del jefe político?

-Si llego a viejo, escribiré un libro que me permita responder a esta pregunta. Pero no tengo condiciones para dedicarme al psicoanálisis político. ¿Cuáles eran los puntos débiles y fuertes de Adenauer? ¡Vaya a saber! Ya veo lo que usted quiere hacerme decir, pero no voy a compararme con Bismarck, como lo hacen Le Monde y L'Express, que se refieren más bien a un pseudo-Bismarck. No es fácil comprender a un personaje de esa magnitud.

Max Weber, después de la Primera Guerra, esc.ibió en su ensayo La política como deber, que un político-debe tener, ante todo, el sentido de la responsabilidad, lucidez para distinguir lo que es posible de lo que no lo es, y autoridad. La autoridad no es algo que se imponga a gritos, sino algo que va de suyo cuando uno se entrega enteramente, y de todo corazón, a una causa. Para mí, el político es sobre todo un hombre que conoce el arte de lo posible.

- Creo que ninguno. Comencé por estudiar y ensefiar historia antigua y moderna. Pero no tengo idolos: Leo mucho, me gustan las memorias y biografías;

-¿Qué personajes históricos admira?

-¿Conoce usted a Nixon?

-Muy bien. No he tenido que cambiar de opinión sobre él; cuando leo que es un hombre prudente, un sabio, un estadista, cierta ironía me invade. Según las teorías pseudo-liberales, era un personaje espantoso que de pronto "se ha convertido". En realidad, es el de siempre: sólo que, envejecido, y como todo el mundo, adquirió experiencia, y tal vez está más habituado a las relaciones con la gente.

-Usted, como él, estaba "terminado" en 1962. Y a usted tampoco le fue tan mal desde entonces...

-En 1967 estuvo sentado aquí, donde está usted: hacía "turismo político". Siempre le tuve simpatía, aprecio por sus cualidades. Sus primeras decisiones, una vez elegido, no me han decepcionado. Pero no soy un "hincha" de Nixon.

Los norteamericanos y los alemanes no debemos contar demasiado sobre nuestra "amistad". La amistad es una palabra ambigua en política internacional. Lo que cuenta, realmente, es que la República Federal y los Estados Unidos tienen sólidos intereses comunes. Espero que el señor Nixon hará una política proamericana y comprenda que nosotros hacemos una



Heroina de la Nueva Canción, Nacha Guevara lanza sus trinos desde La Fusa: "Cantares fiz algunos, de los que dican ciegos".

Desde hace tres meses, Buenos Aires es testigo de un extraño florilegio: el de los café-concert. Por lo menos, ocho locales vieron la luz en ese lapso bajo la misma estrella. La idea liminar es, en verdad, añeja: el café-concert —un par de artistas y buen vino o cerveza para un grupo selecto de espectadores—triunfó en Europa junto con la burguesía del siglo pasado, una era que los historiógrafos se empeñan en llamar de la biedermaier, ya que todo el movimiento cultural brotó de aquellas cervecerías.

Por supuesto que Buenos Aires no careció jamás de confiterías con espectáculo, pero las flamantes creaciones son algo muy distinto. Su secreto parece consistir en la pequeñez de los recintos: permiten a una concurrencia reducida entrar en contacto directo con su artista favorito; no es lo mismo, sin dudas, escuchar a un cantor desde 20 metros, y observarlo trepado sobre un escenario, que tenerlo a la vera y poder, casi siempre, comunicarse con él en los entreactos. Pero hay mucho más.

El auge de "lo diferente" está vinculado al proceso de cambio que soporta la música porteña: es preciso recordar que todos los días se suman a la vida nocturna aluviones de gente joven; ellos, muy pocas veces se sienten interpretados por la dicotomía tradicional entre folklore y tango. Los motivos fueron ya suficientemente investigados: el tango, en general, vocea estereotipos, no habla de los problemas cotidianos de la sociedad industrial; y si el folklore apasionaba diez años atrás, ya es visible que no logra superar el bache establecido entre la simpleza de sus tonadas primitivas y la agreste intelectualización de las coplas actuales. En cuanto a la trillada "nueva ola", si bien mantiene su hegemonía en los bailes, parece incapaz de totalizar las simpatías juveniles; única explicación posible: sus protagonistas imitan demasiado a los bardos norteamericanos y europeos, de difusión masiva.

Que los argentinos prefieren el intimismo, la comunión con el actor, es algo sobreentendido para Nacha Guevara, 27, una rutilante morena cuya fama surgió en 1968' de un recital amparado por el Instituto Di Tella: Nacha de Noche. Hasta la semana pasada esa victoria se repetía, en el mismo escenario, donde la modelo reprisó con Anastasia Querida. Tal vez el éxito se deba al simiesco —y cruel— sentido del humor que la juglaresa ensaya; pero no hay lugar más apto que La Fusa, para saborearlo de cerca.

La Fusa es, precisamente, uno de aquellos caféconcert: recluido en el entrepiso de la Galería Capitol, en Santa Fe 1883, proyecta todas las noches un par de shows sobre Buenos Aires. "Nuestra intención fue la de instalar aquí algo parecido al living-room de un departamento «copetudo»", explicaba a Periscopio, el miercoles pasado, José repe Roca, 20, uno de



La apoteosis de Horacio Molina: Otra cosa es con guitarra.



Carlos rerciavalie. En la calle de la trireria.

los propietarios. En verdad, La Fusa es un epifenómeno del negocio similar montado por Inés Quesada, el verano anterior, en Punta del Este. Costo de la velada: 1.400 pesos la primera copa, y 500 las subsiguientes.

Si las intencionadas coplas de la Guevara —las más picantes: El Colmillo, Anastasia querida y La edad no tiene nada que ver, una traducción libre de Quand' on est con, est con, de Georges Brassens— cuecen el plato fuerte de La Fusa, también es cierto que no lo son todo: la diva deja paso al a veces inspirado Horacio Molina, y al desopilante Carlos Perciavalle, 32, quien escribe sus propios monólogos, vertiginosos hasta lindar con la angustia. Esta semana, La Fusa va a ser ocupada por Jorge de la Vega, un excelente pintor que terminó por hallar su verdad a través de la canción y del disparate. Pocos de quienes lo escuchen lograrán eludir la visión de un mundo nuevo, pergeñado sobre las ruinas del disloque actual.

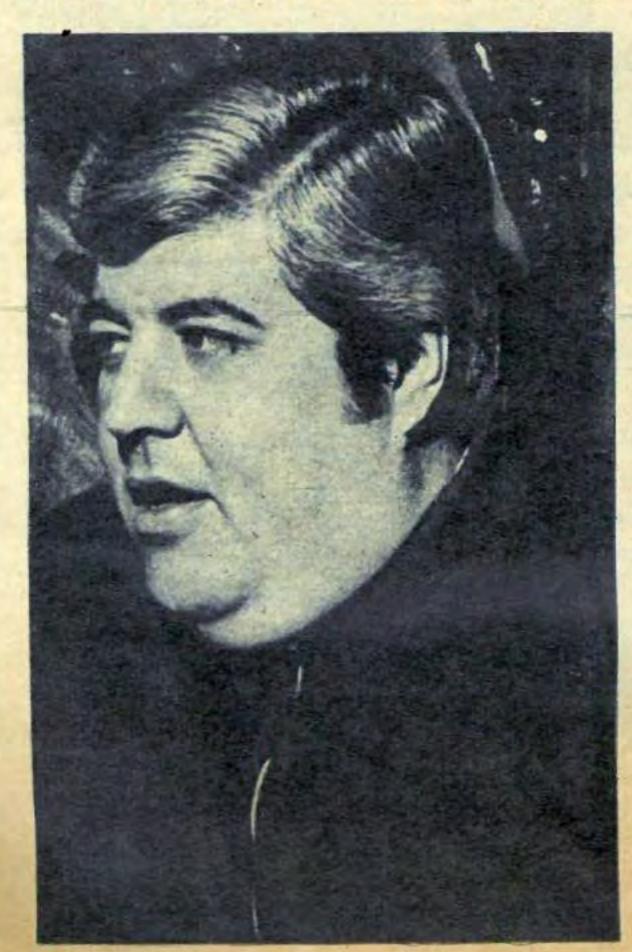
Es que los recintos de la noche albergan un tipo de protesta marginal, ajeno quizás a las expresiones violentas que el país observa desde mayo pasado, pero no por ello menos crítica. Una forma de ejercer esa crítica consiste en romper los moldes establecidos. Hasta ahora, por ejemplo, existen dos modos de bailar: con orquestas, en los grandes clubes, o con grabaciones, en la semipenumbra de una boîte. El esquema fue roto en agosto por los empresarios de La Cueva, en Rivadavia 2338, de la Capital: habilitaron, junto a la pista, un manojo de intérpretes beat capaces de enloquecer a una juventud que no sobrepasa los 25 años.

Tanto fue el éxito, que Héctor Federico, 25, y Billy Bond, 24, repitieron la experiencia en el barrio de Núñez, calle Monroe 871, con un local denominado La Leche Fresca, en el cual invirtieron cerca de 10 millones de pesos. "Los primeros días trabajamos con las parejas que no conseguían sitio en las boîtes de Olivos —recordaba Federico, el jueves último—. Enseguida conseguimos captar a la gente joven de la zona, por lo común de la «clase media alta»; al principio se retraían un poco, ya que la presencia cercana de los músicos parecía interferir la intimidad reinante. Luego comenzaron a acostumbrarse." Un sorbo de whisky vale, en La Leche Fresca, 400 pesos los días de semana y 700 los sábados y domingos. La atracción: el ritmo de Los Bichos.

Sin embargo, acaso el ritmo no sea lo fundamental: por lo menos, es lo que supone el pintor Luis Felipe Yuyo Noé, un cuarentón que amenaza con instalar el Bar Baro, al 800 de Reconquista, sobre la vereda de los números pares: él pretende cosechar una clientela de intelectuales, ansía con crear un foro dende sea posible conversar sin ruidos molestos. Quiza pue-



Cerca del Bajo, un sábado: Ya no más cine.



Munilla: A la gran masa del pueblo.

Fotografías de Ramón Miniño Bailar con grabaciones ya es una antigüedad, como los tres botones y el pelo batido. Todo consiste ahora en vincularse al "café-concert", una "onda" tan loca que acaso logre perdurar.



Una noche como todas, en La Cueva, o en La Leche Fresca: ¡Zambomba!

da encandilar mediante la decoración, una ceñida copia de los antiguos saloon del Lejano Oeste, cuyo mobiliario es el fruto de las pesquisas de Noé por los remates de Buenos Aires. El artista, sin embargo, obsequiará a la concurrencia con música —pero tenue, como que emergerá de una banda magnética— y con buena cerveza, un gancho apto para los marinos extranjeros que encallan en la zona del Bajo.

Cerca del Bajo, precisamente, es una cantina cuya competencia deberá sortear Noé: afincada a pocos metros, en la esquina de Reconquista y Paraguay, cuenta —pese a su mezquina decoración—, con un handicap: el que le proporciona su dueño, Horacio

Munilla, 37, un antiguo caudillo justicialista, cuyas amistades convirtieron al "boliche" en un campo neutral para las discusiones políticas. A los curiosos puede resultarles interesante detectar allí, ciertas noches, al pintor Luis Centurión junto al vate lunfardo Alfredo Carlino, en fraternidad con oficiales del Ejército, sindicalistas y altos funcionarios del Estado. El encuentro apenas se agota en las copas: se escucha a los aficionados que toman la guitarra, y al cantor oficial del negocio, el santafesino Lito Larrosa, que regocija con El astronauta, un chamamé cómico, cuya letra relata las peripecias de un par de correntinos en la Luna.

A juicio de Federico, el éxito de estos negocios suele ser efímero: es el primer año cuando la novedad arroja ganancias y permite restañar la inversión inicial; luego las ventas comienzan a estabilizarse, si no a decaer, en cuyo caso es necesario inventar 'algo nuevo". O reinventarlo: la eclosión de los caféconcert —en la página 16, el especialista Enrique Bugatti analiza el fenómeno desde el costado del tango— apenas delata imaginación; su apogeo indica algo más profundo que la mera innovación comercial: señala, como ya parece cierto, que la música porteña se encuentra en una etapa coyuntural, a la búsqueda de una nueva fórmula perenne.



LAS CATEDRALES DEL TANGO

Pasaron 60 años desde la noche en que Francisco Canaro horadó con algunas letras de tango bajo el brazo el pórtico señorial de la mansión de los Paz, en la plaza San Martín, de Buenos Aires; ocurría mientras Angel Villoldo pergeñaba uno de los himnos del suburbio: El Choclo.

Pero ya entonces Fray Mocho, desde la revista Caras y Caretas, vaticinaba el ocaso de esa música rítmica, cobijada en la pereza del bandoneón, y que se baila, lánguida, según Ezequiel Martínez Estrada, "de la cintura para abajo".

Las profecías se repitieron de manera cíclica: una vez, cuando el cine sonoro alejó de los teatros a las orquestas típicas, que daban tono de milonga a las películas mudas; otra, cuando la calle Corrientes, tras su ensanche, perdió los escenarios clásicos, donde se acunaba la generación del 40, quizá la más rutilante en la historia del género.

Que el tango haya vuelto por sus fueros no resulta entonces un milagro; ahora, el santuario de la canción porteña se ubica en un área reducida de tres manzanas que le presta el barrio de San Telmo; sobre la inexorable decadencia del Unión Bar (la sala pionera, en Paseo Colón e Independencia), apoyan su éxito El Viejo Almacén (en Balcarce e Independencia) y Malena al Sur, de Balcarce 854. Con todo, no faltan las voces que auguran su eclipse definitivo; el argumento: los tangos han llegado a una etapa barroca, el signo que clausuró siempre las más diversas cruzadas musicales. Por supuesto, se trata aquí de establecer si el florecimiento actual es definitivo o si apenas es el estertor postrero de esta expresión popular.

Empecinados, los protagonistas de la añeja caden-

fundamentalmente whisky, al precio de 1.400 pesos la primera copa y 700 pesos las posteriores. Alvarez Vieyra confió a Periscopio que "si el espectáculo no fuera negocio, no estaríamos aquí", y que obtienen una recaudación bruta de 140.000 pesos diarios. Hacia la medianoche, en un marco pretendidamente colonial pero reducido, el podio desborda con la estrella de la noche: Rivero, de 54 años, cuya voz enorme, grave, inunda el local huérfano de acústica, suspendida en los acordes de tres guitarras. Un silencio abacial envuelve la prosa de Rivero, quien por momentos amenaza con desaparecer tras de sus manos implorantes, llevadas hacia el primer plano.

Sus hits: Cuando me entrés a fallar, La última curda, Sur, El Ciruja. Desde luego, hay algo que respalda la actuación del veterano: su indomable perseverancia en los ensayos, para los cuales habilitó un tabuco en la planta alta del negocio. El jueves, mientras Periscopio sondeaba a Alvarez Vieyra, el intérprete entonaba a capella en una mesa cercana, las estrofas de Sur que interpretaría enseguida, como si tras 20 años de oficio existiera algún matiz que pudiese escapársele.

Pero ¿qué público asiste a esas misas? Por lo general, personas maduras, de la clase media alta, y que en la mayoría de los casos no se euforiza; eso sí: escucha con atención religiosa y no admite cuchicheos ni susurros, una razón por la cual los jóvenes, las parejas de enamorados, escatiman sus visitas a El Viejo Almacén. Esta circunstancia, según Alvarez Vieyra, debe atribuirse también a "la escasa actualidad en la temática del tango". Por otra parte, "antes madurábamos temprano y muy pronto nos identificábamos con las letras que exigen profundidad".



Ruiseñor Rivero (izq.) y virtuoso Ruggiero: Un par de golondrinas no hacen verano.

cia ciudadana se resisten a admitir la senectud del tango: Horacio Salgán, un director inquieto, que proyectó desde el famoso café Marzotto a Edmundo Rivero, sostenía ante Periscopio, el jueves último, que la causa de la presunta caída reside en la falta de promoción del género. A juicio suyo, la juventud no aprecia al tango "porque nadie se lo muestra, porque todos pretenden venderle otra mercadería". Salgán niega que la falta de valores o de buenas composiciones sea responsable de la crisis: "Los temas de Discépolo o Manzi —intuye—, no por repetidos dejan de ser vigentes".

Sería difícil probar que existe una "conspiración en contra del tango"; no obstante, una encuesta entre intérpretes y compositores deja entrever tal convencimiento. Salgán —como Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese y Atilio Stampone- se mantiene adherido a la línea melódica en la ejecución, en una actitud intermedia entre los clásicos y los vanguardistas; en la actualidad integra junto a Rivero, el elenco urdido por este último para esparcir tangos desde Paseo Colón y Balcarce: es El Viejo Almacén, una peña recluida en un edificio colonial, que perteneció en sus orígenes al Hospital Británico. Julio Alvarez Vieyra y Carlos García invirtieron en la compra del solar unos 12 millones de pesos, a los cuales debieron sumar otros 5 millones para montar el espectáculo, que todas las noches culmina con la intervención de Rivero, sus guitarristas y el excelente bandoneón de Ciriaco Ortiz.

En El Viejo Almacén, un lugar que se colma todos los dias y donde los fines de semana es mucha la gente frustrada por no poder entrar, se despacha

En buen romance: lo que se requiere para integrar estos cenáculos es una postura seudo filosófica y no el mero deseo de atravesar una noche de solaz; no escapan a ella los demás troveros —María Cristina Laurenz y Félix Aldao—, el glosista Horacio Ferrer y los más conspicuos huéspedes de El Viejo Almacén: el general Mario Fonseca, Jefe de la Policía; el Secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, o Jesús Hipólito Tuco Paz, Canciller del Gobierno Perón.

A pocos pasos de allí, en Balcarce 854, el cuadro se repite; si bien Malena al Sur impresiona desde el comienzo por la admirable resolución arquitectónica de un espacio diminuto: es la obra de Saulo Benavente, quien otorgó al local el aspecto de un vestíbulo del 900, o más exactamente el del hall penumbroso de alguna renacida maison close. Malena canta el tango con Lucio Demare, 58, un pionero que enarboló la música porteña en París, junto a Canaro, en los años '20. En este caso, junto al experimentado pianista se despliega una curiosa mezcla de lo antiguo y lo moderno: nadie que haya pasado una noche en la calle Balcarce olvidará a Inés Miguens, 19, quien acaricia olvidados textos lunfardos con una voz discreta, o al bandoneonista José Libertella, cuya pericia, no obstante, naufraga cuando intenta el vanguardismo; en cambio, sus interpretaciones de Mala Junta y Organito de la tarde, son verdaderos hallazgos. En Malena es posible sorber el primer whisky por 1.200 pesos; los posteriores se cotizan a la mitad del precio.

Lejos de San Telmo, el éxito parece arisco: en Talcahuano 975, barrio Norte, existe un subsuelo donde hacia 1967 vegetaba una boîte. Desde enton-

ces, el ex insider de San Lorenzo, Rinaldo Mamucho Martino, unido a los compositores Atilio Stampone, Pedro Marafiotti y Antonio Maida, instalaron allí Caño 14, un cabildo del tango.

Aunque, básicamente, frecuentan el negocio los turistas brasileños y venezolanos; de ellos y del magro aporte local, sus propietarios extraen mensualmente 5 a 6 millones de pesos brutos; el whisky vale 1.400 pesos la primera ronda y la mitad en las siguientes. Es en Caño 14 donde, todas las noches, la voz sin lumbre de Alberto Marino trae recuerdos a los aficionados; cuesta creer que sea el mismo que se lució junto al director Emilio Balcarce entonando Estudiante, hasta el punto de que su actuación en el Marzotto, en la década del 50, obligó a la Policía a clausurar el tránsito en la calle Corrientes.

Más avanzados, los miembros del Sexteto Tango, desertores de la orquesta de Osvaldo Pugliese, martillan los compases que su maestro les supo inculcar. Es entonces cuando descuella el bandoneón de Osvaldo Ruggiero, un sonido parco, viril, que sabe captar a la platea: es, acaso, la perla de Caño 14, por cuyo tablado evolucionan también Nelly Vázquez y Rubén Juárez, cancionistas, y el poco imaginativo ballet de Juan Carlos Copes.

Como Alvarez Vieyra, como Demare, Stampone arguye que si el tango no gusta a los jóvenes es debido a que "obliga a pensar"; nadie se resigna a creer que tal vez los adolescentes piensen, aunque de otra manera. Menos aún los propietarios de Tangonorte, Héctor Barceló —un antiguo guitarrista de Rivero—, y su socio capitalista, el industrial José Calviño, a quien el músico convenció acerca de la rentabilidad de una "tanguería". Pero las bondades aún están por verse: a pocos meses de la inauguración, la falta de la máxima figura prometida —el demagógico cantor Roberto Goyeneche— compromete el futuro de la sala de avenida Alvear 1807.

"Pagamos de alquiler mensual cerca de 600.000 pesos —relata Barceló— y gastamos en la decoración del subsuelo no menos de 7 millones; en cambio, cosechamos alrededor de un millón de pesos mensuales. Gran parte de esa suma va a parar a las manos de los artistas; Goyeneche, por ejemplo, recibía 20.000 pesos por noche, más un porcentaje sobre las recaudaciones." Según Barceló, las informalidades del divo y su falta de respeto al público motivaron la cesantía; el local debió inaugurarse con el anzuelo de Troilo, una presencia que hubiese hecho correr a la firma riesgos similares.

En la avenida Alvear, sin duda, el desquite proviene del incomparable dúo Baffa-Berlinghieri (bandoneón y piano, respectivamente); tal vez ellos signifiquen la expresión más notable del tango, ahora que el género se despersonaliza con Astor Piazzolla o se apergamina con Juan D'Arienzo. Es un curso aparentemente inexorable, similar al charro cosmopolitismo de la calle Corrientes, hoy; parece llamativo pero ella, que lo perdió todo a manos del tango, conserva aún a ciertas reliquias del género: Floreal Ruiz, Rodolfo Lezica y las extravertidas Hermanas Berón, quienes se concentran en Patio de Tango, al 1300 de esa arteria.

Es que las amenazas contra la música porteña no sólo emanan de un improbable olvido; además, las orquestas típicas no resultan económicas y muy pocas sobreviven al boicot de los clubes y salas de baile; apenas si la de Osvaldo Piro inyecta un apellido nuevo en los últimos 15 años. Por otra parte, es verdad que unos pocos maestros monopolizan los contados escenarios y les brindan una característica similar: el adocenamiento. Por cierto, contribuyen a la crisis la ausencia de nuevos vocalistas —los valores se detienen a la altura de Rivero—, y si los arrestos de Piazzolla y de Eduardo Rovira son el fruto de genuinas inquietudes, también estos dos innovadores cojean de un mismo defecto: se empeñan en atribuirse la expresión máxima del estilo actual, en lugar de ubicarse donde les corresponde. Porque no existen dudas de que experimentan una nueva forma musical, bastante ajena al tango, aunque bien pueda ser la futura música de la ciudad.

Lo que parece evidente es que, de momento, sólo un manojo de privilegiados, del gusto o del dinero, frecuentan el tango, mientras flaquea hasta su traductor fundamental: el bandoneón, un instrumento de museo que ya no se fabrica en Alemania, su tierra natal. Que ambos vuelvan a estirarse juntos, que sorteen las dificultades del momento, depende menos del destino o de la presunta inmadurez de la juventud, que de una apertura, necesaria, a cargo de sus figuras máximas; son, sin vacilaciones, las más indicadas para renovar las letras y las músicas. Aunque no las únicas; quizás el ejemplo que deban imitar provenga de María Elena Walsh: su tango El 45 parece el ejemplar más acabado de la ruta a transitar en el porvenir. \ominus



SENORAS Y SENORES

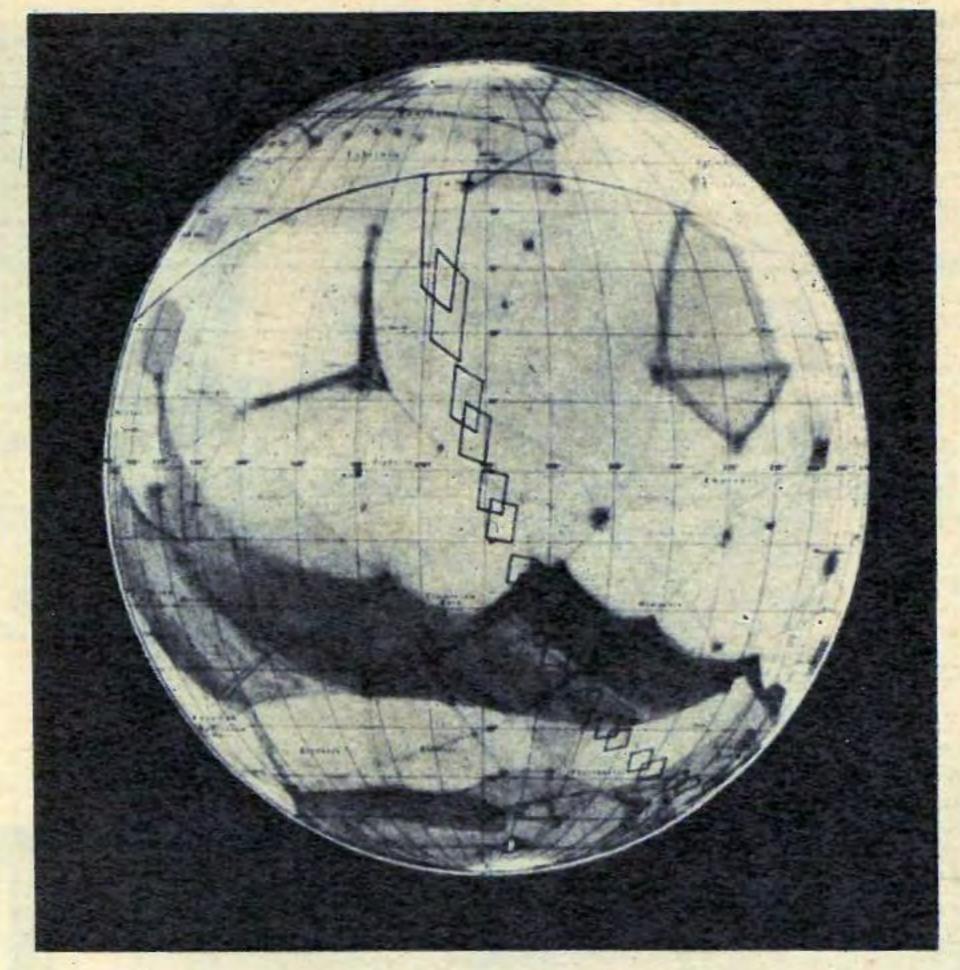
de EDITORIAL PRIMERA PLANA S. R. L.

Con todo lo que usted ya estaba extrañando: la mejor información, la crítica más aguda, el comentario más ameno sobre Artes, Espectáculos, Libros y Autores, Vida Moderna, Gente Joven, High Life, Ciencia y Técnica, Extravagario, Deportes y mucho, mucho más.

DESDE EL 26 DE SETIEMBRE

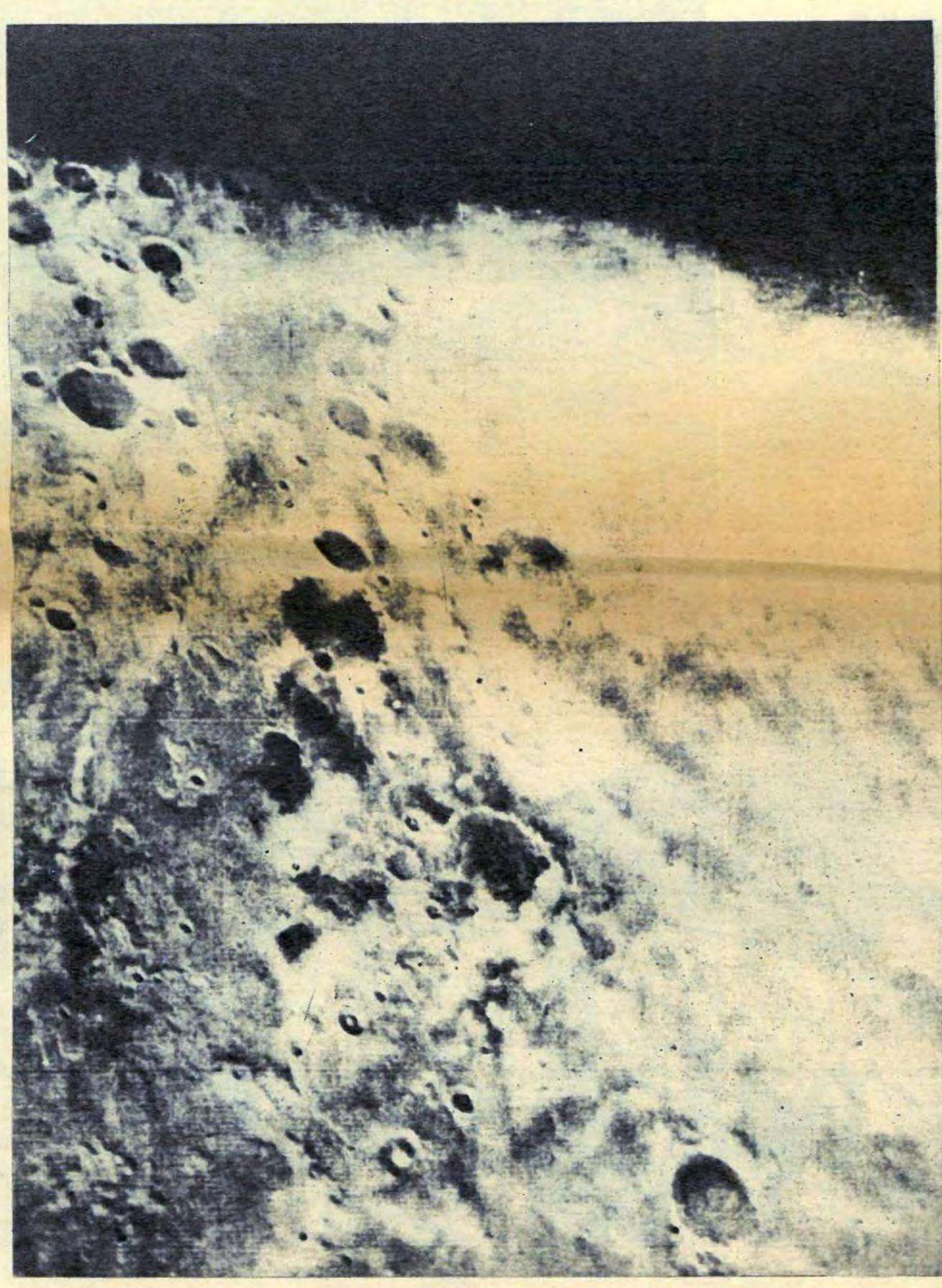
Archivo Histopos Reosal/AERNESs J www.ahira.com

AWARIEN

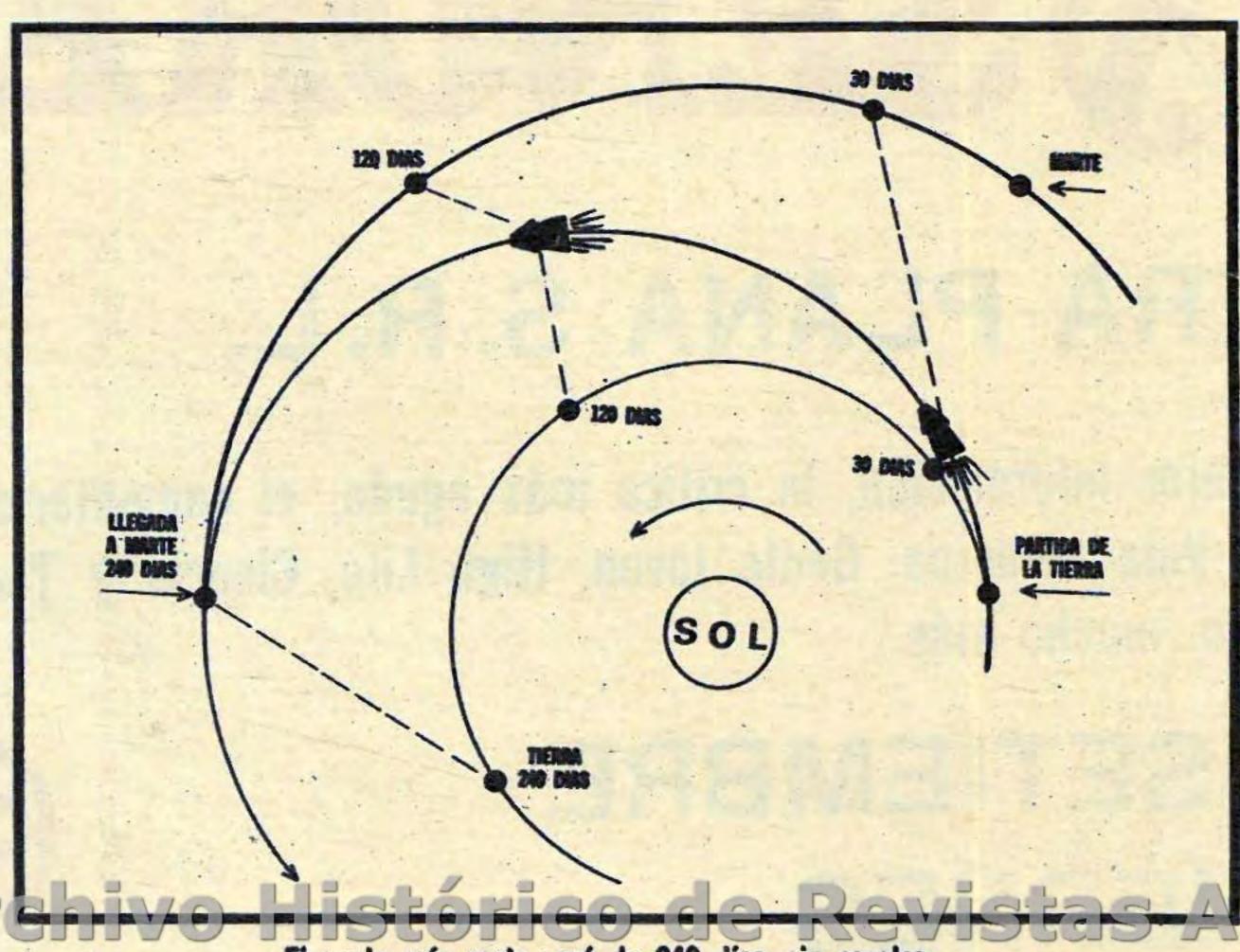


Un globo ya estudiado y fotografiado por zonas.

por Alfredo Vélez



Suelo rojizo, picado de cráteres: ¿Y los marcianos?



El vuelo más corto será de 240 días, sin escalas.

erá el 12 de noviembre de 1981. Ese día todos los hombres del mundo podrán observar en las gigantescas pantallas de sus nuevos televisores (delgadas láminas de un metro cuadrado de superficie, tal vez) la imagen, en nítidos colores, del lanzamiento espacial. No menos de cuatro astronautas norteamericanos saludarán largo rato ante las cámaras en el momento de trepar a la cápsula y sus voces se escucharán con absoluta claridad; seguramente habrá un par de mujeres en la tripulación, dispuestas a protagonizar los detalles más emotivos.

Esta es, por lo menos, idea que anidan los científicos de USA encargados de organizar la primera expedición terrestre a Marte. La fecha, prevista con una antelación inusitada (doce años y cuatro meses), fue dada a conocer hace tres semanas por el titular de la Administración Nacional de Aeronáutica y Espacio (NASA), Thomas O. Paine, y aunque parezca absurdo, no responde a las leyes inamovibles de la mecánica celeste. Se ha elegido precisamente la época en que Marte se encontrará más alejado de la Tierra para intentar su conquista.

Por eso no fue fácil para la NASA convencer a los corresponsales extranjeros que recibieron la noticia, de que no se trataba de "un capricho norteamericano" ni de "una jugada política de largo alcance". Todos saben que Marte gira alrededor del Sol en una órbita fuertemente elíptica y que su distancia de la Tierra oscila entre 56 y 101 millones de kilómetros; no ignoran, por ejemplo, que según el calendario de los astrónomos, la aproximación de ambos planetas se producirá en 1971 y recién se repetirá en 1989, mientras que su mayor alejamiento está previsto para 1980. En consecuencia, resulta absurdo pensar en abordarlo en 1981, en vez de esperar ocho años más (como se había previsto) hasta que las distancias se acorten y la expedición terrestre pueda ahorrarse unos 45 millones de kilómetros de recorrido cósmico.

Todos estos datos se basan, desde luego, en cálculos suficientemente comprobados. Pero algo ha hecho cambiar de idea a la NASA, y es que confía en disponer de un nuevo sistema de aceleración hacia fines de la próxima década. Hasta ahora, las naves espaciales reciben un impulso inicial y luego aprovechan la inercia del cosmos para seguir el curso trazado. Con el nuevo sistema, en cambio, se reemplazaría el combustible por un reactor atómico que podrá adjudicar una aceleración constante a las naves espaciales. De ese modo, las velocidades se multiplican y las distancias se acortan.

La semana pasada, el Presidente Nixon decidió aceptar el programa de la NASA (presentado por Paine, y autorizado por Robert Seamans, Secretario de la fuerza aérea, y Lee A. Dubridge, asesor científico de la Presidencia) que especifica toda la actividad espacial de vuelos tripulados y automáticos para los próximos 15 años. Ese programa incluye la colocación de seres humanos en Marte, proyecto que Nixon aceptó de buena gana, aunque con una importante salvedad: "Nada de acciones intensas que provoquen distorsiones presupuestarias". Por eso, el compromiso presidencial es menos pretensioso que el de la NASA: "Iremos a Marte —anunció Nixon en la década del 80". El informe fue elevado por el Vicepresidente Agnew y parte de su contenido (el texto completo aún no fue dado a publicidad) revelado por el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ronald L. Ziegler.

Cien mil millones de dólares

El plan aprobado ahora establece que, de producirse la partida en noviembre de 1981, la expedición descenderá en Marte en octubre del año siguiente y podrá

Estados Unidos se compromete a colocar seres humanos en Marte durante la década del 80. Nixon aprobó el Proyecto Vicking, que prevé el lanzamiento de sondas con módulos automáticos en 1973 y el envío de una expedición terrestre en 1981, dispuesta a descender allí. Se trata de la conquista espacial de un desierto en el que sólo puede vivir cierta especie de microbios y donde el clima es inhóspito a simple vista



Thomas O. Paine, jefe de la NASA, al frente de la misión.

estar de regreso a fines de 1983, tras una estadía en el planeta vecino de tres meses y una ausencia total fuera de la Tierra de casi dos años. El vuelo de ida, calculado en 240 días, puede insumir otros noventa si se hace en las fechas elegidas, y demorar algún mes más si es que se decide aprovechar la cercanía de Venus para "darle un vistazo". Todo el proyecto ha de costar cerca de 100 mil millones de dólares (cuatro veces la inversión del Apolo), siempre que sus responsables se ajusten al presupuesto inicial como quiere Nixon. De lo contrario, las cifras pueden llegar a triplicarse de la misma forma en que crecieron los gastos de la conquista de la Luna, para la que John F. Kennedy había autorizado 8 mil millones y en la que hubo que invertir 25.

Pocos días antes de anunciarse que Nixon había aceptado el plan de la NASA, Wernher von Braun se encargó de refrescar la memoria de los gobernantes norteamericanos en una conferencia de prensa sobre aislamiento eléctrico celebrada en Boston. "Podríamos colocar un hombre en Marte para 1982 — dijo—, si realmente quisiéramos..." Fue, desde luego, una manera sutil de apurar la aceptación del presupuesto espacial, el principal escollo de todos los grandes proyectos. Una tarea que para los científicos suele ser más difícil que los proyectos mismos.

¿Pero vale la pena gastar tanto para ir a Marte? Los que se oponen a la idea advierten que este planeta ha perdido todos los encantos que rodeaban su misterio, porque ya casi no ofrece secretos. Las fotografías tomadas por el Mariner IV, en julio de 1965, revelaron después de dos años de pacientes estudios que la superficie marciana no es muy distinta de la lunar y que, aunque menos escabrosa por efectos de la erosión, está totalmente agujereada. La zona que se fotografió (apenas el uno por ciento del área total) mostró 300 cráteres cuyos diámetros oscilan entre 2.800 metros y 176 kilómetros. Esa primera incursión también desvaneció la vieja idea de hallar vida en Marte. A pesar del sensacionalismo a que echaron mano algunos diarios argentinos (La Razón del 16 de julio de 1965 había titulado a siete columnas y en tipografía catástrofe: "HAY VIDA EN MARTE"), los indicios fueron todos negativos. Recién tiempo después, cuando las fotografías estuvieron suficientemente analizadas, la nueva tesis cobró forma: "Solamente microbios de desarrollo simple pueden hallarse en Marte, porque el clima allí no es muy agradable", dijo el profesor Norman Horowitz, biólogo del Instituto de Tecnología de California, en noviembre de 1968.

Algo similar expresaron los científicos soviéticos (quienes también fotografiaron a Marte con una sonda) cuando propusieron enviar microbios a ese planeta. La agencia Tass difundió las declaraciones en estos términos: "Un tipo especial de seres podría sobrevivir en Marte pese a la escasez de oxígeno, la abrumadora presión atmosférica y la radiación ultravioleta. Ese tipo especial, unos protozoarios llamados infusorios Colpoda Mopasi, se halla actualmente en una cámara potostativa soviética diseñada para simular las condiciones que se cree existen en Marte. Los infusorios no solamente podrán vivir en Marte sino que no necesitarán trajes especiales para hacer la travesía por el espacio exterior y descender en el planeta rojo. Estos animales microscópicos, formados por una sola célula, pueden secarse sin morir y sobrevivir como las esporas a temperaturas tan bajas como 196 grados centígrados bajo cero, y después de volar por el cosmos sin calefacción podrían convertirse en infusorios vivientes que se mueven, multiplican y comen". Por su parte, el profesor Lozina Lozinski, biólogo de la Academia de Ciencias de la UESS, expresó en esos __ días (noviembre de 1968) que "la reproducción y el arrollo de la vida en Marte se ven impedidos, fun-

damentalmente, por la escasez de humedad y la rápida evaporación por la baja presión de la atmósfera".

Para verificar esas predicciones, la NASA envió dos nuevas sondas a principios de este año. El Mariner VI partió el 24 de febrero, y exactamente un mes después fue lanzado el Mariner VII. Ambos vehículos, de 400 kilos cada uno, debían pasar a una distancia de 3.200 kilómetros de su objetivo "para investigar las propiedades físicas, químicas y térmicas de la superficie y la atmósfera marcianas". El director de este proyecto, Robert Gray, advirtió entonces que esas sondas "no comprobarán la existencia misma de vida, pero seguramente han de suministrar una información muy valiosa al respecto". Las sondas fueron lanzadas en las fechas previstas, y ahora se conocieron los resultados de la incursión. El doctor John Naugle, director adjunto de la NASA y principal responsable de los Mariner, reveló en Washington hace 10 días que "el nitrógeno, elemento fundamental de la vida, no existe en Marte, según las informaciones enviadas desde alli por las sondas norteamericanas".

La pregunta que comenzaron a hacerse ahora no pocos funcionarios del Gobierno norteamericano apunta, desde luego, a la utilidad del viaje a Marte, el que comenzó a publicitarse desde el mismo día en que Armstrong y Aldrin pisaron suelo lunar. "¿Para qué gastar tanto dinero en una expedición al desierto?"

El Proyecto Vicking en marcha

Pero el gran proyecto ha sido aprobado y la NASA se siente dispuesta a ponerlo en marcha. La semana pasada se decidió bautizarlo con el nombre de Vicking. Y se encargó el diseño de un par de cápsulas sin tripulación, para colocarlas en Marte en 1973, las que costarán, una vez terminadas, cerca de 280 millones de dólares.

El Proyecto Vicking, cuyo objetivo final consiste en enviar una expedición humana para descender en Marte dentro de doce años, insumirá en su primera etapa unos 400 millones de dólares, y prevé la colocación en órbita de un artefacto equipado con instrumentos y equipos de radio, y el descenso de otro aparato sobre el planeta vecino. La cápsula que quedará en órbita será semejante a las sondas Mariner, con una silueta hexagonal, y permanecerá a dos mil kilómetros de altura desde donde expulsará a su módulo de descenso. Habrá también una nave de servicio, equipado con un reactor nuclear y con suficientes reservas de combustible para frenar su avance durante el descenso en Marte.

Los científicos norteamericanos han puesto esmerada atención en un proceso que consideran esencial en
todo el operativo: la esterilización de los artefactos
que se coloquen sobre el planeta vecino, para evitar
la contaminación de microbios terrestres a otros mundos, aunque estén deshabitados. Esta preocupación
siempre formó parte de los proyectos espaciales de
la NASA, en todas las experiencias efectuadas con
sondas lanzadas hacia otros cuerpos celestes y, desde
luego, en la exitosa Apolo XI. Sin embargo, el tema
ha sido reactualizado ahora debido al anuncio soviético de enviar microbios a Marte.

"Se teme que en sus esfuerzos por ser los primeros, los rusos sacrifiquen las precauciones necesarias para impedir que Marte se contamine con gérmenes de la Tierra; gérmenes que eventualmente podrían diseminarse con facilidad por el vecino planeta a causa de sus fuertes vientos", advirtió hace seis meses el columnista británico James Wilkinson, en el Daily Express. Más precisos, los sabios norteamericanos temen, en cambio, que los microbios que con tanto celo se cultivas en Moscí, seas disempados discrecionalmente sobre el piso marciano. La idea de preservar al pla-

neta de toda infección terrestre los obsesiona, pues quieren asegurarse las mayores garantías de fidelidad en sus futuras investigaciones sobre la vida en el inexplorado planeta.

¿Qué clase de vida es ésa?

Esas seguridades servirían para averiguar si alguna vez hubo vida allí, pues se considera que Marte ha entrado hace muchos millones de años en su etapa de envejecimiento. La ficha científica le adjudica un diámetro ecuatorial de 6.900 kilómetros (el de la Tierra es de 12.757 kilometros), o sea la cuarta parte de la superficie terráquea y un octavo de su volumen; a pesar de tener una órbita casi circular, el Sol no se halla exactamente en su centro como ocurre con el resto del sistema planetario. Marte se traslada a una velocidad de 24 kilómetros por segundo, lo que establece un año de 687 días; y gira sobre su eje (inclinado 66 grados) en un lapso casi igual al de la Tierra: 24 horas y 37 minutos. La distancia que lo separa del Sol es de 227 millones de kilómetros, lo que haría suponer una temperatura mucho menos cálida que la terrestre; pero como la densidad atmosférica es distinta (se la compara con la que existe a 20 mil metros de altura en la Tierra), durante el día el clima es templado y por la noche cae verticalmente a 70 grados bajo cero.

Más de la mitad de la superficie rojiza de Marte está cubierta por un desierto rocoso, al que se le atribuye un proceso de oxidación. El resto parece ser vegetación, porque su color verdoso oscila—según las estaciones— entre el tono pálido, casi amarillento, y el verde azulado. Se trataría, según los científicos, de vegetación primitiva, musgos y líquenes. Cerca de los polos se observan grandes manchas blancas, las que se suponen formadas por una escarcha que se derrite en verano y que serviría para regar la vegetación.

Los estudios de las últimas fotografías parecen haber confirmado la tesis de la vejez del planeta. Es que Marte tiene una masa reducida y su gravedad es tres veces menor que en la Tierra (un hombre normal no pesaría allí más de 20 kilogramos); en consecuencia, las moléculas de hidrógeno son más veloces. Por esa razón, Marte ha perdido hidrógeno de su atmósfera en una proporción considerable y su suelo es de una sequedad tétrica.

La gran incógnita, a pesar de todo, siguen siendo todavía los famosos "canales marcianos", esas rayas que aparecen sobre la esfera rojiza y que siempre fueron asociadas con la supuesta presencia de seres inteligentes. Esta idea acompañó durante siglos a los hombres de ciencia y alimentó buena parte de la literatura fantástica, hasta que las fotografías enviadas por el Mariner IV comenzaron a derretir la vieja ilusión de descubrir a los marcianos. Ahora la polémica ya no es sobre su grado de civilización, porque en lugar de conjeturar si son seres primitivos o más desarrollados que los terrestres, hay que determinar en cambio si se trata de animales o vegetales y, en última instancia, si son perceptibles a simple vista.

Por el momento, las únicas huellas de los marcianos están registradas en la ficción. H. G. Wells mediante La guerra de los mundos y, más recientemente, Ray Bradbury con sus Crónicas marcianas, figuran entre los creadores más famosos en esta materia. Pero ninguno de esos relatos resultó tan sorprendente como Los viajes de Gulliver, escritos en 1726, en los que el irlandés Jonathan Swift describió con toda exactitud a los dos satélites marcianos, Deimo y Febo, los que fueron descubiertos un siglo y medio después, en 1877. El resto de la historia de Marte tiene que ver con la Edad Antigua, cuando la mitología griega hizo de este astro el dios de la guerra, Ares, al que terminaron por adorar también los romanos con el nombre de Mars. O



'Clack, clack,

Estos sonidos se escuchan cada vez con más frecuencia en los televisores de Córdoba. No los emitimos desde nuestra planta transmisora; son los clack que produce el selector al girar hasta Canal 10 para sintonizar programas que llegan a una audiencia en constante aumento.

Por eso, si Ud. tiene decidida una inversión en la TV cordobesa, piense que Canal 10 le ofrece un costo por contacto que se reduce

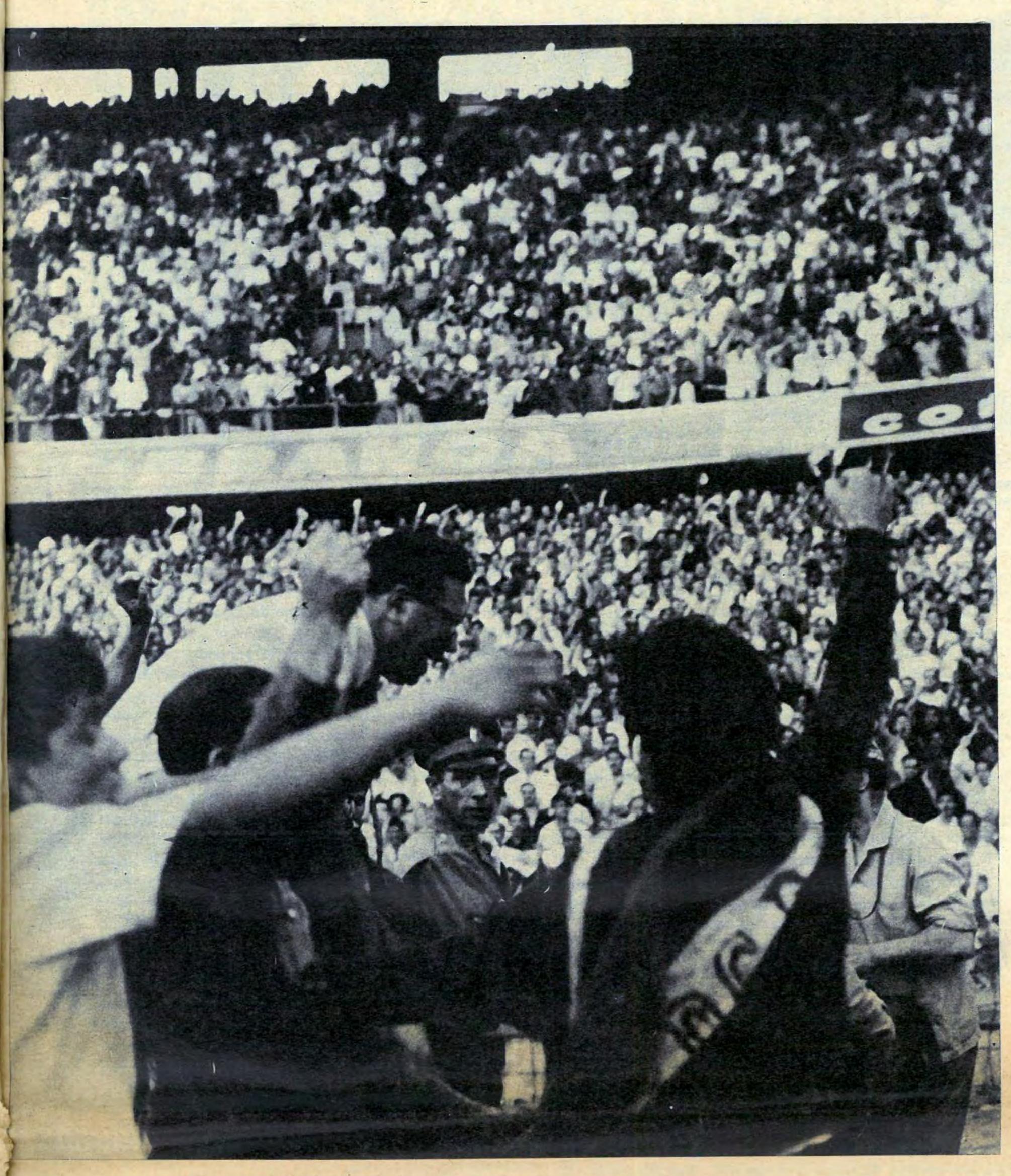
cada vez más.

Por otra parte, si Ud. contrata ahora en Canal 10 tendrá asegurada por un costo mínimo la gran audiencia que nos dará el nuevo y potente transmisor, ya en Córdoba, que instalaremos aceleradamente en las obras del Centro de Radio y Televisión en Barrio Marqués de Sobremonte.

Canal 10

Televisora Universidad de Córdoba.

Rivera Indarte 170, (Pasaje Muñoz), Piso 2, Tel. 96448, Córdoba Agencia Comercial en Buenos Aires, Telecenter, Castex 3345, Tel. 72-9404



El fútbol empresa: Versión libre de Alberto J. Armando.

ara entender la tristeza que envolvió a muchos argentinos, al caer la tarde del 31 de agosto último, habría que encontrar una respuesta coherente ante la imaginaria pregunta: ¿Qué es jugar bien al fútbol?

Esa tarde, millones de argentinos acompañaron la escena final de unas exequias que se venían celebrando desde varios años atrás: las de un arte singular, que no tiene explicación como no la tiene lo bello, lo estético, lo que agrada o se rechaza mediante un ele-

mental acto de percepción.

Analizar al fútbol es un proceso secundario, desechable. El primer investigador de razones, en este deporte, debe haberlo hecho a impulsos del humano deseo por prolongar agradables sensaciones, a través de la elaboración deductiva. En la Argentina, muchas razones hubo para la generación de críticos futbolisticos. Fue entonces, al comenzar la década del 50, cuando la inmersión del hombre en la turbulencia del mundo moderno atrapó al fútbol.

La decadencia de las artes y el desarrollo de las ciencias no fue un hecho aleatorio: el fútbol fue alcanzado. Una muerte lenta debió ser aceptada como el más piadoso desenlace de aquella fulgurante vida,

pero la distorsión llegó al deporte.

Aparecieron los Mesías, sin previas promesas, y se pretendió mutar al arte menor en ciencia. Las previsiones y el barroquismo intentaron reemplazar a la espontaneidad y a las sensaciones. Si la esencia del fútbol era lo que se le ocurría a un jugador en una fracción de segundo, nació el autómata adocenado semanalmente. Un comentario que resolvía su razón de ser, relatando con idoneidad lo visto, fue desplazado progresivamente por tortuosas interpretaciones que a nadie esclarecían: por lo contrario, lograban escamotear la hermosura de lo fugaz, de lo relampagueantemente insólito y atrevido.

Esta metamorfosis tiene sus fundamentos, aunque el enunciarlos, seguramente, alzará reacciones, nega-

tivas, fobias.

Mucha gente vio al fútbol como a un medio propicio para ganar dinero. A los veintidos jugadores que daban forma al espectáculo se les adosaron el director técnico, los asesores, los espías, los directores de campo. Los dirigentes que, con verdadera humildad, habían dado forma a la imagen actual de varios clubes de fútbol fueron desplazados por hombres de empresa, fuertes comerciantes o industriales. El periodista solitario, que consideraba cumplida su función al relatar la tonalidad del partido y destacar errores o aciertos, se encontró apretujado por modernísimos colegas, quienes habían descubierto la importancia de preguntarle al insider derecho, mientras se jabonaba la cabeza, si estaba feliz porque su equipo había ganado.

HSTORIA ARGENTINO



El director técnico y su pizarrón, parientes cercanos de la crisis.

por Jorge Llistosella

Archivo L'istéricos de Revistas y Argentinas de un proceso.

23/IX/69 - PERISCOPIO No



Alegría, grandes jugadores, espectáculos. Los argentinos se hartaron de tanta riqueza y comenzó la demolición.
(Labruna, Vernazza, García Pérez, Méndez, Loustau, Colman, Mouriño, Pizzuti, Boyé, Lombardo, Grisetti, Benavidez, Filgueiras, Bravo, en 1951.)

El éxito fue rotundo, pero el fútbol comenzó a toser. Los técnicos dedujeron, acertadamente, que su mayor enemigo era un estupendo jugador, cuyo talento no necesitaba de indicación alguna; iniciaron, en consecuencia, su destrucción, para reemplazarlo por el torpe que necesitara consejos y atenciones. Los empresarios-directivos comprobaron que sus metódicas planificaciones fueron suficientes para llevar a los clubes hasta auténticas ruinas económicas, de las que sólo pudo escapar Vélez Sársfield, un feudo del más antiempresario de los dirigentes: José Amalfitani. Una anécdota da cuenta de que la rectitud es la única ruta abierta: Jorge Finito Ruiz era director técnico de Vélez. La Razón publicó un reportaje en el que Ruiz decía: "Ahora les llaman cracks a jugadores como Willington o Ermindo Onega. En mi época no hubieran podido jugar en primera". Ruiz dijo la verdad; pocas veces un hombre de fútbol se atreve a hablar con tanta valentía. Pocos días después, Vélez Sársfield lo despidió. Willington era jugador del club y no se podía permitir que el propio técnico desvalorizara un capital de la institución: a Ruiz se le había contratado para que dirigiera a los futbolistas, y no para que dijera inconveniencias, aunque fueran ciertas. Vélez cerró su último ejercicio con un superávit de 50.000.000 de pesos.

Al periodismo deportivo ingresó una catarata de iniciados, quienes, irreverentemente, condenaron al fútbol que no habían visto, evaluaron al juego que nunca habían practicado y decidieron que, de fútbol, se habían mucho más durante la semana que en los do-

En la novedosa redistribución de riquezas, el futbolista fue compensado y sólo se le exigió silencio, complicidad. Correr y callar la verdad; entrenarse y decir que todo había salido de acuerdo a los planes, en el caso de ganar; embolsar fortunas y deslizar alguna excusa premeditada, si se perdía.

El fútbol ya presentaba un cuadro clínico patológico, pero sus anticuerpos humanos y económicos lo mantenían de pie, aún.

En 1958, la Argentina decidió su participación en el campeonato mundial de Suecia. Envió una representación mediocre, fue rápidamente eliminada y todo pretendió ser resuelto montando la responsabilidad sobre las espaldas de Amadeo Carrizo, un ser débil, manejable, inofensivo.

Chile, en 1962, desenmascaró las tendencias naturales del proceso: el fútbol argentino medraba en una actitud defensiva; perdidos su alegría, su desenfado, su atrevimiento, caía el velo de tanto prestigio heredado; ya podía hablarse, exclusivamente, de las excelencias defensivas.

Fue Inglaterra, en 1966, un punto decisivo en la historia que tocó fondo el 31 de agosto. Una confabulación casi absoluta de dirigentes, futbolistas y periodismo señaló como heroicidad a lo hecho por uno de los teams más mezquinos e insolentes que vistieron la camiseta celeste y blanca. Desde Londres regresó el equipo, orlado por un título inmaterial, otorgado por argentinos, para burla de argentinos: campeones morales. Roberto Perfumo no pudo soportarlo, un año después, y se descargó: "¿Quién fue el inventor de eso? Jugamos con miedo contra Inglaterra y, cuando nos dimos cuenta de que podíamos ganarles, perdíamos por 1 a 0; ya no pudimos cambiar las cosas. Llegamos a Ezeiza pensando que nos iban a matar, y allí nos encontramos con una fiesta nacional".

El invento perteneció a una sociedad en comandita por artículos periodísticos, sin duda. Que a los dirigentes, a los técnicos y a los jugadores — según lo aceptó Perfumo- no les interesase poner las cosas en claro, dejó de ser coartada para quienes tenían la obligación (en este caso, verdaderamente moral) de informar e interpretar los hechos desinteresadamente. Dante Panzeri ganó algunos puntos para coronar los calificativos con los que es definido por la mayoría de sus colegas y del público: "Siempre está en contra de todo, no hay nada que le guste; este tipo está loco: parece que no fuera argentino". Panzeri envió su versión para Crónica, que lo había enviado a Inglaterra. Se lo respetó, absolutamente, hasta que Argentina pasó a los cuartos de final, tras empatar con Alemania. El comentario de ese partido fue a parar a un cesto; hubiera deshecho el armazón promocional que toda la prensa estaba construyendo. Desde entonces, Panzeri continuó fiel a su posición: debería aguardar tres años para encontrarse con su gran victoria.

La Argentina fue designada, por la Federación Internacional de Fútbol Asociado, para integrar el grupo 10 de las eliminatorias. Junto a Perú y a Bolivia, jugaría partidos y desquites; uno de los tres seleccionados nacionales debía clasificarse; obtendría, así, la posibilidad de participar en los octavos de finales del próximo campeonato mundial, en México.

Luego de cuatro encuentros, cuyos resultados, por recientes, son demasiado conocidos, corresponde evaluar los potenciales del fútbol argentino con un elemental recuento: consiguió cuatro goles; dos fueron logrados por un defensor, Albrecht, mediante la conversión de penales; uno, a través de una extraña y nada lógica jugada —una tijera aérea—, por Tarabini; el restante, a favor de la presencia de Rendo, quien pasó, en su largo camino hasta el arco peruano, por dos circunstancias fortuitas: un rebote en el pie del

defensor Fernández, que fue a encontrar la rodilla del jugador sanlorencista, y el afortunado hallazgo de lo que pretendió ser su remate final, devuelto por el poste.

Incluir a Alberto Rendo en el segundo tiempo del match con Perú fue la más torpe decisión del técnico Adolfo Pedernera: ese pequeño y conflictuado jugador se encontró, al entrar en el field, con el score igualado sin goles y con la liberación de sus tradicionales temores. Rendo no necesitó salvarse, como en San Lorenzo, porque sabía que era el salvador. Se paró donde siempre debería estar - en el medio campo- y liberó todas sus excepcionales condiciones técnicas. Argentina, por primera vez en la serie, jugó al fútbol. Pedernera, suavemente, colocó una lápida futbolistica sobre su cabeza: el hombre que en una época había maravillado al mundo con su fútbol, el que había protegido a jugadores con las características de Víctor Hugo Romero o Nicolás Novello, ahora se inclinaba por la torpeza de Rulli, el descontrol de Pachamé, la ineficacia de Bernao, las equivocaciones de Yazalde y Tarabini. Completó así otra desarmonía con su personalidad. La anterior, que ni sus intimos entendieron, consistió en nombrar como colaborador a José Varacka. En 1957-58, cuando Pedernera fue director técnico de Independiente, debió abandonar esa tarea. Fue entonces cuando aceptó: "Varacka es el mayor culpable de que me haya tenido que ir".

Pedernera fue vencido por su falta de tino y desenmascaró a toda una historia de fraudes, mentiras y retorcidos propósitos, que incluía a mucha gente. Aquel pequeño hombre de 29 años, suelto, libre, ansioso de notoriedad, en 45 minutos de simpleza y naturalidad, había puesto las cosas en claro.

Desde los años 50, durante los cuales todo empezó a derrumbarse, fue cada vez más difícil imponerse a quienes seguían interpretando al fútbol sólo como un juego rentado. Renato Cesarini resultó uno de los precursores de esa involución. Tuvo muchos alumnos y algunos, por aventajados, hicieron estimar los excesos de quien llegaba al descontrol ("Denme once troncos, que yo los convertiré en jugadores de fútbol"), pero permitía algunas fisuras en su negativa presencia futbolística. El desacuerdo entre Cesarini y Luis Artime llegó a ser espectacularmente gracioso: mientras el técnico se pavoneaba, asegurando que lo había cambiado con sus métodos, Artime afirmó: "A mí, Cesarini no me enseñó nada".

La bandera que izó don Renato, a cuyo carro treparon incansablemente sus seguidores —aun quienes lo negaron, como Osvaldo Zubeldía—, tenía una inscripción: "Basta de jugar lindo; en el fútbol moderno sólo importan los resultados". Leyendo esa frase en un reportaje a Zubeldía, publicado el 4 del actual, un jugador de Boca se preguntaba: "¿Y quién le dijo a este hombre que jugar lindo es perder. A esta nota le falta una pregunta del periodista, para que Zubeldía explique, ya que le gusta tanto hablar, qué es jugar lindo y qué es jugar feo. Boca es un buen ejemplo; ahora que ganamos seguido, ¿jugamos mejor o peor que antes?". Será verdaderamente difícil que Zubeldía reciba las preguntas que solicitaba el jugador boquense: el periodismo argentino ha hecho suyos, desde tiempo atrás, esos lugares comunes nunca aclarados que atiborran de ocultismo a sus páginas, a sus palabras. Es ilusorio esperar de quienes tartamudean aquella frase, que liga al fútbol moderno con los resultados, que pretendan difundir este informe: desde el 12 de octubre de 1967, cuando el seleccionado argentino se puso bajo la dirección de Cesarini, hasta su último partido, ha ganado siete, empatado diez y perdido nueve; convirtió treinta goles (1,15 por match) y recibió treinta y tres (un promedio de 1,26).

Estos son los reales resultados de que se habla. Esta es la triste historia moderna de un fútbol que perdió su sonrisa, su encanto, su frescura. Es la empresa decadente, diricida por la mentalidad empresaria de los empresarios.



Tristeza, mediocridad, desestre los argentinos se enfreman con la realidad que supieron conseguir.
(Marcos, en 1969.)

"¡No nos ganan!", vociferaba, apasionadamente, un relator peruano, esa tarde —la del 31 de agosto desde la cancha de Boca. Sus compatriotas lo escucharon azorados: no se había abierto el score entre los seleccionados de Perú y Argentina, pero él no desvariaba; sabía por qué lo gritó. Once gloriosas camisetas estaban vestidas por argentinos, pero esas piernas parecían extranjeras. "¿Cómo pueden haber llegado tan bajo, ustedes? ¿Por qué abandonaron el fútbol que sabían jugar? Nosotros siempre fuimos hijos de los argentinos, en fútbol, pero ahora nos sentimos superiores", remataba su comentario final otro peruano. En su sorpresa, obvió la resolución de tantas dudas; Perú, desde tiempo atrás, se había propuesto algo insólito: jugar, liberar al futbolista de angustias y presiones. "¿Es cierto que los argentinos cobraron 500.000 pesos por jugar los cuatro partidos, aunque no se clasificaran?" Gallardo y Cubillas, dos delanteros peruanos, no lo podían creer. Nadie pudo detectar menor fervor deportivo en ellos, y se les vio muy felices con los 55.000 soles (440.000 pesos argentinos) que les asignaron por ganar su primera participación en la rueda final de la copa Jules Rimet, e invertir los términos: es la única vez que la Argentina no lo consigue de todas las ocasiones en las que lo intentó.

Ya no extrañaba que las primeras conclusiones, luego del revés, fuesen acudir al ejemplo de Perú. Un comentarista de televisión llegó más lejos: aconsejó que también se tomara en cuenta a Bolivia. La organización del conjunto peruano hizo abrir todos los ojos, todas las bocas. Pasaron inadvertidos dos detalles que pudieron gobernar tanta incoherencia: Waldir Pereira, Didí, el brasileño técnico de Perú, encasilló al puntero derecho, Baylón: "No es un hombre de equipo. Es un típico individualista y lo tenemos que admitir tal cual es. Nosotros no podemos cambiar su manera de ser"; Osvaldo Cachito Ramírez, el autor de los dos goles con los que Perú igualó frente a Argentina, y que clasificaron a su país para México, no era titular del cuadro y fue improvisado puntero izquierdo, a quien recurrió Didí cuando se lesionó el

titular, Gallardo.

La segunda reacción, encabezada por el periodismo argentino, está en vigencia y constituye una variante burlesca, destinada al público. Al cristalizar un prolongado lapso de engaño y distorsiones, ocurrió la eclosión: "¡Otro fútbol!", "Lógico fin de dos procesos", "Que se vayan todos", "¡Basta de improvisaciones!". Los titulares castigaban muy duro, pero la lectura posterior no podía ubicar a quién. Se hablaba de otro fútbol, cuando la selección argentina había jugado el mismo fútbol que durante años fue aplaudido; se considera lógico, ahora, el final del proceso argentino, porque ya nadie recuerda el incondicional agrado con el que se apoyó la gestión de Pedernera, y que mereció formas de expresión ("Adolfo ha provocado una epidemia de fe. Nosotros no nos hemos salvado. Y eso ha ocurrido por muchas cosas"); Eduardo Rafael, jefe de deportes de Crónica, tuvo la valentía de firmar una nota en la que pidió el alejamiento de los dirigentes tradicionales, y luego nombró a Armando, Seijo, Capaccioni, Porri y Zucotti, aunque Rafael sabe que eso no mejoraría el caos: lo haría disminuir, solamente; la improvisación y su antónimo, la organización, son dos términos que ocupan y preocupan a los argentinos, sin que sean demasiados quienes den pautas para arribar al orden ansiado.

En este caso, una marea común llegó a señalar como estandarte a Rendo. Se lo idolatró como exponente del buen gusto futbolístico y símbolo de las fuentes técnicas, abandonadas voluntariamente y a las que se ordena retornar. Pero cuando Rendo fue llamado por Pedernera, antes de viajar a Bolivia y Perú, y se lo dejó a un costado, considerándoselo el jugador Nº 23, no hubo una sola voz que sonara, advirtiendo de la equivocación. Sólo La Nación reporteó a Rendo, antes de iniciarse los desquites en Buenos Aires, y arriesgó su opinión: "Alberto Rendo, un jugador cuyo fútbol

está aguardando nuestro seleccionado".

Crónica se atrevió, recién luego del desastre: "Rendo, un maestro que enseñó lo lindo y fácil que es el fútbol cuando se es jugador. Un descubridor de mentirosos que dicen que los chiquitos no tienen físico para

jugar al fútbol moderno".

Habían pasado los años. Panzeri encontró que las caras que antes se daban vuelta a su paso, le sonreían. Nadie se acordó de Hamarlo ácido, despiadado, cruento. Su soledad se convirtió en escuela: el periodismo tomaba sus viejas profecías y las hacía suyas, pero cuando todo estaba perdido. El director de un diario porteño le propuso: "Quisiera que escriba una nota bien grande, dándole, con todo, a todo el fútbol". Panzeri contestó: "No, yo no sirvo para sumarme a esta bandada. Yo ya dije lo que pensaba, antes de que esto sucediera".

En la semana última se impuso la moda de las soluciones, la que perdurará algún tiempo, todavía. Como mandamientos paganos se pueden leer y escuchar ceremoniosas palabras hinchadas de probidad y bueTIEMPO DE LAGRIMAS

Arrojar piedras sobre una casa derrumbada, en escombros, no es tarea de superhombres. Por supuesto, luego de la crisis que aletargó al fútbol argentino, muchos fueron quienes aceptaron tirar la primera. La del presidente de Boca Juniors fue multifacética: primero acusó al periodismo y al público; luego, a los dirigentes, y, por último —rezongando porque el árbitro Hormazábal había sancionado un claro hand de Yazalde, frente a Perú—, opinó que la solución habría estado en que el linesman hubiese sido otro, y no el que actuó. Por lo que se deduce que también los jueces de linea son culpables de que la Argentina no participe en el campeonato mundial de México.

Los jugadores se quejaron de la altura, en La Paz; de la mala suerte, en Lima. Rulli mostró su ingenio, al comentar las razones por las que a Bolivia se le ganó con un penal y jugando muy mal, en Buenos Aires: "Lo que pasó fue que el partido se jugó con verdadera desesperación, y en ese estado es imposible andar bien. La obligación de ganar nos iba atando cada vez más". Rulli olvidó aclarar si lo que necesitaban él y sus compañeros era tener la obligación de perder, para sedarse, o si podía jurar que los bolivianos entraron a la cancha desner-

vados. Pero hacía falta alguna otra versión para completar la comedia. Y hubo que esperar la llegada de Estudiantes, al finalizar una serie de partidos en América y Europa. La presencia de Osvaldo Zubeldía es siempre buena presa para un periodismo que, sugestivamente, acude en busca de opinión y reproduce la de quienes deberían recibirla de la prensa.

"No hay que llorar", ordenó el técnico de Estudiantes de La Plata. Y para demostrarlo, agregó algunos conceptos: "La excursión de Estudiantes fue demasiado larga [...] Nos fue mal con el árbitro y pienso que con el Real debimos obtener otro resultado [...] La única tabla de salvación del fútbol argentino, en este momento, es Estudiantes y entonces hay que apoyarlo [...] También vimos a Ortiz de Mendivil, nos dirigió allá. Los empresarios nos decian que si él dirige Milan-Estudiantes, ya perdimos. Anda con un reloj que le regaló el Milan y lo muestra a todo el mundo [...] No puede ser que Estudiantes, campeón del mundo, salga sin periodistas".

Zubeldía no fue muy explícito; debió señalar si deseaba un periodista o un publicista. Porque es posible que si el periodista al que se refirió fuese el autor de una nota aparecida en La Nación, el 7 del actual, no se cubrirían los recaudos que él pretende. Alli se leia: "Luego fue Estudiantes, que agregó el barullo de triquiñuelas, engaños, burlas al rival y al público, con actitudes teatrales. Zubeldía llegó a declarar que el antifútbol que le adjudicaban no le interesa, mientras ellos ganen. Y lo

de Estudiantes fue mentira".

Si el periodista que, según Zubeldía, debe acompañar a Estudiantes en sus giras, enviaba comentarios de este tono, es probable que desapareciera con rapidez de la comitiva. Se arriba a esta conclusión luego de observar a un grupo de furiosos dirigentes estudiantiles, en la sala de espera de La Nación, presentando una violenta que ja que nada tenía que ver con la libertad de juicios.

Se puede profetizar que, en adelante, todos los partidos de fútbol que se jueguen, y en los que participen equipos argentinos, serán estupendos: uno de los irritados directivos de Estudiantes era el doctor Oscar Ferrari, quien fue designado Interventor en la AFA. De todas maneras, a quienes continuan poseyendo la ilusión de poder pensar y opinar les reconfortará saber que, por ahora, la designación de Ferrari es transitoria: tiene una vigencia de 30 días y cubrirá la licencia solicitada por el titular, Aldo Porri, quien enfermó luego de la eliminación.

Los argumentos manejados por los protestantes no carecian de valor: "¿Y si Estudiantes sale campeón de la copa Europea-Sudamericana? ¿Qué van a decir del equipo, entonces?". Tal vez en sus memorias quedó grabado un título, publicado por La Razón; magnificaba como fútbol de 1970 al desarrollado por Estudiantes en un partido en el que había confirmado los juicios que les producían ese escozor.

Durante el periodo de retorno a las fuentes de pureza futbolistica, aconsejado por todo el periodismo, sería una nota del más sutil humor que Estudiantes obtuviese su segunda copa mundial —a su manera— y debiera comentarse la nueva victoria. Los aprietos conceptuales serán mayúsculos y cabe esperarlos ansiosamente. Aunque conviene inmunizarse ya contra cualquier desinteligencia: en el número 2605, El Gráfico induce soluciones. Una de ellas ("Enseñar desde abajo que es más fácil llegar al gol por los caminos de la imaginación y la alegría, que por la via del choque y el forcejeo") se acopla, sin rubores, con la proposición de Osvaldo Zubeldia, el hacedor de Estudiantes —exactamente la representación de lo que se termina de reprobar—, como técnico del seleccionado argentino.

Quizá pudiese ayudar a la obtención de una coherencia improbable la transcripción de una imagen que debiera avergonzarnos; Bernard Joy, comentarista deportivo del Evening Standard londinense, escribió: "El alivio de Inglaterra, por la eliminación de la Argentina, lo comparte el resto del mundo, inclusive sus vecinos sudamericanos. Universalmente se temía a los argentinos; no sólo por su alta calidad técnica, sino también por sus tácticas de provocación deliberada y su juego negativo."

El camino, en cambio, será muy escarpado. No es fácil imaginar que quienes encadenaron al juego más bello del mundo cedan posiciones mansamente. La selección nacional sufrió la misma impotencia que ha impedido a River Plate conquistar un campeonato desde 1957. River destruyó su condición de escuela técnica, recostándose en la barbarie futbolística; de la exquisitez pasó a la grosería. Cuando lo advirtió, buscó entre sus divisiones inferiores, para encontrarse con muestras gratis de sus jugadores mayores. El seleccionado nacional jugó estas eliminatorias como lo hacen, todos los domingos, los equipos de primera división: ¿podía esperarse algo distinto?

Así como River pugna infructuosamente por ganar un campeonato, sin reconocer que debe renunciar a esa obsesión para entregarse a la reconquista de un estilo perdido, la misma secuencia le espera al fútbol argentino.

Un cierto trabajo especial, que comience en las divisiones menores, es la única solución. Allí tendrá

que soltarse a los niños, para que jueguen despreocupadamente hasta llegar a tercera, con no más de diecinueve años. Hasta allí llegará el amateurismo bastardo que se practica en todos los clubes; en adelante, las instituciones deberán contratar o dejar en libertad al futbolista.

Esa escuela natural formará una generación de no alienados, capaces de oxigenar a los equipos de primera. Un cambio del régimen económico, esencial para decidir si las entidades van a la quiebra o inician su purificación, obligará a estrechar las remuneraciones de los jugadores profesionales. Racing —de acuerdo a la confesión de su presidente, Santiago Saccol— entrega a Perfumo un sueldo mensual de 1.500.000 pesos. En tanto, pugna por desembarazarse del cerco que le tienden empecinados e insatisfechos acreedores.

Estos principios, desarrollados y sujetos por una rigidez que sólo la decencia garantizaría, pueden abordar una recuperación que no sucederá, seguramente, antes de cinco años Pira. Com. ar

has intericiones 23/IX/69 - PERISCOPIO Nº 1

- La guerra y la paz

El capitán Conde Von Kielmansegg mira el reloj: son las 4.43. Enciende un cigarrillo. "Todavía dos minutos -está rumiando-. Cuando este cigarrillo se haya quemado, será la guerra."

Entre el frío penetrante, el silencio y la oscuridad, unos hombrecillos van y vienen, invisibles para el ojo humano. Se acechan. No les han dejado sino una

alternativa: matar o morir.

"La semana pasada —piensa aún— la contraorden llegó a tiempo, ahora es imposible." A sus espaldas, el general Schmidt conversa en voz baja con su primer oficial. Tiende el oído: no, esta vez no hay que temer otra frustración. "Hemos detenido el resuello al oír la última oferta del Führer: un nuevo Corredor y una nueva línea de ferrocarril. No seríamos soldados alemanes si no hubiéramos deseado que Polonia la rechazara."

Arroja el cigarrillo, que le quema los dedos. El minutero se mueve hacia las 4.45. Nadie dice una palabra cuando la 1ª División Blindada sale blandamente del bosque de Olesmo, mojada por un rayo de luna.

Un tanque ha llegado a la mitad del puente: los polacos han electrizado el puente, el tanque vuela. Un minuto después, Kielmansegg ve caer el primer avión, un Heinkel.

"Señores oficiales, la orden es dormir. Duerman ahora, después no podrán en mucho tiempo." La noche anterior, jueves, han velado, esperando el ataque alemán: tienen los nervios deshechos. Sin duda, esta noche vendrán. Si no vienen -se excita alguno-, iremos a buscarlos; todo, antes que seguir así.

Es en el Estado Mayor del Ejército Cracovia (5 divisiones y 1 de reserva); su jefe, el general Szylling, tiene la misión de defender la cuenca carbonífera de Silesia. Los oficiales se acuestan, de mala gana, y en la Sección Operaciones sólo queda el mayor Dobrowolski, con cinco teléfonos sobre el escritorio. A medianoche, chillan todos juntos.

"Un destacamento se acerca", jadea el teniente al mando de una batería avanzada en Pekary. "¿Qué

hago?"

"Esperar, observar, informar", repite Dobrowolski. El mismo teniente, dos horas después: "Están avanzando con pequeños cañones". A las 4: "Oigo los motores de sus tanques".

Dobrowolski, imperturbable: "Cuando atraviesen la frontera, dispare. Acabe su munición y retroceda a posición segura".

A las 4.15, tampoco él resiste más y despierta al Estado Mayor.

Szylling se pone las botas flemáticamente. "¿Pero han pasado la frontera?"

"No, mi general; sólo que ya están sobre nosotros." "Bueno, aproveche este rato para hacer servir café a los oficiales."

Media hora después, tanques y aviones enemigos desencadenan un turbión de fuego.

Lo mismo en Varsovia. Calle Rackowiecka: un sombrío edificio militar. Es allí donde se trasladó hace unas horas, para despistar a la Quinta Columna, el Comandante en jefe, mariscal Edward Rydz-Smigly. Sus oficiales duermen, menos el coronel Leopold Okulicki. Llaman de todos los frentes.

"Aquí Chojnice, el 18 de Ulanos. ¿Hay guerra o no? No sabemos si es una tempestad seca o cañonazos." En aquella región (noroeste), la noche se

deshace en rayos y truenos.

Otro teniente, cerca de Mlava, creyó oír un grito en la espesura. Forma un destacamento de 15 hombres, se interna cien pasos y se vuelve, solo, a telefonear.

"¡A su bunker, teniente! —brama Okulicki—. Si deja esos hombres a la intemperie, será sorprendido."

No ha terminado de hablar cuando un formidable estrépito invade su oído, su cerebro.

En Gliwice, una pequeña ciudad silesiana (los alemanes, que la poseían, pronunciaban Gleiwitz), al parecer las hostilidades empezaron unas horas antes.

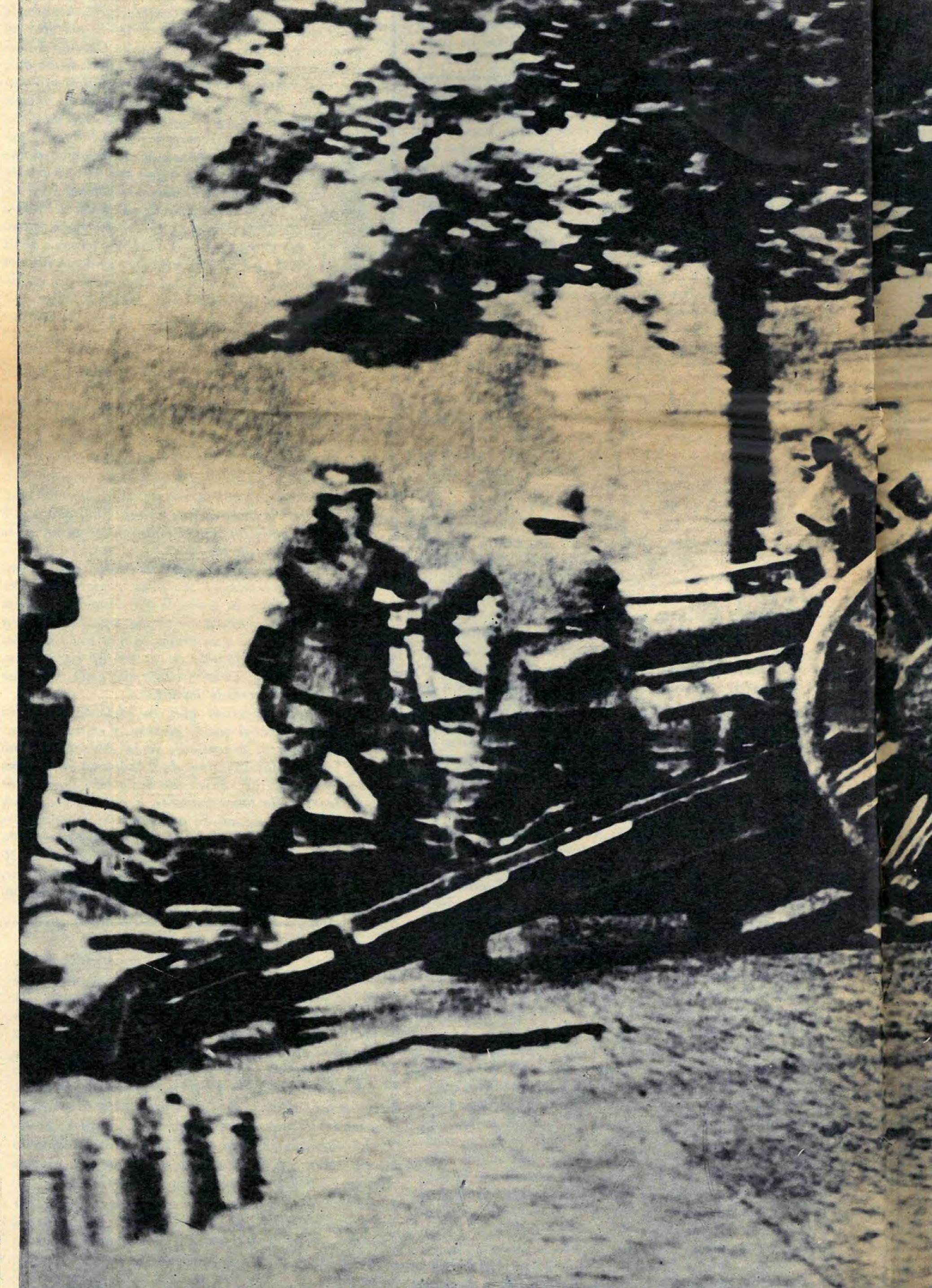
Antes de medianoche, una extraña tropa llega enautobús y se hace cargo de la emisora alemana. El local está casi vacío: misteriosamente, el personal fue enviado a sus casas y sólo quedan los técnicos indispensables. Los atacantes disparan al aire, ordenan que la trasmisión continúe. Traen consigo un disco: primero irradian la mazurca Dombrowski, himno nacional polaco, luego una audición titulada "Silesia vuelve a la patria". El locutor incita a la minoría polaca a combatir contra los soldados alemanes. Después, el autobús se va.

Terminada la guerra, se revelará que los agresores eran alemanes con uniforme polaco, trece reos de derecho común, drogados, provistos de armas sin munición y encuadrados por tres miembros de la SS; los cuales, para acentuar la verosimilitud, asesinaron a dos o tres curiosos, sus compatriotas, que salieron a ver También acabaron con los trece prisioneros.



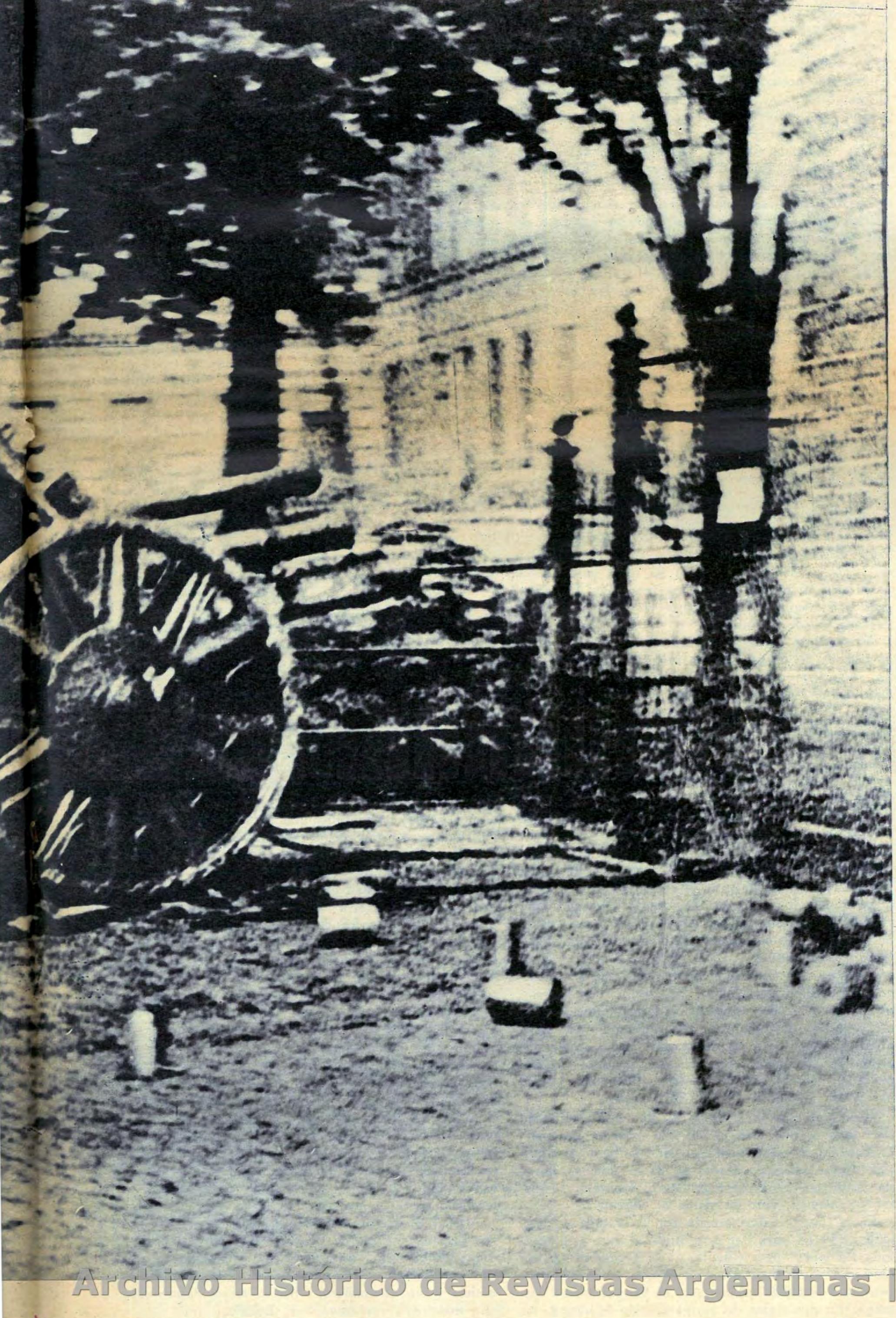
"Berlín, 1º (Transocean, urgente). Por orden del Führ, la Wehrmacht pasó a la defensa activa del Reich, ponien fin a las violaciones polacas. Las fuerzas de tierra, mar aire empezaron su ataque esta madrugada en todo el frée."

Treinta años después, un redactor de esta revista, iris Troiani, visitó durante dos semanas las regiones frontzas de Polonia donde se libraron los primeros combates la Segunda Guerra Mundial. (Al margen: el autor en u de los canales de Gdansk.)



ühr la
ien fin
ar aire
fræ."
ta, iris
ontzas
es la
u de

por Osiris Troiani



El 1º de setiembre, en su discurso del Opera Kroll, Hitler mencionará, indignado, esta "agresión" polaca.

No podrá denunciar, en cambio, una acción semejante montada en el puente de Jablonska, poco más al sur.

En una ladera de los Tatra, cuyos ápices nevados se iluminan en toda época del año, un desfiladero intercepta un ferrocarril: sobre el puente está la estación polaca de Mosty.

Soldados alemanes —unos trajeados de civil, otros de ferroviarios polacos— reciben orden de ocupar la estación y volver, simulando un avance hacia su propio territorio. El general Kustron mueve alguna fuerza de la 21ª División de Infantería y entabla un combate interminable: hay muertos por ambas partes; Mosty queda destruida.

Pero este hecho, uno de los más curiosos de la guerra, no ocurre la noche del 31 de agosto, sino el sábado anterior, 26. Era la fecha primitiva escogida para la invasión; Hitler había desistido pocas horas antes, cuando Von Brautchitsch le pidió tiempo para movilizar 35 divisiones más: el Plan Blanco lo obligaba a resolver la campaña de Polonia en tres o cuatro días.

El anuncio llega tarde: en los montes, de noche, las comunicaciones se han cerrado. El grupo de diversionistas retiene un centenar de horas el puente de Jablonska; por fin, el general Ott, de la 7ª División de Infantería, manda a sus oficiales excusarse por esta actividad de "elementos irresponsables". Los castigará, promete.

Los tilos han comenzado a deshojarse, pero aún perfuman —con ese insidioso aroma que ruboriza por igual a las viejas señoras polacas y alemanas—, cuando el ingeniero G. H., 26 años, llega a los límites de su mansión veraniega y despide al sirviente que lo acompañó en un tilbury.

1º de setiembre, seis de la mañana. El ingeniero espera el ómnibus que de Otworck lo llevará a Varsovia. Otworck es un pueblito suburbano cuyas quintas, hasta de varias hectáreas, sólo pueden permitírselas algunas familias pudientes. En los últimos tiempos se pobló de judíos, y tal vez G. H. —que ha estudiado química en Karlsruhe, Alemania, y luego, durante dos años, buscó trabajo en los laboratorios de Dantzig— no se sienta feliz con los vecinos que ya ciñen su finca de largo abolengo.

Hace diez días que regresó: esta vez, de Berlín. La Embajada le pidió que, en previsión de incidentes, dejase de salir con su amiguita alemana y abandonase su casa de pensión —la misma que hospedó a su padre, cuando también cursaba química—. Oficial de reserva, se le había ofrecido un cuarto en la propia misión diplomática. Partió a último momento; se sentía débil, enfermo; necesitaba unos días de campo.

En la frontera, todo estaba tranquilo; en los trenes, algunos uniformes más que de costumbre. ¿Qué puede suceder? El verdadero enemigo es el bolcheviquismo, que ya atacó a Polonia en 1918. Los gobernantes polacos —Pilsudsky, muerto poco antes; el coronel Beck, su hombre de confianza, que sigue en la Cancillería—, son tan anticomunistas como Hitler. Sin embargo, lleva una semana haciendo práctica de defensa pasiva; escucha durante dos horas las monsergas militares y luego toma el aperitivo en la terraza de un hotel leyendo la prensa europea. ¿La guerra? Puro bluff, por ambas partes.

En el ómnibus oye que los nazis han atacado, que ya lanzan bombas sobre Varsovia. Se impacienta: "¿Acaso el Mando polaco informó por radio?" "No todavía." Estos judíos siempre alarmistas, rezonga.

Desciende, cruza una avenida, crujen bajo su paso las primeras hojas secas. La multitud parece más movediza, su expresión más severa. "Aprensiones mías", insiste.-

Pero, en la puerta del cuartel, la evidencia lo abrasa. Entonces, antes de entrar, se arrima a un árbol y llora, llora por la amiguita alemana que ya no verá más.

Stefan Zaborowski, otro estudiante —20 años—, vuelve a su casa a la misma hora.

Concluidos sus exámenes de 4º de Derecho en el claustro Jagelloniano (Cracovia), se quedó a preparar asignaturas de otra carrera, Economía, y sólo se ha dejado un mes de vacaciones. En Sandomierz, unos 120 kilómetros al Noroeste, costeando el Vístula, lo aguardan las rudas sábanas de hilo y las mermeladas de ciruela que fluyen de manos de su madre.

La dicha de vivir late en sus venas. El día anterior fue magnifico, pero el alba —que ya colorea la tersura del río— promete otro mejor. Fue el más bello setiembre en medio siglo, asegura la meteorología.

Llegado a la granja, de tolstoiana serenidad, besa a los suyos, engulle el incomparable desayuno, y se acuesta. No quiere ver la ternera nueva que su padre se empeña en mostrarle. "Después, cuando me levante — dice—. Me caigo de sueño."

Zaborowski no olvidará aquel despertar: silencio-

samente, su madre le ha preparado de nuevo el maletin, con dos mudas de ropa.

No es hermosa, pero al ver el paso de las motocicletas sobre el puente fronterizo, y aquellos muchachos tostados por el sol, llenos de risa y desprecio, al sentir sus miradas en el pecho alto, lozano, lloró de gratitud. Los atisbó por la ventana mientras lavaba la vajilla del desayuno de su hijita. Las siete de la mañana: tenía el receptor encendido, Radio Berlín anunciaba la invasión. Se quitó el delantal y salió.

Le dicen, en burla, "la viuda Gruber"; pero todo el pueblo sabe que se llama Grobicki y que la niña no tiene padre; ella se atribuye un marido prusiano; el tal marido trabaja en Alemania, pais de gente decente, "no como ustedes, cochinos polacos".

"La viuda Gruber" corre al café Modl, que acaba de abrir, y se sienta, única parroquiana, tras el cristal esmerilado. Viene el camarero, la servilleta al brazo, los pantalones negros más arrugados que un acordeón. Aeplfelstrudel, ella silabea con cuidado; y engulle el pastel de manzanas. Ahora se le ocurren nueces: Nussen, exige, provocativa. Y todavía insiste, siempre en alemán: Eikreme (helado).

acude gente, la zamarrea; tiene el rostro tumefacto,

la ropa en jirones.

A mediodía, Chorzele ha sido ocupada; pero civiles polacos hostigan a la tropa. El café Modl ha cerrado, el mozo se retira. De pronto, una motocicleta avanza sobre él. En el sidecar, abrazada al soldado —y guiándolo—, "la viuda Gruber", ebria de gloria.

"Me acuso, padre"... Por la rejilla del confesonario, la sagrada oreja cede el sitio a un ojo que cala hasta los huesos. El culpable es un muchacho de once años, que balbucea: "Anoche me comí una gran porción de tocino y mamá aseguró que Dios me castigaría. Hoy llegaron los alemanes".

El cura, triste, amonesta: "No vuelvas a caer en pecado de gula. Pero este castigo no tiene nada que

ver con el tocino de tu madre".



La resistencia ha cesado en la Ciudad Libre.

El niño, descalzo, con tiradores, la cabeza rapada, los muslos al aire, sale en busca de sus amigos y les propone ir hasta las afueras de Gdynia, "a ver la guerra". Son las once de la mañana: Gdynia, atacada por mar, aire y tierra, resiste todavía.

Otro niño, Rajmund Kuczma, deambula por las calles de Bygdoszcz, en la Pomerania, ciudad alemana hasta 1920: en 1939 tiene unos 130.000 habitantes eslavos, menos de 10.000 germanos y unos dos mil judíos.

La gente está muy excitada en los últimos tiempos; en marzo llegó un regimiento movilizado; todos dicen que la población alemana, por su parte, se entrena en determinadas fincas, y que reúne armas en las iglesias evangélicas. Por su parte, él está entusiasmado: será un paseo. No hay más que cruzar el Oder y marchar sobre Berlin.

Ayer, jueves 31, a las tres de la tarde, todos estaban en casa, cuando vino un desconocido y dijo que había visto un bando en las paredes. Su padre, sastre, salió a la calle: el bando estaba, y precisamente pegado en su escaparate. Era la movilización general. Las autoridades seguían lanzando, por radio, llamados a la calma: "No habrá guerra", repetían. Pero el padre viejo seldado, meneó la caheza: "Ahora o el mes que viene, es inevitable".

A la mañana siguiente, lo supieron por los periódicos. No hubo lucha, ni un solo disparo. ¿Dónde se han metido los alemanes de Bygdoszcz?, pregunta el niño, irritado. Entretanto, comienzan a llegar refugiados, con carretas atestadas de colchones y damajuanas. "Han pasado de largo", dicen. "Ya están en Kaczory, a 78 kilómetros". ¡No puede ser! Estos polacos, ¿serán realmente polacos? Se habla mucho de las triquiñuelas de la Quinta Columna. A las tres de la tarde, aviones enemigos sobrevuelan el aeropuerto, pero no arrojan bombas.

De pronto ve avanzar por la calle, rodeados de soldados extranjeros con bayoneta calada, a 29 curas, divididos en filas de tres. Son los curas de Pelplin, un obispado cuya sede está a 15 kilómetros de la frontera. El titular, Monseñor Okoniewski, viajó circunstancialmente a Roma, y su auxiliar, August Dominique, de 69 años, fue levantado de la enfermería y camina, vacilante, hacia el cuartel. Rajmund hinca la rodilla: "¡La bendición, Padre!"

Los verá pasar otra vez el 29 de octubre, en sentido inverso. Concentrados en la Iglesia, se les anuncia que volverán a Pelplin: allí podrán entretenerse en cultivar la tierra. Ahora los cargan en un camión. "¡La bendición, Padre!", implora otra vez el mu-Entonces el polaco se pone fuera de sí, la insulta; chacho. El viejo sacerdote ensaya un gesto amplio, solemne, como dirigiéndose a toda la ciudad.

Después se supo que en la granja episcopal les repartieron palas para cavar sus propias tumbas.

"La guerra comenzó esta madrugada —dice el vendedor de nafta-. Llene el tanque y váyase, usted que tiene un coche y una familia."

Vuelven de las vacaciones: esta tarde, la chica tendría que presentarse a la escuela. Se han detenido en Zamosc, a unos 30 kilómetros de Varsovia. El camino está cubierto de automóviles y el avance se hace lento y fastidioso.

"No -dice la señora-; tenemos que volver. No se deja así una casa como la nuestra." "Es una lo-

cura", contesta el marido.

La discusión se prolonga durante muchas horas, muchos días. El coche recorre todos los caminos de Polonia Central. Es el éxodo: todo el que puede, huye. "Por ahí no, han llegado los nazis." "En esa dirección, ayer bombardeaban." El verano es extenuante: ni una gota de lluvia en dos semanas.

El 17 escuchan que los rusos han entrado en Polonia. Los tienen en frente, a pocos kilómetros. Entonces, la discusión queda zanjada: desvían hacia el sur y el 18 cruzan la frontera rumana. En ese momento, comienza a llover.

Los fugitivos sienten rodar por sus caras unas gotas saladas, otras dulces.

II - Westerplatte

El mayor Henrik Sucharski, en su dormitorio, se dispone a escribir una carta. Por la ventana llega la brisa del mar, cálida, enervante, sin turbar apenas el sueño de los árboles. Mira su reloj pulsera: ya pasó la medianoche. Los bellos trazos de su estilográfica comienzan a acurrucarse en el papel: "Westerplatte, 1º de setiembre".

Westerplatte es un banco aluvional en el Báltico, en la boca del Vistula, frente a Dantzig: con el tiempo, se ha transformado en una península de 3 kilómetros por 1. La Ciudad Libre la arrendó por 99 años a la República Polaca, que tiene derecho a usarla como depósito de armas; allí las trasborda de la flota marítima a la fluvial.

Sucharski comanda el destacamento que protege esas instalaciones. Tiene a sus órdenes, oficialmente, 88 uniformados. De hecho, viven recluidos. Para entrar o salir, deben quitarse el uniforme y pasar ante un puesto alemán de vigilancia.

Los alemanes han colgado de la pared un gracioso muñeco, un enano, un clown. El muñeco salta, baila y saluda; es imposible no mirarlo. Pero el que lo mira queda fotografiado. Las tardes de domingo, cuando los soldados sacan a pasear su chica por el parque, los otros comparan las fotos tomadas a la entrada y a la salida.

Pero en los últimos tiempos, ante las amenazas que profiere el energumeno de Berlin, el Gobierno polaco ha logrado introducir subrepticiamente casi un centenar de hombres, aprovechando una franquicia para el personal de maestranza: ferroviarios, cocineros, jardineros. En realidad, se trata de oficiales y suboficiales de reserva. Sucharski cuenta ahora con una dotación de 182 hombres.

"Queridos míos", encabeza. Escribe a la familia de su hermana, que vive en el otro extremo del país. "Hasta ahora —les cuenta—, nada turba la tranquilidad." La semana pasada, sí, vivió muchas horas de inquietud. El crucero Schlesvig Holstein, buqueescuela alemán, vino en visita de cortesía.

En la Ciudad Libre, creada por el Tratado de Versailles (1918) para dar una salida al mar a la renacida Polonia -pues Gdynia, en el Corredor, no era sino un ínfimo puerto de pescadores—, la población (en total 406.000 habitantes) es 90 por ciento alemana. En dos siglos de germanización impuesta, los

polacos han terminado por marcharse. La Ciudad Libre, que no puede tener efectivos ni fábricas militares, y cuya política exterior está a cargo de Polonia, sobrelleva no menos de cuatro autoridades superpuestas: el Senado, de elección popular; el Alto Comisionado, un funcionario de la Sociedad de las Naciones; el Comisario General polaco y el Consejo de Puentes y Canales. Por supuesto, nunca se entienden.

A la llegada del Schlesvig Holstein, los alemanes entraron en éxtasis. Llevaban a visitarlo interminables columnas de colegiales. En Dantzig, las clases comienzan el 1º de agosto, un mes antes que en Polonia (en el Reich, el 1º de abril). Sucharski temía que, en esa atmósfera de exaltación, la policía alemana desarmase a su tropa. Pero el sábado 26 el buqueescuela cambió de posición, situándose mar afuera. (Hitler —ya lo sabemos— había anulado la orden de atacar en la madrugada de ese día.)

Sucharski sabe que la nave no está lejos, aunque ignora que trae a bordo un regimiento de Infantería, el cual pasó toda la semana escondido bajo la cubierta. Tiene órdenes de defenderse 24 horas. Su amigo Wiszent Sobocinski, auxiliar del Comisario General polaco, le reveló unas instrucciones que guarda bajo sobre cerrado. Tan pronto como estallen las hostilidades, un cuerpo de Ejército, al mando del general Skwarczynski, entrará (desde Gdynia) en la Ciudad Libre para rescatar a la guarnición.

"Los vecinos —escribe humorísticamente Sucharski— se pasean en torno de nosotros, como siempre." Polacos y alemanes están separados por un muro de ladrillo: entre el muro y el mar, queda un desfiladero de metro y medio por el cual, día y noche, patrullan los Shupos (Schutzpolizei), girando a lo largo de la ovalada península. Hay también una Landspolizei, especie de milicia en la cual, desde 1937, cumplen su conscripción los jóvenes alemanes de Dantzig; la Hemerwehr, guardia local; y, desde luego, la Abwehr (el contraespionaje alemán, dirigido por Canaris). Pero él cree que podrá afrontar el primer choque: "No será fácil para ellos, ni aquí ni en la frontera germano-polaca", presume.

"Hasta mañana —grita en la sombra Wojciech Najsarek, jefe de la estación ferroviaria, un sargento mayor de reserva—. Me voy a dormir."

Sucharski se interrumpe para anotar el dato, con lápiz, en su agenda. Cada novedad, por menuda que sea, la consigna escuetamente.

Alcanza a firmar la carta —que quedará sobre el escritorio—, y retumba un cañonazo del Schlesvig Holstein. Es la señal: el inmenso frente de 2.100 kilómetros se pone en movimiento. Son las 4.44.

El jefe se abotona la guerrera, se ajusta el revólver al cinto, apaga la luz; ancha y baja, su figura crece bajo la luna. Su segundo, el capitán Frantiszek Dabrowski, llega a la carrera. "Han dinamitado el muro cerca del puesto 5 -informa-. En otros sitios, están saltando por encima del muro."

Poco después, a la incierta luz del alba, se encontrará el cadáver de Najsarek, destrozado por una granada; nunca llegó a la estación, que está a 500 metros del Casino de Oficiales. Casi seguramente, es el primer muerto de la guerra.

Wladyslaw Deik es ebanista y chofer, pero cuando joven se distinguió en la guerra contra los bolcheviques -sargento de Caballería con Pilsudsky, dos heridas—, y desde que fue enviado a Westerplatte reasumió sin protestas la vida militar. No lleva uniforme; sin embargo, instruye a los soldados y le han confiado el mando de uno de los cinco puestos; el suyo está junto al Canal, detrás de la línea ferroviaria. Tiene siete hombres a sus órdenes.

"Haga cavar en torno del bunker, rápido, rápido", grita Dabrowski por teléfono. Los hombres cavan, sacan al aire los cimientos. La sorpresa: en los cimientos hay unas rejas que dejan ver un sótano. "Levante la cuarta losa de la derecha." Es la entrada al sótano, donde encuentran un discreto arsenal. Na-

die conocía el secreto, salvo Sucharski. Los alemanes están cerca; se los distingue, agazapados, a 100 metros, a 80. El fuego de ametralladora pespuntea las paredes de cemento. Deik sale a un descanso, sobre una escalera de apenas cinco peldaños, y arroja decenas de granadas. Los atacantes se detienen, se repliegan, intentan otra vez; ahora los rodean. Cae uno de los siete, herido; lo llevan al sótano y lo bañan en alcohol. No hay otra cosa. Un médico está operando en el Casino de Oficiales, pero es imposible træerlo aquí.

Disparan desde todos los ángulos: el Schlesvig Holstein atruena en la rada; por la espalda, la artillería del Nuevo Puerto; y, desde mediodía, la aviación. El regimiento que desembarcó, llega por el camino de Dantzig. Todas las fuerzas de policía locales sacan a relucir el armamento pesado que tenían ocul-. to. También Sucharski había escondido bajo tierra un cañón, un viejo cañón de 75 mm. No lograrán silenciarlo hasta la tarde.

A las 7, el jefe del Partido en Dantzig, Albert Forster, declara por radio: "Toda Dantzig ha sido liberada; también en Westerplatte cesó la resistencia". El radiotelegrafista Kasimierz Racsinski comunica la noticia a sus compañeros. "Están mejor informados que nosotros'/ comenta Deik, burlón.

"¿Cómo es que franceses e ingleses no han atacado?"



23/IX/69 - PERISCOPIO Nº 1

Los polacos se van retirando lentamente, pero a veces recuperan terreno. Sucharski lo conoce perfectamente; aprovecha esa ventaja. La noche vuelve. Se lucha en la oscuridad. El agua se acabó: cuando pueden, los defensores la traen del Canal en baldes, arrastrándose, y la filtran en un pañuelo. En los momentos de descanso, comen bizcochos y conservas; está prohibido encender fuego.

La resistencia se prolongará una semana. Media Polonia está ya ocupada: ahora Racsinski capta noticias de fuente occidental. "¿Cómo es que los franceses y los ingleses no han atacado?", pregunta alguien. Deik, rozado por una bala, se ha colocado un parche entre los ojos. "Ya atacarán, pero nosotros

no estaremos aquí para recibirlos."

La séptima noche, Sucharski reunirá a los oficiales. Les propone rendirse: tienen 15 muertos y más de 40 heridos, es inútil esperar refuerzos. Nadie acepta. A la mañana siguiente, rechazan un nuevo ataque alemán. Entonces el jefe toma su decisión, envía a las líneas enemigas un oficial con bandera blanca. Lo tirotean.

Pero Sucharski está dispuesto a salvar la vida de sus hombres, que han cumplido con holgura su deber. Garabatea su último apunte en la agenda, sale a la luz del día; se esconde entre los árboles, friega el suelo con el vientre; por fin, consigue entregarse.

Lo primero que hace el oficial enemigo es quitarle el reloj. Después, de malos modos, lo lleva ante su coronel. El coronel ordena: "Cepille el uniforme y limpie los zapatos del mayor Sucharski; devuél-

vale la espada y retirese".

Así será presentado al general Otto Eberhard. Hace meses llegó este hombre a Dantzig, cubierto por la Abwehr; los servicios polacos habían detectado su presencia. Al comenzar las hostilidades, se puso el uniforme de la Wehrmacht y asumió el mando en todo el perímetro de la Ciudad Libre.

"Excelente defensa", comenta Eberhard, sin distender el entrecejo. Hace formar a su tropa y a los vencidos; él y Sucharski se ponen al frente. Banderas desplegadas. Después avanza hasta los polacos y estrecha caballerescamente la mano de su jefe.

A su espalda se divisan las tumbas de los soldados alemanes caídos en Westerplatte: la leyenda habla de unas 500 bajas; en todo caso, una fotografía muestra varias decenas de cruces.

Un oficial alemán trepa a la tapia, los encañona, vocifera: "¡Estamos en guerra, ríndanse!" Conrad Guderski levanta el puño con una granada. "Tiene diez segundos para retirarse; si estamos en guerra, vamos a pelear."

En Dantzig tienen los polacos una Oficina de Correos y Telecomunicaciones con 50 funcionarios (y otras dos dependencias con dos o tres empleados cada una). Guderski, que además de ingeniero es mayor del Ejército, los hacía dormir en la Oficina desde tiempo atrás. Son civiles, pero todos han recibido instrucción y sus emolumentos, los pagan las Fuerzas Armadas. Durante meses han acumulado armas para esta eventualidad.

Guderski delibera con algunos colaboradores: si bien la defensa del local es imposible, deberán mantenerse durante algunas horas, por exigencia del honor militar. Aperciben las ametralladoras, distribuyen los fusiles; se servirán, incluso, de la bomba contra incendios; en vez de agua, echará gasolina encendida.

Los alemanes tienen, pared por medio, una Oficina del Trabajo. Cuando el Schlesvig Holstein desencadenó el estruendo, ya la han ocupado con una compañía de la Landspolizei. Golpearon a la puerta del Correo polaco, y nadie abrió; subió el oficial a la tapia, y lo obligaron a descender. Entonces piden refuerzos: llegan tropas SS con un cañón de campaña, dos cañones antitanques, dos morteros. "Les doy media hora para destruir esa sucia guarida", aúlla Forster en el teléfono.

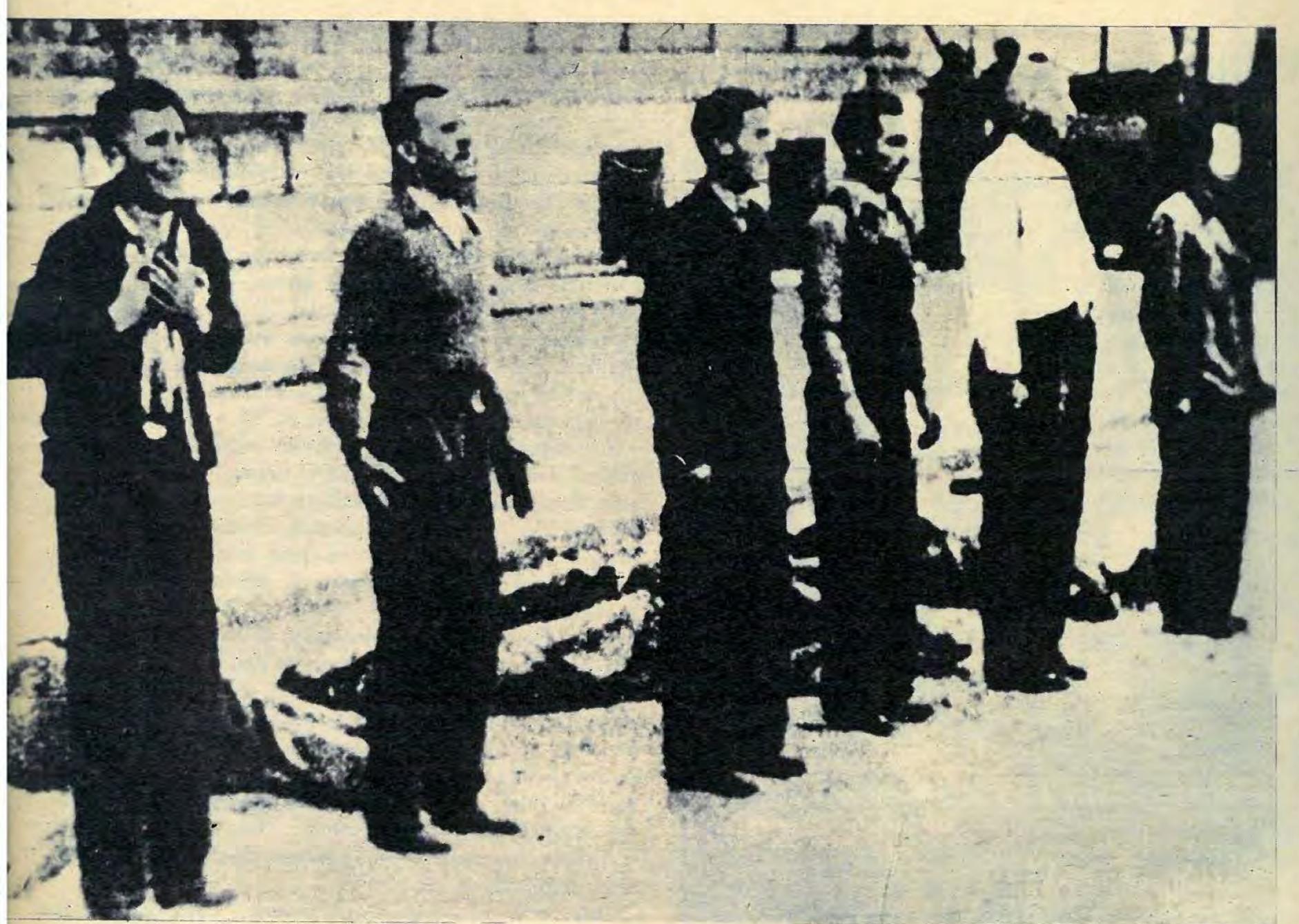
El tiroteo se propaga. Guderski es uno de los primeros en caer; su segundo, Alfons Fliszykowski, toma el mando. Derribada la medianera, se combate cuerpo a cuerpo. Los atacantes son rechazados con bajas. Pasa media hora, una, dos, tres, cuatro horas. Los tanques invasores ruedan ya por los caminos de Polonia, pero en Dantzig resiste un puñado de civiles, con absurdo heroísmo.

A las diez de la mañana, el doctor Juan Michor sale con un trapo blanco: una granada lo destroza. Con él, son 13 los polacos muertos en acción. Los alemanes entran, desarman a los empleados y los hacen desfilar por la calle, las manos sobre la cabeza.

Eberhard, el mismo hombre que después de una semana de lucha rendirá honores a Sucharski, les forma Tribunal y al día siguiente, de espaldas, fusila a 51 hombres, sin omitir a seis que habían sido hospitalizados. No llevaban uniforme, no estaban protegidos por las convenciones de guerra.

Desde 1945, Polonia alegará que sus empleados de Correos fueron atacados no por la Wehrmacht sino por la SS, una formación paramilitar, y que por lo tanto tenían derecho a defenderse: Pero el castigo no se alcanzará.

Eberhard, Veliciation for a suchar Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Comienza la ejecución de civiles.

III - El revés de la trama

"¿Morir por Dantzig?" Era el insidioso titular de una edición de L'Oeuvre, un diario francés dirigido por el agente alemán Marcel Déat; su artículo especulaba con la astuta moderación de las demandas del Führer. La restitución de la Ciudad Libre, poblada por una abrumadora mayoría germánica, y un ferrocarril alemán hasta Prusia Oriental, a través del Corredor polaco, eran demandas mucho más razonables que todas las exigencias anteriores contra Austria o Checoslovaquia. Pues él sabía que esta vez era la guerra, y necesitaba que el pueblo alemán creyese en la justicia de su causa.

La Guerra Mundial Nº 2 no ha provocado, como la primera, una Schuldfrage, una disputa sobre la responsabilidad histórica. Todo está claro. El investigador helvético Walter Hofer, en la obra que acaba de publicar en ocasión del 30º aniversario, destaca una sugestiva diversidad terminológica. El conflicto de 1914 "estalló", se suele decir; no resulta de la decisión deliberada de tal o cual estadista. El de 1939, en cambio, "fue desencadenado", expresión que apunta a la neta e incondicional voluntad de guerra de Adolfo Hitler; más aún, a la propia naturaleza de su régimen, creado para la guerra e incompatible con la paz.

La agresión contra Polonia fue flagrante, sobrevino cuando el nazismo no había terminado de digerir toda una fila de víctimas anteriores, y otros gobernantes no son culpables sino de haber tardado en aceptar su constante desafío, o de haber maniobrado —eso sí, todos— con el propósito de servirse de las armas del Tercer Reich para sus propios fines.

Nunca se contó con semejante masa documental. Los archivos del Tercer Reich cayeron en manos de los vencedores; sus jefes políticos y militares han sido juzgados por los tribunales internacionales, otros escribieron sus memorias: aun los más leales reconocen que la política exterior de Hitler fue tan temeraria como la que prometió —agitador extremista— en Mein Kampf. Sabemos todo lo que hizo, dijo y pensó en su refugio montañés del Obersalzberg, o en el Cuartel General —errante por los profundos bosques prusianos— o en el sótano de la Cancillería, donde se dio la muerte. Su verborragia era el indicio más patente de su demencia: no sabía, como cualquier político, encubrir su pensamiento; lo desnudaba ingenuamente, y se vanagloriaba de su radical inmoralidad.

Quien intentara justificarlo, por gusto de la paradoja, no podría ir más allá del período 1933-38, durante el cual restañó buena parte de las injusticias que el Tratado de Versailles infligiera a una nación demasiado fuerte y demasiado digna para tolerarlas. No cabe atribuir a su famosa intuición —la intuición es otro nombre de la ignorancia— su deslumbrante serie de conquistas pacíficas: el retorno a la Renania, la anexión de Austria, la toma del Sudetenland, el asalto a Bohemia y Moravia, el rescate de la franja de Memel; en definitiva, la institución de un Nuevo Orden internacional sobre media Europa. Debió esos éxitos a su inclinación por el juego fuerte, sin las vacilaciones del Estado Mayor y la élite conservadora que había heredado de la República de Weimar. Nadie, a esa altura de los tiempos, jugaba así, con el grosero estilo de los salteadores de caminos y los constructores de Imperios. Las clases decadentes ya no practicaban la hipocresía por su utilidad, sólo por un vicioso amor a la hipocresia. Si alguien, en Londres o en Paris, hubiese respondido a su bluff con otro bluff, casi seguramente el Ejército hubiera depuesto a su Führer. Él lo sabía, y estaba listo para intentar la retirada a última hora.

El 20 de abril había cumplido 50 años, y poco antes, el 30 de enero, festejó un lustro de implacable dictadura; en ese lapso, el fracasado estudiante de Bellas Artes, el ridículo cabo de la Primera Guerra, el agitador a sueldo del Estado Mayor y los industriales, había redimido a su país por el poder de la palabra. Vendía las mentiras que cada cual necesitaba oír. Entretanto, Schacht yugulaba la crisis mediante una economía de guerra y Von Fritsch organizaba la Wehrmacht, burlando sigilosamente las cláusulas militares de Versailles. La Cancillería, en manos de Von Neurath, estaba negociando una situación adecuada al renovado poderío alemán.

Sin embargo, ya a principios de 1938 estos tres hombres —y Von Blomberg, Ministro de Guerra—habían sido relevados, por sus reservas ante una política de aventura. Nunca más se reunió el gabinete del Reich. Todos los puestos fueron confiados a grotescos autómatas provistos por el Partido, y la élite se confinaría en una oposición secreta que esperó indefinidamente, para entrar en acción, una actitud enérgica del Gobierno británico, al que estaba vinculada.

Pero el Gobierno británico no vaciló —el año anterior, en Munich— en presionar a Checoslovaquia hasta entregarla a Hitler. Ahora se sabe, por la correspondencia de Chamberlain con su hermana, que semejante humillación y deshonra no tenía nada que ver con el amor a la paz: se trataba, simplemente, de orientar a Hitler hacia las fronteras soviéticas, con la esperanza de que las dos grandes naciones vencidas en 1918, y rehabilitadas por sendas revoluciones, quedasen a merced de un oportuno ultimátum inglés.

El capitalismo internacional nutrió a los fascismos, les concedió vía libre en España, en Manchuria, en Etiopía, en Albania; pero ahora miraba con espanto al monstruo que se volvía contra el amo que lo cebó. ¿Cómo devolverlo a su guarida? No contaba con que una de las víctimas que le ofrecía optase por aplicar la misma táctica traicionera. El pacto nazi-soviético del 24 de agosto fue cumplida respuesta a los acuerdos de Munich: enfrentando a Hitler con Oecidente, Stalin desbarató la maniobra de Chamberlain. La URSS, si debía luchar por su vida, tendría como aliado al mundo capitalista, envuelto de antemano en las hostilidades.

Si bien se mira, el Führer no fue sino un pelele: Gran Bretaña, dominadora del mundo en la primera mitad del siglo, y dos poderes extraeuropeos con ambiciones de alcanzar el pináculo en la segunda mitad, lo teledirigían conforme a sus propios intereses. Sólo un charlatán pudo hacer el milagro de construir una inverosímil alianza entre esas tres potencias.

En 1939, al iniciar las operaciones, no tenía pensada una estrategia global; los acontecimientos —o, mejor dicho, sus adversarios— le señalaron el rumbo y la sucesión de las futuras agresiones. Primero se lanza hacia el Este, según los cálculos de Chamberlain, pero en el momento elegido por Stalin: es decir, después de una garantía británica a Polonia que lo conducirá a un conflicto en el Oeste. Entonces tendrá que trasladar la Wehrmacht del Vístula al Rhin; pero, incapaz de invadir Inglaterra —por la que siempre ha sentido una admiración servil—, ordena una nueva contramarcha, el asalto a las tierras negras de Ucrania. Si destruía el bolchevismo, aún tendría que combatir nuevamente en el Atlántico, subyugar a los puellos anglosajones. Es evidente la improvisación, la falta

de continuidad, el empirismo de esta conducción de la guerra. Dominada Polonia, convenía internarse en Rusia; batida Francia, había que saltar a través de la Mancha. Por otra parte, Hitler ignoró con desenfado los datos económicos: aun conquistada toda Europa, la industria bélica alemana no produciría siquiera el 10 por ciento de los pertrechos que iba a fabricar la norteamericana.

La campaña polaca, en setiembre y octubre de 1939, no fue la primera blitzkrieg; en la historia, siempre la practicaron los débiles, los que no pueden permitirse un conflicto prolongado, y tiene el inconveniente de que no siempre el éxito militar proporciona la victoria política: el vencedor, extenuado, termina por perder la guerra. Era, en cambio, la primera vez que la blitzkrieg se hacía con panzer, la división blindada, tal como la concibió, entre otros, un oficial alemán de sangre armenia, Heinz Guderian —que, curiosamente, había nacido en Chelmno, Polonia—.

La irrupción se logró en todos los frentes, puesto que el Mariscal Rydz (autorizado por el Gobierno a añadirse la palabra Smigly: "el rápido") no había terminado la movilización general; sobre todo, porque no contaba sino con dos brigadas motorizadas contra las 10 divisiones blindadas que el invasor lanzó por las planicies de Polonia occidental. Los polacos fueron rodeados, perdieron la mitad de sus efectivos (600.000 prisioneros); sin embargo, dos veces consiguieron estabilizar el frente. En todo caso, resistieron dos semanas: el Ejército francés, en mayo de 1940, se desbandó más pronto.

Hitler había asegurado a sus colaboradores y a sus aliados que las corrompidas democracias no intervendrían. El domingo 3 por la mañana, cuando llegó a sus manos el ultimátum entregado por el Embajador Henderson, se volvió hacia Ribentropp "con una mirada salvaje" —escribe el intérprete Paul Schmidt—diciéndole: "¿Y ahora?" Ya había encontrado un culpable para preservar su infalibilidad.

Esa tardanza de 48 horas, durante las cuales Chamberlain y Daladier presionaron sin miramientos a las autoridades de Varsovia, y aceptaron unas inconcebibles negociaciones por intermedio de Birger Dahlerus -un industrial sueco, amigo de Goering-, se extendió, de hecho, a casi nueve meses, el período de la guerra drôle, extraña, divertida. Aunque la frontera del Rhin estaba completamente desamparada, franceses y británicos se guardaron de atacarla para aliviar a Polonia. Confiaban todavía en que comenzase primero el ajuste de cuentas entre Hitler y Stalin; el conflicto ruso-finés pareció llamado, en cierto momento, a favorecer la reconciliación de todas las fuerzas antisoviéticas. Pero el supuesto iluminado seguiría cometiendo todos los errores necesarios para comprometer a Alemania en una guerra de cinco años y medio, sin disponer de la base industrial suficiente ni tener de su lado la conciencia moral de la humanidad.

IV - El cereal maduro

En el museo de la ciudad, a un costado de la Starego Miasta (Plaza del Mercado), los grupos de turistas llenan varias veces por día una pequeña sala, para ver, en uno u otro idioma —también el alemán—, veinte minutos de cine documental. La versión francesa se titula Varsovie quand même. Lee María Casares: acordes de Chopin y Chaikovski alivian el fragor de los obuses, el tableteo de ametralladoras y los descensos en picada.

Trata de una modesta urbe centroeuropea con perfiles de la arquitectura burguesa de principios de siglo, entre algunos espléndidos palacios que reflejan en sus lagos 700 años de atormentada historia. Caballeros de oscuro gabán y galera reverente dejan el paso a tubulares señoras sin rodillas, tocadas con sombreros a lo Pola Negri. De pronto brotan en el cielo unos puntos negros; todos levantan la vista, discuten con animación; ahora huyen cómicamente. El Castillo real, las iglesias, los puentes, los lóbregos suburbios, comienzan a desmoronarse como pacotilla; uno se resiste a creer que esos frágiles, acrobáticos Stuka, puedan acumular tanta ruina.

Varsovia, como ninguna otra capital, fue arrasada al 90 por ciento. Se necesitaron cinco años. Se necesitaron la inútil defensa del primer mes de guerra, las continuas demoliciones de represalia, la alucinante insurrección del Ghetto, el levantamiento de 1944, acaudillado por Bor-Komorovski: los rusos, al otro lado del río, suspendieron su avance para castigar la maniobra del Gobierno exilado.

Las mangueras vomitan gasolina. Toda la ciudad arde: son imágenes tomadas de los archivos de la Wehrmacht. Luego se oye el silencio, un silencio angustioso, el del último día del mundo. Sólo han quedado en pie las columnas de gas, que enarbolan rígidas siluetas humanas. La nieve piadosa y un tímido sol esmaltan los negros escombros.

Por fin, la resurrección. Los muros crecen, los constructores sudan, maquillan con cuidado los oscuros ojos de las ventanas de los edificios, las facciones crispadas se distienden, los niños circulan entre las fuentes, la vida recupera su parsimonia y su indomable avidez.

Starego Miasta ha sido reconstruida con pasmosa exacticud, gracias a planos salvados por la devoción

Hay límites que no se pueden cruzar, crímenes que la Historia no deja impunes.

de los arquitectos polacos. Claro que en el sótano de una de sus casas, la segunda a la derecha frente al célebre restaurante Krokodyl —que saca sus mesitas y parasoles sobre el adoquinado—, ya no está el basilisco, aquel dragón medieval que mataba con sólo mirar; es inútil buscarlo: alguien le puso un espejo delante y el basilisco murió. Ahora son viviendas espaciosas, modernas, dotadas de servicios centrales; pero las angostas fachadas, de doce, quince o dieciocho ventanas rectangulares, encuadran la plaza con las felices proporciones de antaño y el mismo aire soñador, que asombra en medio de este delirio del cálculo: los burgueses mandaban construir así, apretado, porque el número de ventanas determinaba los impuestos que debian pagar.

Tampoco para Nowy Swiat, la curvilínea arteria de las boutiques, parece haber pasado el tiempo. Acaban de pintarla de nuevo: esos colores planos, opacos, convienen a su coquetería. Clara, menuda —su vocación es la miniatura—, contrasta con el resto de la Ciudad Vieja, que ya ha logrado, nadie sabe cómo, recuperar en dos décadas su pátina de hollín.

De noche, ambulando entre las murallas de ladrillo al descubierto, deteniéndose en los parapetos sobre el río estriado por la luna, es imposible no someterse a su embrujo, a su misterio. Aquella aldea de pescadores del siglo IX, donde Wars, enamorado de Sawa, pudo casarse con ella por mediación de una sirena que surgió del Vístula, fue en la Edad Media el nexo entre Oriente y Occidente. Esa es aún su ambición.

El secreto de esa terquedad está en sus iglesias, que consumen estearina con la implícita voluntad de dominar el tiempo. El llamado gótico del Vistula sustituye la piedra por el ladrillo, hecho del barro que arrastra el río; pero inspira, también, austeridad y recogimiento. No se puede creer: en esos templos devastados por el furor teutónico y reconstruidos por el oportunismo comunista -pródigo con altares y con tumbas de reyes-, se ven por todas partes santos decapitados, cruces quemadas, Cristos con heridas que no les infirió el Centurión. Muchos polacos arriesgaron la vida, hace treinta años, para conservar los totems de la tribu.

Varsovia aloja hoy no más de 1.200.000 habitantes: una ley veda la radicación de los provincianos. No conoce la vida abigarrada, frenética, de las grandes capitales. El país más desangrado —la Guerra inmoló un polaco cada cinco, no hay familia que no llore alguna pérdida— trabaja con tesón: las estadísticas le asignan el décimo lugar en el mundo; sin embargo, Varsovia hace pensar en la ancestral displicencia eslava.

¿Es la verdad? Por la ventana del hotel, hasta donde la vista alcanza, no se ven más de diez personas. Despaciosas, sin corbata, en sandalias, vuelven del trabajo a las tres de la tarde; en la mano, un portafolio donde llevaban el sandwich para engañar el apetito. Un raído coronel (en servicio activo) espera en la cola del puesto de manzanas. Una vieja, cubierta la cabeza por el negro pañolón campesino, lamiendo un helado, entra en una joyería, donde propone empeñar un reloj. Pero el Jaguar rojo que se detiene en la vereda, rodeado por la curiosidad general, no es de un forastero, se ve por la chapa; ahora arranca, su bocina brama con insolencia; es la eufórica bocina de Il Sorpasso; este traficante polaco declara así su irónico desdén por las virtudes comunistas.

Después de dos siglos, Dantzig ha vuelto a llamarse Gdansk, para ser el primer puerto de Polonia y uno de los mayores centros mundiales de la construcción naval. Incendiada por los alemanes al retirarse, se ha ensanchado desmesuradamente y desborda de monobloques populares, no siempre bellos; hay uno, en torre, que hoy se edifica con nueva técnica: de arriba para abajo. La ciudad se envanece de sus monumentos góticos y renacentistas, su sólido Ayuntamiento del siglo XIV, las ricas mansiones de Dwugi Targ (el Mercado Largo) y de la calle Deluga, algunas con frontispicios dorados. Sus moradores -ahora, sin excepción, eslavos- se dedican a rascar las paredes en busca de blasones polacos.

Por caminos majestuosamente sombreados se asciende hacia el diáfano promontorio de Gdynia, que -mientras cultiva su prestigio residencial- continúa la construcción de un dique seco para recibir a los gigantes del mar. Sopot, que integra con sus hermanas la Ciudad Triple, es un ameno balneario marítimo que añora su elegancia del período de entreguerras. Hitler visitó su Casino en setiembre del 39 y algún Savonarola ruso mandó quemarlo en el 45: este año se ha vuelto a oir el perverso rumor de las fichas de nácar.

No hay, ciertamente, monumento fúnebre más grandioso que el de Westerplatte. La península ha conservado excepcionalmente su nombre alemán, porque con él conoció el mundo su gloria, durante aquellos siete días de setiembre. Está, toda ella, consagrada al recuerdo: sólo una flamante planta de abonos químicos —y las gaviotas, que chillan con furia indecente ha venido a perturbarlo. El resto es silencio, ruinas, plegaria

Caravanas de polacos y turistas se recogen ante el derruido casino de oficiales y el único bunker que el enemigo no dinamitó; bordean, entre los mutilados árboles, la tumba colectiva, en la que vela amenazante el primer tanque polaco que llegó hasta alli el dia de la Liberación; y, por un camino en espiral, suben al cerro, donde se yergue una formidable bayoneta quebrada, de piedra, que apunta al cielo. Hace tres años de Gaulle dejó en Westerplatte una inolvidable ofrenda floral: 50 rosas rojas, 50 blancas, 50 azules (¡azules!), los colores de Francia.

Los campos de batalla de 1939 forman un tenso arco, del Báltico a los Cárpatos, con los extremos profundamente hundidos en tierras eslavas. El torrente mecanizado pasó sobre una decena de ciudades: Bydgoszc y Tczew, vitales nudos de comunicaciones; Gniezno, la más antigua capital de Polonia, y Torún, cuna de Copérnico; Poznan, industrial y agraria, justo a mitad de camino entre Berlín y Varsovia; de las otras, dos ya estaban en poder del atacante, Breslau y Oppeln (rebautizadas Wroclaw y Opole), pero tres fueron conmovidas hasta sus cimientos, tal vez porque Cracovia es el más alto centro cultural polaco, Czestochowa su entrañable santuario católico, y en Katowice se alzaron los primeros altos hornos de Europa.

Basta una semana para avizorarlas todas, aunque sería injusto no demorarse, por ejemplo, en el Castillo de Wawel, cerca de Cracovia, suma del arte renacentista enclavada en un paisaje de leyenda, y en Nowa Huta, imponente baluarte industrial erigido en sólo quince años. Pero la campaña de 1939 se comprende mejor ante el horizonte abierto, en los campos de cereal maduro —como en aquel verano declinante—, o ya emparvado por labriegos que vuelven a la aldea caminando, concluida la jornada.

Son las Tierras Occidentales de la nueva Polonia. Los vencedores de la Segunda Guerra expulsaron a seis millones de alemanes y las cedieron a la minoría polaca que salió de los territorios ucranios recuperados por la URSS. La mitad de esa gente no

ha cumplido veinte años: nació allí.

Puede que, al precio de este enorme trasiego de poblaciones, cauterice por fin la ancestral obsesión germánica del Drang nach Ostein (Marcha hacia el Este). Contenida en el Oeste por el Rhin, la conquistadora Prusia —ahora repartida entre Rusia y Polonia— se derramaba hacia el granero ucranio, para espanto de todos los pueblos que encontraba a su paso. Eran tantos que no podía absorberlos y, en los siglos cristianos, no se decidía a exterminarlos.

Lagos y pinares de la romántica Masuria; suelos pobres, arenosos, del Corredor pomeranio, con sus macizas alquerías construidas por colonos enviados apresuradamente en 1940; las dilatadas llanuras de Posnania y el emporio industrial de las dos Silesias: ya no hay sangre alemana allí, y sólo la sangre otorga la posesión del suelo.

Los nazis llegaron más lejos que los Caballeros Teutones; no sólo geográficamente, sino también en el desprecio al derecho de los demás; pero hay límites que no se pueden cruzar, crimenes que la Historia no deja impunes.

V - Historias para ser contadas

Aquel camarero de Chorzele es este viejo calvo, con enorme barba de nieve, que mendiga a las puertas de Swietojanska (San Juan), la catedral de Varsovia. Está gordo, saludable, pero tiene una sola pierna. Lo cual no le impide bajar, con los turistas, hasta la tumba de Sienkiewicz, mostrarles los nichos de los principes polacos de los siglos XII y XIII. Ni conducirlos, en el exterior, hasta un sitio donde se ve, incrustada en el muro, la cadena de un tanque Goliat. Durante la insurrección, que duró 61 días, el enemigo lanzaba tanques teledirigidos contra los francotiradores: iban cargados de bombas que, al chocar, estallaban.

Wojciek Stawarz, 64 años, reflexionó: "Si no hubiera perdido la pierna, seguramente estaría muerto; tarde o temprano, habría tomado las armas, como todos. Pero quedé inútil para pelear. A los alemanes se les ocurrió tomarme a su servicio para cepillarles las botas. ¡Por Dios, cuántas botas lustré en cinco años!"

¿Y "la viuda Gruber"? Era enfermera y se debatía en la mayor estrechez: su marido, aseguraba, reunía dinero para llevársela a Alemania. Los vecinos alemanes del pueblo, en cuanto se hicieron cargo de la Administración, la echaron del hospital, por polaca, y al parecer terminó en el campo de concentración de Stuthoff. "Era una buena mujer, sin embargo", absolvió el limosnero.

El campo de Stuthoff fue el primero abierto en Polonia, y no posee la siniestra notoriedad de Auschwitz : Maidanek. Con el tiempo, llegó a ser internacional; pero al principio sólo encerraba a los polacos de Dantzig, la antigua Ciudad Libre. Debían ser aniquilados, por haberse acogido a esa creación de Versailles, hiriendo el orgullo de los nazis. Después fueron internados en él unos 2.000 individuos de cepa germánica, pero "inseguros", que en el

plebiscito se declararon "dantzigueses": pensaban, sin duda, en un rápido triunfo de los aliados occidentales. En todo caso, mientras compartieron la antesala de la muerte, no se mezclaron con los polacos.

Esto —y mucho más— se aprende al visitar el museo del campo, cerca de Gdynia. Las fotos, aberrantes, han sido tomadas por celadores alemanes que cayeron prisioneros. Aparecen, por cierto, los jefes, algunos de los cuales residen en la RFA.

"Aquí, nada se perdía", explicó un acompañante benévolo, Ignacy Strzelecki, 41, que tuvo la delicadeza de dejar afuera a su joven esposa. "La carne, la piel, los huesos, las uñas, el pelo, eran sendas industrias; con el sobrante, se abonaba la tierra."

El diálogo se había entablado en un viejo mesón, Kubicki, donde los marineros de Gdansk se atiborraron de cerveza durante un siglo y medio. El actual propietario sirve un exquisito salmón y una oleosa carpa. La pareja solicitó permiso para sentarse a la mesa de cuatro que ocupaban el periodista y su intérprete. Strzelecki dijo ser micólogo, o algo así: se ocupa del estudio de los hongos. A la hora del café, narraba la historia del niño que abusó del tocino y fue castigado con la invasión de Polonia.

Ese niño era él, por supuesto, y casi toda su familia quedó en Stutthoff. "Los trabajadores manuales podían salvarse: se precisaba mano de obra servil. Los intelectuales, en cambio, estaban condenados, porque son la memoria de una nación."

El micólogo —o algo así— puso en marcha su cochecito alemán (de la RDA), y se disculpó: "Vuelva por aquí, esto no es lo mejor que tenemos para mostrarle". Tenía la piel sonrosada y una corbata de excelente gusto; su mujer, una muñeca de porcelana, llevaba hermosos aros en forma de margaritas.

La amiguita alemana que G. H. (es el único que prohibió escribir su nombre) no ha vuelto a ver, se ha casado y vive en Canadá. Sin embargo, aún se





La bayoneta de Westerplatte y la Oficina de Correos.

escriben, se enterneció él ante la sonrisa indulgente de su esposa, que servía café. "Nos veremos -promete la otra-, cuando el pasto crezca hacia abajo."

Un polaco que estaba presente hizo notar, con disimulo, que la azucarera tenía grabada una corona ducal. Este descendiente de duques es ahora uno de los principales dirigentes de la industria química polaca: ha encontrado trabajo, aunque con un gobierno comunista. Vive sin lujos, pero ha conservado su finca, de la que un peón saca frutas y legumbres que otro peón vende en el mercado libre. "Soy pobre, pero no me falta nada", declaró, y sus ojos celestes vertieron sincera alegría. Estaba en short y alpargatas. Se empeñó en llevar al visitante a la cuadra para mostrarle su debilidad: un pony australiano.

"Soy, quizás, el único polaco adulto que nunca disparó un arma. A los siete días de la invasión me llevaron a Plock para preparar un campo de aterrizaje; entonces se suponía que los ingleses vendrían a socorrernos. Cuando nos acercábamos, Plock cayó en manos del enemigo."

Volvió a Varsovia: estaba cercada. El Gobierno había salido hacia Rumania. "Busqué a quién presentarme, nadie supo decírmelo. El 20 ó 21 de setiembre se rindió la capital. Entonces me quité el uniforme."

El padre estaba en el extranjero; la madre quiso marcharse hacia el Este, a territorio ocupado por los rusos. "No fueron acogidos con flores: el sentimiento popular no comprendía esa intervención. Por mi parte, preferí quedarme."

Una mañana encontró en la calle a la madre de un célebre actor cómico, Nikolaus, amiga de su familia. "¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella—. ¿Trabajar para los alemanes?" "Eso no pensé. Asociado con otros jovenes, abriun taller de restauración de cua-

Cada año, los 60 sobrevivientes de Westerplatte se reúnen junto a la fosa común.

dros. Así he vivido hasta que llegaron los rusos. No siempre bien, pero salí adelante."

Conocía a los alemanes, había vivido entre ellos, y nunca se le ocurrió que el nazismo, en Polonia y en todos los países eslavos, desataría una política de exterminio racial. No había leído Mein Kampf, de Hitler. No le interesaba la política; apenas si miraba los titulares de los diarios. En realidad, nadie le creyó. El pueblo luchó por su independencia, ayuno de toda ideología.

"Sí, eso es —admitió Wladislak Deik—. Aunque nos hubiesen tratado con respeto, aunque hubiesen querido seducirnos, mejorar la suerte de los más necesitados —la pobreza era terrible, entonces—, jamás habríamos aceptado la derrota. Polonia, durante veinte años, había conocido la independencia; ya

nunca la perderá."

Endomingado, Deik esperaba al periodista en la puerta de una chata y espaciosa vivienda campesina; ocupa sus días en la quinta y en "actividades sociales"; está por cumplir 70 años, fuerte como un roble, y vive con su hija, que le dio cuatro nietos. Su cuarto ostenta una chimenea bellísima, revestida de dorada cerámica, y sobre la cama doble —donde veló, hace años, a su mujer— perdura el crucifijo. Hay también un enorme retrato suyo, de uniforme, con el pecho cuajado de medallas.

Habló de la epopeya de Westerplatte con vibrante entusiasmo y con precisión militar. Sus manos, gruesas, rugosas, hojearon libros y papeles. "Nos atacaron —leyó— un batallón de infantería y uno de



La hora suprema: Ocupación de Bygdoszcz.

ingenieros, una compañía de ametralladoras y una de morteros, un destacamento con lanzallamas, dos baterías de artillería pesada, 47 bombarderos Stukas. Nuestro único cañón, fue destruido el primer día." Entre los ojos, apenas perceptible, su cicatriz.

Dos semanas después, Hitler llegaba a Dantzig. Quiso ver Westerplatte. Los oficiales le mostraron las fortificaciones destruidas, y él, con la bota, probaba la consistencia de los bloques de cemento. Deik estaba detrás de una alambrada, a pocos pasos. "Nos miró con asombro."

En un momento de descanso, durante la pelea, uno de sus compañeros le dijo: "Si nos toman prisioneros, quién sabe cuántos años jugaremos al billar, tú y yo". No jugaron al billar. Lo llevaron a la retaguardia, sometido a trabajos forzados; después fue enviado a Rusia, a construir caminos; escapó, y el fin de la guerra lo sorprendió en Checoslovaquia.

Al volver, encontraría su casa saqueada: tiene aún el mismo aparador, acribillado de balas. Pero su mujer y su hija habían sobrevivido, haciendo trabajos de jardinería para empresarios alemanes que desarrollaban Gdynia, convertida en base naval.

Los polacos que habitaban las regiones occidentales padecieron una ocupación incomparablemente más
brutal. Aparte la superficie que tomaron los rusos,
detrás de la línea Narev-Vístula-San (200.000 kilómetros cuadrados, 13 millones de almas), el resto del país,
cultural y económicamente más avanzado (180.000
kilómetros cuadrados, 13 millones), fue dividido en
dos partes: el Gobierno General de Polonia, ejercido
en Varsovia por el Gauleiter Hans Frank, y unas profundas áreas fronterizas, que fueron simplemente
anexadas al Reich. Pero los derechos de ciudadanía
se reservaban a personas de cepa germánica.

Aquí, simplemente, no debía haber polacos, salvo los indispensables para los trabajos más rudos; los

demás serían sacrificados a medida que lo permitieran la capacidad de los campos de concentración y de los hornos de gas. Bastaba hablar polaco para ser entregado a los SS. La población era, en su mayor parte, bilingüe; pero si alguien no sabía alemán, tenía que callarse definitivamente.

El niño que pedía la bendición al Obispo es ahora un calificado técnico en Agricultura y, además, historiador. El cronista pasó una tarde en su modesta casa estival de las afueras de Bygdoszcz: su mujer salió de la piscina para ofrecer pasteles y un encomiable refresco "de fórmula exclusiva". En las mecedoras se acumulaban documentos sobre atrocidades nazis; él los copila; hace unos meses editó un libro con centenares de fotografías de origen alemán.

"La orden era reducirnos al más bajo nivel de cultura —añadió con voz neutra, sorprendentemente libre de toda emoción—. Primero fueron los curas, después los maestros. A los maestros se les daba caza: el 1º de noviembre, la Wehrmacht —era la propia Wehrmacht, tengo aquí las pruebas— fusiló a 51 en el Mercado. Pero la mayoría fueron a los campos de Dachau, de Oranienburg, y muy pocos volvieron."

"La propaganda nazi imputaba a Polonia toda clase de atrocidades contra la minoría alemana: habríamos asesinado no menos de 5.000 personas. Hicieron un cementerio, pero lo llenaron de cadáveres polacos; tiene 160 nichos, sólo 50 con apellidos germánicos; desde luego, nadie presentó un documento que acredite la muerte violenta. Yo he probado que, durante la ocupación, aquí fueron asesinados 30.000 polacos. Para ganar tiempo, arrojaban los cadáveres al lago; un día allanaron un manicomio y ametrallaron a 102 internados."

"Estas cifras no incluyen a los que perecieron lentamente de hambre, de frío. Los adultos llevados a Alemania no podían remitir dinero; mi padre, mi hermano mayor —16 años—, no volvieron del trabajo forzado. No quedaban sino ancianos, mujeres y niños. Trabajábamos todos, pero nos pagaban con bonos: 100 gramos de carne, 200 de pan. Hoy la gente de mi edad —la cuarentena— escasea en Bygdoszcz: mis amigos son diez años más jóvenes que yo."

Para Stefan Zaborowski, el estudiante que aquel espléndido día volvió al hogar paterno y despertó en el país en guerra, los siguientes cinco años fueron una sola, lóbrega noche; dos de ellos los pasó en una cárcel del Tercer Reich.

"La mayoría de mis condiscípulos ha muerto. Han muerto adolescentes. Se fueron todos juntos, sin mí."

El ocupante cerró la Universidad, diezmó a profesores y estudiantes. "Volví a Cracovia, me afilié a la Resistencia. Los cursos siguieron en la clandestinidad. Uno de mis maestros me encargó la primera tarea de tiempo de guerra: escribir gacetillas patrióticas. Así la política vino a mi vida, y ya no pude abandonarla. Cambié la pluma por la bomba, ahora he vuelto a la pluma."

Treinta años después, este hombre calvo, sanguíneo, exuberante, es uno de los primeros periodistas del país. Tumbado en un sofá, en la Agencia Interpress, agotando raudos pocillos de café, orientó cortésmente a su colega hacia decenas de libros y hacia varias de las personas que desfilan en estas páginas.

La epopeya de Westerplatte y la del Correo polaco de Dantzig —que motivaron dos excelentes largometrajes— han sido recogidas de labios del profesor Marian Pelczar, miembro de la Academia de Ciencias. La biblioteca histórica de Gdansk, que él dirige, es un vasto palacio lleno de estantes y archivos. Pelczar, un digno sesentón que huele a rosas, vive en ese palacio, y macera sus ojos bajo inextinguibles lámparas que penden sobre las mesas; en ellas se entremezclan fotos, documentos, cartas, reliquias.

Todo está allí: la última carta del mayor Sucharski, el homenaje que le rinde Eberhard, la minúscula agenda con borrosas inscripciones de lápiz. El académico reconstruyó la biografía de todos los combatientes rolacos y de muchos oficiales alemanes, cuyos nombres espigó pacientemente en ajados periódicos y a través del testimonio de los prisioneros. Conoce uno por uno a los sesenta sobrevivientes, quienes, por lo demás, se reúnen cada año junto a la fosa común y al tanque invicto, bajo los mutilados árboles. Es el 1º de setiembre, y las golondrinas, acosadas por las cortantes rachas del Báltico, parten hacia el hemisferio austral.

Dabrowski, el segundo Comandante, preside la ceremonia. Sucharski, que se había evadido, continuó la lucha en Italia, donde fue apresado por segunda vez. Concluida la guerra volvió a Polonia y murió en 1946.

"Tengo que pedirle un favor —dijo Pelczar—. Sobocinski se fue a Buenos Aires; allí ha dejado a su viuda y su hijo León, coronel del Ejército polaco. ¿Me ayudará usted a buscarlos?"

En cuanto a la Oficina de Correos, Pelczar ha establecido que tres de sus empleados pudieron saltar por una ventana en el momento de la capitulación. Tiene sus apellidos —Gorski, Mwynski, Milewczyk—, no sus nombres. "No pretenda encontrarlos; nunca más se ha sabido de ellos; sus huesos estarán dispersos en algún lugar de nuestra maltrecha geografía."

El cronista visitó la Oficina de Correos, cuidadosa-

mente reconstruida; frente a ella, en un osario, los despojos rescatados alimentan enormes flores rojas.

Pero la impresión más perdurable será la del obeso, el sombrío Leszek Moczulski, un civil cuya pericia militar aprecian los más altos institutos de las Fuerzas Armadas. No conoció la guerra —era una criatura—; pero ha escrito sobre ella 14 volúmenes en 22 años. Tenía en sus manos unas pruebas por corregir y dictaba una nueva obra a su secretaria. Duerme en una habitación sofocada de libros, pero de espartana sobriedad: una cama, una mesita, dos sillas. Enormes cartas de Estado Mayor cubren las paredes: sus lápices de color las cubren de esotéricos signos.

Moczulski impugna con energía la obra del francés Robert Jars (La campaña de Polonia, editada en la Argentina por la Biblioteca del Oficial). Toda la información de Jars —comprueba— proviene del general Jerzy Kirchmayer, un stalinista polaco que escribía en 1946, y de un portugués, el almirante Bustamante (1942), que no merece leerse sino como curiosidad. En este caso puede alegarse que aún no se habían expugnado los archivos de la Wehrmacht; en el otro, se trataba de probar la incapacidad política y militar del antiguo régimen polaco, para favorecer el dominio soviético sobre Polonia. Hay razones para suponer que este revisionismo histórico —complaciente con el "fascista" Pilsudski, feroz con Sikorski, a quien considera "titere" de Churchill y Stalin- cuenta con la silenciosa aprobación del Gobierno de Varsovia.

No hay detalle histórico que no conozca este muchacho crecido milagrosamente en una ciudad que soportó, en cinco años, cuatro feroces batallas de aniquilamiento; cita de memoria, y sólo acude a los anaqueles —con su paso felino, sin sonreír jamás— para abrumar al consultante.

A él se le debe la evocación del flemático general Szylling y de los rugientes telefonemas del mayor Dobrowolski y del coronel Okulicki. Los tres hombres perecieron en acción, pero Moczulski rescató sus gestos, sus palabras, en los relatos de otros testigos.

La ocupación anticipada del puente de Jablonska, el asalto simulado a Gleiwitz, aparecen en diversas obras especializadas; pero él logró adentrarse en su crónica menuda, rastrear las tortuosas directivas de que emanaron y hasta el paradero de algunos personajes; tal, Alfred Helmuth Naujocks, que vistió a 13 delincuentes con uniformes polacos, los condujo al asalto de la emisora y luego los despachó al otro mundo. En la posguerra, confesó sin reservas ante un tribunal internacional; después se había perdido, pero Moczulski le sigue los pasos. No es venganza; sólo lo mueve el interés histórico.

En el tren, que corre alegremente entre el verdor soleado, el cronista lee Panzers entre Varsovia y el Atlántico, donde el capitán Von Kielmansegg fuma su petulante cigarrillo. Ejemplar casi único de la edición berlinesa de 1941, Moczulski lo ha ofrecido en préstamo. El Conde vive en los alrededores de Bonn, jubilado, después de haber sido uno de los creadores del rearme alemán y comandado por algunos años el Sector Centro de la NATO.

El largo viaje propicia las confidencias de dos viajeras. La anciana y su hija —que ya brega con dos
chiquillos— recuerdan otros veranos, no aquel de
1939, cuando deambularon dos semanas en automóvil,
porfiando por recuperar una opulenta casa de Varsovia; pero ése, cuando lloraron en la frontera polaca
—bajo un cielo que lloraba también por Polonia—,
surge, a ratos, del olvido.

El jese de familia se resugió con su mujer en Londres y la muchacha regresó al internado. ¿Quién creía en una guerra larga y sangrienta? En tres meses, a lo sumo, Churchill entraría en Berlín, si antes los generales alemanes no encerraban a Hitler.

La mansión familiar sirvió de sede a la Kommandantur; en 1945, era un cuartel destartalado. Los padres, anticomunistas, no intentaron volver; la hija se incorporó al sistema, sin entusiasmo. Dicta lecciones privadas, su marido es ingeniero: la vida les sonrie. Por fin, treinta años después, ha conseguido la visita materna: el monstruo no es tan horrible, visto de cerca. El padre duerme bajo un ciprés británico.

Pero hay que ver a la anciana deleitarse con el espanto de liebres y cervatillos, señalar las torpes cigüeñas de ala y cola negras, reconocer el perfume del heno y el temblor de la rosada amapola. El tren jadea, como si compartiese su emoción.

La encuesta ha terminado. El periodista se despide de sus amigos polacos. Pero uno de ellos, un intelectual, uno que se había ganado su estima, uno que ha sido nombrado en esta nota, arriesga un chiste:

"Perdimos seis millones de hombres; pero, después

de todo, la mitad eran judios".

Puede que nunca estalle otra Guerra Mundial, que la Historia haya entrado en la edad de la razón, que este planeta ya sea definitivamente habitable para el hombre. Pero el odio y la imbecilidad son infinitos, y uno se tropieza con Hitler a la vuelta de cualquier esquina.

Hasta en Varsovia, la ciudad ocupada que más lo combatió. O

VVVV 23/IX/69 FERISPOPIE NO 1



Varsovia, la Plaza del Mercado: 1945 y 1969.





GUITATICAN RALPH NATER

por Juan Pablo López

Desde que se levanta a las siete de la mañana, hasta que cae rendido después de medianoche en la cama de su modesto cuarto de hotel, en Washington, Ralph Nader, propulsado por lo que sus simpatizantes definen como "indignación controlada" y sus detractores como "fanatismo", se encuentra en movimiento perpetuo: aguijonea con cartas escritas en su máquina de segunda mano a personajes como Henry Ford II o Raymond C. Firestone; incursiona en dependencias del Congreso para suministrar informaciones en apoyo de proyectos de bienestar público; mantiene furtivas entrevistas en cafés céntricos con funcionarios; engruesa su ya abultada cuenta telefónica con llamados de larga distancia a sus contactos en las empresas y laboratorios de investigaciones.

Con frecuencia, su almuerzo es un apresurado plato de sopa y su cena una copa de Dubonnet con hielo y un bife de costilla ("jugoso y de carne aprobada por las autoridades sanitarias"). Luego comienza el "segundo turno" de Nader: una noche para leer, hurgar, escribir y hacer todavía más llamadas por el teléfono del pasillo, que comparte con otros cuatro pacientes moradores del hotel. Finalmente, de madrugada, una hora con las luces apagadas, "sólo para pensar". Dice Nader: "Trato de determinar cómo usar lo que tengo, la mejor manera de emplearlo. ¿Una conferencia? ¿Un artículo periodístico? ¿Presión a

Alimentos contaminados, radiografías dentales, automóviles, medicinas, neumáticos: nada escapa a los ojos de Ralph Nader, un abogado de 35 años que se ha erigido en defensor de los consumidores norteamericanos y en fiscal de la industria. Este es el hombre que se apresta a visitar la Argentina manda escapa de la industria. Este es el hombre que se apresta a visitar la Argentina manda escapa de la industria. Este es el hombre que se apresta a visitar la Argentina manda escapa de la industria.

2371X/69 - PERISCUPIO Nº 1

una cuen 2.200 conv blem que en (oblig rone 1968 mesu mese de Ridg por por vide caso form norte todo zand exan tame Nade mov desd cont dolo

nado
de lo
torio
Pode
tada
y, en
relat
de a
ción,
sugin
mido
y ha
--on
blus

dad

vota.

Jove Har de mov sólo carr la pod de a comer de des una

des una listi tod hue asp enli teri fun el los

alg det ner rig el par

No soy un reformista ni un soñador

un legislador? ¿Una carta a una empresa? No existe una fórmula predeterminada".

Lo que sí existe son resultados. En 1968, a consecuencia de un artículo suyo en el cual afirmaba que 2.200 factorías de pescado eran inspeccionadas menos de una vez al año, y que "virtualmente no se inspeccionaba ningún barco pesquero", la Casa Blanca convocó a una reunión especial para zanjar el problema. Poco después, Nader volvía a enfrentar a un viejo adversario, la General Motors Corp., revelando que en el curso de negociaciones secretas realizadas en diciembre del año anterior, el Gobierno había obligado a la GM a reducir de 61 dólares a entre 23 y 32 dólares un alza de precio atribuida a los cinturones de seguridad requeridos para los automóviles 1968. (Aun así, Nader calificó los aumentos de "desmesurados": sostuvo que los cinturones no costaban a la GM más de 3 dólares.)

Pero una victoria mucho más gratificante fue la que se produjo apenas unos días después. Durante meses enteros, Nader y el doctor Karl Z. Morgan, uno de los directores del Laboratorio Nacional de Oak Ridge, habían advertido que el empleo de rayos X por parte de los dentistas a mujeres en estado de gravidez podía provocar malogro del embarazo y, en casos extremos, hasta el nacimiento de criaturas deformes. En aparente respuesta, la Asociación Dental norteamericana indicó a sus 108.400 miembros en todo el país que debían abstenerse de continuar utilizando los rayos X como "parte integrante de todo examen dental", y usarlos sólo cuando fuera absolutamente necesario. "Es una concesión importantísima", comentó Nader en esa oportunidad.

Solo, y armado nada más que con fervor, una mente inquisitiva, energía inagotable y escaso dinero, Nader acabó por transformarse en el motor de un movimiento de consumidores prácticamente dormido desde que Upton Sinclair, en 1906, la emprendió contra los frigoríficos en su libro La jungla, acusándolos de envasar carne en mal estado. Si no es el rey, el consumidor, al menos, puede tener la seguridad de que será escuchado con cuidadosa atención en el Capitolio, a menudo por la sencilla razón de que vota. En los últimos tiempos, el Congreso ha sancionado leyes nacionales normativas sobre la seguridad de los automotores, las telas inflamables, los laboratorios clínicos y los frigoríficos, entre otros rubros.

Por cierto, no sólo el Congreso sino también el Poder Ejecutivo ha descubierto que la 'voción prestada al consumidor puede ser una manera potente, y, en momentos de amplios deficit presupuestarios, relativamente barata de conseguir votos. Hace un par de años, cuando aún pensaba en aspirar a la reelección, en 1968, el entonces Presidente Lyndon Johnson sugirió que se disponía a hacer del respeto al consumidor uno de los puntos importantes de su campaña, y hasta aleccionó a los legisladores: "Las mujeres—opinó— están cansadas de carne con gusanos, de blusas que arden y de cañerías que estallan".

Los pecados de la carne

La cruzada de Nader empezó un lustro atrás. Como joven abogado recibido en la Facultad de Derecho de Harvard, había tenido en sus manos una cantidad de casos de daños y perjuicios por accidentes automovilísticos, en su estado natal de Connecticut. No sólo le preocupaba la larga lista de accidentes en las carreteras sino, además, el hecho frecuente de que la culpa se atribuía al conductor, sin pensar que podría ser el coche el único responsable. De resultas de eso, Nader escribió en 1965 su informe Peligroso a cualquier velocidad, un texto minuciosamente documentado —que pronto fue best seller— sobre las fallas de seguridad en los automóviles *.

A comienzos de 1966, Nader, aún relativamente desconocido, viajó a Washington para testificar ante una comisión del Senado sobre seguridad automovilística, que presidía Abraham Ribicoff. Con su sobretodo raído, la corbata torcida y las manos largas y huesudas emergiendo de su arrugado traje, tenía el aspecto de uno de tantos inventores delirantes que enloquecen a la comisión con sus ideas sobre la materia. "Pero este tipo era diferente —recuerda un funcionario de la comisión—: no vendía nada. Era el sueño de todo legislador. Poseía la información, los nombres y los números de teléfono necesarios para verificar cualquier cosa."

Además de información, resultó que Nader tenía algo más: una sombra en la persona de Vincent Gillen, detective privado neoyorquino contratado por la General Motors (honorarios, 6.700 dólares) para averiguar desde qué ángulo se proponía Nader atacar el Corvair (y también, según las instrucciones impartidas por Gillen a sus empleados, para fisgonear en la vida privada de Nader). Cuando esto se supo, Ribicoff y el desaparecido Senador Robert Kennedy

se indignaron; el presidente de la GM, James Roche, que ignoraba la misión encomendada a Gillen, se sintió igualmente consternado, y presentó sus disculpas en público, como consecuencia de lo cual Ralph Nader pasó a ser, de pronto, noticia de primera plana, adonde llegó para quedarse. (En ese momento, Nader inició a la GM juicio por daños, por la bonita suma de 26 millones de dólares: aún no hay fallo.)

Como secuela apareció la primera ley encargando al Gobierno la tarea de establecer normas de seguridad para todos los automóviles en venta, fueran nacionales o extranjeros. Por su parte, Detroit se ocupó más que nunca de la seguridad, y ahora gasta millones de dólares en ese renglón.

Después de su enfrentamiento con la GM, la imagen exterior de Nader comenzó a parecerse mucho a la de un caballero de brillante armadura. Para las masas norteamericanas había algo irresistiblemente atractivo en esa figura delgada, adolescente y vulnerable, que se erguía contra una industria gigantesca.

Aún hoy a muchos les resulta un poco incongruente que Nader pueda existir en una época en que la mayoría de los movimientos públicos de éxito son producto del dinero y el potencial humano. Pero existe, y si hay algo que lo hace reír entre dientes es el concepto de que es un idealista en una torre de marfil. Por cierto que tiene ideales, pero se maneja empleando cualquier influencia que pueda conseguir para alcanzar sus objetivos, o bien modifica esos objetivos si no puede lograr todo lo que se propone. "El mío es el arte de lo posible", explica.

Los "posibles" de Nader han crecido infinitamente desde que el abogado de Connecticut adquirió su súbita fama gracias a la inseguridad de los autos. Sus críticos lo tildan de "temperamental" y "vindicativo". Pero sus acusaciones y denuncias crean titulares periodísticos en los Estados Unidos y fuera de ellos, y una simple carta de pedido de informes de Nader a una repartición del Gobierno o a una firma industrial cosecha respuestas inmediatas. Cierta vez envió una nota al Departamento de Transportes (preguntando por qué se mantenían en secreto los informes sobre accidentes ferroviarios), y esa dependencia designó un grupo especial para redactar la contestación.

Nader traza su estrategia según las situaciones. En el caso de la seguridad automovilística, fue un símbolo público y un testigo altamente conspicuo. Pero en muchas otras oportunidades ha actuado como investigador y táctico entre bastidores. "Si puedo mantenerme en la sombra y hacer que tres Senadores digan algo, es mejor que si lo dijera yo mismo. No necesito más enemigos de los que tengo", comenta.

"La mayoría de los proyectos relativos a inspecciones pasaban años y años, de aquí para allá, en el Capitolio, con pocas esperanzas de aprobación", señala Betty Furness, que fue asesora del Presidente Johnson sobre cuestiones de consumo, al evocar la historia de la ley de carnes, promulgada en 1967. "Se suponía que ese año iba a ser como cualquier otro", agrega. Pero de todos modos, Nader se puso a trabajar. A principios de julio publicó el primero de dos artículos sobre el tema en New Republic, intitulado "Volvemos a la jungla", y en el que documentaba el hecho de que el 25 por ciento de la carne vendida en los Estados Unidos —es decir, para 50 millones de consumidores— no estaba sujeta a vigilancia sanitaria federal. Y dio en el clavo, ya que a poco el Departamento de Agricultura consignaba en una lista, no dada a la publicidad, los nombres de los frigoríficos que escapaban a su jurisdicción.

Nader reunió una serie de cartas e informes con denuncias sobre las condiciones antihigiénicas en que los frigoríficos procesaban la carne y las remitió a un influyente legislador y a la prensa. Asimismo, hizo una gira por diez ciudades, desde Boston hasta Los Angeles, ofreciendo detalles del problema en entrevistas para periódicos y emisoras de televisión. Como resultado inmediato, el escritorio de Betty Furness en la Casa Blanca se vio anegado de cartas de protesta. "Era cosa de no creerlo —recuerda ella—. Las cartas eran de los propios inspectores de carnes, de sus esposas, de consumidores comunes, de todo el mundo, exigiendo que se tomasen enérgicas medidas."

De regreso en Washington, Nader fue asiduo testigo ante la Comisión de Agricultura de la Cámara de Representantes, que tenía a estudio el borrador de ley de carnes. Desde esa trinchera, Nader enfiló sus cañones hacia una de sus víctimas favoritas: la mala distribución de los recursos y del talento en muchos sectores de la sociedad norteamericana. "Si podemos gastar entre 100 y 200 millones de dólares por año para embellecer carreteras —predicaba—, bien podemos asignar 45 millones a examinar la carne."

La Cámara terminó aprobando un proyecto. Pero era muy aguado, y Nader estaba lejos de sentirse satisfecho con él. Durante las audiencias sobre el tema, en el Senado, reveló que los frigoríficos del Oeste amenazaban con suspender sus contribuciones financieras para las campañas políticas de legisladores que

votaran por una ley dura. Al mismo tiempo, Nader presionó a la Casa Blanca para que exigiese del Senado la aprobación de una ley verdaderamente efectiva, que estableciese la inspección federal obligatoria de toda la carne que se vendiera en USA. Finalmente, Betty Furness se pronunció a favor y, cediendo ante esos embates, el Senado sancionó una ley drástica (por 89 votos contra 2) en noviembre de 1967.

¿Qué es lo que mueve a Ralph Nader? Washington, una ciudad cínica donde casi nadie da puntada sin nudo, se resiste a creer que sea simplemente devoción. Según una versión, Nader obtiene pingües ganancias remitiendo casos de accidentes a estudios jurídicos (las 70 cartas que recibe por día de ciudadanos indignados le proporcionarían, sin duda, una vasta clientela). Según otra, su modesto cuarto de hotel no es más que una simple estratagema política, cuando en realidad tiene, oculto en alguna parte, un lujoso Shangri-La para uso personal. No falta tampoco quien asegure que, porque tiene 35 años y aún no se ha casado, no le gustan las mujeres (cosa que es falsa). Pero, como dijo en una ocasión un Senador del Medio Oeste: "Nadie puede en realidad conseguir nada contra él, y no es porque no se lo haya intentado". Y nadie más consciente que Nader de que un solo resquicio en su honestidad —o en su carácter— puede destruirlo. Cuando alguien afirmó que Nader podía formular denuncias "temerarias" porque nadie se animaba a contestarle, él replicó: "La cosa es exactamente al revés. Soy yo quien no puede permitirse el lujo de cometer errores".

La cueva del fósil

Para guarecerse contra posibles equivocaciones, tiene un temor hipersensible a caer en situaciones comprometedoras. No hace mucho, una mujer de cautivante voz, que pertenecía a una Embajada asiática, obtuvo de alguna manera su número de teléfono —que no figura en la guía— y lo llamó para preguntarle si al buen mozo Nader no le gustaría "ir a una fiesta y conocer a unas chicas". Unica respuesta de Nader: "¿Cómo logró mi número?" En otra ocasión recibió una carta de un hombre que dijo que era médico de un gran frigorífico del Medio Oeste. La carta contenía pruebas sumamente perjudiciales para la empresa, que había luchado con ardor contra la ley de carnes. Nader hizo unas verificaciones y terminó descubriendo que el tal médico no existía, y que cualquiera de las "pruebas" que se le brindaban hubiera perjudicado, en realidad, su propia imagen.

Para proteger esa imagen, Nader estudia con infernal ahinco todo tema que tiene entre manos, volviendo a revisar cada aspecto para asegurarse de que nadie lo hallará con la guardia baja. Por ejemplo, cuando se documentaba para su combate por la ley de carnes pasó dieciséis horas sin interrupción copiando a mano datos de los archivos del Departamento de Agricultura. Su cuarto de hotel es un revoltijo de diarios, actas de sesiones parlamentarias y periódicos jurídicos, todos los cuales ha leído y recortado, pero que después no tira a la basura. Las pilas crecen día a día merced a los cinco diarios, diez semanarios y veinte publicaciones mensuales a los que está suscripto. Y para atacar problemas fuera de Washington, el teléfono se ha convertido prácticamente en una prolongación de su mano derecha; una vez hizo, sentado en una cabina de teléfono público en Chicago, llamadas de larga distancia por valor de 85 dólares.

Pero no es común que Nader esté sentado. Aunque debe pasar algunas horas por día en su pequeña oficina céntrica —cuya dirección mantiene en secreto—contestando correspondencia, escribiendo y usando el teléfono, más a menudo se encuentra ausente de ella. Con su figura delgada inclinada hacia adelante y sus intensos ojos oscuros que le dan la apariencia de un hurón, Nader anda a grandes trancos por la calle entre oficinas legislativas, dependencias del Gobierno y bares donde charla con periodistas.

Para financiar su cruzada sólo cuenta con sus propios recursos. En 1965 ganó 50.000 dólares con su libro, pero esos ingresos están ahora desapareciendo. Aunque recibe un promedio de diez invitaciones semanales para dictar conferencias, no acepta más de dos por mes, a 500 dólares cada una; a veces también da cursillos en institutos universitarios. Su cuenta de teléfono oscila normalmente entre los 200 y los 300 dólares mensuales, y gasta una cantidad similar en publicaciones y en alquileres. Las cosas materiales le resbalan: su guardarropa consta de cuatro trajes, come en restaurantes baratos y no tiene coche.

¿Es acaso un asceta? Indudablemente, sí. Pero la cualidad principal de Nader —la que lo distingue de la mayoría de sus conciudadanos— es un agudo sentido de las fallas de la sociedad, y una visión práctica de lo que puede hacer para corregirlas. "No soy en realidad un reformista —expresa—. Hay muchos reformistas que dejan mucho que desear. ¿Un soñador? No reago que ser practico. Pero la verdade a

* Fue editado en Buenos Aires, con ese título, por Jorge Alvarez 1967)

cuestión no es por qué hago lo que hago, sino por qué a mucha gente le es indiferente. Lo que hagamos por solucionar problemas como los de la contaminación del aire, del agua, de la tierra y de los alimentos; los accidentes en las carreteras, los precios inflacionarios y la mala distribución de los recursos -por no mencionar sino unos pocos—, determinará la calidad de nuestras vidas." Y a continuación desmienteque su actitud sea antiempresaria; tampoco considera que los hombres de negocios son en sí antisociales.

"Es erróneo mirar esto como una amenaza a la economía de empresa privada o a los grandes negocios -insiste-. Es precisamente lo opuesto. Es un intento de preservar la economía de empresa privada haciendo que el mercado funcione mejor; es un intento de preservar el contralor democrático de la tecnología, asignando al Gobierno un papel en el proceso de decidir cuánta «seguridad» deben tener los productos."

Nader es criticado acerbamente. Algunos dicen que es obcecado, otros que es intolerante. Pero es difícil sustraerse a la simpatía que inspira. Es un joven agradable, ni jactancioso ni falsamente modesto de su fama, que acepta simplemente como un hecho útil de su vida. Es un defensor persuasivo de sus ideales, no un latoso. Y hasta bromea sobre su propia dedicación. Cuando alguien quiere obligarlo para que enfile su artillería hacia una u otra industria, suele simular sorpresa y preguntar: "¿Qué pasa? ¿Es que ustedes ven conspiraciones en todas partes?"

En su ciudad natal, Winsted (10.000 habitantes), a nadie le sorprende mucho la manera de actuar de Nader. Como tampoco se sorprendería nadie si en vez de Ralph fuese algún otro miembro de la familia el que se dedicara a esa actividad. Desde que Nathra Nader —su padre—, un inmigrante libanés, llegó en 1925 a USA y abrió un restaurante (el "Highland Arms"), la familia ha participado siempre ardorosamente en los asuntos políticos y cívicos de Winsted, un pintoresco pueblo de la región de Nueva Inglaterra, que tiene un inequívoco aroma conservador.

Aunque los Nader no gozan de las simpatías de todos en Winsted, por cierto que se los escucha. Joe O'Brien, un cronista que vivió toda su vida en el pueblo, comentó en una ocasión: "Tenemos un dicho, que si uno entra en el restaurante de Nader recibe diez centavos de café y un dólar de conversación". Nathra está permanentemente envuelto en las batallas de las reuniones vecinales y Shaffak (el hermano mayor de Ralph) ha luchado denodadamente para que se prohibiera el estacionamiento de autos en la calle principal y para que se erigiese una Universidad.

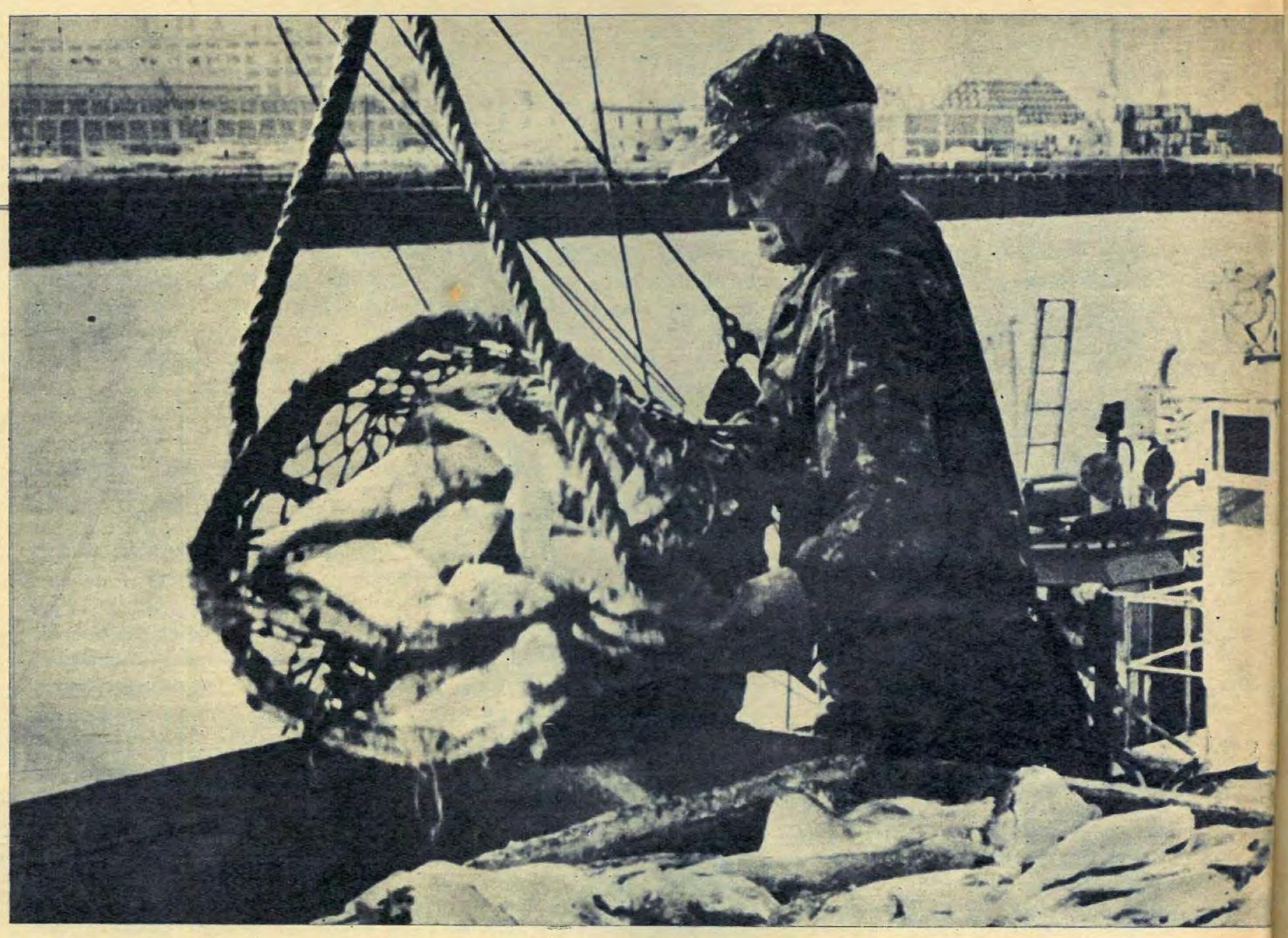
Nathra Nader, un ágil septuagenario que aún dirige el restaurante de la familia con la ayuda de Shaffak, ejerció, sin duda, una fuerte influencia en su hijo menor, y su forma de educarlo tuvo la bella simplicidad del inmigrante que ama a su nación adoptiva. "Le hice comprender —cuenta— que trabajar por la justicia del país es defender nuestra democracia. Les dije a mis chicos: «No se subestimen ni se sobreestimen ante nadie». No creemos que ninguna persona sea más importante que nosotros, ni que nosotros seamos más importantes que nadie."

En la cuerda floja

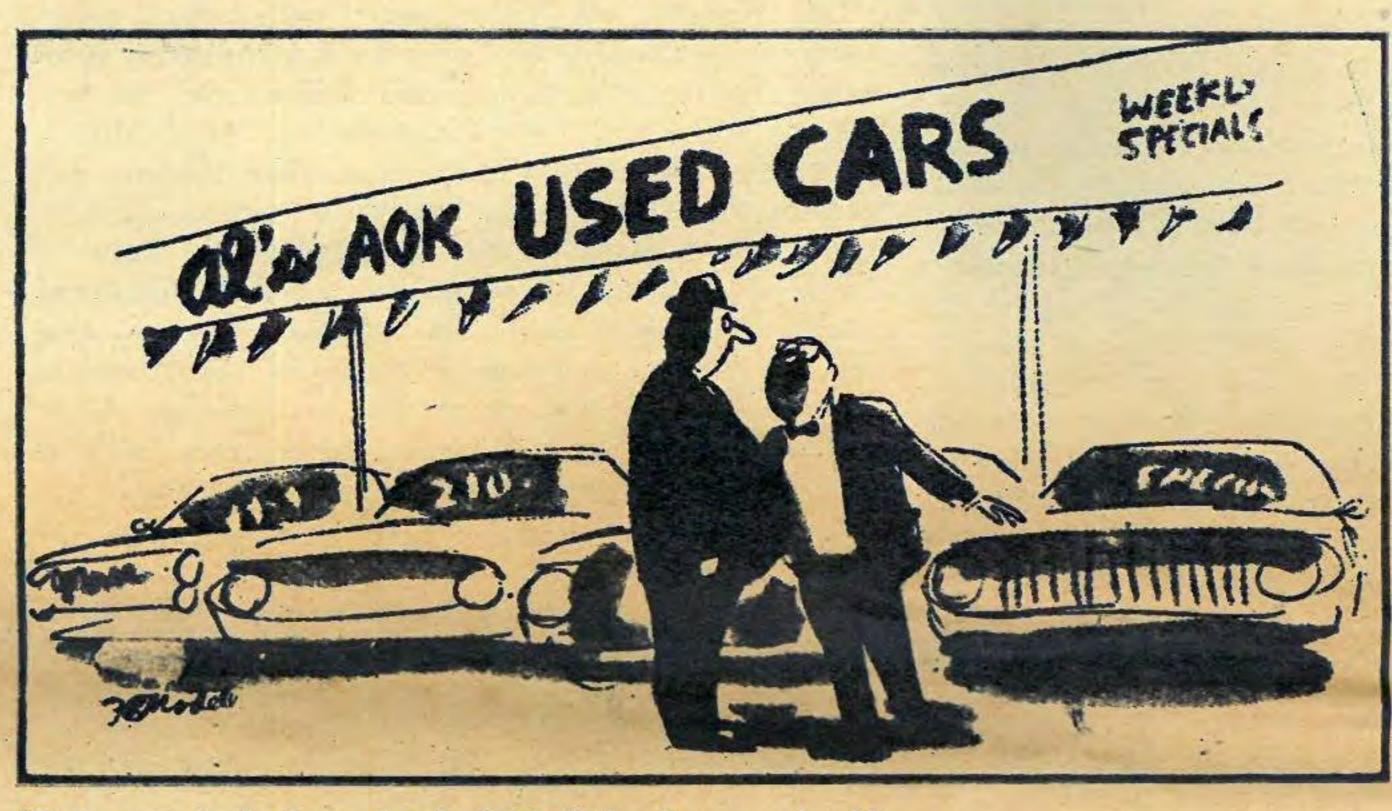
Ralph Nader dio indicios desde temprano de lo que iba a ser su vida. En la Universidad de Princeton se negó a usar los tradicionales zapatos blanços de la época, y lanzó -sin éxito- una campaña contra el espolvoreo de DDT en los árboles del campus, afirmando que el desinfectante "mataba a los pájaros". Luego estuvo en la Facultad de Derecho de Harvard. "Harvard —evoca— era simplemente increible, una fábrica de herramientas caras." La Facultad —juzgada como la mejor del país— no sólo decepcionó a Nader; reitera que allí se prepara a los alumnos para una única especialidad: la práctica del Derecho en beneficio de las corporaciones financieras.

"Los abogados nunca están donde se los necesita -dice-. No conozco ninguna profesión en que la mano de obra esté peor distribuida." Entre los objetivos de Nader figura el de realizar "una verdadera revolución en la profesión jurídica" que ponga a los jóvenes abogados al servicio del hombre de la calle. Por lo pronto, en su cruzada en pro del público consumidor, se vale de los estudiantes para asediar a las reparticiones oficiales, empresas y firmas industriales de los diversos estados. Ha formado un grupo de 130 jóvenes —en su mayoría estudiantes de Derecho- y los resultados han sido tan halagadores que Nader ya elabora nuevos planes para 1970. Este verano, el grupo acusó a funcionarios gubernamentales de, por ejemplo, suprimir informes sobre las condiciones antihigiénicas en frigoríficos, u omitir poner en vigor normas de seguridad para camiones. Pasadas las vacaciones, los estudiantes han retornado a clase. Pero Nader da los toques finales a un proyecto que quedó incompleto: un análisis de cómo los grandes estudios jurídicos pesan sobre el Gobierno.

En Washington, Nader es una figura sumamente discutida. Lloyd Cutler, un abogado que tuvo que enfrentarlo durante las tormentosas audiencias sobre la seguridad automotriz, opina de él: "Es una im-



El pescado está vendido pero las autoridades no lo inspeccionan.



"Se lo recomiendo. La madre de Ralph Nader tiene uno igual." (F. B. Modell en New Yorker Magazine)



Warren Magnuson: Un amigo en el Senado.



Nader en

Betty Furness: La invasión de cartas.

portante y eficaz fuerza social y política, pero sería más eficaz si tuviese más en cuenta las motivaciones y la integridad de las personas a quienes ataca". Un ejecutivo industrial agrega: "La influencia de Nader ha sido exagerada. Es un hombre dedicado, pero sus campañas se han convertido en una caza de brujas".

No piensan lo mismo los tres "consumidorófilos" del Senado: Warren Magnuson, Walter Mondale y Gaylord Nelson secundan a Nader sin cesar. Fue Magnuson quien este año, a pedido de Nader, hurgó en el negocio de los automóviles extranjeros: su amigo había descubierto que decenas de miles de Volkswagen usados son vendidos como nuevos, por agencieros piratas.

Esta batalla le costó las iras de la Comisión Federal de Comercio; su titular, Paul Rand, juzgó así los informes de Nader: "Una inmundicia".

Más fundamentalmente, hay en el Congreso y en el mundo de los negocios quienes temen que Nader pueda sentirse impulsado a lanzar ataques cada vez

mayores, para mantener su fama de paladín de los consumidores del país. Y les preocupa que tanto poder vaya a quien no es responsable sino ante sí mismo.

Nader se defiende e insiste en que esos temores son injustificados. Pero admite que tiene algunos problemas. A veces se queja del ritmo que debe mantener, y lamenta no poder manejar más que "unos cuatro" asuntos importantes a la vez. También desearía tener mayores ingresos para poder moverse con más soltura en sus campañas, pero no está dispuesto a hacer ninguna concesión de sus principios. Sobre todo, le inquieta la posibilidad de llegar a perder su carisma, y con él su singular eficacia.

Con todo, cuenta con abundante apoyo en y fuera de Washington. "Hombres como Ralph, con un agudo sentido de la responsabilidad profesional, eso es lo que necesita este país", dice el urbanista Daniel P. Moynihan, que cuando era Subsecretario de Trabajo dio a Nader su primer empleo en la capital.

Pero también hay algunos que nunca cesan de



Nader en español: Los autos inseguros.



Rayos equis: No son para parturientas.

preguntarse por qué Nader no canjea por efectivo sus "acciones" y se retira de la escena. "Con su fama, cualquiera se llenaría de dinero dando charlas por televisión", dicen.

No es que Nader no haya tenido la oportunidad de hacerlo. En cierta ocasión, un periodista le preguntó cuánto calculaba que podía ganar si colgaba la espada y se ponía a cosechar los beneficios que su nombre podía reportarle, escribiendo, dictando conferencias y asesorando legalmente a prósperos clientes. "Cien mil dólares al año —respondió él, y se encogió de hombros—. En realidad, es imposible calcularlo. El otro día me llamó alguien. Un tipo verdaderamente sincero que tenía un nuevo artefacto de seguridad. Quería que me fuese con él, que lo ayudase a imponer el producto y compartiese las ganancias. El pobre no podía creerlo cuando le contesté que no."

Lo que ocurre es que, para Nader, la única causa digna de servir sigue siendo su propio concepto del interes público y está decidido a continuar la lucha. O

PERISCOPIO Nº 1 - 23/IX/69

Con Lavanda Devon, los señores más urbanos respiran a campo abierto.

COLONIAS DEVON EN SUS TRES TIPOS, LAVANDA, BOUQUET Y

NATURAL • TALCO • FIJADOR

JABON DE TOCADOR • PRELECTRIC • JABON DE

AFEITAR EN TAZA • ESPUMA DE AFEITAR

EN AEROSOL • AQUA DEVON • ESTUCHES PARA REGALOS





El juego libre de trabas, a la manera infantil, es uno de los pocos remedios para la angustia contemporánea. ¿Son capaces los argentinos de aceptarlo?

L rabino Meir Goldfright apura lentamente su botella de gaseosa y luego, con paso menudo, se dirige a la fulgente escalera mecánica, que lo iza a la plataforma; allí, reboza con un gesto el manteo de su levita, esponja la lengua barba y se arroja triunfal por la inmensa parábola del tobogán. Suele ocurrir en Londres, en el famoso Battersea Pleasure Park.

¡Se necesita coraje! Pero como él, todas las noches miríadas de adultos ondean en las serpentinas que acarician un cielo de tubos de gas neón, la emprenden a golpes con esperpentos de utilería, se disfrazan de astronautas o surcan el lago con radiantes alíscafos de juguete, decorados a la usanza "pop".

Que la informalidad europea haya ingresado a la Argentina parece difícil; hasta ahora, ningún porteño, al menos, se concede a sí mismo el placer de divertirse con tal inocencia, rayana en la candidez. Y sin embargo, todos los días a las 9, los encargados de "La Cascada Mágica", en la avenida Mitre esquina Falcón, de Villa Dominico (Buenos Aires), registran idéntico espectáculo: son dos docenas de mayores que pujan por inaugurar la mañana con un par de cabriolas desde la cima del tobogán.

¿Excéntricos o exhibicionistas? Nada de eso: casi todos ellos son humildes personajes, aunque coincidan en titularse "desprejuiciados". "Es una sensación que jamás experimenté y que ahora me obsede, me apasiona", confesó a Periscopio Eduardo Avalos (34 años, mecánico, padre de 4 hijos), uno de los pioneros de "La Cascada", que siembra pánico en la muchedumbre pues se arroja de pie. "Yo hubiese sido un campeón de esquí —se solaza Avalos—, pero imagino que esto es similar, o acaso mejor."

Lo mejor tal vez sea su entusiasmo, en verdad insólito: ocurre que los argentinos acostumbran transitar envueltos en una postura, y les resulta difícil abdicar de ella, perder su rol, retornar a la infancia. Si es verdad que en la última década el país registró un sensible aumento de los juegos para adultos, también es cierto que los empresarios, conocedores de la índole nativa, supieron presentarlos como "diversiones para niños a quienes obligatoriamente debe acompañar una persona mayor".

Descenso al Paraiso

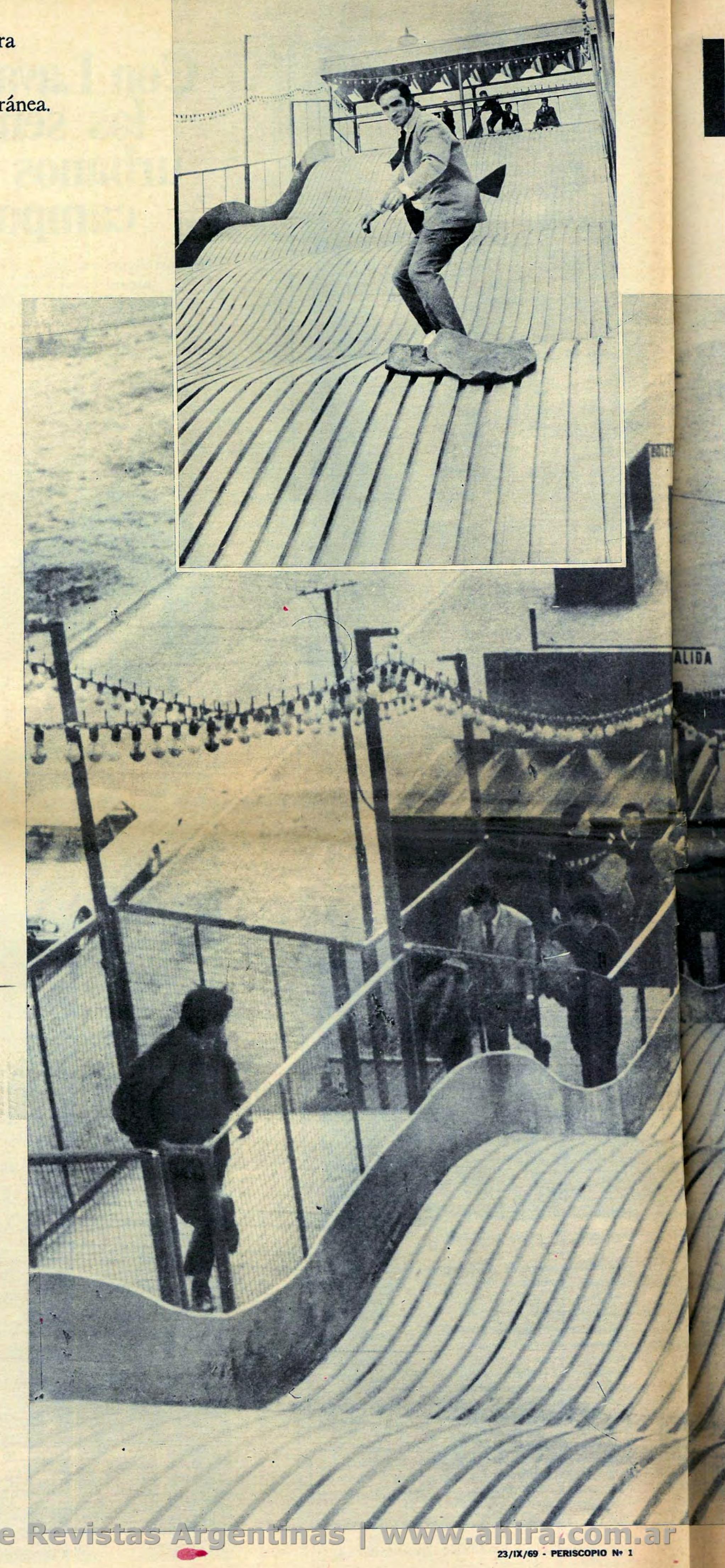
"La semana pasada vino una maestra con todos sus alumnos y fue ella quien más se divirtió: la tuvieron que sacar de aquí los chicos", narró a Periscopio, Carlos Ancona, 60, uno de los propietarios del filón de Villa Dominico. Porque "La Cascada" es, sin dudas, el más rentable de los juguetes, como que lo ampara la novedad: consiste en una pendiente metálica ondulada con un ángulo de 35 grados sobre el nivel del terreno: previo el pago de 40 pesos es posible lanzarse desde la cima y recorrer unos 50 metros de vertiginoso y accidentado descenso. La pista tiene ocho metros de ancho y culmina en un alfombrado rojo, donde los protagonistas desarman la rígida tensión que los arrastra desde lo alto.

En verdad, "La Cascada" brotó en Carlos Paz (Córdoba), adonde la importaron desde "Disneylandia", en USA, dos visionarios cordobeses: en octubre pasado la rampa, encrucijada de los veraneantes, brindaba ya 200.000 pesos diarios de beneficio neto.

Sin duda, el boom de los toboganes estallará con esta primavera; por lo pronto, dos unidades más han de instalarse en Buenos Aires, en la Ciudad Deportiva de Boca Juniors, y una tercera estorbará en los jardines de Palermo. ¿Cuál es, de todos modos, el origen del entusiasmo por los nuevos entretenimientos?

Aparentemente, existe un ocaso de los deportes tradicionales: algunos son inaccesibles al bolsillo del gran público y otros —los más populares— no absorben, por falta de instalaciones, a los elementos activos de la sociedad; con todo, la tensión generada por la vida moderna invita al "relax".

Un análisis de cualquier deporte establecido proporciona cuatro elementos básicos: los participantes, ciertas reglas, un soporte material y el espacio necesario para practicarlo; más allá de la carencia de gimnasios es notorio que casi todos ellos favorecen cierto grado de competición, reforzada cuando está de por medio el dinero. Pero la vida contemporánea, ahíta de luchas en el aspecto profesional, reclama otro tipo de esparcimiento: aquel que concede el privilegio de divertirse en forma suelta, amabie, sin pulsiones. En síntesis: el fútbol que prepara al individuo para com-



Los nuevos juguetes mecánicos transforman las horas de placer.

petir en la vida, corresponde a la etapa precapitalista; en la era de la automación, el ser humano prefiere eliminar las pugnas de sus horas de reposo. (En el recuadro de la página 39 el sociólogo Félix Samoilovich resume las principales opiniones sobre el tema.)

Es más: la generalidad de los pasatiempos institucionalizados en la Argentina suponen cierta dosis de control físico, y el ejercicio de alguna habilidad particular; la tendencia actual no quiere vencedores ni vencidos, ídolos o ineptos, durante el descanso. Esa tendencia es la que lleva a los mayores a encaramarse con sus hijos en el tobogán, o a girar con ellos asidos a los barrotes de una calesita.

O a treparse a un remociclo, en las marismas de Palermo. Es lo que hacen dos millares de argentinos diariamente: ocupan 42 botes de remo y 20 bicicletas acuáticas, una escuadra lacustre que rinde pingües ganancias a Rogelio Rodríguez (41 años, 4 hijos), quien también regentea los 30 botes y las 6 "badarkas" que flotan en la Ciudad Deportiva. Otros reductos: el espejo de agua cercano al Autódromo porteño, y el pantano situado frente a Obras Sanitarias, en la zona del Golf Club de Palermo; el primero de éstos. conoce un incipiente progreso de los "catamaranes" (suerte de embarcaciones de vela con dos cascos), el otro resulta impracticable por falta de dragado.

Una hora en bote cuesta 400 pesos, aunque por 600 pesos es posible desahogar mayores energías en las badarkas, accionadas con las piernas: son las que merecen el favor general. "Yo vengo todos los sábados con mi novia -se jactó Roberto Gaspani, de 24 años, taxista—, y con dos vueltitas quedamos conformes. Cuando era chico, en la provincia de Santiago del Estero me divertía muy poco ¿sabe?"

"Abrite de la barra"

Para el contador Rogelio Andinucci, 41, el auge del pedaleo acuático obedece a carencias infantiles. Entrevistado mientras aguardaba, con sus hijos varones de 9 y 11 años, para tripular una badarka, memoró su niñez: "Entonces el «rescate», el «balero» o la «billarda» nos absorbían las tardes inolvidables, de felicidad proletaria, hecha a costa de otra forma de vivir de otra geografía de Buenos Aires. Cuando nos juntábamos en la esquina toda nuestra aspiración consistía en tener 18 años para poder entrar al café, que oficiaba de templo sacrosanto. Esta ciudad, que borró los potreros, ahora debe crear juegos para niños".

Y para los grandes, que consigan eludir un mal todavía indeleble: el de las patotas, capaces de ironizar cuando encuentran un Don Fulgencio sumido en los volatines del Italpark. "Nuestros peores enemigos son las barras en tren de juerga", confesó a Periscopio uno de los encargados de este coto de atracciones. "El 70 por ciento de nuestros clientes son personas mayores y educadas, aunque nunca faltan los que se creen vivos y tratan de demostrarlo frustrando la felicidad de los demás", afirmó.

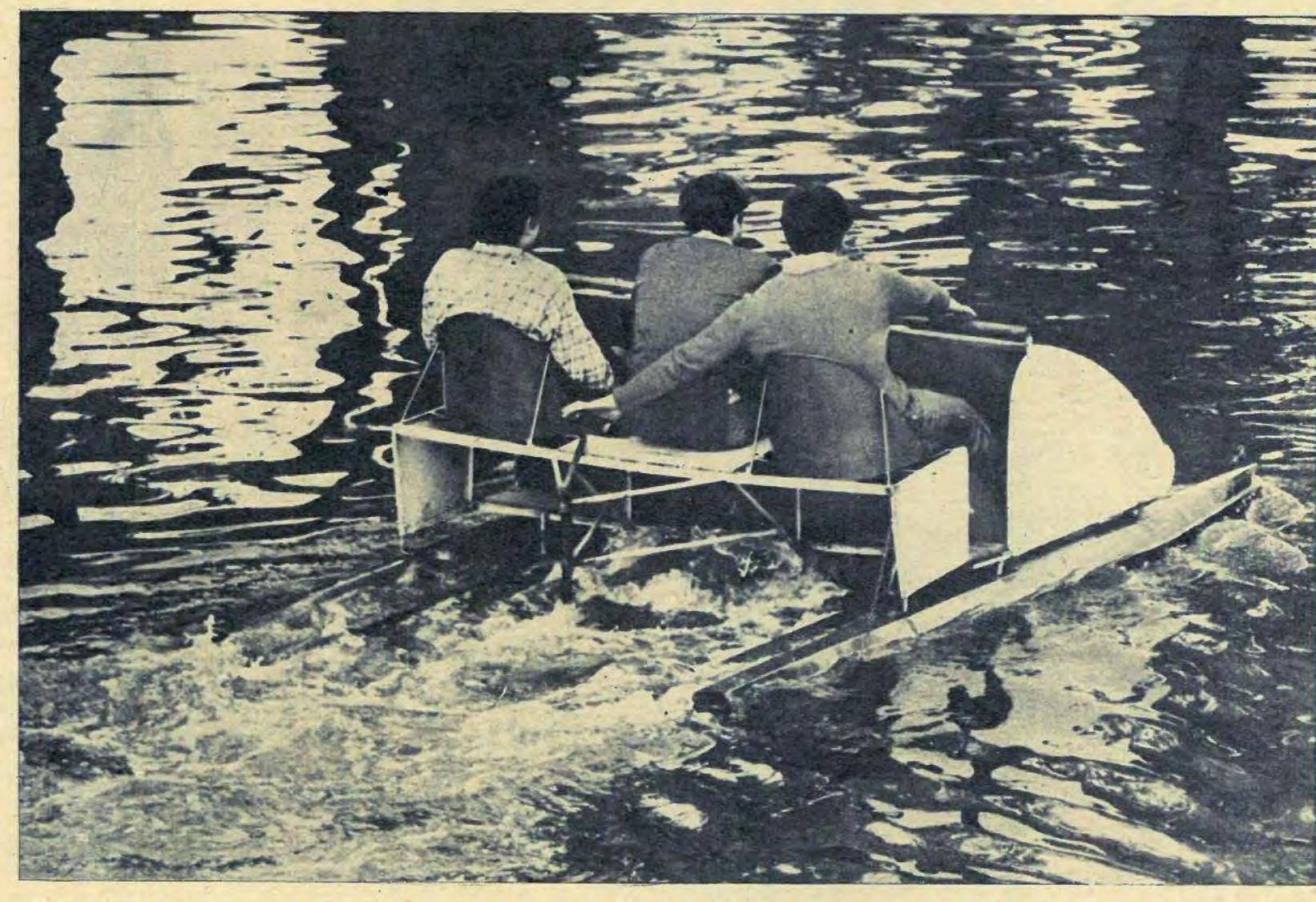
Si se admite que el ridículo es una de las bestias negras que atemorizan a los porteños, será fácil comprender por qué la mayoría de las firmas consultadas se reservan el derecho de admisión: tratan de eliminar

a los cargosos del prójimo. Los desinhibidos, es cierto, suelen hacer caso omiso de las burlas; pero en su gran mayoría ellos idearon ya recreaciones más sofisticadas, expresiones dinámico-artísticas, como los "happenings" donde flamea Marta Minujin, o las sesiones gimnásticas de la in-

tempestiva coreógrafa Marilú Marini. Que las inhibiciones decrecen en los veraneos, no es de ninguna manera un secreto; por eso, más y más adultos se suman todos los años a dos prácticas hasta hace poco inusuales: el surf en las playas y el skyboat en las canchas de nieve, en la montaña. El surfing tomó carta de ciudadanía, al menos en Mar del Plata, en los albores de 1966, cuando el norteamericano John Fletcher, enseñó a los argentinos a colgar los diez. Ocurre que la máxima habilidad de la prueba consiste en remontar, parado, el dorso de una gigantesca ola, sobre una tabla liviana, de tres metros de longitud; únicos puntos de equilibrio: los diez dedos de pie, que se aferran a las bordas del madero.

Tanto fue el éxito del surf que al año siguiente ya era posible adquirir, en los negocios porteños de artículos deportivos, las dichosas boyas, confeccionadas en material plástico (precio: 50.000 pesos); al mismo tiempo, un grupo de aficionados creaba en Mar del Plata el Kikiwai Surf Club.

Con todo, las salidas familiares de fin de semana proporcionan otros modos expansivos menos riesgosos: un fabricante de plaza que negó su identidad -"para evitar a los inspectores de impuestos" -- confesaba una semana atrás a Periscopio que la venta



La "badarka" impera en el Rosedal: Por 600 pesos la hora es fácil ir al encuentro de la propia niñez.



El bowling tradicional, que casi naufragó en 1960 durante una huelga de peones, renace ahora en las boleras automáticas.

de cascos y de motores fuera de borda se decuplicó en el último bienio. Al mismo tiempo, surgen por doquier las quejas de los patrones fluviales —en su mayoría pilotos de lanchas areneras y de cargueros de frutas—, quienes han visto invadidos los riachos del Tigre por los excursionistas del día domingo, los que no se entregan a diversiones tan inocentes como las de pescar o surcar las aguas: ensayan -apoyados en la inmunidad de sus cascos de plásticoexcéntricas "batallas navales", cuando no recorren los arroyos a toda velocidad acarreando a un esquiador acuático. Numerosas desgracias personales fueron registradas por los agentes de la Prefectura como consecuencia del choque de esquiadores y buques.

Esplendor sobre la nieve

Se discutirá el carácter lúdicro de tales entretenimientos: una lancha o una tabla de surf no son estrictamente juguetes (como los aeromodelos, un goce de chicos que monopolizan los grandes); para. Emilio Varas, 27, soltero, psicoanalista, lo son: "Fijese —opinó ante Periscopio— que tanto el tobogán, como el surf o el esquí acuático fincan su atracción en el deslizamiento, una actitud naturalmente infantil. Sucede que el 70 por ciento de los adultos no tiene elaborado el «trauma del nacimiento», uno de los problemas básicos de la psicología moderna. Al repetir la sensación capital que registra el parto -sentenció Varas—, los mayores no hacen sino ensayar la elaboración total de su problema originario".

Es una teoría que nadie está obligado a compartir, desde luego; pero todos los años, centenares de turistas ansían repetir en las canchas de nieve la sensación de la caída, del vacío, tan común en las fantasías oníricas; pocos deciden tomar las dos semanas de lecciones necesarias para aprender a esquiar: para éstos se inventó el sky-boat, una bicicleta montada sobre patines. Otros neófitos utilizan la batea, un trineo de plástico que surca la nieve sin peligro, ya que su concavidad amortigua los golpes.

Alquilar una batea o un sky-boat cuesta unos pocos pesos —350 y 1.500, en uno y otro caso—; una modesta barcaza de plástico insume cerca de 250.000 pesos, si se tiene en cuenta el imprescindible motor auxiliar. El equipo más rudimentario de caza submarina (la diversión que florece en Golfo Nuevo, en Chubut) asciende a unos 20.000 pesos.

Todas ellas suponen huir de las ciudades y son parte del gasto de un veraneo; menos esporádico parecía el karting, un chirimbolo que remeda al automóvil y cuyo precio no sobrepasa los 150.000 pesos: hasta un par de años atrás muchos barrios porteños contaban, a manera de blasón, con su scudería propia, que solía ejercitarse en las calles poco transitadas o en algún baldío apropiado. En estos tiempos, el juego ha sido blanco de las iras policiales: sólo perviven los equipos de competición, al menos en la Capital Federal.

Es lo que ocurrió con los "rompehuesos", una especie de patines adosados a plataformas sobre las cuales un grupo de intrépidos convirtió, hace tres años, a la "loma de Agüero", de la Plaza Francia, en un circo de acróbatas gratuito: el arte consistía en deslizarse desde la cima, en perfecto equilibrio. Pero los frutos no siempre fueron amables: según versiones, el Hospital Fernández enyesaba todas las noches cuatro o cinco descalabrados.

Los deseos de Aladino

Como sea, el trampolín de la Plaza Francia era una solución desesperada para las necesidades del juego entre los adultos; de hecho, en la Argentina no existen suficientes instalaciones de esparcimiento: por eso, porque la diversión es un buen negocio, tres empresas locales ya se proponen introducir los adelantos más cotizados en ese campo. Dos de ellas se afincarían en la Capital Federal y la restante en Córdoba; estos son los artilugios más novedosos, que ya campean en Europa y en USA:

• El astronauta — Se trata de una cápsula idéntica a la utilizada en los proyectos Apolo, que circula a

través de una cañería gigantesca, similar a las empleadas para proveer de agua corriente; la tubería maestra, de acero, cuenta con estrías, de tal modo que el vehículo pueda girar sobre sí mismo en el interior, para facilitar la impresión del viaje espacial. El paciente es, entonces, liado a un sillón desde el cual, y a través de las ventanillas, puede contemplar el paisaje astral, cuidadosamente inscripto en las paredes de la cañería. También le es posible, si lo desea, acelerar o disminuir la velocidad del cohete, por mandos automáticos; la propulsión utiliza el aire comprimido. Unico inconveniente: el juguete exige una instalación de una hectárea, en forma aproximada, pues la tubería sube, baja y hasta se introduce en el suelo donde los paseantes tienen la oportunidad de efectuar su "escala en la luna": un recinto que copia con todo cuidado la superficie del satélite. El "viaje" dura aproximadamente 15 minutos.

- este juguete se inspira en los "simuladores", instrumentos de alta tecnología aplicados a la instrucción de pilotos de aviones, o de oficiales de la marina. El batiscafo —o el submarino, que ambas formas toma el chisme— imita a la esfera con que el profesor Robert Picard solía descender al fondo del océano. Nació en algunas bahías de la Costa Azul francesa, de aguas poco profundas pero extraordinariamente cristalinas, y cuyo fondo es rico en algas y peces extraños. También en este caso, el precio de la instalación resulta inmenso, porque en la Argentina —presumen los importadores— será necesario socavar un lago artificial si se intenta la aventura.
- La batalla aérea Es un perfeccionamiento de la vetusta montaña rusa, aunque en este caso son dos o más los vehículos que circulan por el aire sobre rieles, y con sentido contrario: se trata de aviones en miniatura, perfectamente equipados como sus simila-



Surf y esquí acuático: No todo es soplar y hacer botellas.

res de la realidad, que al deambular por las vías amenazan con chocarse, realizan "loopings" y persecuciones asombrosas. El ruido de los pseudo motores y el tableteo de las ametralladoras ficticias agregan realismo a la "batalla" que dura unos 7 minutos.

La guerrilla — Es un "divertimento" que brotó en los country clubs norteamericanos al promediar el conflicto de Vietnam: en un bosque natural se embosca una serie de fantoches, accionados por resortes, convenientemente dirigidos desde un tablero central. Los jugadores ingresan a la floresta con todo un arsenal de pertrechos imitados: fusiles que disparan balines de aire comprimido, bazookas cuyos proyectiles son pelotas de goma; deben acertar a los blancos que se yerguen de improviso —los "guerrilleros"—, y así se acreditan cierto puntaje. En el avance, sortean obs-

táculos, vadean riachos y al final de la caminata se establece el ganador. Una observación: también los muñecos "tiran" sobre los competidores; de ellos sue-le emanar un haz luminoso que al reflejarse sobre alguno de los "soldados" lo descalifica para el triunfo. Es la "muerte", un accidente tal vez más angustioso puesto que es ilusorio.

A Barrell

Que entretenimientos de este jaez tomen carta de ciudadanía en la Argentina resulta dudoso; pero ello no invalida la tendencia del hombre contemporáneo al juego, que en este siglo ensaya reinventar la vida. Otras épocas de la historia se permitieron la fantasía de la vuelta a la "edad dorada", una idea tan fuerte que fue capaz de entregar al mundo la égloga y la novela pastoril. Desgraciadamente, las fórmulas vitales de hoy no permiten soñar con el eterno retorno. ⊖

JUEGO, SOCIEDAD, ALIENACION

"El eterno niño. Creemos que los cuentos y los juegos son cosa de la infancia. ¡Qué miopes somos! ¿Cómo podríamos vivir, en cualquier edad de la vida, sin cuentos y sin juegos?"

FEDERICO NIETZSCHE.

Psicológicamente, el personaje de Don Fulgencio es un imposible. La historieta se apoya en una hipótesis clave: supone que juega en la vida adulta quien no lo hizo en la infancia; presume también que toda carencia, tarde o temprano, se compensa, encuentra su equilibrio.

Los expertos, sin embargo, son menos optimistas: "Sólo un adulto que haya jugado bien en su infancia puede acompañar a sus hijos", explicó a Periscopio un especialista en Psicología de la Niñez y Adolescencia. "Se trata de una etapa que él ya atravesó, que ha resuelto; puede jugar sin que su identidad de mayor corra peligro. Paradójicamente, juega porque ha jugado".

Aunque pueda aparecer como una frivolidad, el juego —en su acepción más amplia— se ha convertido en una de las preocupaciones centrales de los científicos de la conducta. No cuesta demasiado comprender su importancia si se considera que está incluido dentro de un problema mayor, el del tiempo libre, un fenómeno que abandonó las especulaciones de los futurólogos para asaltar la realidad de hoy.

"Nuestra existencia está dividida en dos fases tan diferentes como el día y la noche —sostiene Herbert Read—. Las llamamos trabajar y jugar."

En las últimas décadas —con creciente intensidad en los países de mayor desarrollo—, el tiempo
dedicado al trabajo ha disminuido; surge, entonces, un sobretiempo nunca visto en la historia del
hombre; algo totalmente distinto del ocio tal como
era concebido antes de la Revolución Industrial.
Hace dos siglos, el ocio aparecía como posibilidad
u oportunidad de hacer algo, más allá de la presión de las circunstancias. Ahora —según Read—
"es un vacío para el cual debemos inventar ocupaciones, un estado de vacuidad desesperado".

¿La causa? Ha declinado el juego auténtico —el ocio activo—, en beneficio del entretenimiento pasivo. No se practican deportes: se opta por verlos en la televisión; no se pasea: se viaja en auto-

móvil; no se actúa: se va al teatro a ver cómo unos pocos hacen de ello su profesión.

"Sólo cuando el entretenimiento es activo, se participa de él y se practica — juzga Read— puede llamarse adecuadamente juego, y como tal es el uso genuino del ocio." Y alerta: "El partido nazi, en sus días iniciales, fue reclutado en gran parte entre los aburridos; no tanto entre los desempleados como entre la sociedad callejera de maleantes indiferentes". El gangsterismo, la delincuencia juvenil y otros síntomas de desintegración, también deben buena parte de su caudal a la falta de actividad física compensadora.

Ya nadie niega, en definitiva, la profunda escisión del tiempo humano, ni la ansiedad que despierta el disponer de una cierta cantidad de tiempo libre sin canales adecuados para consumirlo. Tampoco que los entretenimientos —vividos como funciones meramente pasivas, receptoras— no alcanzan para aliviar el síndrome de soledad y angustia que aqueja al hombre de la gran ciudad de hoy.

Lo que varía, en todo caso, son las respuestas al intringulis, las teorías acerca de cómo los hombres pueden recuperar el tiempo vacio, algo que parece comenzar a pesarles más que la misma condena de Adán.

La disección del tiempo humano

Para Read, las perspectivas son desalentadoras: el arte —con certeza una de las formas de juego activo más ricas— dejará paso a la televisión, los juegos de azar y la contemplación de unos pocos que practicarán deportes. "Músculos atrofiados y arte vacío", se titula, precisamente, uno de sus ensayos. "Será un mundo divertido —ironiza—. Habrá luz en todas partes menos en la mente del hombre, y la caída de la última civilización no se oirá a causa del estrépito incesante."

Harold Mintague Finniston —un experto británico en Ciencia y Tecnología— no augura mejores posibilidades: "En los próximos veinte años —predice— tendremos un gran crecimiento del ocio sin juicio y sin crítica, basado en actividades que dependen del azar y de la satisfacción de la probabilidad matemática, como el bingo, la ruleta, ciertos juegos de cartas y deportes de apuestas.

Creo que será el juego de azar el que ocupará a la gran masa de la población; atravesará todas las divisiones del intelecto, la ocupación, la edad y el sexo".

Algo, de todos modos, parece discutible en estas profecías: su extremo fatalismo, su absolutismo, en fin, donde el futuro aparece como el resultado inevitable de los desajustes del presente. Darles un crédito amplio implicaría descreer de la libertad; según ellas, nadie podría aguardar respuestas creadoras del ser humano.

Quizás este tipo de planteo pesimista sur ja como reacción ante los profetas que exaltan la edad dorada de la tecnología, a los que creen a pie juntillas que sólo se trata de producir más y más confort y diversión como fórmula mágica para todos los males del Universo.

Una opinión: "Con divertirse —sostienen Rumney y Mayer, dos sociólogos norteamericanos—, se llega al engaño de uno mismo; si no hubiera cine, televisión, radio, no habría forma de huir de la soledad, del temor, de la angustia; de compensar la disolución del trabajo, de superar el tedio".

El error —al que no son ajenos muchos teóricos de fuste en la sociología académica— quizá consista en separar el tiempo libre de la totalidad del tiempo humano. "Se hace del hombre un ser en pedacitos —critica Gianni Totti en Il tempo libero—: un tanto de trabajo, algo de hogar, un poco de amor, de deportes, de cultura, y así en más. Se resuelve cada problema como si fuese separado. Después se recompone el todo: con sus pedazos de tiempo re-vinculados el hombre tendría que sumar un complejo armónico, reconstituido". Pero no ocurre así; por eso, Totti desliza otra propuesta: asumir el tiempo libre como una parte del tiempo humano total, no como la ruptura de la rutina o de la norma.

Si alguna vez la sociedad consigue borrar los límites entre el trabajo y el juego —esa maravilla que ahora sólo disfrutan los niños—, el tiempo libre dejará de ser la medicina del tiempo de trabajo, un factor compensatorio del trago amargo de ganarse el sustento. ¿El tiempo libre dejará de existir? Sí, pero entonces, dice Totti, "el hombre habrá liberado todo su tiempo".

Félix Samoilovich

Los nuevos juguetes mecánicos transforman las horas de placer.

petir en la vida, corresponde a la etapa precapitalista; en la era de la automación, el ser humano prefiere eliminar las pugnas de sus horas de reposo. (En el recuadro de la página 39 el sociólogo Félix Samoilovich resume las principales opiniones sobre el tema.)

Es más: la generalidad de los pasatiempos institucionalizados en la Argentina suponen cierta dosis de control físico, y el ejercicio de alguna habilidad particular; la tendencia actual no quiere vencedores ni vencidos, ídolos o ineptos, durante el descanso. Esa tendencia es la que lleva a los mayores a encaramarse con sus hijos en el tobogán, o a girar con ellos asidos a los barrotes de una calesita.

O a treparse a un remociclo, en las marismas de Palermo. Es lo que hacen dos millares de argentinos diariamente: ocupan 42 botes de remo y 20 bicicletas acuáticas, una escuadra lacustre que rinde pingües ganancias a Rogelio Rodríguez (41 años, 4 hijos), quien también regentea los 30 botes y las 6 "badar-kas" que flotan en la Ciudad Deportiva. Otros reductos: el espejo de agua cercano al Autódromo porteño, y el pantano situado frente a Obras Sanitarias, en la zona del Golf Club de Palermo; el primero de éstos conoce un incipiente progreso de los "catamaranes" (suerte de embarcaciones de vela con dos cascos), el otro resulta impracticable por falta de dragado.

Una hora en bote cuesta 400 pesos, aunque por 600 pesos es posible desahogar mayores energías en las badarkas, accionadas con las piernas: son las que merecen el favor general. "Yo vengo todos los sábados con mi novia —se jactó Roberto Gaspani, de 24 años, taxista—, y con dos vueltitas quedamos conformes. Cuando era chico, en la provincia de Santiago del Estero me divertía muy poco ¿sabe?"

"Abrite de la barra"

Para el contador Rogelio Andinucci, 41, el auge del pedaleo acuático obedece a carencias infantiles. Entrevistado mientras aguardaba, con sus hijos varones de 9 y 11 años, para tripular una badarka, memoró su niñez: "Entonces el «rescate», el «balero» o la «billarda» nos absorbían las tardes inolvidables, de felicidad proletaria, hecha a costa de otra forma de vivir y de otra geografía de Buenos Aires. Cuando nos juntábamos en la esquina toda nuestra aspiración consistía en tener 18 años para poder entrar al café, que oficiaba de templo sacrosanto. Esta ciudad, que borró los potreros, ahora debe crear juegos para niños".

Y para los grandes, que consigan eludir un mal todavía indeleble: el de las patotas, capaces de ironizar cuando encuentran un Don Fulgencio sumido en los volatines del *Italpark*. "Nuestros peores enemigos son las barras en tren de juerga", confesó a Periscopio uno de los encargados de este coto de atracciones. "El 70 por ciento de nuestros clientes son personas mayores y educadas, aunque nunca faltan los que se creen vivos y tratan de demostrarlo frustrando la felicidad de los demás", afirmó.

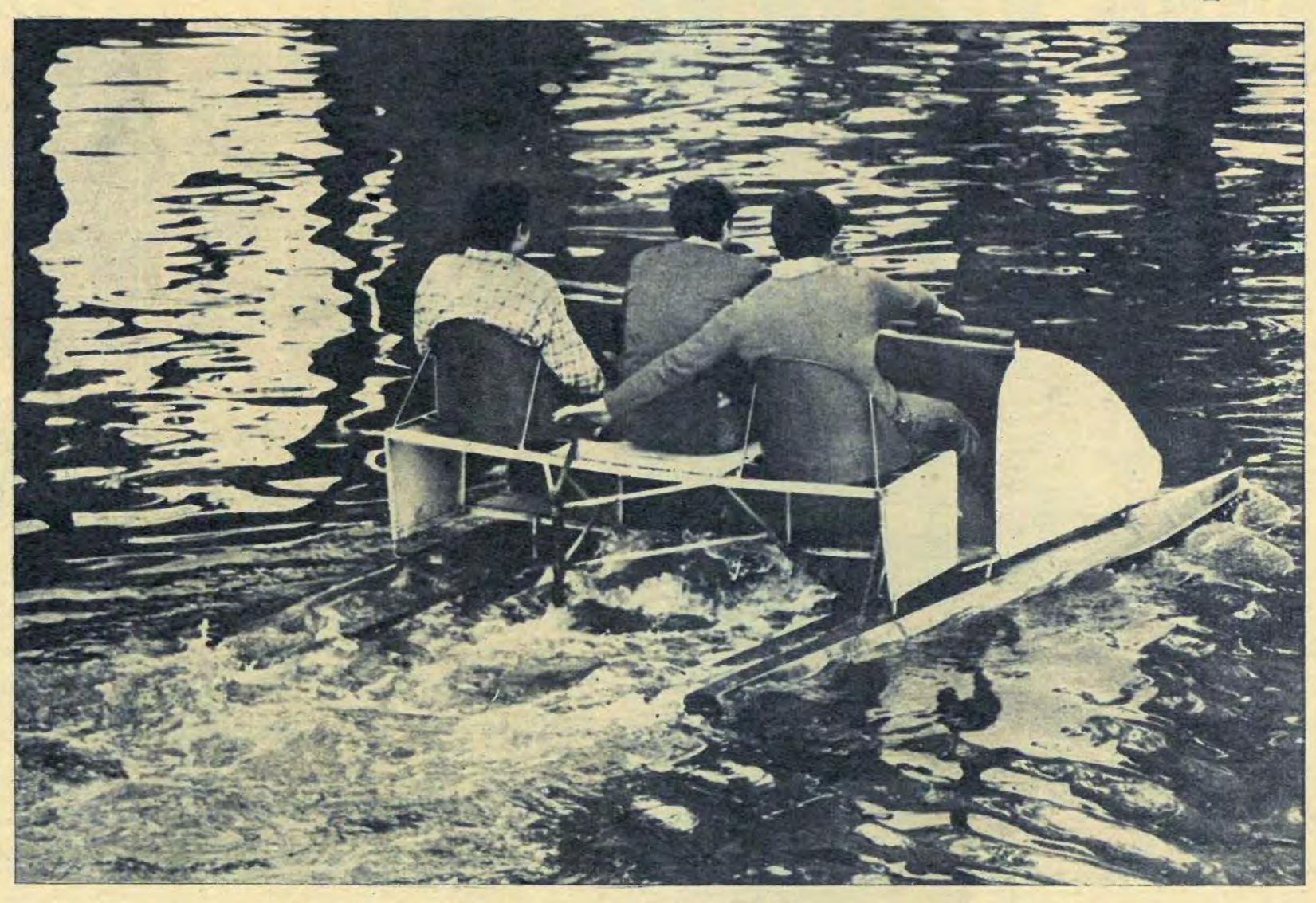
Si se admite que el ridículo es una de las bestias negras que atemorizan a los porteños, será fácil comprender por qué la mayoría de las firmas consultadas se reservan el derecho de admisión: tratan de eliminar a los cargosos del prójimo.

Los desinhibidos, es cierto, suelen hacer caso omiso de las burlas; pero en su gran mayoría ellos idearon ya recreaciones más sofisticadas, expresiones dinámico-artísticas, como los "happenings" donde flamea Marta Minujin, o las sesiones gimnásticas de la intempestiva coreógrafa Marilú Marini.

Que las inhibiciones decrecen en los veraneos, no es de ninguna manera un secreto; por eso, más y más adultos se suman todos los años a dos prácticas hasta hace poco inusuales: el surf en las playas y el skyboat en las canchas de nieve, en la montaña. El surfing tomó carta de ciudadanía, al menos en Mar del Plata, en los albores de 1966, cuando el norteamericano John Fletcher, enseñó a los argentinos a colgar los diez. Ocurre que la máxima habilidad de la prueba consiste en remontar, parado, el dorso de una gigantesca ola, sobre una tabla liviana, de tres metros de longitud; únicos puntos de equilibrio: los diez dedos de pie, que se aferran a las bordas del madero.

Tanto fue el éxito del surf que al año siguiente ya era posible adquirir, en los negocios porteños de artículos deportivos, las dichosas boyas, confeccionadas en material plástico (precio: 50.000 pesos); al mismo tiempo, un grupo de aficionados creaba en Mar del Plata el Kikiwai Surf Club.

Con todo, las salidas familiares de fin de semana proporcionan otros modos expansivos menos riesgosos: un fabricante de plaza que negó su identidad — "para evitar a los inspectores de impuestos" — confesaba una semana atrás a Periscopio que la venta



La "badarka" impera en el Rosedal: Por 600 pesos la hora es fácil ir al encuentro de la propia niñez.



El bowling tradicional, que casi naufragó en 1960 durante una huelga de peones, renace ahora en las boleras automáticas.

de cascos y de motores fuera de borda se decuplicó en el último bienio. Al mismo tiempo, surgen
por doquier las quejas de los patrones fluviales —en
su mayoría pilotos de lanchas areneras y de cargueros de frutas—, quienes han visto invadidos los riachos del Tigre por los excursionistas del día domingo,
los que no se entregan a diversiones tan inocentes
como las de pescar o surcar las aguas: ensayan —apoyados en la inmunidad de sus cascos de plástico—
excéntricas "batallas navales", cuando no recorren
los arroyos a toda velocidad acarreando a un esquiador acuático. Numerosas desgracias personales fueron
registradas por los agentes de la Prefectura como
consecuencia del choque de esquiadores y buques.

Esplendor sobre la nieve

Se discutirá el carácter lúdicro de tales entretenimientos: una lancha o una tabla de surf no son estrictamente juguetes (como los aeromodelos, un goce de chicos que monopolizan los grandes); para Emilio Varas, 27, soltero, psicoanalista, lo son: "Fíjese — opinó ante Periscopio— que tanto el tobogán, como el surf o el esquí acuático fincan su atracción en el deslizamiento, una actitud naturalmente infantil. Sucede que el 70 por ciento de los adultos no tiene elaborado el «trauma del nacimiento», uno de los problemas básicos de la psicología moderna. Al repetir la sensación capital que registra el parto — sentenció Varas—, los mayores no hacen sino ensayar la elaboración total de su problema originario".

Es una teoría que nadie está obligado a compartir, desde luego; pero todos los años, centenares de turistas ansían repetir en las canchas de nieve la sensación de la caída, del vacío, tan común en las fantasías oníricas; pocos deciden tomar las dos semanas de lecciones necesarias para aprender a esquiar: para éstos se inventó el sky-boat, una bicicleta montada sobre patines. Otros neófitos utilizan la batea, un trineo de plástico que surca la nieve sin peligro, ya que su concavidad amortigua los golpes.

Alquilar una batea o un sky-boat cuesta unos pocos pesos —350 y 1.500, en uno y otro caso—; una modesta barcaza de plástico insume cerca de 250.000 pesos, si se tiene en cuenta el imprescindible motor auxiliar. El equipo más rudimentario de caza submarina (la diversión que florece en Golfo Nuevo, en Chubut) asciende a unos 20.000 pesos.

tra

das

Todas ellas suponen huir de las ciudades y son parte del gasto de un veraneo; menos esporádico parecía el karting, un chirimbolo que remeda al automóvil y cuyo precio no sobrepasa los 150.000 pesos: hasta un par de años atrás muchos barrios porteños contaban, a manera de blasón, con su scudería propia, que solía ejercitarse en las calles poco transitadas o en algún baldío apropiado. En estos tiempos, el juego ha sido blanco de las iras policiales: sólo perviven los equipos de competición, al menos en la Capital Federal.

Es lo que ocurrió con los "rompehuesos", una especie de patines adosados a plataformas sobre las cuales un grupo de intrépidos convirtió, hace tres años, a la "loma de Agüero", de la Plaza Francia, en un circo de acróbatas gratuito: el arte consistía en deslizarse desde la cima, en perfecto equilibrio. Pero los frutos no siempre fueron amables: según versiones, el Hospital Fernández enyesaba todas las noches cuatro o cinco descalabrados.

Los deseos de Aladino

Como sea, el trampolín de la Plaza Francia era una solución desesperada para las necesidades del juego entre los adultos; de hecho, en la Argentina no existen suficientes instalaciones de esparcimiento: por eso, porque la diversión es un buen negocio, tres empresas locales ya se proponen introducir los adelantos más cotizados en ese campo. Dos de ellas se afincarían en la Capital Federal y la restante en Córdoba; estos son los artilugios más novedosos, que ya campean en Europa y en usa:

• El astronauta — Se trata de una cápsula idéntica a la utilizada en los proyectos Apolo, que circula a



El triunvirato en funciones: Almirante Augusto Rademaker, General Aurelio de Lyra Tavares y Mariscal del aire Márcio de Souza e Melo.



rrón

una

desc

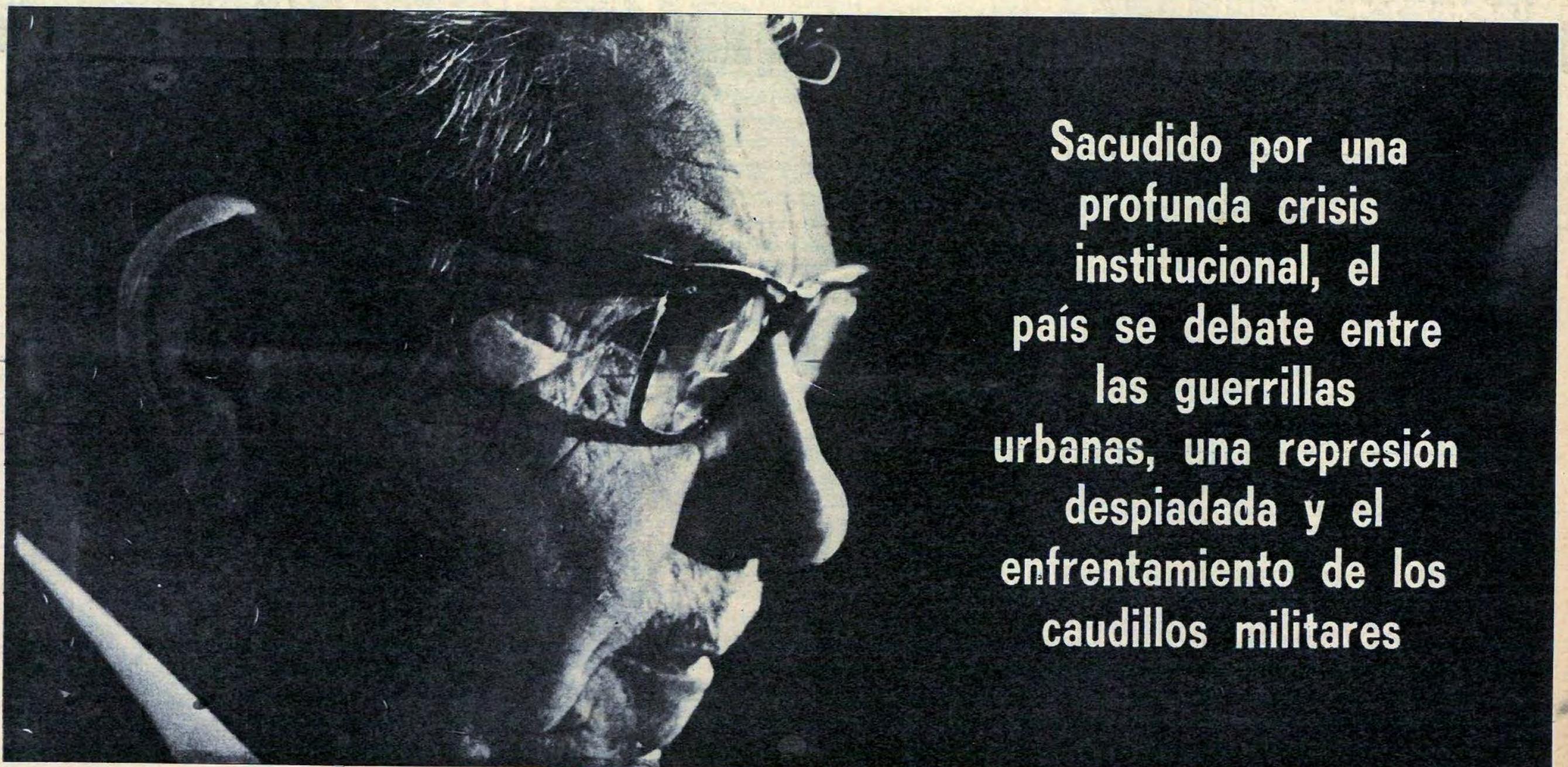
don

con

cat

El enviado especial de Periscopio frente al Palacio Laranjeiras.

por Juan Carlos Algañaraz



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Atardecía, y las cortinas de su dormitorio filtraban una luz exhausta; se arrastró penosamente hasta la mesita, sobre la cual fulguraba un ramo de claveles; Doña Iolanda le puso la lapicera entre los dedos crispados. El Mariscal Costa e Silva, "seu Arthur", intentaba firmar el Acta Nº 12, que ponía en vigor la nueva Constitución y permitía la reapertura del Parlamento. No pudo hacerlo: su costado derecho estaba completamente paralizado. Insistía con la mano izquierda, pero sólo trazó un tembloroso borrón. Desesperado, el Presidente arrojó la pluma contra la pared y se estremeció en un sollozo entrecortado.

Así, el sábado 30 de agosto, comenzó la última crisis institucional brasileña. Costa, 66, Presidente desde el 15 de marzo de 1967, había sido fulminado por una trombosis en la región parietal izquierda; fue la dramática culminación de un forcejeo que enconaba desde principios de agosto a las fracciones militares partidarias de una apertura semidemocrática y de la "linha dura", que reclama una dictadura franca.

Contra este sector ganaba el Presidente la partida cuando lo derrumbó el ataque; su eclipse zambulló a las Fuerzas Armadas en el estado deliberativo y la lucha por el poder. Por eso, en la nueva etapa que se abre el 1º de setiembre con la instalación del triunvirato que sustituye a Costa. —lo integran los Ministros de Ejército, Marina y Aeronáutica—, predomina tanto la lucha entre los caudillos militares como la confusión política; una enfermedad crónica de la Revolución que el 31 de marzo de 1964 terminó con la farsa populista de João Goulart.

Cuatro centros de poder han actuado en el drama: el Presidente, apoyado por el Congreso (o lo que queda de él); sus Ministros militares, que trataron de interponerse entre Costa y la "linha dura"; el Alto Mando de las Fuerzas Armadas (9 generales, 5 almirantes, 4 aviadores), el cual intentó designar un sucesor que completase el mandato; y la oficialidad joven del Ejército, que pretendía consagrar a su caudillo, el general Afonso de Albuquerque Lima, un nacionalista tan decidido que ya tiene adeptos hasta entre sus enemigos naturales, las izquierdas.

Sumariamente, lo que ha ocurrido es esto: los Ministros militares, constituidos en triunvirato, sintieron muy pronto la necesidad de designar, entre ellos, a uno que asumiera la responsabilidad total; no lo consiguieron. Entonces entró en juego el Alto Mando: Marina y Aeronáutica cedieron el paso a Ejército, pero tampoco hubo acuerdo entre los nueve generales de cuatro estrellas; permitir el triunfo de Albuquerque—que sólo ostenta tres— importaba un revés para la jerarquía, estimular el estado deliberativo que devasta a las Fuerzas Armadas. Los militares que tomaron el poder hace cinco años para atajar la subversión popular, han trasladado la subversión a sus propias filas.

El manifiesto, el desdén de los militares por la vieja clase política —compartido por el pueblo— los llevó a buscar la santificación del régimen a través de las instituciones reguladas por la Constitución. Se inició entonces una enérgica limpieza de opositores en el Congreso y los partidos; los disidentes fueron abrumados con la anulación de sus derechos políticos por diez años.

Pero, como el juego de la "democracia fuerte" reclama dos grandes partidos, fabricaron el ARENA y el Movimiento Democrático Brasileño, que se reparten los papeles de Gobierno y Oposición de Su Majestad. Mientras el Gobierno mantenía la rienda corta, el economista Roberto Campos se lanzó a satisfacer las reformas por las que clamaban empresarios y fazendeiros; en el período de Goulart, la inflación orillaba el 80 por ciento anual.

Del acta 5 a la 12

"Hay que abrir un poco, aunque sea, la llave de la caldera para que no explote"; este ruego constituye todo el programa de acción del MDB enunciado con voz plañidera por su presidente, Senador Oscar Passos.

También Costa quería aliviar, un poco, la presión de la caldera. El Acta Institucional Nº 5, que firmó en noviembre del año pasado, había clausurado su primera intentona; cuando el Parlamento rehusó desaforar a uno de sus miembros, Márcio Moreira Alves, que habría "ofendido" a los militares, el Presidente se vio forzado a desatar una brutal ofensiva contra la complaciente clase política: otras 85 personalidades fueron castigadas. Con el Acta Institucional Nº 12, Costa retomaba la iniciativa; ya era hora: antes de un año, tendría que imponer al Congreso y a los militares el nombre de un candidato único.

Pivote de esta maniobra fue el Vicepresidente Pedro Aleixo —un conservador de Minas Gerais de brillante carrera como jurista— encargado de redactar una nueva Constitución. A mediados de agosto el proyecto ya estaba listo. Su contenido permanece hasta ahora en el misterio, auxiliado por la estricta censura de prensa. Desde luego los derechos individuales quedaban sometidos a restricciones en casos especiales que el Presidente podría invocar; en la práctica se dejaba a su arbitrio decretar el estado de excepción. También incluía el proyecto un articulado acerca del mecanismo erectoral: comicios para Diputados en di-

CRONOLOGIA

31 de enero de 1961: asume la Presidencia Janio Quadros.

25 de agosto: renuncia Janio Quadros y es reemplazado por el Vicepresidente, João Goulart.

31 de marzo de 1964: una revolución militar derriba a Goulart; lo reemplaza el Mariscal Humberto Castelo Branco.

15 de marzo de 1967: asume la Presidencia el Mariscal Arthur da Costa e Silva, elegido por el Congreso.

31 de agosto de 1969: los tres Ministros militares reemplazan a Costa e Silva —quien ha sufrido un ataque cerebral— hasta que su salud le permita reintegrarse a su puesto.

ciembre de 1970 y asamblea parlamentaria para elegir al sucesor de Costa a principios de 1971. Los Gobernadores serán elegidos directamente, pero una cláusula transitoria dispone que la primera designación será realizada por las legislaturas provinciales.

Los "duros" —entre ellos el Ministro de Marina, almirante Augusto Hamman Rademaker Grunewald, 64, y el de Aviación, mariscal Márcio de Sousa e Melo, 63— se oponían terminantemente a la nueva Constitución y la reapertura del Parlamento por la que bregaba Costa. El Presidente se mantuvo firme y el Ejército lo respaldó; eligió el día de la Independencia —7 de setiembre— como la oportunidad ideal para suscribir el Acta Nº 12 que "normalizaba las instituciones". Surgió entonces el imprevisto que desgarró todos los planes.

Los días habían transcurrido agotadores para Costa en Brasilia; su médico, Hélcio Simoes Gómez, no se sorprendió cuando fue convocado de urgencia —el miércoles 27 de agosto— al Palacio de la Alvorada. Una extraña indisposición embotaba los reflejos del Presidente; al día siguiente los síntomas aparentaban una fuerte gripe.

Dormí hace dos noches con un ventilador encima por el calor, lo tranquilizó Costa.

Las horas pasaron sin mayores novedades; pero el médico decidió dormir en la misma habitación que el Jefe del Estado. En la madrugada del viernes 26 sobrevino el ataque; Gómez despertó de pronto y escuchó un sonido gutural. Costa e Silva se arrastraba hacia el interruptor de luz con su rostro inmovilizado; no logró articular palabra, pero sus ojos reclamaban, desesperados, la ayuda del médico. La parálisis crispaba la boca en un rictus y se extendía hacia las extremidades, por todo el lado derecho.

—¿Qué hacemos ahora?, se preguntaban, unos a otros, los asesores cuando fueron informados. La pregunta rebotó durante toda la noche por los pasillos.

—El Presidente tiene que viajar por la mañana, tal como estaba previsto. Las posibilidades de un tratamiento en Río de Janeiro son muy superiores, opinó el doctor Gómez.

—¿Se da cuenta lo que va a pasar cuando los periodistas que esperan en el aeropuerto lo vean llegar en semejante estado?, se espantó un edecán.

Hombre imaginativo, el médico dispuso un camouflage que, efectivamente, confundió a todos los que aguardaban en el Santos Dumont. El rostro del Presidente fue cubierto con una bufanda; fotos y entrevistas debían ser drásticamente soslayadas alegando que una fuerte gripe obligaba a llegar rápido al Palacio Laranjeiras. En el viaje, Costa miraba constantemente por la ventanilla, entristecido.

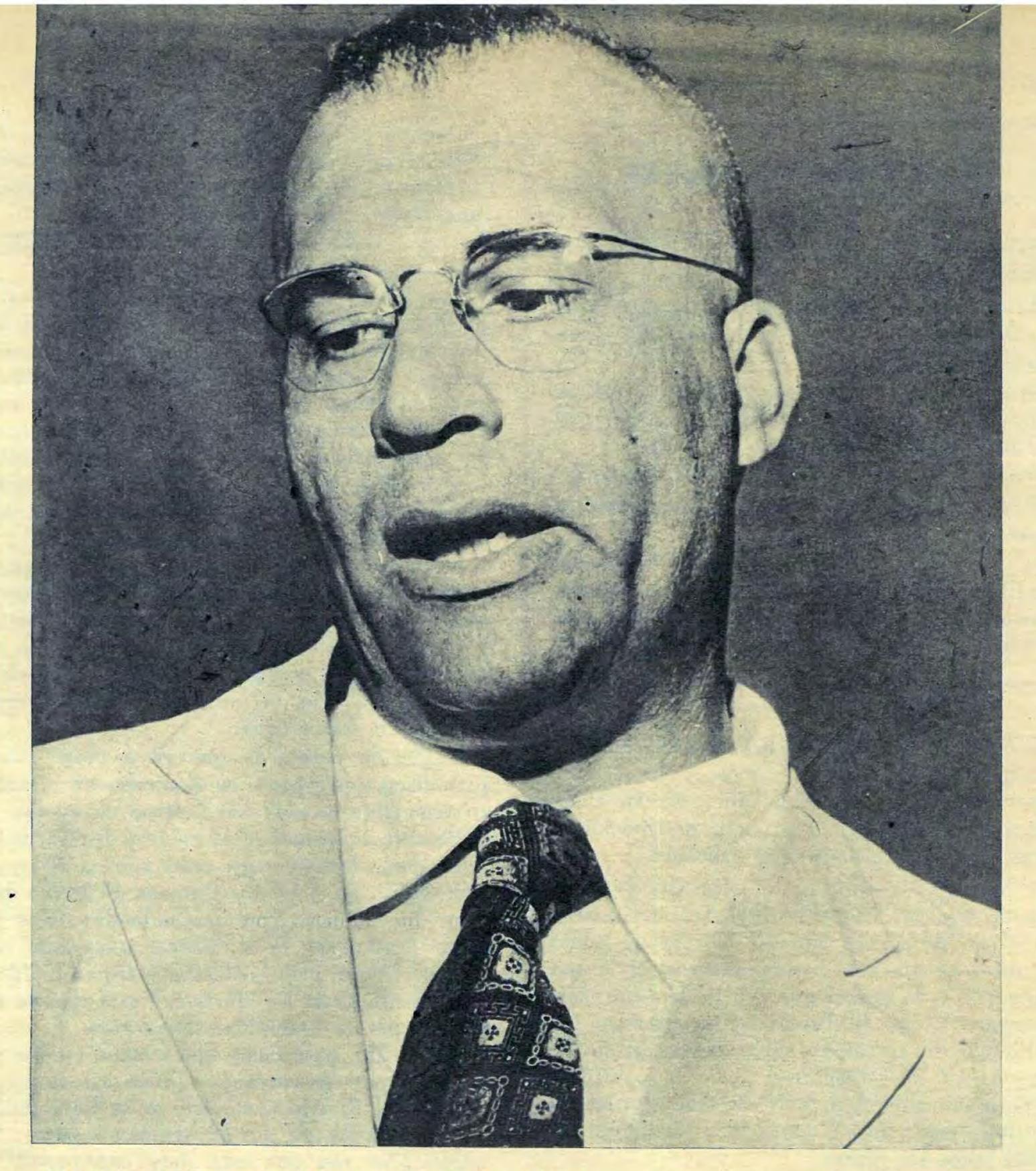
Ya en Río, pasó como una tromba —discretamente sostenido por sus edecanes— junto a los sorprendidos periodistas. El vehemente jefe de la Casa Militar, general Jaime Portela, los ahuyentaba a gritos: "¡Apártense! ¿No ven que está muy engripado?" En la puerta del bellísimo palacio —rodeado por un parque tropical y los morros de tierra rojiza— esperaba Doña Iolanda, su esposa, a quien sólo se había pro-



Unidades de choque contra la subversión en las ciudades: Vendrá la muerte y tendrá tus ojos,



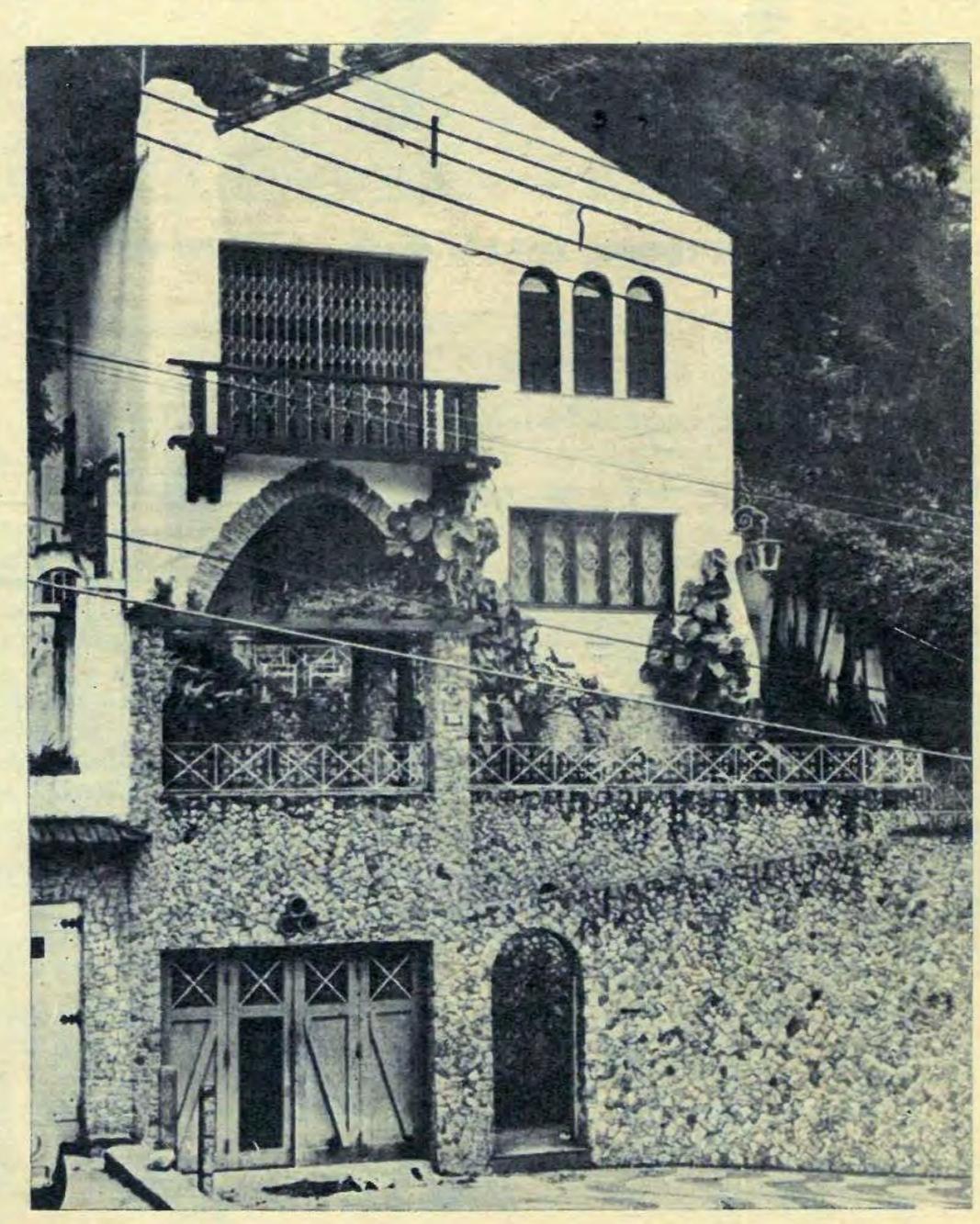
Paracainistas irritados, dos dias después de la emisión clandestina: El ariete de la linha dura.



Lider insurrecto Carlos Marighela: Las nuevas reglas del juego.



Elbrick llega a la embajada: Un canje peligroso.



La casa de los secuestradores: El profesor Matoso tiene buena vista.

porcionado la versión oficial sobre la enfermedad.

—Qué tal, meu velho. ¿Ya anduvo haciendo tra-

vesuras?, bromeó.

El Presidente se detuvo, patético, sin responder; Doña Iolanda apartó la bufanda y comprendió. Desde

entonces no se aparta de su lado.

Ministros y altos comandantes recibieron la noticia como un baldazo de agua fría; los más lúcidos hicieron notar que era indispensable convocar a los mejores especialistas para tener un diagnóstico exacto. La exigencia no sólo apuntaba a la salud del paciente; también sirvió para aventar las suspicacias que ya brotaban en los mentideros políticos. El eficaz doctor Hélcio Gómez se había adelantado; llamó en consulta a sus colegas Abraham Akerman, neurólogo, Paulo Niemeyer, neurocirujano, y Mario Pinto de Miranda, clínico. Nadie dudaría jamás de la palabra de los tres profesionales, científicos eminentes.

El intento por firmar el Acta Nº 12 fue un gesto desesperado de Costa, quien ya sospechaba que sus adversarios no dejarían pasar la ocasión de hacer naufragar el proyecto constitucional. El esfuerzo agravó considerablemente su estado en la noche del sábado. Por entonces, ya circulaban boatos (versiones) por todo Río: el Presidente había muerto de un derrame, lo habían asesinado de un balazo en el cuello, mar-

chaba al exilio y ainda mais.

Era indispensable tomar una decisión rápida; por iniciativa de Rademaker los tres Ministros militares se reúnen en la planta baja de Laranjeiras. En los dos dormitorios del primer piso se ha dispuesto una clínica en miniatura para atender al Presidente. Provistos del diagnóstico terminante de la junta médica, los Ministros deciden convocar al alto comando de las Fuerzas Armadas en el Ministerio de Ejército para cubrir el peligroso vacío de poder.

En las primeras horas de la noche comienza la asamblea; Rademaker lleva la voz cantante, propone que los tres sustituyan al Presidente hasta que se recupere de su dolencia. Las Fuerzas Armadas no deben ceder su tutela sobre la Revolución; eso implica soslayar al Vicepresidente Pedro Aleixo. No hubo al respecto muchas discusiones; Aleixo es un viejo político y eso basta para descalificarlo de la Primera Magistratura. Triunfa la linha dura; Constitución, Parlamento y plan de elecciones debían esperar mejores tiempos.

Aleixo consultó, en Brasilia, al titular de la Suprema Corte de Justicia:

-¿Es conveniente que jure ante usted como Presidente?

-No señor. He recibido instrucciones al respecto. Sería mejor que vuele a Río y hable con los militares.

Protegido por una muralla de guardianes, que además controlaban todos sus movimientos, Aleixo se apresuró a llegar hasta Laranjeiras. La entrevista con el triunvirato fue dramática. Otra vez Rademaker se convirtió en portavoz:

—Le comunico que vamos a reemplazar al Presidente mientras esté enfermo.

Y mis funciones como Vicepresidente?
 Ya no corresponden a la realidad militar.

-¿Van ustedes a suscribir el acta y promulgar la Constitución?

—Por ahora, no. Eso lo hará el señor Presidente.

—El mariscal Costa e Silva —masculló Aleixo—
me dijo que la nueva Carta Magna y la reapertura
del Parlamento no eran una iniciativa personal sino
de las Fuerzas Armadas. Están ustedes oponiéndose a
los designios del Presidente de la Nación y comandante en jefe.

—Señor, no tenemos nada más que informarle.

Vuelva a Brasilia.

La última frase, seca y cortante, fue del Ministro de Aeronáutica; Lyra Tavares no abrió la boca más que para saludar; Rademaker ya se había apoderado de la cabecera en la mesa donde se reunía la Junta.

La angustia de los triunviros

Estas actitudes corresponden exactamente a los rasgos personales de los tres Ministros.

Alto y de nítida apariencia germánica, Rademaker no desmiente jamás su fama de hombre cordial y de irreprochable buen humor. Esta es quizá su mejor arma para enfrentarse con los generales. Claro que también atesora un título que le brinda preeminencia sobre sus pares de la Aeronáutica y el Ejército: junto a Costa e Silva y el brigadier Correia de Melo, integró la Junta que en 1964 derribó a Goulart.

Las invocaciones del almirante a la libertad arrastran siempre una reticencia: "com ordem"; la frase sintetiza —según los bromistas envenenados— el fondo de sus aspiraciones políticas: "a libertade da Marinha e o ordem dos cemiterios". Su pasado alimenta ciertas dudas sobre la amplitud de sus protestas democráticas; antes de la guerra simpatizaba con el Movimiento Integralista que patrocinó una versión tropical del fascismo. El almirante Silvio Heck —principal ejecutor de la crisis que en agosto de 1961 terminó con el Gobierno de Janio Quadros— se encar-

garía filtrad da. R Heck, No ral L

ral Ly
—es a
disimula inte
Super
nida j
a los
vientr
señal
moros
perma
Fre
el ma
asoml

Costa

intele

composition of the composition of the current of th

blice

Césa

bles

ciert

sus

para

Pres

acus

liare

proj de d atra hija al s Bra pap cien que am

tai ña

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

garía luego de reactualizar los doctrinas autoritarias filtradas convenientemente por un liberalismo de fachada. Rademaker es un buen discípulo de las ideas de Heck, aunque su liderazgo es drásticamente superior.

No es difícil al almirante imponerse sobre el general Lyra Tavares: su fama de intelectual y erudito—es abogado, ingeniero, habla 9 idiomas— no logra disimular una ingénita falta de carácter. Es, se afirma, la inteligencia más brillante producida por la Escuela Superior de Guerra, apodada la "Sorbonne" y definida por los chuscos como un intento de "militarizar a los civiles y civilizar a los militares". Bajo y de vientre prominente, su ceño siempre fruncido es más señal de indecisión que de energía; ese déficit, y una morosa pasión por el statu quo, hacen del general un permanente moderado.

Frente a él se encuentra su contrafigura perfecta: el mariscal del aire, Márcio de Souza e Melo, de asombroso parecido físico —salvo los lentes— con Costa e Silva. Glandularmente militar, su curiosidad intelectual se agota en los temas profesionales; por compensación, el mariscal es todo un carácter y el más intransigente de los acólitos a la linha dura.

Desde su integración la Junta estuvo cuestionada; el martes 2 por la tarde los caudillos militares y jefes de cuerpo de Ejército se reunieron en el Ministerio de Guerra. No hubo mayores discrepancias en cuanto a la nueva Constitución; Rademaker y Souza e Melo se salieron con la suya: hay que esperar la decisión del propio Presidente". El líder de la oficialidad nacionalista, general Alfonso de Albuquerque Lima, 59 años, se unió al jefe del Primer Cuerpo, general Sizeno Sarmiento, reclamando un plazo para la permanencia de la Junta en el poder. Rademaker consiguió capear el temporal gracias a los buenos oficios del jefe de la Casa Militar, Jaime Portela.

Al día siguiente, Albuquerque consiguió hacer público su planteo a través de otro general, Augusto César Muñiz de Aragão, quien lanzó una de sus temibles cartas: exigía a la Junta que diera un plazo cierto a sus mandatos y una definición taxativa de sus atribuciones. El género epistolar es un arma eficaz para el general; en junio pasado, Muñiz fulminó al Presidente en una misiva dirigida a Lyra Tavares. Lo acusaba de favorecer el enriquecimiento de sus familiares; sucede que una ley especial, firmada por el propio jefe del Estado, brindó una jugosa cantidad de cruceiros al general Severo Barbosa, por pensiones atrasadas. El militar quedó agradecido; también su hija, doña Iolanda Barbosa de Costa e Silva.

"Muñiz de Aragão cree que los cruceiros asignados al suegro del Presidente son el problema crucial del Brasil; está equivocado, pero no quiere abandonar el papel de fiscal heroico", rezongó un funcionario. Lo cierto es que ese rol le granjeó no pocas simpatías que el celoso general explota ahora en favor de su amigo Albuquerque.

La posición del triunvirato había conseguido estabilizarse en un punto de expectativa cuando le tocó atravesar por un trance que hubiera hecho temblar al propio Costa e Silva: el secuestro del Embajador norteamericano, Charles Burke Elbrick. El barrio de Botafogo estaba radiante el jueves 4, a las 9 de la mañana; doña Elba Souto Maior, esposa de un militar, decidió emprender un paseo hasta la playa de Ipanema. Se asomó a la ventana, en la Rúa Marques; enfrente, algunos jóvenes se paseaban nerviosos junto a un automóvil. "Son asaltantes de bancos", se aterró, sin recordar que no había instituciones de ese tipo en diez cuadras a la redonda.

Al llamar a la policía recibió la respuesta socarrona de un sargento curado en salud por las falsas alarmas que provocan los continuos robos bancarios. "Está todo bien, señora; quédese tranquila." Pasado el mediodía, el Cadillac del Embajador norteamericano pasó por la Rúa Marques; los jóvenes detuvieron el vehículo, cargaron al diplomático en su coche, y sin ocultar sus armas, se alejaron rápidamente. Esta vez la policía le creyó a doña Elba.

El Canciller Magalhães Pinto perdió el color cuando, media hora después, recibió un mensaje telefónico del general Carlos Alberto Fontaura, director del Servicio Nacional de Inteligencia. "¿Qué es lo que quieren?", preguntó con voz trémula.

—"Han dejado un manifiesto firmado por la Acción Libertadora Nacional y el Movimiento Revolucionario 8 de Octubre. Quieren que autoricemos la difusión del documento y la libertad de quince presos políticos o ejecutarán a Elbrick."

-"Voy enseguida a informar a la Junta", tartamudeó el Canciller.

Ya estaban enterados del rapto los triunviros: "Tenemos que cumplir con las condiciones o arrastraremos nuestro prestigio internacional", exhortó. Lyra Tavares estuvo inmediatamente de acuerdo; Rademaker apuntó pálido de rabia: "Esto es más humillante que una derrota en la guerra". Márcio de Souza e Melo prefirió bramar contra los subversivos pero también tuvo que avenirse a la cordura del Ministro de Relaciones Exteriores. "Esta es la mano de Marighela y Lamarca", confió Lyra Tavares.

Ya quedan pocas dudas de que se trata de otro golpe maestro del ex Diputado Carlos Marighela, 59, convertido en el más prestigioso líder de los subversivos. Es que la guerra revolucionaria, esgrimida por la Revolución para justificar sus excesos, se ha instalado en Brasil, gracias, precisamente, a ese rigor.

Los duros de la izquierda

Las premisas económicas de la política estabilizadora exhibieron buenos resultados en cuanto a la
inflación —que descendió al 25 por ciento— y las
reservas líquidas que suman, a fines de agosto, 417
millones de dólares, un nivel que jamás alcanzaron
antes. La filosofía de los altos mandos exige garantizar un alto índice de crecimiento para responder al
tremendo desafío estructural y demográfico: en el
año 2000 los 93 millones de habitantes actuales serán
200. Todos los años —la tasa de natalidad es del
3,5 por ciento, una de las más altas del mundo—
llegan al mercado de trabajo 1,5 millones de personas;
la mayoría ociosa arrastra una existencia miserable.

Esta es una situación explosiva y los militares lo saben; su respuesta es aumentar sin pausa los efectivos —ahora 450 mil hombres—. Un reguero de material, aviones y barcos no cesa de modernizar la fisonomía de las Fuerzas Armadas. Por supuesto,

los costos también se han multiplicado; entre 1964 y la actualidad, el presupuesto militar se incrementó 9 veces: de 337 millones de cruceiros a 2.944 millones. La filosofía que preside este cambio no invoca peligros exteriores contra los 16 mil kilómetros de frontera; ahora el enemigo está adentro. Para combatirlo se sacrifican cuantiosos recursos en centros de adiestramiento antiguerrillero y las unidades de represión urbana con que se ha dotado a los regimientos.

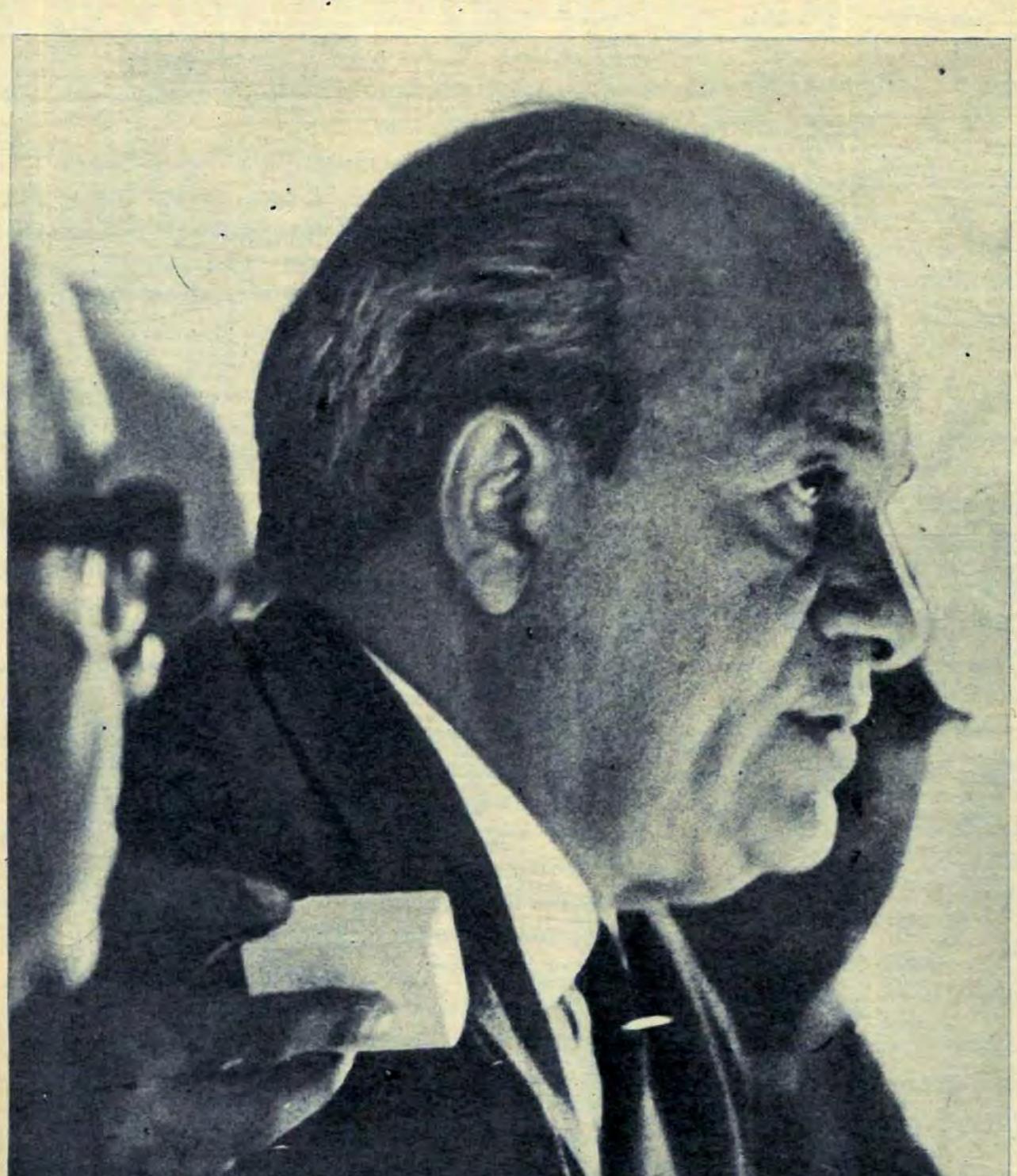
Un fenómeno paralelo es el florecimiento de los servicios de inteligencia, fuerzas policiales y la División de Seguridad e Informaciones, que reparte sus dos mil agentes —instruidos a lo James Bond— en ministerios y reparticiones públicas, con la misión de acechar a los empleados día y noche.

Como era de esperar, tamaño aparato represivo —utilizado con asfixiante arbitrariedad— generó una oposición a su imagen y semejanza: dura, despiadada, ella no se atiene a las reglas de juego que limitaban a los viejos políticos. El movimiento estudiantil y los sectores católicos más radicalizados han sido los semilleros de los nuevos revolucionarios.

De la Juventud Universitaria Católica salieron los cuadros de la Acción Popular; amparados por los frailes dominicos ellos han participado en todas las acciones que enfrentaron al Gobierno con la Iglesia. El Partido Comunista languidecía, mientras tanto, luego de la escisión encabezada en 1967 por el ex Diputado Carlos Marighela, quien formó el Partido Comunista, Revolucionario Brasileño.

Marighela se lanzó a una decisiva acción armada -se lo acusa de haber organizado buena parte de los 73 asaltos a bancos registrados este año— y ha ido agrupando al resto de los grupos en torno suyo. Se trata de Vanguardia Popular Revolucionaria; coll-NA, de influencia en todo el Nordeste; CORRIENTE, que agrupa a militantes de Rio Grande do Sul; el Partido Obrero Comunista, en donde coexisten aliados los trotkistas y disidentes de la AP y una serie de grupos independientes en Río y Sao Paulo. El comunismo ortodoxo —que abjuraba de la lucha armada— parece haberse unido ahora a los partidarios de la violencia; dos inquietantes garotas de minifalda cubrieron, frente a Periscopio, la plaza Floriano de volantes llamando a una insurrección. Estaban firmados por el PC.

Un mes atrás, un grupo armado ocupó la emisora nacional de Sao Paulo; emitió una proclama revolucionaria y anunció una importante acción "para dentro de quince días". Algunos testigos —así por lo menos lo afirma la policia— creyeron reconocer entre los insurrectos a Marighela y otro personaje a quien se atribuyen las audacias más espectaculares: el ex capitán Carlos Lamarca. Considerado por muchos especialistas como el mejor tirador de que disponía el Ejército, Lamarca desertó de su unidad en enero pasado; dos camaradas lo acompañaron. Con ellos se llevaron un camión repleto de armas y municiones. Ciertas o no, sobre Marighela y Lamarca circulan leyendas que enriquecen su halo de revolucionarios inatrapables. Antes del secuestro, Lamarca se jactó ante una agencia noticiosa extranjera de haberse apoderado, con su grupo, de dos millones de dólares que escondía la secretaria del extinto Gobernador Adhemar da Barros.



Presidenciable Albuquerque Lima: Tengo los puños llenos de verdades...



Hombre fuerte Sizeno Sarmiento: . . . y yo los tanques.



Ahí vienen los tanques: Para elegir Presidente uno de ellos vale más que cien Diputados.

"Ella jamás nos denunció porque era dinero proveniente de operaciones ilegales".

Ante estos hombres tenían que doblegarse los militares. Para peor, la lista de presos políticos que debían ser liberados estaba encabezada por dos símbolos: Gregorio Bezerra, un comunista de 70 años a quien en 1964 los militares pasearon semidesnudo y con una soga al cuello por las calles de Recife, y Wladimir Palmeira, 25, un líder estudiantil de arrasadora popularidad: logró reunir casi 100 mil personas en una manifestación. El resto de los nombres incluía acusados de participar en los robos a bancos, dirigentes revolucionarios y hasta ex militares.

No todos estuvieron dispuestos a apurar el trago amargo de aceptar el canje; el viernes 5 por la tarde estaba listo el avión que debía conducirlos a México. Sin embargo, la Marina se oponía terminantemente a entregar los prisioneros puestos bajo su custodia. El encono se dirigía, especialmente, contra Ivens Marchetti, un arquitecto, cerebro de varios asaltos.

También los paracaidistas se unieron a los disidentes; un grupo de oficiales interfirió en la trasmisión de Radio Nacional: "Los paracaidistas del Brasil—proclamaban— quieren señalar públicamente que no apoyan las decisiones del Gobierno, inclinado ante los secuestradores del embajador norteamericano". Los tira y afloja demoraron la partida del aparato hasta el sábado a las 17; también dieron lugar al arresto de una veintena de disconformes.

Cuando el martes 8 el embajador apareció en un taxi ante la puerta de su residencia, el Servicio de Informaciones Navales —especializado en guerrillas urbanas— se lanzó hacia una casona de la Rúa Barao de Petrópolis. Hacía tres días que un vecino —el jefe de Relaciones Públicas del Ministerio de Comunicaciones, profesor Eugenio Matoso— había transmitido sus sospechas de que allí se alojaban los raptores con el diplomático. No se equivocó; desde los morros vecinos y terrenos baldíos linderos, los secuestradores fueron filmados con prolijidad. La certeza de que un allanamiento provocaría la inmediata ejecución de Elbrick mantuvo a los guardias a la expectativa.

El papel que la Junta se vio obligada a jugar fue un golpe decisivo a su prestigio; implantar la pena de muerte y poner en marcha una gigantesca ola de arrestos — los calculos más moderados hablan de dos mil personas actenidas en tres días— no lograron consolidar su posición. La clave de la crisis continuaba siendo la salud de Costa e Silva; completamente lúcido, la parálisis de su lado derecho no lo ha abandonado. Mimado por doña Iolanda, el mariscal — un empedernido gourmant— debe conformarse con menués de purés, vegetales hervidos y carnes magras que se suceden con aplastante monotonía.

Hombre de temple, sus únicas impaciencias brotan cuando no entienden sus gestos; pasa sus horas aferrado a una pequeña radio en miniatura que adquirió en Hong Kong, escuchando los informativos.

Los altos mandos exigían una definición sobre su estado de salud; desde Francia fue convocado el especialista François L'Hermite. Confirmó el diagnóstico de sus colegas brasileños: la parálisis y dificultad en el habla persisten. En estas condiciones es imposible gobernar y era necesario buscar un sucesor. La tarea ardua y erizada de peligros empezó el lunes 15 cuando comenzaron a multiplicarse vertiginosamente las reuniones de mandos.

Tres reuniones de los comandos de Marina, Aeronáutica y Ejército, el lunes 15, hicieron evidente que cada general, brigadier o almirante pasaba a con-

vertirse en un partido político, cuya opinión —y voto— debería ser consultada.

Cada cual y su alma

El alto mando del Ejército está integrado por nueve generales de cuatro estrellas; todos ellos son posibles sucesores de Costa e Silva. Tanto o más que Lyra Tavares, los jefes de los cuatro cuerpos de Ejército tienen peso fundamental en las resoluciones. Los personajes:

• Sizeno Sarmiento, 62 años, comanda el Primero -50.000 hombres-, con sede en Río. Fanático hincha de fútbol, controla los mejores regimientos y la estratégica Vila Militar, versión brasileña de nuestro Campo de Mayo, a 30 kilómetros del centro carioca. Es el ámbito tradicional de las grandes decisiones militares. Su aspecto poco garboso -un vientre prominente le confiere el aire de un pequeño burgués satisfecho y bonachón— hace olvidar al impetuoso veterano de la Segunda Guerra, cuando participó en la batalla de Montecassino. Viejo amigo de Carlos Lacerda, se alejó del ex Gobernador de Guanabara cuando el mentor civil de la Revolución en 1964 iniciaba sus andanadas críticas contra el Gobierno. (Lacerda no desmaya: ahora oficia de eminencia gris detrás de Albuquerque.) El general Sarmiento promete fulminar a todos los subversivos de una buena vez; en la práctica, sin embargo, es un moderado; se lo clasifica como "castelista".

Emilio Garrastazú Médici, 64 años, tiene a su mando el Tercer Ejército: sus 46 mil hombres le proporcionan un sustento formidable. Tradicionalmente, esa fuerza —que defiende la frontera— disfruta de una recia popularidad. Intimo amigo de Costa, su designación como jefe del Servicio Nacional de Inteligencia le permitió anudar excelentes contactos; es un seguidor fiel de su línea política.
 João Arruda, 61 años, dispone del Segundo Cuer-

po, centrado en São Paulo: su opacidad lo descarta de la carrera a la Presidencia, pero controla los cien mil hombres de la Forza Pública del Estado.

Otro tanto sucede con el comandante del Cuarto Ejército —con jurisdicción sobre el Nordeste—, ge-



Orlando Geisel: Una especie de procurador.

neral Candal da Fonseca: ex Presidente de Petrobrás
—la YPF brasileña—, su gestión le confirió cierta
apostura nacionalista.

• Antonio Carlos Da Silva Muricy, 63, es Jefe del Estado Mayor. Antiguo jefe del Cuarto cuerpo, la explosiva miseria de la zona lo convirtió en un especialista en guerra antisubversiva. Sus adversarios lo describen como un oportunista al que sólo le interesa el poder; lo cierto es que ha logrado mantener excelentes relaciones con todos los sectores militares e influyentes personajes civiles. Esta inclinación hacia las relaciones públicas, y una extraña habilidad para no comprometerse jamás en situaciones que lo deterioren, le dieron fama de cauto y equilibrado.

Orlando Geisel, 64 años, Jefe del Estado Mayor Conjunto de las tres fuerzas, es el oficial más antiguo del Ejército. Demostró su vocación política al afiliarse, hace unas semanas, el partido oficialista ARENA, acto insólito para un militar en actividad. Es, con Muricy, el candidato ideal para sustituir a Costa, ya que sus títulos lo convierten en una especie de procurador del poder militar. Buen administrador, siempre ha mantenido buenas migas con usa y los empresarios, quienes apoyarían una gestión suya en la Presidencia.

Los tres generales restantes —Bizarría Mamede, Souto Galán y Arnaldo Calderari— mantienen una misma opinión: el Presidente sigue siendo Costa.

La sala de conferencia del noveno piso del Ministerio de Ejército los albergó en la mañana; primer acuerdo: de existir necesidad de elegir un sucesor, tendría que ser un general de cuatro estrellas. El diktat deja fuera de competencia a Albuquerque Lima, quien, sin embargo, aún confía en suceder a Costa en 1971. El ex Ministro del Interior, renunciante en enero de este año, dirige ahora el aprovisionamiento de material bélico. Para él, la Revolución tiene que fijarse un plan mínimo de 10 a 15 años para cumplir sus principales objetivos. Esto suena demasiado "extremista" al generalato; "a veces—susurró un coronel— hace los mismos planteos que Marighela".

¿Pero es necesario realmente nombrar al sucesor? El interrogante dilató la asamblea; ya habían finalizado sus cónclaves la Marina y Aeronáutica, cuando los generales seguían discutiendo. Ninguno osó plantear la exigencia del reemplazo definitivo; algo similar ocurrió con los brigadieres y almirantes.

En la tarde del lunes, Costa e Silva se decidió a desencadenar una ofensiva que aventara toda posibilidad de sustituirlo o, por lo menos, le permitiera designar su propio delfín.

Doña Iolanda lanzó la primera piedra: "Es asombroso. En 20 días se habrá recuperado casi del todo. Nunca he visto una mejoría tan rápida". La segunda partió del Ministro de Transporte, coronel Mario Andreazza; "Cualquier acto tendiente a suceder al Presidente sería una traición. El Jefe del Estado sigue dirigiendo al país", apostrofó. Se trata de una opinión interesada: Andreazza y el Ministro de Trabajo, coronel Jarbas Passarinho, eran los candidatos predilectos de Costa. Passarinho —quien ha pasado a conducir con mano firme el ARENA preparando su nominación— también exhortó a los militares a mantenerse fieles a Costa.

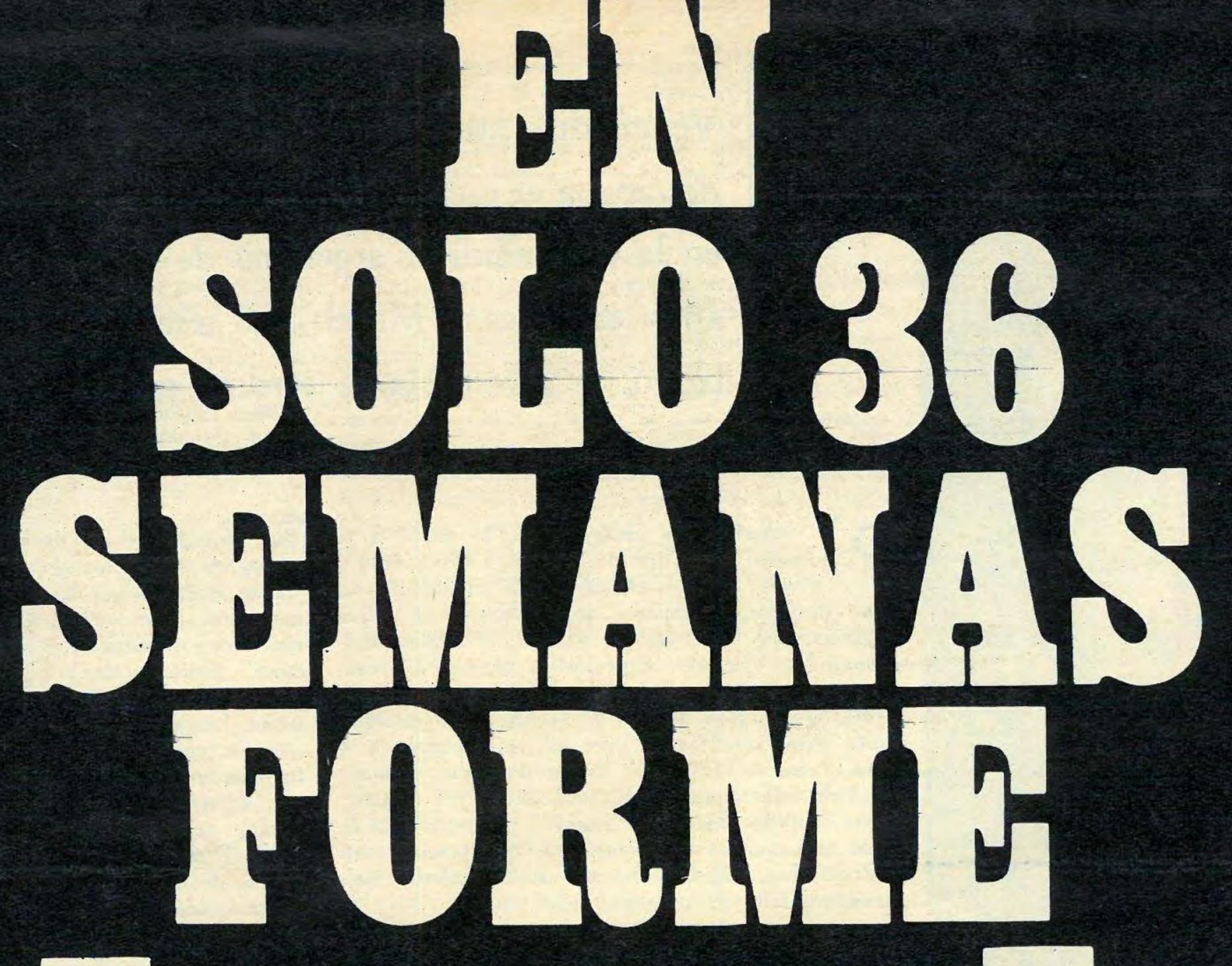
El martes 16, los mandos compulsaron a la oficialidad; Sizeno Sarmiento presidió una tormentosa reunión con sus jefes de regimiento.

Dígase lo que se quiera, hubo un golpe de Estado; sólo que coincidió con la enfermedad del Presidente. Los Ministros militares aprovecharon la ocasión para evitar la promulgación del Acta Nº 12, que restablecía las relaciones de Costa con los parlamentarios, cuyo voto —así sea una formalidad— debe ungir al sucesor. Como ninguno de los tres obtuvo el consentimiento de los otros dos, sobrevino el ataque de la linha dura, al que ellos respondieron con energía: se amenazaba con trasladar el poder de decisión a los oficiales jóvenes.

En realidad, se repite el caso de Castelo Branco y de Costa e Silva: los duros, cuando llegan al Gobierno, se vuelven blandos, a juicio de los que siguen en los cuarteles. Esto acrecienta el furor militar, obstinado en hacer una Revolución definitiva, absoluta, químicamente pura.

El viernes pasado entró en vigor la pena de muerte, un texto legal que no hará perder el sueño a Marighe-la y a sus seguidores. El miedo se enseñorea del pueblo, sin embargo. Aunque la prensa está condenada al silencio, se habla de horripilantes torturas, y la cifra de los detenidos —dos mil, según las estimaciones más sensatas— aumenta diariamente. También crece el volumen de los grupos subversivos.

Una represión despiadada no sustituye el talento que requiere la administración de todo un subcontinente poblado por 93 millones de habitantes, cuyo ingreso por cabeza se contrae más y más, aunque el ingreso nacional haya aumentado, según parece. La vida brasileña oscila entre el hambre y la opulencia, entre la economía de trueque y los gratos destellos del neocapitalismo, entre los siglos XVII y XX. Hasta no superar esa fractura, será el terror,



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO

DE LAS ARTES

Train de la latera de latera de la latera de latera de la latera de latera de la latera de latera de la latera de la latera de la latera de la latera de latera de la latera de la latera de la latera de latera de la latera de latera de latera de latera de latera de la latera de latera de latera de latera de latera della latera

Todo el mundo del arte en un gran diccionario de las artes

Todas las artes:

pintura, teatro, cine, fotografía, literatura, danza, escultura, música, arquitectura...

Todos los artistas y creadores. Todas las obras importantes y eternas. Todas las escuelas. Los monumentos. Las construcciones de más alto valor.

Una importante obra de consulta ordenada alfabéticamente y lujosamente ilustrada.

Dirigida por HERBERT READ

Incluye muchísimos temas tratados en programas de estudio.
Brinda toda la información sobre artes que necesitan
el hombre y la mujer modernos
para su cultura general.

Imprescindible para el estudiante, el escritor, el artista. el crítico, el periodista, el profesor.

4.000 ilustraciones en blanco y negro.

72 planchas a todo color. 11.000 entradas. 1.400 páginas

Y siempre cada fascículo a sólo \$ 150

APARECE LOS MIERCOLES

Venta en todos los quioscos.

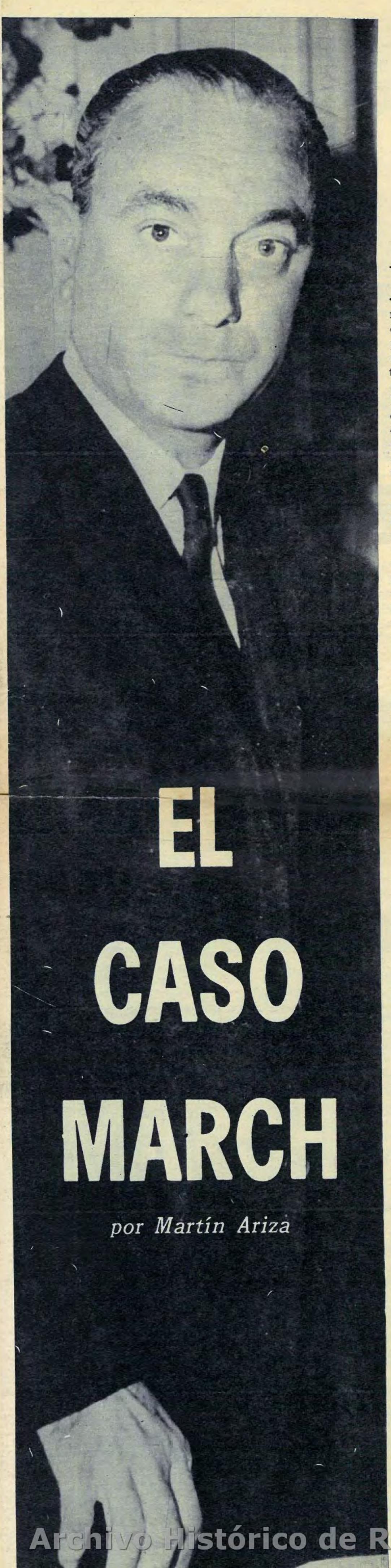
Coleccione y conserve los fasciculos en perfecto estado:

periódicamente podrá canjearlos por magníficos tomos encuadernados.

Así, y por solo \$ 150 semanales, usted formará un

imponente diccionario enciclopédico de tres tomos cuyo valor real supera enormemente lo que ústed pagará por él.

Revistentrog Editors devaméahora Iconnar más libros para más



Veinte días atrás, una denuncia, acaso fortuita, destapaba el escándalo financiero más resonante en la vida sindical argentina de los últimos 20 años: es el "caso March", un tema que, sin embargo, se arrastra a la sordina por los diarios.

Por supuesto, los contornos de la estafa a la Sociedad Argentina de Autores y Compositores (SADAIC) no son claros: existe un sinuoso camino de evasivas capaces de enloquecer al mejor detective; con todo, algo es notorio: el impune desparpajo con que los dirigentes de un par de organizaciones sindicales manejaban los fondos comunitarios. Que las sospechas de incorrección recaigan sobre Armando March—de 42 años, padre de 4 hijos, "ausente sin aviso" de su domicilio a partir del 4 de setiembre— parece una ironía del destino; él, un caudillo tildado de "liberal", proporciona a la clase conservadora los argumentos que precisa para destruir el prestigio de los gremios: peculado, malversación, falta de responsabilidad.

Los hechos rescatables del fárrago de versiones son, más o menos, éstos: el 1º de setiembre, el contador de SADAIC, Israel Eleazar Levín, recuerda que cinco días más tarde vencerá un depósito a plazo fijo, por 50 millones de pesos, que la entidad ubicara el 5 de marzo último en el Banco Sindical piloteado por March. Como Levín sólo tiene un recibo precario del dinero, telefonea al Banco en demanda de la letra de cambio definitiva. Se le informa que allí no figura asentada en los libros tal operación ajustada a un interés anual del 16 por ciento. De inmediato un Síndico de la casa de crédito -cuyo nombre todas las fuentes reservan con celo desmedido— concurre a SADAIC, donde se le exhibe la constancia provisoria de la inversión: un papel con membrete del Banco Sindical, a tenor del cual March admitía recibir los dichosos millones; rubricaba otro Director del trust obrero: Emilio del Bianco, quien, como luego se supo, estaba inhabilitado para contratar ese tipo de ingresos monetarios. Otras irregularidades: a instancias del Director Honorario de SADAYC -Mario Alessandro-, Levin había dado a March, seis meses antes, un cheque al portador, algo inusual en tales circunstancias, cuando es preciso emplear documentos a la orden. Por lo demás, las reglamentaciones del Banco Central obligan a concretar esos préstamos en las ventanillas de los institutos de crédito. Horas más tarde, el Síndico misterioso del BS denunciaba en la Policía el descalabro.

¿Qué había ocurrido? Según parece establecerlo el curso de la pesquisa, March tomó el cheque de SADAYC que le extendía su amigo, el Director Alessandro, y lo depositó en la cuenta que Liway —una financiera títere, propiedad del mismísimo March— tiene en el Banco Sindical. Una vez acreditada la suma, el gremialista retiró 40 millones y se los facilitó a Alessandro, dueño —a la vez que Director de SADAIC de una fábrica de artefactos para el hogar ¿Qué ganaba cada uno de ellos? De tener éxito el golpe, March se beneficiaba con algunos puntos de diferencia, unos tres millones, fruto del movimiento del dinero; en cuanto al industrial, pudo contar en el lapso con plata "caliente". El 4 de setiembre la Policía apresó a Alessandro y entonces se supo que otra exacción más suculenta, de 80 millones, había seguido la misma ruta, de las arcas de SADAIC a las de su Director, previo paso por las manos de March y mediante idéntica estratagema. Entonces, la Policía echó el lazo a Raúl Juan de Paul, el secretario de March, endosante de los cheques enviados a depositar y de los que se entregaban a Alessandro al finalizar cada maniobra de las ya descriptas.

El 12 de setiembre, el Juez Juan Carlos Liporace ordenó la prisión provisional de Alessandro y de Paul, mientras en los medios oficiales se aguardaba con cierta ingenuidad la presentación espontánea de March ante las autoridades. Ese día, SADAIC iniciaba juicio al Banco, por el cobro de 130 millones de pesos; los abogados defensores del BS sostienen que la entidad no es responsable por los dolos que hubiese cometido su Presidente. El 17, la Federación capitalina de los Empleados de Comercio suspendía al sigiloso March, y el 19, la Confederación del ramo tomaba idéntico camino "por falta grave". También el Banco se apresuró a tomar igual resolución; si hasta los Gremios Independientes, que cierta vez lo acunaron en sus brazos, estigmatizaban al cacique: "No se explica cómo -decían en una nota- los auténticos, honrados y sacrificados militantes obreros se encuentran en la cárcel, mientras delincuentes como el mencionado consiguen eludir a la Justicia".

En cambio, los epigonos del inasible March muestran asombro y repugnancia ante las comprobaciones:

"Sabíamos que él era un poco paranoico —dictaminó su seguro sucesor en el comando del gremio-, pero jamás pensamos que la manía de grandeza lo llevara tan lejos". Como si el "non sacho niente" de los sicilianos campeara en el alto mando del gremio mercantil, nadie aporta precisiones sobre las aventuras de March, aunque todos coinciden en creerlo culpable. Los opositores internos, sin embargo, piensan que esta unanimidad es apenas una treta, que el prófugo se encuentra oculto en algún lugar del país, y que seguirá dirigiendo desde allí a sus parciales: "Tratar de salvar la ropa cargándole todo el mochuelo a March resulta infantil; insistimos —declaraban los líderes de la rebelde Lista Azul—: es increible que los mandones de la Federación de Comercio busquen eludir el grado de responsabilidad que les cabe".

Casas más y casas menos

Más increíble resulta que March, con una quiebra en su haber (véase el recuadro), haya llegado a encaramarse en el Directorio de un banco; y sobre todo cuando en los últimos años una serie de interrogantes objetaban el manejo de los fondos del gremio mercantil realizado durante la hegemonía "marchista". Tal fue la áspera controversia librada en torno del plan de viviendas de la institución. La manera de financiarlas quedó establecida, en 1959 —durante el Gobierno Frondizi, mientras reinaba en la cartera de Economía Alvaro Alsogaray—, por la Ley 15.717, a cambio de la cual March ofrecía su neutralidad al régimen; el texto autorizó al Poder Ejecutivo a retirar 1.500 millones de pesos de la Caja de Jubilaciones de Comercio para darlos a la Federación de la Capital del sindicato; 1.000 millones más se dis-

INTIMIDAD DE UNA ESTRELLA

Lo menos idéntico a un líder gremial se llama Alberto Armando March, y es que, en verdad, nunca ha sido obrero. La más conocida afición de este cuarentón, padre de 4 hijos, de semblante ratonil y mirada huidiza, de manos pálidas y uñas esmaltadas, es la cría de perritos cooker café con leche, que le han ganado premios en las muestras del Kennel Club; también presumía de connoisseur: viajaba al extranjero, según solía decir, para comprar cuadros que adornaban su coqueto chalet americano, en Ramos Mejía.

Consiguió florecer, y no por casualidad, en un gremio como el mercantil, amasado con proletarios de cuello duro, heredero de una pequeña burguesía ansiosa de relumbrón; él creyó interpretar esas ínfulas y colmó a los afiliados de planes fantásticos; creó una burocracia de personajones, atiborrados de despachos lujosos y secretarias neumáticas, y los transformó—claro que sólo en apariencia— en accionistas de un banco. Quizá tuvo en cuenta una flaqueza de sus huestes, la que más se avenía a su índole de play boy.

Hasta los 10 años vivió en La Plata, ciudad en la cual nació; luego, sus padres se radicaron en Córdoba, donde trabajó en una tienda como dependiente; en Alta Gracia conoció a los Guevara de la Serna e intimó con el Che, a quien luego abrazaría en La Habana, en los años 60.

Hacia 1951 trató de independizarse; consiguió un préstamo y se instaló con un negocio en San Luis, pero al cabo de un año se presentó a convocatoria de acreedores.

Militante del Socialismo, es electo vocal del Centro de Empleados de Comercio, en Córdoba; allí conoce a voluntarios de los Comandos Civiles que conspiran contra Perón y a la vera del movimiento del 16 de setiembre de 1955 surge en Buenos Aires, como amanuense del interventor en la Confederación General de Empleados de Comercio. Desde 1956 hasta 1964 es reelecto, por bienios, como Secretario de la Federación porteña, la filial más suculenta; el año anterior; comicios de por medio, había alcanzado el pináculo en la Confederación, después de enfrentar a Salvador Marcovecchio, un socialista "gorila".

pensaron en 1962 y otros 2.000 fueron succionados de esa fuente por el Gobierno Illia para satisfacer el compromiso. ¿Cómo se aplicaron los 4.500 millones? Bastante mal, al menos, si se atiende a la denuncia que el legislador Justicialista Carlos Risso efectuó, el 30 de octubre de 1965, en la Cámara de Diputados de la Nación: "Quiero sí aportar la información de que en los últimos cinco años —afirmaba Risso en los proyectos de la Federación de Empleados de Comercio de la Capital Federal, iniciados en 1961, sobre 3.950 viviendas prometidas se han habilitado apenas 257 unidades". El peronista allegó ciertas precisiones: en el solar de Tacuarí y Patagones, a través de 40 meses de labor sólo se había logrado instalar la losa del basamento; la empresa contratista, amén de no depositar garantía alguna como se estila en estos casos, recibió de la Federación jugosos adelantos; cada metro cuadrado de edificio valía -en los planes citados— alrededor de 27.000 pesos, un precio exorbitante si se consideran los costos de las obras emprendidas en el interior del país por otras filiales de la Confederación: ninguna superaba, a la sazón, los 17.000 pesos por metro cuadrado.

La queja de Risso surgió alertada por un hecho singular: el grupo de constructores reclamaba más dinero a la Caja, que ya tenía agotados los fondos del proyecto y pedía ver los edificios en pie; a juicio del congresista, la firma comprometió los 4.500 millones en las especulaciones de un banco y de una compañía minera, que luego quebraron. De allí su falencia. Buena parte de los albergues —decía Risso—, eran fastuosos, elaborados con materiales de importación, como que sus presuntos beneficiarios serían capitostes del Estado o magnates, ya que ningún empleado mercantil era capaz de oblar las cuotas fijadas para la amortización. ¿Fue March la víctima de una estafa en ese lustro? Se hace penoso creerlo, aunque si así fuese, su negligencia lo inhabilitaba para capitanear el gremio; con todo, él o su lista vencieron en los comicios metropolitanos de 1966, 1967 y 1968, aunque el total de los votos emitidos (oficialismo + oposición) jamás sobrepasó el 15 por ciento de los afiliados inscriptos.

El dinero hace la guerra

Nada recordará en su vida Manuel Peteira con tanto brío, como su propia sorpresa, aquella mañana de julio de 1967, cuando comprobó que 57 millones de pesos ingresados al tesoro de la Confederación de Comercio eran sólo un vale, firmado por March. De inmediato, el jerarca mercedino renunció a su cargo,

en la Secretaría Gremial del cuerpo. Días más tarde, el afiliado Alfredo Latessa llevaba el caso a los tribunales mientras March protestaba que todo era una conjura "de la extrema izquierda". Frente a un manejo interno, la Justicia lo sobreseyó, provisoriamente, ad referéndum de una rendición de cuentas, que el sindicalista debía efectuar en el próximo congreso.

En octubre de 1967, muchos activistas mercantiles viajaron a Mar del Plata para escuchar el mea culpa que libraría por fin a March de sospechas: él presentó comprobantes de gastos por 30 millones de pesos distribuidos en sendos rubros cuyo análisis puede insertarse en una antología: en "agasajos a legisladores" invirtió 4 millones de pesos, por "representación" quemó 3 millones; en cumplidos a "funcionarios y periodistas, por 'noticias pagadas'", desperdigó 10 millones, y en los "gastos de gestión del tercer laudo" obtenido ante el Ministerio de Trabajo, en 1966, regó otros cuatro millones de pesos. Ocurrió lo previsible: la mayoría adicta sancionó los cuantiosos viáticos luego de una charla, en la que March —sin duda un buen vendedor— sugirió el destino real de los fondos.

"Aquellos que luchan en el campo ideológico, en ciertas oportunidades se encuentran en situaciones no contempladas por las reglas que rigen la institución, y por ello, a veces deben -explicó March- usar partidas no destinadas al efecto; y tan es así que hasta el Presidente de la Nación tiene destinadas partidas sin cargo a rendir, para utilizarlas en estos casos. Hoy en día ningún individuo o institución consigue nada si no realiza algún tipo de inversión, del estilo de la que aquí se está debatiendo. En algunas ocasiones la Comisión Directiva aprobó, sin que constara en actas, nuestra ayuda a los grupos democráticos." Fue tan convincente que, según las crónicas, hasta el propio Peteira retiró su objeción al gasto de los 57 millones. Sin duda, una inversión política.

Salud, dinero y amor

Para entonces, March había difundido ya su idea cumbre: trocaría el sindicato por un banco, siempre que fuera el propio; lo dedicaría a sembrar el crédito entre las pequeñas empresas nacionales, habilitaría a los horteras para que se convirtiesen en patrones. En que sus socios, los radicales del pueblo, le habían dejado patrimonio suficiente: del producto de los laudos ministeriales de 1964-1965 y de 1966, que establecían aumentos para cada empleado, los comerciantes debían retener 2.000 pesos por cabeza, para integrar el fondo común del Banco Sindical.



El Lobo Vandor (izq.), con March circa 1966: "Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención..."

A ese puesto lo catapulta una huelga de hambre en Florida y Sarmiento, en el acceso a las Grandes Tiendas; fue un coup publicitario: todos se arracimaban para ver a March, tras las vidrieras, alimentándose con limonada.

March había aprendido las ventajas del oportunismo político; opositor consentido por los peronistas en la "trenza" sindical, en 1963 de la mano del Vicepresidente Carlos H. Perette, lleva agua al molino radical: plantea una transacción para allegar justicialistas a Arturo Illia, y como fruto consigue un laudo, pilar del Banco Sindical.

Pero el juego con los peronistas tenía su peligro; él había edulcorado a Juan José Minichillo, líder de esa tendencia, para ubicarlo de ladero en la Confederación. El Lobo Vandor, opuesto a Illia, en complicidad con el ambicioso Juan Minichillo buscó tenderle una celada en las elecciones de 1964, con 500 afiliados falsos; pero March logra sobrevivir y tres años después perdona a Minichi-

PERISCOPIO Nº 1 - 23/IX/69

llo; hasta lo encumbra hasta la Secretaria de Finanzas de la organización. Astucia no le faltaba; tenia la suficiente para olfatear que su futuro en las escaramuzas de la CGT, frente a Perón y como factor de presión, dependia de una alianza con el peronismo. Por eso, el 7 de junio de 1966, adhirió a una huelga general, precursora del golpe militar.

Su escollo era Vandor; mucho más hábil, más político, El Lobo despreciaba a March, que empero conservó de su trajin socialista alguna austeridad: no jugaba, no fumaba, no bebía; su trato era reposado y gentil.

Un crimen borra a Vandor de la escena sindical; un escándalo termina con March. Es posible que haya otros paralelismos, pero una cosa es cierta: circunstancias diferentes eliminan a dos hombres que hilaron la trama del proceso político en los últimos años, aunque en la mayoría de los casos apenas fueron simples peones. O

Fanor F. Diaz



Industrial Mario Alessandro: "Marchemos con March".

La bolsa redondeó 929.441.761 pesos, una suma atractiva, sin vacilaciones: el 30 por ciento del total se transformó en acciones del Bs que la Confederación retuvo, mientras el otro 70 por ciento se acreditaba a las 350 filiales del país, en el mismo concepto.

Pero March hizo más: en 1967 obtuvo del Banco Municipal de Buenos Aires dos préstamos, por 350 y 400 millones respectivamente; en garantía de la primera transacción, el BMCBA tomó como prenda el edificio de Florida y Sarmiento, una antigua propiedad de los mercantiles donde funcionaron las Grandes Tiendas. El contrato, sin embargo, establecía una reserva: si cumplido el plazo los empleados no devolvían el dinero, el Banco Municipal se apropiaría del solar. Así ocurrió, fatalmente: en esa esquina funciona hoy la sede central de BMCBA; pero cuando el traspaso iba a concretarse, la Federación Metropolitana protestó: desconocía a March capacidad para tomar préstamos y constituir hipotecas sobre los bienes sindicales, una medida que, según los reglamentos, sólo pueden adoptar los congresos extraordinarios. Con todo, la Justicia reconoció la cláusula y dio al BM la posesión del inmueble, ante la protesta cautelar de la Secretaría de Trabajo. En síntesis: los millones que arrojaron los laudos y el dinero arrendado al BM permitían suponer que a fines de 1968, cuando se lo habilitó, el Banco Sindical S. A. tendría un moderado respaldo financiero: algo así como 1.679 millones; sorpresivamente, el flamante Directorio anunció un capital societario de apenas 600 millones. Otra vez, la opinión gremial tornó a asestar los cañones contra March. ¿Dónde están, se preguntaba, los 1.079 millones de diferencia? Quizá se dedicaron a satisfacer deudas; por ejemplo, las jubilaciones del personal administrativo del sindicato, un rubro donde están impagos 230 millones. Algo peor: las acciones del Banco Sindical aún no fueron distribuidas a la Confederación y a las filiales; según el dirigente mercantil Rolando Rivas, si los organizadores del BS -March, Juan J. Minichillo, Roberto Pifarré y Andrés Juan- llegan a sufrir un accidente, serán sus familiares quienes tengan derechos sucesorios sobre las acciones del sindicato, ya que figuran a nombre de

aquellos cuatro. Tal vez esta vida de zozobras indujera a March a eclipsarse, como lo ha hecho; pero antes deambuló por Europa, en una búsqueda vana de fondos suizos alemanes, capaces de rescatar al Banco Sindical de su endeblez financiera: si hasta apeló a Juan Perón, su viejo adversario, para que lo sacase de aruros. Con todo, los enemigos del escurridizo y voluble dirigente sostienen que esos viajes tenían un solo propósito: depositar en cuentas numeradas el fruto de sus afanes. Asegurarlo, valdría tanto como reiniciar la polémica: unos pocos fieles de March sospechan, contrariamente, que su perdición provino del propio Gobierno. Ellos afirman que el anónimo Síndico del Banco a cuyo cargo estuvo la denuncia ante la Policía es, en verdad, un personero de la Secretaría de Trabajo; además creen poder asegurar que los gastos de la Lista Azul, opositora a March, son sufragados desde ese manantial, a través del "cottonier" Juan C. Loholaberry. La esperanza es lo último que se pierde: quienes siguieron a March diez años por los vericuetos del sindicalismo, aún aguardan su rehabilitación, porque "Armando siempre tuvo amigos poderosos". Es cierto: Alessandro no fue el único beneficiario de los créditos del Banco Sindical Quié-

nes son los otros? O

nos propusimos hacer el mejor coche del país.

en Nürburgring demostramos que además, es uno de los mejores del mundo.



la clase internacional demostrada en Nürburgring. Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar